

HISTORIA

B.P. de Soria



61048049
SS 860-3 ORD his

SS

860-3

ORD

his

HISTORIA

SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS
DE
OBREROS
DE
— SORIA —
BIBLIOTECA

HISTORIA

DEL

CABALLERO CAPITAN

D. SATURIO DE NUMANCIA.

Escuela de Estudios Nupiales
de
Océrida
en
SOMBA
SOMBA

HISTORIA

DE

CABALLERO CAPITAN

D. SATURIO DE NUMANCIA.

HISTORIA

A D. ROMAN DE LA ORDEN

DEL

ESQUEMA DE SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTOS
DE
OBREROS
DE
SORIA
BIBLIOTECA

CABALLERO CAPITAN

D. SATURIO DE NUMANCIA.

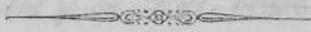
LIBRO DE ANDANTE INFANTERIA

POR

LEANDRO LUIS DE LA ÓRDEN.

BIBLIOTECA PUBLICA DE SORIA
SECCION DE REFERENCIA

R.69499



MADRID: 1870.

Imprenta de Anoz, calle del Factor, núm. 14, piso bajo.

HISTORIA

CABALLERO CAPITAN

D. SATURIO DE NUMANCIA,

LIBRO DE VANDANTE INFANTERIA

LEANDRO LUIS DE LA ORDEN.

BIBLIOTECA PUBLICA DE SORIA
SECCION DE REFERENCIA

MADRID: 1870.

Imprenta de Anoz, calle del Factor, núm. 14. piso bajo.

Á D. ROMAN DE LA ÓRDEN.



Mi querido tío: Con todo el respeto de un buen sobrino dedico á V. este libro: es el conjunto de los pensamientos que en mis ratos de ocio consagra al bien de mis semejantes.

No pueda ni deba dedicarla á otra que á V. que alentó mis primeros pasos literarios. No haga caso de sus muchos defectos; prescinda de su valor literario, que es nulo: vea tan sólo su pensamiento lleno de amor hácia mis hermanos los hombres.

Cuando concluya V. de leer esta obra verá cuán exacta es la predicción que de su éxito moral consigno aquí: las madres, parte más hermosa del mundo, como que toda es amor, se adherirán á ella.

A los fírvolos, á los indiferentes, no les agradará, porque las situaciones descritas en ella no son interesantes; son sencillísimas.

Encendá por partitaria al hombre honrado, virtuoso, de fe en los progresos de la humanidad y en Dios, porque hallará en esta obra la declaración enérgica de sus sentimientos, y no verá en mí más que un jóven que desea aumentar la felicidad de sus semejantes, y un verdadero amigo de la paz.

Por enemigo tendrá al que explota á la humanidad intrigando, sin importarle un ardite el derramar la sangre humana, con tal que le sirva de fundamento para sostenerse en los altos puestos á que se encumbrió injustamente y por ignorancia y consentimiento de la sociedad. Este enemigo hallará en mi libro una fuerte protesta de sus maldades.

Excusa leerla si antes no aparta de sí su egoísmo. Seguro estoy que me llamará visionario y otros mil epítetos iguales á éste, y algunas peores. Yo le perdono, tíx mia, a este hombre de corazón perverso, á este enemigo. Vengan sobre mí ultrajes; tengo valor bastante para arrostrarlos: vengan insultos; yo enviaré el perdón á mis insultadores. Si para conseguir la paz perpétua y universal, el verdadera y más grande amor del hombre al hombre, hace falta una víctima, no la busquen; aquí está el joven que irá á dirigirles palabras de amor y de verdad, y que ofrece su sangre con tal que concluyan las batallas, la guerra.

Con gusto será la víctima el que, en prueba de respeto, de agradecimiento y de caridad, le dedica esta pobre obra, y es su sobrina

Liancho Luis.

PRÓLOGO.

Estamos en el año de 1869.

En la ciudad de Soria, en el *Casino de Numancia*, se reunen cuatro buenos amigos, jóvenes todos, con objeto de pasar el rato departiendo en amable compañía. Habian convenido en pagar á la *inglesa* el gasto que hiciesen. Tres años hacia que tenian la costumbre de tomar café juntos, y tal vez fuera esta la causa de llamar á la mesa que ocupaban la *mesa de los cuatro amigos*.

Era el dia 4.º de Abril. El reloj del Casino señalaba las cuatro de la tarde, hora en que uno de ellos no habia concurrido todavia, suceso raro porque, [con una exactitud tambien *inglesa*, á las tres en punto ocupaba cada uno su asiento.

—Sabeis, queridos, dijo uno de ellos, que Luis tarda mucho? Él, tan puntual siempre, ¿estará enfermo?...

Apénas concluia su última palabra, cuando un joven elegante, moreno, de estatura mediana, se dirigió á ellos. Saludólos como si una larga ausencia los hubiera separado, y, despues del afectuoso apretón de manos, ocupó el cuarto asiento.

Luis, que era el que concluia de sentarse, no dió lugar á que sus amigos le preguntasen el motivo de su tardanza, hablándoles de esta manera:

—Mis queridos amigos, mucho os habrá extrañado mi retraso; pero seguro estoy que os habeis de alegrar en cuanto sepais la causa. Pidamos café, que yo, entre sorbo y sorbo, os referiré el suceso extraordinario que ha motivado mi tardanza en venir á gozar á vuestro lado el rato más delicioso que al dia paso. Os lo confieso; tomar café y fumar un habano en vuestra grata compañía es ya parte esencial de mi vida.

Sirvióles un mozo el café, y Luis continuó:

—Ya sabeis la manía que tiene mi buena madre...

—¿Vas á decirnos que ha comprado en esta última almoneda algun trasto viejo? dijo Enrique, otro de los jóvenes.

—No, querido Enrique; pero es una cosa parecida. Aún no hace un año, cuando murió D. Octaviano de la Oliva, recordareis que sus testamentarios hicieron almoneda de todos los muebles que poseia, y sabreis tambien que su importe se lo remitieron á aquel capitán, sobrino suyo, llamado D. Satorio de Numancia, á quien habia nombrado heredero, que entónces se hallaba en Sevilla; pero estuvo aquí cuando murió su tío, y marchó en seguida, pues la comision que el Gobierno Provisional le habia confiado era árdua y exigia su presencia en Sevilla. A propósito de este capitán, paisano nuestro, debe honrar su uniforme, puesto que el Gobierno lo mandó ya en 1864 á los Estados Unidos, cuando la guerra del Norte contra el Sur, á que observára los adelantos en las armas, táctica, etc., con el fin de poner nuestro ejército á la misma altura de instruccion que aquél. Por cierto que dió á luz un folleto, el cual trataba de aquella horrible lucha, cuya historia fué y será siempre espanto de los hombres, porque cada batalla sólo se podia describir acertadamente comparándola con la conclusion del mundo. La prensa se ocupó mucho de su obra, y todo fueron plácemes á su autor por el talento que desplegó al juzgar los planes de batalla de los generales de aquel país, y sobre todo del general Grant, á cuyo lado iba, así como tambien por la

claridad y poderosas razones con que trató y dilucidó la causa de tan cruenta guerra. Como prueba del talento militar y político que nuestro capitán manifestó en su folleto, recordareis que fué comisionado por el Gobierno para presenciar la guerra entre Austria y Prusia, así como despues se halló en la batalla de Mentana, en Italia, para observar qué fusil de los dos sistemas que entónces se disputaban el lauro, el de aguja ó prusiano y el Chassepot, era el más ventajoso en la lucha.

—Lo recuerdo, dijo Enrique.

—Y yo, añadió Lorenzo.

—Y yo también, dijo el cuarto de los jóvenes, que se llamaba Antonio.

—Pues bien, continuó Luis, mi madre acudió la primera á la almoneda, cosa que no os admirará porque es su costumbre, y compró algunos muebles, entre ellos un antiguo escritorio lleno de cajoncitos á uno y otro lado, en cuyo centro tiene una puertercita en que, al abrirla, aparecen otros cajones simulando una librería. Vosotros lo habeis visto mil veces en la habitación que ocupó en casa, pues tengo en él los objetos de caza. Nunca habia examinado con detencion el trabajo de mi antiguo escritorio, mas esta mañana, al limpiar los embutidos de marfil que en la parte exterior tiene, he logrado apreciar que es una obra perfecta de ebanistería, un acabado trabajo. Los paisajes de caza que ostenta en sus chapas de marfil son preciosos.

Hasta aquí nada de particular tiene lo que os he referido; pero ahora la decoracion vá á cambiar. Oídme: al tirar de uno de los cajones salió pegado á él otro cajón secreto, que estaba lleno de manuscritos perfectamente ordenados. Os consta que soy el hombre más perezoso, y sabeis cuánto me cuesta coger la pluma: por esta causa, al ver los manuscritos, yo, que no pensaba á quién habia pertenecido el escritorio, juzgué que serian las cuartillas que allá en mis tiempos de gramático habria escrito, y en esta creencia, si no es porque quise trasportarme al tiempo de la palmeta y del *domine*, tal vez los hubiera arrojado. Grande ha sido mi asombro cuando he leído en la primera hoja el siguiente epígrafe: HISTORIA DEL CABALLERO CAPITAN D. SATURIO DE NUMANCIA.

¿Qué habierais hecho en mi caso? Creo que lo mismo que yo. Saqué un habano, lo encendí, y, recostándome á estilo oriental, comencé á leer con afán los manuscritos. Todavía no los he concluido, y os prometo que los leereis. Lo que llevo leído me ha entretenido cuando ménos. Su estilo es vulgar, franco: desde luégo se nota que aquellos renglones los ha trazado un soldado. Creo que vale poco la tal historia; pero, en cambio, nada más grande, nada más cristiano que su pensamiento. El *Si vis pacem para bellum* lo pulveriza. Aconseja á los hombres concluyan con la guerra; que varíen la organizacion militar de nuestra sociedad, que no es más que el mal, por la organizacion del trabajo, que sólo dará por resultado el bien. Ahora podeis suponer que leyendo se me pasó el tiempo, y hé aquí la causa de mi tardanza.

—Pardiez, dijo Enrique, que es original cuanto has referido. Por mi parte estás perdonado de tu retraso, y te condeno á que concluyas pronto la historia hallada en tu escritorio para leerla nosotros.

Antonio y Lorenzo aprobaron la sentencia.

—Os lo he prometido, dijo Luis: ahora os pido un consejo. La historia hallada, y la doy el título que Enrique la ha dado, creo que pertenece al capitán D. Saturio de Numancia, no porque es su nombre el título, sino

porque como César en sus *Comentarios* descubre que él ha sido protagonista y comentador, así en estas páginas se vé que el caballero capitán D. Saturio de Numancia es el mismo D. Saturio el historiador; y no digo protagonista porque opino que esta obra ha sido mal bautizada: el protagonista lo encuentro yo en su tío D. Octaviano de la Oliva.

Un año hace que estuvo D. Saturio de Numancia en la ciudad de Soria, y este tiempo hace tambien que no he oído hablar de él. Recordareis haberlo visto cuando vino con su tío que habia estado fuera de Soria, quien volvió á esta ciudad enfermo, muriendo á los pocos días ¡Pobre D. Octaviano! ¡Qué honrado era! Nuestro capitán acompañó á su tío hasta la última morada, y, después que cumplió con tan sagrado deber, volvió á Sevilla á concluir la comisión que el Gobierno Provisional le habia encomendado.

D. Saturio debe existir, á no ser que haya dado en tierra con él alguna *pelota perdida*, como llama á las balas el historiador Mariana, y que yo opino seria mejor llamarlas *pelotas halladas*.

La publicacion de este libro, siquiera esté mal pergeñado, creo tendrá consecuencias beneficiosas para la humanidad.

La parte mejor del mundo son las madres; la única verdad, tal vez, de la tierra es el amor de madre. Pues bien, las madres seguro es que correrán á engrosar el pequeño ejército que acaudilla D. Octaviano. No será un Cervantes el capitán D. Saturio; no conseguirá limpiar el orbe de soldados como aquél lo limpió de los otros locos llamados caballeros andantes, y de los malos libros que referian los hechos de tan inútiles y dañinos señores; pero, no obstante su poco valor, opino porque se publique. Siempre he creído conveniente la publicacion de lo bueno y lo malo, la razon y la sinrazon: aquélla concluirá por matar á ésta. Y ahora entra el que me aconsejéis: ¿debemos publicarlo sin contar con la licencia de D. Saturio, no mirando más que el bien de la sociedad?

—Creo, dijo Enrique, que debemos averiguar el paradero del capitán autor, y, si conseguimos saberlo, entregarle su obra; mas si nuestros pasos nos diesen un resultado negativo, entónces discutiremos cómo hemos de proceder. Todos debemos preguntar á D. Simon de Santiago, que, si mal no recuerdo, fué testamentario de D. Octaviano, si sabe dónde se halla el capitán; si conseguimos averiguarlo, Luis se encargará de dirigirse á él y darle parte del hallazgo de sus papeles; si exige que se los devolvamos, lo hacemos así; si nos ruega el silencio, guardaremos el secreto; en fin, obraremos como él desee, rogándole de todas maneras que perdone nuestra curiosidad.

—Amen, dijo Lorenzo. Ahora solemnecemos tan extraordinario hallazgo con una botella de ron.

—Amen, contestaron los otros tres amigos.

Un mozo les sirvió la botella, y bien pronto llenaron del hirviente licor las copas, trasegando su contenido á los estómagos, no sin que entre sorbo y sorbo se mezclasen picantes chistes en su fraternal y animada conversacion.

Ha pasado un mes desde que Luis dió parte del hallazgo de la historia á sus amigos.

Era el 2 de Mayo de 1869, y Luis, al acudir al Casino, iba radiante de alegría. No advertimos que sus tres amigos se le reunieron á la costum-

brada hora porque sería inoportuno; más alto que nosotros habla la imperiosa necesidad del café cuando el hábito de tomarlo con un par de amigos nos lo manda: dígalo el que frecuente esos centros de reunion.

Al poco rato Luis les leyó la siguiente carta:

Sevilla, 29 de Abril de 1869.

Sr. D. Luis de.....

Muy señor mio y amigo: Muchas son las razones por las que he recibido con un placer inmenso su grato. Me escribe desde el pueblo donde por primera vez vieron mis ojos la luz, así es que por mi mente han pasado los recuerdos de mi niñez, mis juegos, mi buen tío D. Octaviano, al que tanto debo, y mi madre, las caricias de mi buena madre: todo, todo ha cruzado por mi mente en este día, que considero el más feliz de mi vida.

Me habláis en vuestra carta de los papeles que hallasteis en un escritorio que me perteneció, papeles que creí no existirían ya, que había olvidado en estos siete meses que tan graves ocupaciones me han rodeado. Su carta origen de tan gratos recuerdos y la delicada oferta para que disponga de aquellos borrones son un doble motivo de agradecimiento que eternamente le guardará mi corazón: no encuentro otro medio de probárselo más que rogándole que acepte esos papeles, queridos por mi porque en ellos escribí mis sentimientos, mis recuerdos, mis amores, todo. Si agradablemente llegan á distraerle un sólo momento, mi satisfacción será completa.

No tengo hoy las ideas que el primer año que vestí el uniforme; se acercan ya á las de mi tío Octaviano.

Si pensáis como yo; si os lamentáis al ver esos desafíos colectivos, en masa, que se llaman batallas; si os duele ver la extraviada opinion de los que dirigen las naciones permitiendo la guerra y prohibiendo el desafío, tal vez por ser la matanza al por menor, entónces querreis publicarlos.

Como se que el mérito de esa historia es nulo, temo el ridiculo. Nunca he pretendido ser escritor, aunque si hacer cuanto bien he podido á mis semejantes. Si la publicáis variad mi nombre para que se ignore siempre el del que tan mal escribió. Mejor será que los leais y que despues alimenteis con ellos el fuego de vuestra cocina. Los malos escritos eso merecen; los buenos pensamientos que contengan se guardan en la memoria.

Dispensadme, voy á concluir, porque deseo pensar en mi pueblo y en todos los recuerdos de que os he hablado ántes. Consideradme como vuestro seguro servidor que os besa la mano

SATURIO DE NUMANCIA.

Sr. D. Luis de.....

Soria.

—¿Y qué opináis? añadió Luis al concluir de leer la carta.

—Diábolo, repuso Enrique, en verdad que esto es serio y merece discutirse muy despacio.

En primer lugar hay que pensar en el seudónimo que adoptaremos, puesto que D. Saturio no quiere figurar en la portada de su obra. En segundo lugar en que hay que hacerlo inmediatamente, porque en nuestra patria no suele ver siempre la tinta de imprenta el aire puro de la libertad. ¿No recordais las opresores leyes de imprenta que hemos tenido, y que hablaban de llevar los escritores que del ejército se ocupasen ante los consejos de guerra? Traed

á vuestra memoria el año de 1864. ¿No recordais que de esta misma ley dijo un hipócrita padre de la patria «que todavía faltaba apretarle los tornillos;» y si á esta ley no fué sería á otra parecida? Tan imposible fué á los escritores como á los fiscales cumplir con esas leyes: tal era su complicacion.

—El nombre supuesto pronto lo encontraremos, repuso Lorenzo. Asi como Cervántes halló para D. Quijote un Cide-Hamate-Benangeli, nosotros hallaremos un Mohamed, y si lo queremos cristiano cogeremos el martirologio ó el calendario, y el nombre que más nos llame la atencion en un momento lo haremos autor.

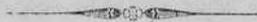
Mas tu segunda observacion sobre publicarla inmediatamente, que es la que más nos debe imponer, no tiene otra solucion que la que le has dado: publicarla ahora. Si la libertad de la imprenta sucumbiese ¿quién daría á luz esa historia sin ir á las Peñas de San Pedro ó á Melilla? Nos formarían causa, porque claro es que al escritorio donde se encontró no pueden formársela; y ya fuera en un juzgado, ya en un consejo de guerra, no saldriamos libres como en 1864 salieron los escritores que fueron llevados ante este último tribunal. Por esto opino como tú, Enrique, que no debemos tardar á dar á luz esos renglones. ¿Y tú que dices, Luis?

—Que se publique pronto. Sembrando, algo se coge; y si hacemos siquiera un sólo partidario que le inspire horror la sangre derramada por la bayoneta ó el cañon, estaremos satisfechos por haber alistado uno más en el pacífico banderín de D. Octaviano. Os cumplí mi palabra de daros á leer mi hallazgo, y noto con placer que nos encontramos hechos unos antibélicos. Debemos formar una sociedad que llamaremos *La Paz*, así como en Inglaterra la tienen formada con el nombre de *Congreso de la Paz*.

—Pues en seguida, Luis, porque si la reaccion levanta la cabeza pondrá una ley de reuniones públicas, ¿pero qué ley! Ya sabeis que con los gobiernos reaccionarios ni se puede ser bueno, ni por consiguiente ir á la gloria; en cuanto viese uno de esos gobiernos que decias que el ejército era... ¿entiendes? haría lo que vamos á hacer ahora. Adios, queridos, queda disuelta la reunion.

Y Antonio, que era el que había pronunciado las anteriores palabras, se marchó á una cita; los demás á paseo.

Publicamos á continuacion los manuscritos, sin más variacion que los nombres de los personajes.



PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

En el que comienza mi veridica historia.

Sólo á vosotras os nombro, señoritas Caliope y Clío, por parecerme las más formalitas de las nueve hermanas, sin que por eso deje este novel escritor de rogar á todas le deis la sal ática y la castiza habla castellana que tanto prodigasteis al Manco de Lepanto.

Sed amables conmigo, os lo ruego con la galantería que se usa en el siglo XIX. ¡Ay de vosotras si me sois esquivas! porque os declararé la guerra en la lengua de Lacio, como hacen los gobiernos de todas las naciones para ócultar su sinrazon hablándonos de *casus belli*, *ultimatum*, etc. hasta que suena el *ultima ratio regum*. Si desois mi ruego, os cojo del moño, y de seguro que tendré donde agarrar porque se compondrá de una buena poblada treuza, por la sencilla razon de que habitais en los montes Pindo y Helicon, donde supongo no habrán llegado esos untos ó menjurges que, con el nombre de aceites y pomadas, venden por estas tierras de Dios para hacer nacer y evitar la caída del cabello; menjurges que está probado producen el efecto que los verdaderos depilatorios. Cuento, pues, con vuestra ayuda.

Pero ¡oh lector! hablándote de las parnasinas muchachas, que ni pestahean ni son tangibles, habia olvidado por un momento comenzar mi historia.

Voy á darte gusto, pícaro positivista.

Mi tío D. Octaviano de la Oliva hizo que yo, desde muy niño, le leyera los periódicos. Decía que tenia la vista cansada; pero, segun me indicó despues, era tan sólo por ver mis adelantos en lectura.

Mi excelente tío era de esos antiguos liberalotes de buena fé, no por alcanzar empleos, sino porque, comparando el régimen absolutista con el liberal, su razon le dijo ser éste más justo que aquél.

De esta manera pensó mi tío: En un gobierno constitucional hacen las leyes las mayorías: contento el mayor número de hombres de una nacion, claro está que es mejor gobierno que el absolutista, donde sólo uno se despacha á su gusto, por aquello de «*allá van leyes do quieren reyes.*»

Y decia con razon: este es un cálculo matemático, exacto.

A pesar de haber visto despues la corrupcion de las elecciones y el falseamiento de la

Constitucion no por eso varió su cálculo, y atribuyó el verlo fallido á la perversidad de los Reyes y de los políticos que los rodean.

Estaba suscrito á *El Clamor Público*. Entónces era este periódico el paladin más enérgico, el que más satisfacía á mi buen tio.

No comprendia yo la política, así es que leia el periódico sin gusto y con mucha ligereza. ¡Cuántos párrafos pasaba por alto para concluir pronto é irme á jugar! ¡Pobre tio, ahora siento todos aquellos engaños que le hice!

La parte del periódico que nunca me dejaba nada por leer era la *Gacetilla de la capital*; allí estaba en mi campo, digámoslo así, porque comprendia y me agradaban las anécdotas, las alabanzas á éste ó al otro actor, todo ese inmenso baturrillo que compone la *Gacetilla*.

Se parece ésta á una triaca formada por cuanto se encuentra en la tierra y un poco más; pero precisamente era la parte del periódico que á mi buen tio no agradaba.

—¡Bah! me decia, deja si quieres esas bagatelas. Así llamaba á mi querida *gacetilla*.

Desde aquella época raro es el dia que no he leído algun periódico.

Me ha llamado la atencion, y esta es la causa de escribir esta verídica historia, el que en la prensa periódica casi no se encuentra un número donde no se refiera una excentricidad de los ingleses.

Ya publica la carta de un Lord á una prima-donna, que se dice de ella no ha tenido ni tiene ningun amante, en la que le manda un buen número de libras esterlinas precisamente por no hacer caso de sus amadores, y ser cosa rara, excepcional en las que rozan sus vestidos con los bastidores de los teatros, y en la misma carta le ofrece mayor número de libras si algun dia piensa amar, con tal que él sea amado, cosa por supuesto que el inglés no desea, pero se lo hace saber por si acaso.

Ya publica que tal Lord deja una renta vitalicia de tantas libras esterlinas al que posea la joroba más grande entre todos los jorobados del mundo, ó bien inserta en sus columnas que otro inglés ha dejado por heredero universal al perro que tenia, detallando en su testamento todos los cuidados que con el afortunado can tienen que observar los testamentarios.

Y así podríamos enumerar mil y mil excentricidades.
¿Pero hay excéntricos sólo en Inglaterra? No; lo que sucede es que la libertad de imprenta establece la costumbre de la publicidad. En la nacion que poseen este gran principio político todo se publica, lo mismo una idea extravagante que la idea más sensata. En España el lapiz rojo del fiscal evita la costumbre de la publicidad: como cohibe á los partidos contrarios publicar sus ideas, así limita y achica cuanto huele á publicidad (1).

En España nadie sabe que en la ciudad de Soria ha habido excéntricos mayúsculos, excéntricos que dan tres y raya á los buenos ingleses. Os lo voy á probar.

Trasportad á un inglés á Soria un dia de Santa Catalina.

A las nueve de la mañana le llamará la atencion el triste planif de las campanas de la iglesia del Salvador. Preguntaria á algun soriano la causa, y éste, con la amabilidad que caracteriza á los sorianos, le diria:

Es la misa de *requiem* que luengos años hace se celebra tal dia como hoy por las almas de las siete Catalinas. Y hete á nuestro inglés convertido todo en oido rogando al soriano que se explique. Este le referirá que hubo un vecino de la ciudad que habia enviudado siete veces; que la primera mujer se llamó Catalina, igual que la segunda, y que las otras cinco las eligió del mismo nombre. Por último, que, cuando dejó de existir, mandó en su testamento que con la renta que producian sus bienes se celebrase una misa el dia 25 de Noviembre por las almas de las siete mujeres que en vida tuvo.

Como este histórico suceso refiriéramos mil. Pues bien, si un español oye está his-

(1) Téngase presente que estas líneas están escritas ántes de la revolucion de Setiembre.

toria quizá la refiera á otros, pero de seguro no la publica impresa. El inglés cogería la péñola, y á los pocos dias El *Times* ó El *Morning-Post* se encargaria de noticiar al mundo que en Soria habia existido un individuo que era más que un héroe homérico, pues tuvo el valor de casarse siete veces y la rareza de que las siete mujeres se llamasen Catalinas.

Si quereis un hecho contemporáneo, de ahora, vivito como se dice vulgarmente, trasportad al inglés á la salida de Soria, carretera que se dirige al Burgo de Osma. A los pocos pasos encontrareis un hombre que pasea lentamente; es de estatura pequeña, grueso, bien conservado, como ningun hombre á su edad; frisa en los cincuenta y cinco años; su traje consiste en un eterno sombrero de fieltro de anchas alas; si el celaje está oscuro; y amenazando llover, entónces el sombrero sale cubierto de brillante y ajustado hule.

Su capa es de un paño finísimo, pero de un color canela especial; con dificultad haya otra de igual color. Al mandar al sastre que le corte un pantalon ha concluido siempre por echar á paseo al sastre; ibale éste hablando de modas y nuestro hombre le decia con amabilidad que la moda no era más que otra nueva esclavitud que los hombres se imponian. Si el sastre insiste, nuestro hombre, sin abandonar su tono amable, le responde: Decídmme, señor sastre, ¿es V. el que ha de ir encerrado diez y seis horas diarias en esa cárcel que me vais á hacer? Pues siendo cárcel hágala ancha, estoy por ir cómodo: yo admito la moda, sí, pero es cuando sea un reconocido adelante en comodidad y elegancia. ¿Qué opináis, señor sastre, del hombre de Estado, del general y áun del estirado pollo de nuestros dias que padece un disgusto, ya por la arruga que le hace un pantalon, ya porque el aire ha depositado un poco polvo en su gaban? Usted, señor sastre, opinará que es un elegante, un *lion*: yo opino que su ángulo facial mide pocos grados.

¿Qué es, en resúmen, un pantalon, un gaban? Cuando más un vellon de lana, la cubierta de un borrego más ó ménos finamente tejida.

No me hableis de trabillas, señor sastre; su nombre me dice que son trabas, obstáculos; fuera la estrechez; á la caprichosa diosa de la Moda yo no la quemo incienso. Y nuestro hombre jamás ha variado la forma ancha de su pantalon, ni el color de éste, que es de un azul claro. Preguntad por sus costumbres, y dirá el inglés: ese que pasea se sangra por la primavera todos los años, el mismo dia y á la misma hora. La taza donde recoge la sangre, limpia ya, la encierra, y al año siguiente le sirve para hacer la misma operacion: el fin que se propone es sacar la misma cantidad de sangre todos los años. Su paseo consta del mismo número de pasos todos los dias, y descansa á la mitad de él un mismo número de minutos. Cual á Diógenes nada le altera, y si escudriñáis más su vida privada, hallareis novedades que os causarán admiracion. Vése en él al hombre que trata de prolongar la solucion del problema, que no desea hallar la x ó incógnita de: ¿cuánto tiempo durará este Juan Manuel (se llama Juan Manuel) con estos cuidados, con estos estudios que hace para alargar la vida?

De seguro que el inglés volveria á escribir, y *El Times* á dar parte de esta rareza.

Excentricidades numantinas de actualidad tambien os refiriera mil.

Mi propósito es contarte la soriana excentricidad continua, así la llamo yo, de mi tío D. Octaviano, y lo hago porque puede ser provechosa á la humanidad.

Arroja, lector, este libro si es que gozas en hojear terribles dramas donde haya puñales, espectros, subterráneos y, sobre todo, venenos de los que inventa el Sr. Perez Escrich en sus novelas, ya de lacertídeos excrementos, ya de serpientes, etc.: serpientes y lagartos que dan cada mordisco á esa ciencia que llaman Química, que la hacen encogerse, achicarse y, por último, desaparecer. Nada de esos espeluznantes sucesos encontrarás aqui, lector. Esta verídica historia es una sencilla narracion de la excentricidad antibélica de mi tío D. Octaviano de la Oliva. Todo respira paz y tranquilidad en este libro. Es una profecía del mundo-porvenir tal como lo entrevió mi tío. La poca sangre que lo enrojece tengo yo la culpa, pues elegí la carrera militar, y mis aventuras unidas están á la excentricidad continua de mi tío. Soy su sobrino. Soy el capitán D. Saturio de Numancia.

En verdad que he dado un salto grande. He hablado de mi tío, he dicho que soy capitán, y esto es comenzar mi historia por el fin. Me gusta el orden para todo.

Se vé en Soria una pequeña y bonita casa en una de las calles más retiradas. Las habitaciones de ella están distribuidas atendiendo sólo á la comodidad; tiene un pequeño jardín, cosa por cierto envidiada en Soria por la falta de ellos, cuidado con esmero por mi tío: perteneció esta casa á mis abuelos, y la heredaron mi tío D. Octaviano y mi madre.

Era esta más jóven que su hermano. De veinte años el uno y de diez y seis la otra que, daron huérfanos. Mi tío, aunque jóven, era tan juicioso que no trató más que de servir de padre á su hermana. La desgracia tiene la propiedad de convertir en hombres á los imberbes, y tal vez por esta razon no se notó la falta de los jefes de aquella casa.

Nacido mi tío el año de 1798 le impresionó tanto en su niñez la guerra de la Independencia, vió tanta sangre derramada por la ambicion de Napoleon I, tanta desolacion, tanta lágrima, que aunque como niño sólo pensaba en dar vida á las flores de su pequeño jardín cuando se lo permitian los ratos no dedicados á las lecciones, por fuerza tenian que crear tan sangrientos sucesos un antipoda de la guerra, porque era el niño tan pacífico, de tan bellos sentimientos, que su corazon se parecia á una sensitiva. Miraba con horror todo cuanto era militar, así es que su hermana, no viendo ni oyendo otras máximas, participó de las mismas ideas.

Ocho años pasaron felices, si es que en la orfandad se puede ser feliz. Reinaba el orden, la economía y la paz en aquella casa. Unas cuantas fincas que mis abuelos les habian legado, y que les producía una renta de diez y ocho mil reales, les bastaba para cubrir sus gastos, economizando todos los años una cantidad, aunque pequeña.

Rodeados estamos de misterios ó caprichos de la suerte, que no comprendemos, y que nos hacen, con una fuerza irresistible, amar lo que poco ántes, si no odiábamos, nos disgustaba al ménos. Parece que hay un genio jugueton, burlesco y hasta maléfico que se complace en doblegar nuestra voluntad, en hacernos beber de la agua que hacía un momento, al verla, habíamos dicho: «de esta agua no beberé».

El año 1827, un día de Junio, de claro sol, pues ninguna nube empañaba el puro azul del celaje, llamaron en la puerta de la casa de mi tío. Abrieron, y fué grande su asombro cuando entró, con marcial apostura, un jóven capitán. Mi madre y mi tío lo recibieron con amabilidad tal vez fingida, puesto que tanto odiaban la guerra y los guerreros. Saludó el capitán, y despues entregó á mi tío la carta de un amigo del cual hacía tiempo no tenia noticia alguna. Mientras mi tío leía la carta, el capitán trabó conversacion con mi madre: la simpatía entre dos personas de diferente sexo debe ser el primer paso del amor.

Como no habia nacido aún, no puedo, lector, referirte la conversacion.

Al marcharse el capitán le ofrecieron la casa, y pocos dias despues era uno de los más asiduos concurrentes á ella. Un dia, durante la comida, refirió mi madre á su hermano que el capitán Numancia le habia declarado, y uso la expresion usada en aquellos tiempos, su atrevido pensamiento, y que ella se lo comunicaba como á su mejor consejero, confiada en el grande fraternal cariño que la profesaba, siendo éste segura prenda de acierto en el consejo que la daría. Léjos mi tío de disgustarse, siquiera fuera por su odio al oficio de matar hombres, la dijo:

—Hermana mia, si consideras que ese hombre te ha de hacer feliz, enlázate con él: es verdad que lleva espada; pero es hombre, es hermano nuestro, y yo no odio á los hombres: odio la guerra.

El capitán Numancia tres meses despues era esposo de mi madre.

Des años pasaron, y vine yo al mundo: nací el 2 de Octubre de 1850.

CAPÍTULO II.

El ataque de Bañon.

La fisonomía de mi tío Octaviano era la fisonomía de un santo varón, la *vera efigies* de la honradez. Sus buenas acciones le captaron el amor de todos; nadie era tan respetado y querido por sus convecinos como él. A los treinta años había cumplido su misión, que era servir de padre á su hermana. No por esto se casó; decia que padecería por no poder satisfacer cuantos deseos tuviera la mujer á quien se enlazára, porque sentia hácia la mujer un respeto parecido á la adoracion, y él, de haber elegido esposa, la hubiera rendido culto como á un idolo, la hubiera considerado como el ángel de su hogar; y tener en casa un ángel con deseos, con caprichos, y no contar con qué poder satisfacerlos, era para él convertir su ángel en ángel caído, en mujer. No era egoísta este pensar suyo, pues el solteron egoísta piensa que sus sinsabores se doblan si se casa, porque añade á sus deseos no cumplidos los deseos tambien no satisfechos de la media naranja con quien se una.

En verdad que la razon que daba mi tío para no casarse era nueva para mí, pues nunca habia oído á ningun solteron razonar de una manera tan delicada, y cuidado que he discutido sobre este asunto muchísimas veces y con innumerables solterones ya granaditos, de espolon retorcido. ¡Quién habrá que no haya ocupado algun tiempo ridiculizando el matrimonio! Bien cuadran aquí las palabras de Jesús: «el que no haya pecado arroje su piedra.» El hombre es la contradicción andando; he tratado muchos que al poco tiempo de maldecir del matrimonio les preparaban el lecho nupcial; burlábanse ántes de lo prosáico que era ser jefe de una casa con gallinitas, y se disponían á cebar con placer las gallinas.

Propuso mi tío á su hermano el continuar viviendo bajo el mismo techo, pues él consideraba al capitán Numancia como un hermano más; porque para él su hermana casada era tan querida como lo fué soltera. Y juntos vivieron.

Era mi padre capitán de una de las compañías de los francos de Soria, de la columna, según otros, porque ambos nombres tenia el batallón. No hablaré de los triunfos que los francos de Soria consiguieron peleando contra los carlistas; fueron grandes. No hablaré tampoco de las correrías de mi padre por los pinares de la provincia; las batallas se ganan porque el azar así lo dispone, no por la ciencia de los capitanes. Un ejército es un órgano de muchas teclas, y así como en éste una que deje de dar su sonido destruye la armonía, así en un ejército la falta de un subalterno se opone á la consecucion de la victoria; y como ésta depende de muchas voluntades, hé aquí que la casualidad es el todo para ganar batallas.

No ha habido general en el mundo que no cuente su Marengo y su Waterloo. Lord Wellington no era un Napoleón; pero la caprichosa fortuna le hizo ser más que el capitán del siglo xix. Narraré sólo un gran descalabro de la soriana columna, porque el suceso más doloroso para mí y que más influyó en mi porvenir acaeció en la derrota de Bañon.

En 1836 la facción carlista habia llegado á su apogeo; se equilibraban sus fuerzas con las del ejército liberal; contaba con valientes guerrilleros y con organizadores y experimentados generales. Fácil es probar que al ejército carlista le sobraba el valor con sólo decir que se componia de españoles. Pues bien; un día de primavera del mismo año de 1836 estaba yo jugando en el balcon de nuestra bonita casa, cuando un jóven soldado se apeaba de un pequeño caballo y llamó en la puerta. Al instante conocí al soldado; era el asistente de mi padre. En aquellos tiempos, y dispensa, lector, que hable así, porque es mucha la distancia que hay desde un caballo, como medio de transporte, hasta los ferro-carriles, todos los capitanes acostumbraban tener un pequeño caballo para las largas marchas, y mi padre seguía tal costumbre.

Grande fué mi alegría al ver al asistente, porque era muy cariñoso conmigo y me sentaba sobre sus rodillas entreteniéndome con la narración de sus correrías y descripción de

las batallas en que se hallaba; y si á esto añado el que aquella tarde iria de paseo á caballo, pues á pesar de mis seis años era mucha mi afición á montar, sin hacer caso de las caídas, que ya contaba algunas, y que me habían producido abultados chichones, hay que convenir en que mi alegría era doble. ¡Cuán lejos estaba yo de sospechar la inmensa desgracia que sobre mí pesaba y de la que era embajador aquel pobre soldado! No aguardé á que el asistente subiera; me retiré del balcón, y en dos saltos bajé la escalera, poniéndome en un instante al lado del soldado, no sin dar ántes dos palmadas al fatigado rocinante. ¡Pobre asistente! recuerdo que las lágrimas surcaban sus mejillas. Mientras yo palmeaba mi lilliputiense troton, dióme aquél un beso, me asió de la mano y entramos al establo, donde ató el caballo; en seguida me cogió en sus brazos, y salimos para ir al encuentro de mi infeliz madre, que bajaba la escalera en busca nuestra.

—¿Y mi esposo? dijo mi madre.

No contestó el asistente, pero en cambio derramaba lágrimas y tristemente sollozaba. Todo lo comprendí mi madre: la vi oscilar y caer; la vi rodar tres escalones y detenerse en la meseta ó descanso. Desprendiéndome de sus brazos el asistente, y acudió á socorrer á mi madre, que estaba desmayada. Cuando dió señales de que volvía en sí, el asistente no le habló más que de mí.

—Ved vuestro hijo, señora; pensad en él, que este pensamiento os dará valor.

Serenóse mi pobre madre, y con un valor de espartana, sin que sus mejillas se humedecieran por las lágrimas, rogó al afligido soldado que le refiriese cuanto hubiera visto.

—Voy, señora; pero subamos á la sala, y allí, sentada V., porque las noticias desgraciadas conviene oírlas, ya que no se pueda tranquilamente, al ménos apoyado el cuerpo para resistir mejor el duro golpe de la suerte aciaga.

Ascendimos silenciosamente. Ya en la habitacion, sentóse mi madre; á su lado colocóse mi tío, que habia acudido al sentir tanto ruido insólito en su casa; y el asistente, que continuaba asiéndome la mano, habló de esta manera:

—Señora, el día 30 de Mayo estábamos en Daroca. A las diez de la mañana salimos de este pueblo hácia Calamocha, punto donde descansamos un rato. Allí nos dieron aguardiente, mucho aguardiente, pues querian los oficiales que perdiéramos la razon para que no pensáramos que íbamos á morir, porque la batalla no podia tardar estando como estaba cerca el enemigo. Medio beodo el hombre no razona, y mata y se deja matar con ménos repugnancia. El resto del día caminamos á paso redoblado, así como también parte de la noche, sin haber descansado más que un momento para comer el rancho. Habíamos dado un pequeño rodeo yendo por Villarejo, con el fin de posesionarnos de una altura á cuyo pié está situado el pueblo de Bañon. Este pueblo está distante de la altura como medio tiro de fusil. Eran las tres de la mañana. Las fuerzas carlistas, al mando de Quilez, no se habían apercebido de nuestra llegada: el pueblo y el enemigo dormían tranquilamente. Al poco rato una avanzada nuestra hizo fuego, y entónces vimos abrirse todas las puertas y salir por ellas enemigos, medio armados y sin concluir de vestirse, que huían sin saber á dónde. La sorpresa fué completa: nos abandonaron el pueblo, las armas, todo. Nosotros, mal dirigidos, mientras el enemigo se reunía en un cercano monte y allí se rehacía; mientras unos cuantos valientes miñones que nos acompañaban sostenían un nutrido fuego con los carlistas, que engrosaban sus filas con los dispersos, no pensábamos más que en recoger el botín por las calles del pueblo, andando por ellas sin guardar órden alguno, de manera que parecíamos nosotros los vencidos. ¡Oh! bien hemos pagado la torpeza del jefe que nos dirigía, así como también nuestra afición al botín, nuestra falta de disciplina, pues todos casi éramos quintos, y muy pocos habían oído tiros en toda su vida.

El sol aparecía cuando se oyó la voz de que el cabecilla Cabrera se acercaba por la parte opuesta hácia donde habían huido nuestros enemigos, que, rehechos ya, hacían un fuego mortífero; nos consideramos copados. Nuestra caballería huyó, dejándonos abandonados; vi que ninguno de los nuestros pensaba en defenderse, y que nuestros oficiales, indecisos,

no acertaban á dar órdenes. Formábamos un grupo los asistentes, y, aunque retirados del pueblo, veíamos nuestra completa derrota por haber abandonado la altura de que nos poseionamos al principio, y pensamos en nuestra situacion. Teníamos los caballos de las bridas y nadie se acordaba de nosotros, hasta que un compañero tomó la palabra y dijo:

—Señores, nuestros amos están perdidos, no los podemos favorecer; si seguimos aquí nos perderemos tambien, y esto será un sacrificio inútil. Una vez que tenemos cada cual un caballo, montemos, y que Dios nos guie.

Así lo hizo; todos lo imitaron, y yo, viéndolos marchar, hice lo mismo. Tomé á la ventura un camino dejando al caballo á su libertad, porque juzgaba que se vendría á nuestra tierra, y no me equivoqué. Cuatro horas llevaba anda que te anda cuando ví un pueblo; dirigime á él decidido á esperar allí el resultado del combate, y, por no presentarme al alcalde, me fui á la posada. Estaba fatigado; pedí un saco, que llené de paja, y, en un sitio oscuro del establo, arreglé mi cama. Tardé bastante en dormirme pensando en lo que haria al otro día si no tenia noticias del amo; pero, por último, me rindió el sueño y no desperté hasta las ocho de la mañana del siguiente día. Disponíame á marchar cuando llegó á la posada un hombre, vestido de pordiosero, el cual, así que me vió, dirigió una mirada cautelosa por el zaguan de la posada, y me dijo:

—Hola, muchacho, soy tu sargento, que ha podido huir del enemigo; no te marches, pues ya no hay peligro; el enemigo camina hácia tierra de Molina; espera que yo descance un par de horas, y nos iremos juntos á Soria.

Le cedí mi cama, y, mientras dormía, arreglé el alimento que habíamos de comer ántes de marchar. El estropeado sargento durmió dos horas escasas; nos desayunamos y emprendimos la marcha hácia esta ciudad, sin saber si obrábamos bien ó mal. Un cuarto de hora habríamos andado cuando dije á mi sargento:

—Creo que ese pueblo es Barrachina; no he preguntado su nombre por temor, pues en esta guerra no se sabe quién es enemigo. Ahora refiérame V., mi sargento, lo que sepa de nuestro capitan Sr. Numancia.

—Día muy desgraciado, dijo mi sargento, fué el de ayer para la columna de Soria. ¡Cuánta sangre vertida y cuán sentida debe sernos, porque siendo nuestra al principio la victoria, no supo nuestro jefe conservarla! Mal nos ha dirigido, y en la mente del soldado más ignorante bullia durante el ataque la idea de nuestra segura derrota al ver que no teníamos reserva, que carecíamos de una grande masa donde apoyarnos en caso de llevar la peor parte en el combate, y como pensaba el soldado, así salió. Fuimos copados, y los carlistas nos mandaron formar. Así lo hicimos; entónces se oyó una voz que dijo:

—Los señores oficiales preséntense al frente de las filas para considerarles como se merecen.

Vi que salieron veintiseis individuos, casi todos nuestros oficiales. Traseurrido un rato, y viendo que no salia ninguno ya, formaron un pequeño cuadro parte de los carlistas, y colocaron en el centro á nuestra oficialidad. A nosotros y á la demás clase de tropa de la columna nos entremezclaron con sus soldados, despues de habernos quitado nuestros capotes y casi todas las armas, llevándonos como prisioneros, pero deseando que de buen grado nos hiciéramos carlistas. Nosotros así lo ofrecimos, aunque yo sólo pensaba en escapar en cuanto se presentase una ocasion propicia. Antes de dar la órden de marcha mandaron á los oficiales que se preparáran para morir, concediéndoles dos horas de término. ¡Qué situacion tan terrible! No puedo describirte en lo que pensé durante aquellas dos horas: estaba como embrutecido. Vi á nuestros oficiales rogar les dejasen la vida; vi á una porcion de gente de los pueblos inmediatos apoyar los ruegos de aquéllos, y vi tambien que el miserable Quilez no sólo no perdonaba, sino que sus respuestas eran insultos. Pasaron las dos horas y formaron á los veintiseis oficiales; se retiraron de ellos los carlistas como unos veinte pasos, é hicieron fuego. Todos cayeron á las primeras descargas, y ya en tierra hicieron horribles contorsiones: entre los caidos estaba nuestro capitan Numancia. Allí que-

daron abandonados los veintiseis cadáveres, después de haber Quilez dado orden á los párrocos de Bañón, Montalbán y otros pueblos cercanos para que los enterráran.

Marchamos dejando aquel campo empapado de sangre soriana. Fué corta nuestra marcha por las muchas precauciones que los carlistas tomaron para conducirnos con seguridad; temian, además, que del fuerte de Daroca viniesen tropas en auxilio de la columna, y nos hicieron marchar y contramarchar para que, si esto se verificaba, perdieran la pista nuestros auxiliadores. Pernoctamos en Pancrudo. Decidido á escapar, pensé en el modo, y la casualidad me favoreció. No te refiero lo mucho que he padecido en mi huida; baste decirte que, por dos veces, me encontré patrullas enemigas, que no me vieron gracias á la oscuridad de la noche y á mi fortuna, que siempre me proporcionó un sitio donde ocultarme. Hallándome ya en el campo, era libre. Anduve toda la noche, pero sin pensamiento fijo, sin reflexionar, y fué grande mi sorpresa cuando al amanecer reconocí el terreno y vi que estaba á dos pasos de Bañón. ¡Cuántas vueltas habia dado aquella noche y qué cerca estaba del sitio de que más ansiaba separarme! Quise andar más, y no pude. Ya rendido, me senté en un barranquillo que me ocultaba perfectamente á las miradas de los que pasaban por el camino próximo. Al cuarto de hora vi un bulto; no podia distinguir qué era, porque el crepúsculo matinal tardaba en desaparecer; por fin me cercioré que era un anciano del cual nada podia temer, y salí de mi escondite. Le hablé rogándole me indicase el camino más recto para nuestra provincia, y me respondió que fuera en su compañía, pues él llevaba la misma direccion, y que aunque no llegaría á la provincia de Soria, lo ménos cuatro horas podríamos ir juntos. Roguéle que cambiase de vestido, y como el suyo no era más que unos cuantos guñapos hilvanados, no quería creer que yo hiciese tal disparate. Al verme despojar del pantalón y de la camisa, únicas prendas que los carlistas me habian dejado, y al ver que de cinco pesetas que tenía le dí dos, no necesitó más el anciano pordiosero para creer que no me burlaba. Allí, á la tenue luz del matinal crepúsculo, se vistió mi pantalón mientras yo me endosaba su miserable vestimenta. Nos pusimos en marcha hácia ese pueblo donde te encontré y donde hemos descansado; en el camino me enteró el anciano de lo acaecido en Bañón, lo cual yo no habia presenciado. Notable por demás es un suceso que el anciano me refirió. Tú conocias al Sr. Ayuso, uno de nuestros mejores oficiales. Al irlo á enterrar, pues fué uno de los veintiseis que fusilaron, resultó que estaba vivo y sin lesión: habia estado desmayado unas cuantas horas, y como en el reconocimiento que de los cadáveres hicieron los facciosos con el fin de rematar al que no hubiese muerto no hizo movimiento alguno, pasaron sin hacer caso de él, mucho más al ver en su frente los sesos y la sangre del compañero que murió á su lado, de quien saltaron á su rostro. Al sentir el Sr. Ayuso humedecida su frente por un liquido tibio, se desmayó: era sangre, y sangre de un amigo, de un hermano de armas (1).

El buen sacerdote que lo iba á enterrar, al verlo tan enfermo, lo ha llevado á su casa, sin temor á la responsabilidad que los facciosos le exigirán por auxiliar á un enemigo de ellos, por ejecutar accion tan generosa con un hombre, con un hermano.

Todo esto me ha referido el sargento que me ha acompañado á esta ciudad, habiendo oido de boca del pordiosero lo último que á V. he narrado; pordiosero que se separó del sargento poco ántes de llegar al pueblo donde descansamos y en el cual me encontré en la posada.

Durante el relato del asistente, mi madre, sin rodar una lágrima por sus mejillas y en un estado parecido al idiotismo, no hizo más que repetir mil veces estas palabras:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— Mi buen tio D. Octaviano tambien dijo otras mil veces:

— ¡Qué hombres! ¡Qué hombres!

—

el que estuvo unas cuantas horas en esta terrible situacion.

Y yo, á pesar de grabarse esta escena tan profundamente en mi memoria, no comprendí la terrible desgracia que me habia caído encima: era huérfano, ya no pronunciaria más esa dulce palabra *padre mio*, que es el encanto de un tierno corazon, sobre todo cuando se vé afligido. ¡Si tenia seis años! En el corazon de mi madre debia haber una lucha atroz; debia querer llorar y no atreverse por estar su hermano delante; su hermano, que tanto le habia hablado en contra de la guerra y de los guerreros, y de cuyos consejos hizo tan poco caso. Tal vez conoció mi tío que la importunaba, y salió de la habitacion con el asistente. Mi madre, al verse sola, cayó otra vez desmayada. Corrí á socorrerla, y no sabiendo qué hacer, la pegaba en el rostro, diciendo al mismo tiempo:

—¿Tambien te quieres ir con papá y dejarme solito?

Debí oír mis palabras mi pobre madre, pues volví en sí, me abrazó, juntó su rostro con el mio, y noté que me lo humedecía con un líquido caliente, cáustico: eran lágrimas que abundantemente desprendia de sus entornados ojos. Más de una hora estuvimos así; yo me cansé y la dije si me permitia ir á jugar con el caballo, pues hacia rato que no lo habia visto. ¡Pobre madre mia! ¡Cuánto daño debian hacerle mis palabras! Desenlazó sus brazos de mi cuello, y, corriendo y cantando, salió de la habitacion, donde ella continuó llorando. Para bajar al establo tenía que pasar por donde estaban mi tío y el asistente. Al llegar cerca de ellos oí á mi tío que decia:

—¡Qué hombres! ¡Dios mio! ¿Pues no se empeñan en probar que eres un necio y que las manos con que les has dotado no sirven más que para matar á sus semejantes. Cada vez me convengo más de que los gobiernos son unos insensatos ó unos infames. Si un demente coge un cuchillo, y en un arrebató, en una alteracion de su organismo ejecuta un crimen, le condenan las manos y se las atan á una columna para siempre: así lo disponen las leyes. Y, sin embargo, estos gobiernos no observan que dan el cuchillo á miles de hombres, para hacerlos dementes y que maten, porque esto es el armar los hombres bajo el nombre de ejército. Por lo que ha sucedido hasta hoy, debemos pensar que se engañan la razon y la naturaleza al decirnos que las manos nos las dió el Criador para que contribuyeran á nuestra felicidad y á la de nuestros hermanos los hombres. No hay duda: los gobiernos son insensatos ó infames, pues se oponen á Dios y lo insultan haciendo que nuestras manos no contribuyan á la felicidad ni de sus dueños ni de la humanidad. Y como no llenan el objeto para que fueron creadas, hé aquí que le enmiendan la plana al Sér Supremo. ¡Ah! cometen el atropello más impío tratando de modificar la obra del mismo Dios, tan llena de inteligencia. Francamente, cuando pienso en lo que convierten al hombre estos gobiernos, al no ver otra cosa que una cantidad de materia con formas humanas y corazon de hiena, homicidas y aun, mejor dicho, fratricidas, ¿dónde está, me pregunto, el rey de la tierra, el sér inteligente y creador hecho á semejanza de Dios y á quien Éste entregó el mundo? No lo veo, no. Y si alguno tratara de convencerme de que el mar es el destino del hombre, ¿mientes: será la única respuesta que le arroje al rostro. ¡Oh! ¿en qué timieblos riven gobernantes y gobernados! ¡Qué extraviados caminan sus entendimientos! ¡Qué de errores han producido! ¡Qué catástrofes han causado! ¡A todos nos perdone Dios!

Notó mi tío que estaba parado próximo á él y oyendo sus palabras, y al instante cesó de hablar: sin duda pensó al verme que su hermana lloraba á solas su desgracia, y corrió á consolarla. Tras él corrimos tambien el asistente y yo. Lloraba mi madre y mesábase los cabellos. Mi tío, con la dulzura de un padre, la tranquilizó.

—Nada temas, hermana, la dijo. Saturio no carecerá de padre; yo lo soy desde ahora, y tú misma tendrás tambien en tu hermano el apoyo que acabas de perder. Juro no abandonaré nunca y consagrar mi vida á tu bienestar.

Abrazáronse los dos hermanos. Mi madre únicamente dijo entre sollozos:

—¡Qué generoso eres, Octaviano!

Largo rato pasamos el asistente y yo mirando á mi madre, que lloraba, y á mi tío, que estaba silencioso y con la mirada fija en el suelo. El pobre asistente derramaba copiosas

lágrimas, y yo también lloré. Mas todo concluye en este mundo, y el asistente, apénas se hubo desahogado de tan triste penar, pensó en su situacion, y dijo:

—Señora, he cumplido mi triste deber para con V.; ahora voy á cumplir con otro, sagrado para mí. Hora y media dista de aquí mi pueblo, en el que tengo una madre querida, que tal vez esté llorando creyéndome muerto, pues no habrá dejado de saber nuestra derrota. Señora, es madre, y como tal le sobran las lágrimas: permitidme vaya á abrazarla y á pasar la noche á su lado, y mañana volveré á ponerme á las órdenes del comandante general de la provincia. Triste suerte es la mia tambien; la guerra civil es encarnizada: ¡quién sabe si cuando vuelva al servicio me tocará una bala, y mi cuerpo quedará abandonado en medio de algun monte donde sirva de pasto á los buitres. Adios, señora, voy á besar á mi madre, y Dios quiera no sea el último beso el que ahora la dé.

Marchó el asistente y nosotros seguimos llorando. Ya no oiria yo más descripciones de batallas; ya no me posaría en las rodillas de aquel hombre tan honrado y tan bueno, que ántes de marchar me abrazó y ofreció á mi madre y tío servirlos en cuanto pudiese.

CAPÍTULO III.

El hisopo.

A pesar de la muerte de mi padre no hubo variacion en mi casa. Yo continué yendo á la escuela, mi madre llorando y siempre triste, y mi tío satisfecho al ver mis adelantos en la lectura, siendo su mayor placer el que yo le leyese el periódico. Así pasaron cinco años.

Viendo mi tío que nada podia aprender ya en la escuela, habló á un catedrático de latinidad para que se encargara de instruirme en la lengua de Lacio, con el fin de que emprendiese una carrera literaria apénas poseyera esa lengua muerta que el Gobierno exigia á todo el que pretendia matricularse en las universidades. Dos años asistí á la cátedra de latinidad; en ella conocí y fui condiscipulo de Manuel del Palacio, quien, andádo el tiempo, habia de ser uno de nuestros poetas festivos más distinguidos. Con gran complacencia lo menciono aquí, siendo uno de los pocos personajes de mi historia que aparece con su verdadero nombre. Cuando un autor escribe sus memorias claro es que al describir los sucesos de su vida no puede inventar los personajes que en ellos juegan un papel más ó ménos importante, sino que tiene que presentar en escena los amigos ó conocidos que la casualidad le deparó.

Desde que la palmeta dejó de hacerme algunas caricias no he vuelto á hablar con Manuel del Palacio ni con un hermano suyo que tambien le acompañaba á la cátedra armado con su Nebrija. Marcharon ambos á la corte y no les hablé más. ¿Quién sabe si otra vez los encontraré? Quizá sí; hijos son de un honrado liberal que era muy amigo de mi tío Octaviano; liberales serán ellos como el autor de estas lineas: ambos tienen talento y se distinguirán, y, como piensan como yo, si de sus obras cito algunas lineas, éstas salvarán mi oscuro nombre y satisfarán á los que exigen del escritor ciertas garantías. Tambien conocí en esta cátedra á Julian Gregori, quien fué mi más querido amigo: era valenciano, y su padre tenía un empleo en Sorria. Perdonen los amigos de la niñez al que abusa dedicándoles este recuerdo tal vez inoportuno: así lo exige la exactitud de mi verídica historia.

Durante los dos años que estuve manoseando el *Tesoro* y el *Calepino* trabajó mucho mi tío para inclinarme al estudio de la Teología. No hubo dia en que, al sentarnos á la mesa, no me hablára de los beneficios que podria hacer á la humanidad eligiendo esa carrera y predicando un dia y otro dia la paz, único modo de ejercer verdaderamente el sublime ministerio del sacerdote cristiano, única manera de conseguir el ejemplo excelso de Jesus.

—¡Qué hermoso será, me decia, repetir á los pueblos las divinas palabras: Amaos los unos á los otros, amaos como hermanos! ¡Ah, si yo fuera jóven, Saturio, desde el púl-

pito arrojaría al rostro de los poderosos de la tierra las infamias que cometen por ambición, por capricho, porque de ellos se ocupe la historia. No temería á los fariseos de nuestra época como el Salvador no temió á los de la suya; y si los poderosos necesitasen una víctima, gustoso ofrecería mi sangre con tal que no hubiera ejércitos, y por consiguiente, guerras. De nada me ha servido predicar estas ideas: para haber dado fruto mi predicación me ha faltado cubrir mi cuerpo con el negro ropon que llaman sotana. Desgraciadamente cuantos visten ésta han unido sus intereses y su orgullo, su sed de riquezas y su sed de mando á la sed de riquezas y la sed de mando de los tiranos. Religión de amor y paz la de Jesús, la han convertido en religión de odio y guerra: esto deben los pueblos á los ministros de Dios y á los poderosos. ¡Oh, hijo mío! Vea yo ostentar en tu mano la palma que ostentó Guillermo Savonarola ántes que el báculo que empuñaron Inocencio III, Bonifacio VIII y Leon X.

Agradábame ser sacerdote, y oía con gusto á mi tío. ¿Qué muchacho habrá que no le llamen la atención los salientes colores que en las ceremonias visten nuestros sacerdotes? ¿Qué muchacho habrá que no haya hecho en su casa un altar, que no haya imitado el *decir misa*?

Decidime á estudiar Teología, contribuyendo quizá á esta decisión esos magníficos y dorados trajes, sólo los trajes, porque á mi edad no se piensa en las riquezas. Muy grande satisfacción experimentó mi tío el día que le dije que sería teólogo, apresurándose á pedir mi entrada en el Seminario conciliar del Burgo de Osma. Consiguió pronto su deseo, y como comenzase el curso á los pocos días, me separé triste del lado de mi querida madre, quien, aun más triste que yo, le parecía poco el deshacerse en lágrimas. Mi tío no me dijo más sino que era necesaria nuestra separación si había de llegar algún día á ser hombre.

Los primeros días que ocupé una celda en el Seminario fueron tristísimos; la nostalgia se apoderó de mí. ¿Quién no hecha de ménos las caricias, el dulce hablar de una madre? Mucho contribuyó á mi tristeza la creencia mía de que en el Seminario hallaría amigos, y aun más que amigos hermanos, y no hallar en aquel sitio otra cosa que la befa y el escarnio. Hay en los seminarios la bárbara costumbre de burlarse del infeliz principiante que pisa por vez primera aquellos umbrales. No describo los actos, propios de gañanes más que de jóvenes que tratan de educarse literariamente, que conmigo cometieron aquellos imitadores de los judíos; sólo diré que fueron pesadas sus chanzonetas. Comprendiendo hubiera sido peor tomarlo por lo serio, me resigné á sufrirlas hasta que se apiadasen de mí.

Mucho sufrí durante los tres primeros meses. Por medio de rayas en la pared contaba con afán las horas que faltaban para abrazar á mi querida madre en cuanto llegasen las vacaciones de Navidad. Llegó, por fin, el momento deseado. Antes de abandonar por unos días el Seminario me dieron la orden de pasar á la Secretaría, donde me entregaron una carta de Urias para uno de los párrocos de mi ciudad natal. Después de llegar á Soria y abrazar á la que me dió el ser y á mi buen tío, entregué la carta al sacerdote á quien la dirigía, el cual, apenas concluyó de leerla, me dijo que él era el encargado de velar mi conducta durante las vacaciones; que tenía que acudir todos los días á la misa que él celebrara, á la que precisamente había yo de ayudarle, y que siendo obediente probaría mi vocación para el sacerdocio. No cuento, por haberlas olvidado, las mil órdenes parecidas que me dieron.

Comprendí entónces la presión en que el clero vive, presión ejercida regularmente por los que cobran más. Todos son espías unos de otros, y ¡ay del que exprese alguna idea liberal ante sus compañeros! Estos, con las órdenes inquisitoriales que tienen, darán parte á su Prelado, y comenzarán á llover los infortunios sobre el desgraciado ministro del altar que piense como no piensa su jefe. La tolerancia de estas buenas gentes se reduce á .ó piensas como yo, ó mueres. •

•¿Qué importa que Jesús admitiese al fariseo y al publicano? Somos ministros de un

Dios de tolerancia mientras no se trate de cercenar nuestro poder; pero toda vez que esa fatal manía de pensar, esas ideas modernas no tienden más que á cercenarlo, guerra á muerte á las ideas liberales, no hagamos caso de *mi reino no es de este mundo*.

Cabizbajo y contrariado me retiré á casa, pues creía que por unos días no madrugaría tanto como en el Seminario, y que me vería libre de la fiscalizadora mirada de los bedeles y demás superiores. No sucedió así no obstante de estar en vacaciones. No he conocido á nadie que le agrade madrugar cuando hace un tiempo cruel; pero aún debe agradar ménos en Soria á últimos de Diciembre. Siberia y Soria son hermanas. La pereza me dominó y falté á la misa que á las siete de la mañana decía el buen párroco á quien fui recomendado. Avisó á mi tío que no asistía á su misa, y era verdad; pero yo creía no faltar á los deberes de un seminarista oyendo otra que se celebraba á las once de la mañana.

Desde este momento comienzan á parecerse los primeros pasos de mi vida á algunos de los sucesos de la vida de Gil Blas de Santillana. Comencé por ser héroe de una novela picaresca para concluir por ser héroe de una novela de andante infantería, órden de caballeros que el siglo xix tiene encima por ser tan poco reflexivo, por no haber observado que estos caballeros ostentan en la hoja de sus espadas el mismo mote y tienen además las mismas ordenanzas que los caballeros que echó por tierra la pluma del inmortal Cervantes: combatir libros disparatados es combatir los personajes que llevan á cabo esos disparates.

Preciso es, ántes de referir mis picarescos hechos, mencione al personaje que tanta parte tomó en ellos, pues tal vez sin sus consejos no me hubiese atrevido á realizarlos.

Don Simon de Santiago era el más íntimo amigo de mi tío; ambos tenían la misma edad, y desde la niñez los unió la más estrecha amistad. No pasó día que éste no buscase á aquél ó lo aguardase para pasear juntos. La repetición de estos paseos creó la costumbre, y ésta se convirtió en necesidad imperiosa. Espejo de la amistad llamaba la numantina gente á los dos amigos al verlos por tanto tiempo tan unidos y sin que el más ligero disgusto empañase aquel tan grande afecto. Eran Pilades y Orestes; eran el Retógenes y el Megara de la moderna Numancia.

Orgullosa debiera estar la ciudad por contar entre sus hijos á D. Simon de Santiago; descendía del famoso Bartolomé, el bravo comunero que con su esposa Leonor fueron los primeros mártires de la libertad española á consecuencia de la rota de Villalar. Contaba entre sus ascendientes la primera heroína de la libertad. Doña Mariana Pineda no puede disputar este lauro á la esposa de Bartolomé de Santiago. No sólo D. Simon honraba á Soria por su apellido, sino también por lo brillantemente que había ejercido todos los cargos honoríficos que sus conciudadanos le habían encomendado. Venido al mundo en la época azarosa en que liberales y realistas se disputaban el poder, abusando éstos de la cachiporra apenas el rey Fernando el Ingrato les daba las riendas del Estado, ya en 1825 se distinguió siendo el dique de los realistas, quienes sin la entereza y consejos de tolerancia de D. Simon hubieran convertido la ciudad de Soria en un campo de palizas de ciudadanos contra ciudadanos. Predicando siempre la tolerancia, haciendo justicia al partido liberal, decía enérgicamente á los realistas: «que eran los vándalos de la política, mientras los liberales eran generosos, olvidadizos de las injurias grandes que recibían en todas las reacciones.» Y realistas y liberales respetaban á aquel moderno Aristides que tan valientemente hablaba por el bien de todos, que sólo por que reinara la paz entre sus conciudadanos se dejaba ver en los días borrascosos, días en que él tenía que arrostrar grandes peligros.

Por una anomalía de la caprichosa fortuna, aquel hombre, trabajador incansable por la paz de sus conciudadanos, no gozó un momento de reposo ni de paz bajo el techo en que se albergaba; y era más notable, o mejor dicho, una doble anomalía, el que fuera la causa de su *infernál situacion*, como él decía, su muy amada esposa llamada Doña Paz, y á quien D. Simon llamaba contradicción viva hasta de su nombre. Oír contar al pacificador soriano las diarias reyertas que con su mal humorada esposa sostenía, era destro-

zarse las mandíbulas de tanto reír; y si al referir sus conyugales y cotidianas contiendas imitaba la voz, los gestos y hasta el modo de arañar de su cara mitad, era preciso apelar, para no caer de risa, á sentarse en el suelo, si es que no se hallaba á mano algún mueble más á propósito.

Cuando mi tío veía á D. Simon no lo saludaba con esas palabras adoptadas por la costumbre, sino *¿por qué ha sido hoy, Simon?* Y era entónces el ver á D. Simon con su pacienciosa gracia historiar su último conyugal caramillo: ora porque su esposa le sorprendió *in fraganti* saludando á una vecina, é interpretó por una seña de inteligencia entre ambos el natural movimiento de cabeza que hizo al saludarla; ora porque al sentarse á la mesa D. Simon hubiese comido con más apetito, y Doña Paz tradujera aquella necesidad de la naturaleza humana como la prueba de la satisfaccion experimentada por haber conseguido alguna femenil victoria; ora por pasear siempre con mi tío, asegurando que entre ella y su amigo preferia á éste, y así podriamos oír á D. Simon mil oras producidos todos por las interpretaciones hechas á gusto y medida del mal humor de su costilla.

Conocido ya por nuestros lectores el amigo de mi tío, no les extrañará la parte que D. Simon de Santiago tomó en mis aventuras picarescas. Él, tan bueno, tan honrado, si daba un consejo despues de haber tenido con su esposa alguna de padre y muy señor mío, solia participar de cierta malicia algun tanto cruel, parecida á la continuacion de la dureza del genio de su mujer: el consejo seria justo siempre, pero algo doloroso para el que no tuviese la razon de su parte. Uno de los dias de mis vacaciones vino, como de costumbre, á reunirse con mi tío para pasear. Mi tío estaba ocupado, y le rogué que esperase un momento. Así lo hizo. Comenzó á pasear apresuradamente por la habitacion, y por su comprimido lábio inferior comprendí que la contienda que con su esposa habia tenido aquel dia habia sido mayúscula.

Yo estaba repasando una de las lecciones más difíciles que en el aula del Seminario nos habian explicado en aquellos tres meses últimos; me encontraba triste, no por la dificultad de la leccion, sino por el disgusto que me ocasionaba el pensar que de allí á unos dias tenia que alternar otra vez con mis condiscipulos, aquellos buenos amigos que tanto me hicieran sufrir sin otra causa que el ser novato en el Seminario, aumentando mi tristeza las quejas que el párroco á quien entregué mi carta de Urias dió á mi tío, valiéndome por parte de éste una buena sermonata. D. Simon observó mi tristeza, y creyó que él era la causa, pues habia mostrado su mal humor y aspereza delante de mí. Apénas pasó un momento, en que debió pensar que ninguna culpa tenia yo de que su esposa fuera tan regañona, se apresuró á sonreír y á preguntarme euál era la causa de mi afliccion. Al ver el interés que se tomaba por mí el amigo de más confianza que entraba en mi casa, quien ya me habia librado muchas veces de las sermonatas de mi tío siempre que habia cometido faltas propias de mi corta edad, no pude ménos de confesarle mi situacion. Con lágrimas en los ojos le referí que, como seminarista, estaba obligado á oír misa todos los dias, lo cual hacia; pero que, por un capricho del párroco observador de mi conducta, no me valian las que oía, pues precisamente habian de ser las que él celebrase á una hora bastante intempestiva, debido tal vez á los dolores gotosos que dicen padecia el buen sacerdote, quien se habia quejado á mi tío de mi desobediencia.

—Eso no es más que lo que has dicho, Saturio; un capricho del párroco porque, todas las misas son iguales, valen lo mismo. Te daré un consejo, que si te atreves á realizarlo seguro puedes estar que no se volverá á quejar ese buen sacerdote de tu no asistencia á su misa. No pasaria á aconsejarte de la manera que lo voy á hacer si la exigencia de ese párroco fuera razonable; pero una vez que es un capricho lo combatirémos con otro capricho. Mira, Saturio, mañana mismo madrugas mucho; yo tambien madrugaré para darte ánimo. Así que te levantes vas á la sacristía, y cuando al vestirse el cura para celebrar se cubra el rostro con el alba, como no verá nada, le das un pisoton en el pié, pues sé que padece mucho de los callos. Despues de hacerle ver las estrellas le pedirás perdon; yo acudiré en

seguida y trataré de excusarte; ya verás cómo desea que no vuelvas á presentarte delante de él. Nada, valor; y si te dá buen resultado esta primera parte de mi consejo, mañana te diré la segunda. Ya harémos de modo que ese párroco te tenga siempre en la memoria, y conseguiremos que escriba al Seminario diciendo que has asistido demás á su misa.

Cuando D. Simon concluía estas palabras, salió mi tío y se marcharon á su paseo acostumbrado. Pensé un rato en tan extraño consejo, y decidí ejecutarlo. Lo único que podía resultar era despedirme del Seminario á consecuencia del mal informe del cura, y ese resultado quizá lo deseaba. Dormí con cuidado, como si estuviese en la celda del Seminario. Al toque de alba comencé á vestirme y acudí á la iglesia. Al poco rato vino D. Simon y se arrodilló cerca de la puerta de la sacristía. Me iba arrepintiéndome ya de haber pensado realizar una broma tan pesada con mi exigente párroco; mas al ver al lado mío á D. Simon recuperé mi decaído valor. No se hizo esperar mucho el celebrante. Después de una corta oración, entró risueño en la sacristía y me dijo:

—Hola, caballero, parece que hoy se madruga como el hijo de mi madre. Bien, bien.

Y comenzó á quitarse el manteo para aproximarse á la mesa donde el sacristán tenía preparadas todas las vestiduras necesarias para la celebración. El instante se acercaba; yo continuaba sereno y decidido; miraba de cuando en cuando á D. Simon, y noté que éste no dejaba de observarme. El cura seguía preparándose para revestirse; sacó el pañuelo de uno de los profundos bolsillos del chaqueton que llevaba bajo la negra y gastada sotana; tras el pañuelo una preciosa caja de concha con labores de plata, grande y llena de aromático rapé; ambos objetos los colocó en la mesa, cerca de la casulla. No he conocido un sacerdote que de jóven no haya sido un gran fumador, así como cuando llega á una edad avanzada no sea amigo del *polvo*; y, como están libres de los numerosos gastos ocasionados por la familia, suelen tener orgullo en que sea una preciosidad el estuche donde colocan el tabaco ó el rapé, su más querido vicio. Ver yo tan preciosa caja, pensar la gran estima en que la teudría el cura, y cruzásemse por la mente una idea maligna todo fué una misma cosa.

—¡Oh, D. Simon, dije para mis adentros, no habeis de quedar descontento de mí; he de evitaros me digais la segunda parte de vuestro consejo; y si este es el camino que he de seguir para no madrugar tanto, desde mañana me considero en la cama hasta las diez cuando ménos; ya no me levantaré más al tocar al alba en un tiempo tan frio y cruel como éste.

Comenzó el sacerdote por besar y colocarse después el amito. Yo me preparé mientras se cruzaba y ataba las cintas. Rogué á San Saturio, patron de Soria, por que hablase en mi favor á sus colegas San Crispin y San Crispiniano para que me concediesen en aquel instante unos pisantes de primera fuerza, cual los del más herrado bipede nacido en Pravía ó Pilonia que en Madrid acarrea el líquido único que no se malicia: el agua.

Grande es nuestra religion cristiana, que nos ofrece mediadores para todos nuestros deseos: discurrid un antojo, y en seguida hallareis su patrono.

Después de puesto el amito cogió el alba, y, al introducir la cabeza por ella, di un atroz pisoton al buen cura, mientras mi mano derecha cogia la caja de concha y la colocaba encima de la casulla, al borde de la mesa.

Balbuzeaba yo un «V. me perdone,» mientras el sacerdote pronunciaba con rabioso acento una palabra que yo no me hubiera atrevido á decir por temor de confesarla. Quedóse un rato sin movimiento por el agudo dolor que le produjo mi pisoton, y debiera tener una cara hosca, fea, que no podia verle por impedirlo el alba, que le servia de antifaz: si hubiera logrado vérsela, regularmente me hubiese reído y todo lo hubiera echado á perder.

Pasado el momento de quietud, concluyó de introducir la cabeza por el centro de la recogida alba, y entretenido en decirme:

—Hijo de la... no hay muchacho más torpe que tú,

Agarró furioso y precipitado la casulla para endosársela, no advirtió que sostenia la pre-

ciosa caja, y ésta fué á estrellarse contra una de las paredes de la sacristía. ¡Pobre caja! Yacía en el suelo hecha pedazos, mientras el aromático polvo regaba las baldosas de la sacristía dándolas un tinte rojizo. Cuando vio su querida caja rota, deshecha, no se pudo contener.

—Marcha, me dijo, y no vuelvas á ponerte á presencia mia.

Yo, sollozando ó fingiendo que sollozaba, puestas las manos en los ojos, salí despues de coger mi sombrero; pero no sin que me alcanzára la punta del pié no pisado por mí, y que posó en mis asentaderas, sirviéndome de aviso para salvar en dos brinco la corta distancia que mediaba hasta la puerta de la sacristía.

Corrí al lado de D. Simón, el que, mientras hincaba la rodilla, murmuraba:

—¡Bravo, Saturio, bravo!

Oímos con mucho recogimiento la misa, aunque mi pensamiento estaba dominado por la rotura de la famosa caja. Pero el mundo es así: llama devoto al que en la iglesia está sin movimiento alguno, aunque su pensamiento esté combinando algun crimen. El culto exterior tiene muchos puntos de contacto con el arte de la declamacion. Concluida que fué la misa, salimos de la iglesia. Ya en la calle me dijo D. Simón:

—Comprendes, Saturio, más de lo que te se dice, y no tengo que añadir la segunda parte de mi consejo: eres un buen entendedor, y media palabra te ha bastado. Ahora irémos á casa y nos desayunaremos: ten confianza y no pienses más en madrugar, porque el cura tiene motivos suficientes para no olvidarte en mucho tiempo.

Así lo hicimos, y fuí á desayunarme á casa de D. Simón, acompañándonos su esposa Doña Paz. Despues de despedirme de ellos, cuando bajaba por la escalera oi gritos femeniles: era Doña Paz que pedía estrecha cuenta á su esposo por haber madrugado. Yo, que entónces sólo pensaba en irme á jugar, en vez de subir con el ramo de oliva, procuré salir cuanto ántes de aquella casa.

CAPÍTULO IV.

La espada.

Felicísimo fué el resultado que produjo la realizacion del consejo de D. Simón. Ni aun á mi tío se volvió á quejar el buen párroco.

Doce ó catorce años han trascurrido desde los sucesos que llevo referidos hasta el momento en que escribo estas lineas, tiempo insuficiente para hacerme olvidar la sentencia que oí á D. Simón pocos dias despues del suceso de la sacristía, cuando, al despedirme de él para volverme al Seminario, me dijo:

—Saturio, ya ves los buenos resultados que obtuviste por seguir mi consejo. Procura no olvidarlo, y ten presente que si á las clases privilegiadas, es decir, al clero, á los reyes ó á la aristocracia les pides respetuosamente alguna cosa justa, te la niegan; si les amenazas, te amenazan con las leyes, con los castigos y con las penas eternas; pero si les das sin hablar, se callan porque su misma conciencia los acusa. ¡Oh! siempre he visto perderse las más justas ideas de los pueblos por ser generosos éstos en el momento que pueden realizarlas, cuando una revolucion los hace soberanos.

La experiencia me ha confirmado despues que el consejo ó sentencia de D. Simón era una gran verdad. Los pueblos nunca hacen las revoluciones por capricho; éstas siempre son el resultado de la explosion de la noble indignacion producida por las injusticias: si alguna vez se malogran estas explosiones, si no dan el apetecido fruto, es por la generosidad de los pueblos, generosidad que luégo cuesta ríos de sangre.

Despues de la triste despedida de mi madre y de mi tío volví otra vez al Seminario, donde reanudé mis estudios con el padre Lárraga, autor el más indigesto que he tenido en mis manos, y que, dados los adelantos de las ciencias, nada enseña. Los seminarios se

empeñan en seguir estacionarios, si es que no tratan de retroceder, lo mismo en ciencias que en ideas políticas. Para ellos la humanidad no marcha, y, al quedarse atrás, gritan *esto se va*; y es que ellos no vienen. Estas retrógradas ideas serán la causa de que se vierta mucha sangre en nuestra patria, y acaso en todo el mundo, pues presumo que en las demás naciones los seminarios serán el plantel de los que tratan de estorbar el paso de la progresiva marcha de la humanidad.

Tres meses pasaron haciendo un día lo mismo que otro, dando la campana la orden de estudiar, de comer, de vestir, de todo; moviéndose la comunidad como por un resorte, apenas la campana sonaba. El compañero de cuarto que tenía era muy simpático, lo cual fué bastante causa para que nos uniera una estrecha amistad. No hablaría de él si no fuera porque llegó á ser víctima de una injusticia. Los dos fuimos desgraciados, siendo la causa de nuestra desgracia el orgullo de nuestros maestros de mansedumbre, de los que nos predicaban la paciencia como una de las mejores virtudes del cristiano. Al decir que fuimos desgraciados me refiero sólo á lo que atañe á nuestra comenzada carrera eclesiástica.

Habrá quien juzgue que trato duramente á un Obispo y al Rector del Seminario al narrar los hechos por los que de éste nos expulsaron; pero al referir mi historia me ha propuesto decir la verdad y exhibir al público dos personajes del alto clero. Al someter estos hechos al imparcial y severo fallo de la opinion pública, espero sin temor su juicio.

A los tres meses de mi vuelta al Seminario recibí una carta de mi tío Octaviano, en la que me avisaba que mi madre estaba enferma y que pedía con insistencia verme, por lo cual era necesario rogára al Sr. Rector del Seminario me permitiese dejar el establecimiento por unos dias. Yo confiaba accediese á mi peticion, no sólo porque iban á comenzar las vacaciones de Semana Santa, sino tambien por haber concedido igual permiso á otros alumnos paisanos míos. Apenas recibí la carta se la entregué al Sr. Rector, quien al leerla hizo asomar á sus labios una sonrisa de desconfianza: quizá creyó que era un pretexto inventado por mi tío para conseguir con más facilidad su peticion. Contestóme el señor Rector que pasára al palacio episcopal, pues S. I. era el que podia ó no acceder á mi pretension. Salí desanimado de la habitacion del Sr. Rector, porque sabia que palacio no se abria para mí hasta el otro día á las diez de la mañana. Llegada esta hora fui á visitar al Sr. Obispo, quien me recibió con amabilidad. Al entregarle la carta me contestó que acudiera al Sr. Rector, que era el jefe del Seminario. Volví otra vez á casa del Sr. Rector, quien me dijo que, sin la concesion del Sr. Obispo, no sé atrevia á darme licencia alguna.

—¡Por Dios, Sr. Rector, pensad que mi madre se muere! exclamé yo.

Nada me respondió, y yo, indignado al verme convertido en juguete del Obispo y del Rector, dije á éste:

—Si le ocurre á V. algo para Soria, puede mandarme lo que guste.

Viendo que tampoco me contestaba, me dirigí á la posada, donde el propio que me habia traído la carta me esperaba, y nos pusimos en camino.

Aquella misma noche á las diez abrazaba á mi tío Octaviano y velaba á mi madre, que hacia pocas horas habia espirado, y cuyo último beso hubiera podido recibir si el Rector me hubiese dado su permiso oportunamente. El corazon de una madre se engaña pocas veces. Al pensar afligido en nuestra última despedida, recordé que habia sido muy triste como si mi madre presintiese que no me volveria á ver más. Sentí su muerte como se puede sentir en tan corta edad, pero sin calcular la inmensidad de mi pérdida. ¡Pobre madre mía! Ni una vez asomó la sonrisa á sus labios desde que perdió á su esposo! La acompañé á la última morada, y sólo allí comprendí que para siempre habia perdido una madre.

Al volver á casa nos encontramos con un oficio de la Secretaría del Seminario: era un aviso que dirigia á mi tío diciéndole que desde aquel dia quedaba despedido del establecimiento. Referí entónces á mi tío y á varios buenos amigos que nos acompañaban cuando

me había sucedido en el Burgo, y acordaron que al siguiente día marcháramos mi tío y yo á presentarnos al Obispo, al que rogaríamos perdonase mi calaverada. El martes santo al amanecer llegamos al Burgo. A las diez logramos ver á S. I. Durante nuestra visita permaneci en la postura que adopté para besarle el anillo, es decir, de rodillas; pero ni los ruegos y razones de mi tío Octaviano, ni mi arrepentimiento, consiguieron nada del Obispo. Las únicas palabras que obtuvimos fueron «que era rebajar su dignidad admitir en el Seminario al que horas ántes había sido despedido.»

Si sentí esta respuesta fué solamente por mi tío, á quien veía sufrir y violentarse por tanto pedir gracia para un hijo que no había cometido otro delito que amar á su madre ¡Pobre tío mio! Aún recuerdo sus últimas palabras:

—Bien, Sr. Obispo, que no sea admitido en el Seminario ese infeliz niño sin padre y sin madre; pero oid de mis labios esta terrible verdad. Desgraciados mortales si fuerais Dios, puesto que para S. I. no hay arrepentidos. Levanta, Saturio: de nada sirve doblar la rodilla ante los duros de corazón.

Nada le respondió el Obispo; sólo nos indicó con la mano que podíamos retirarnos.

Volvimos á Soria sin hablar ni una palabra en todo el camino; mi tío dominado por la impresion de tan inútil viaje, yo pensando en el disgusto que á éste había ocasionado. Cuando llegamos á la ciudad nos aguardaba D. Simon, quien había adivinado la negativa del Obispo. Consoló á mi tío; pero con razones contundentes, experimentales, como él las llamaba. Citó á casa á los estudiantes que habían venido con licencia del Rector á pasar con sus familias las vacaciones, quienes nos dijeron que para obtener la licencia del Obispo se valian de un canónigo de la colegiata de la ciudad, que había sido capitán en las filas absolutistas, el cual les daba cartas de recomendación para los jefes del Seminario. Apenas marcharon los estudiantes, dijo D. Simon:

—Haz, Octaviano, que por tu sobrino no circule sangre de un liberal; que sea un tonto que á todo responda *magister dixit*, ó que piense en todo como el alto clero, y acaso consiga terminar sin obstáculos la carrera eclesiástica: de no ser así, difícil encuentro que lo consiga.

Pensó mi tío en las razones de D. Simon, y se convenció que el alto clero sólo estaba compuesto de jefes carlistas, y que, por consiguiente, el hijo de un capitán liberal no podía ni debía esperar nada de aquellas rencorosas gentes. Pensó igualmente que, aunque yo consiguiera ordenarme, no podía tener pensamientos diferentes á los que tiene el alto clero sino á costa de crueles persecuciones, y que no podría realizar su más vehemente deseo de hacerme un misionero de la paz perpétua: pensó asimismo que si era clérigo, ó me vería padecer mucho, ó ser un embaucador como los demás; nombre que merecen con justicia, según decía mi tío, por consentir hombres armados para matarse en las batallas, á pesar del quinto mandamiento de la ley de Dios; por no ascender á las gradas de la tribuna sagrada todos los días á predicar á favor de la paz, aconsejando á los poderosos la extincion de los ejércitos, á los padres que nieguen sus hijos para que sirvan de soldados, y á éstos que arrojen las armas. Estar preparados para la guerra, dista muy poco de la realizacion de las grandes matanzas, y Dios no sólo dijo *no matarás*, sino que añadió: «amaos como hermanos.» Nunca el clero predica contra los hombres armados, y no lo hace por conveniencia; ha unido éste sus intereses á los intereses de los tiranos, y juntos los defienden, y sus mejores defensores son esos hombres armados. ¿Qué importa que Jesus reprendiera á Pedro el uso de la espada? En cambio al clero le oirás predicar en favor de la guerra, del exterminio de los liberales que les recuerdan las palabras de Jesus: «Mi reino no es de este mundo.»

—Razón tienes, Simon, contestó mi tío: mi sobrino debe pensar en estudiar otra carrera. ¿Cuál te agrada, Saturio?

Yo, sin notar siquiera que volvía á darle otro grande disgusto, sin responder, cogí una espada de mi padre que yacia en un rincón donde su buen asistente la había colocado á

volver de Bañon; espada que le servia los dias que vestia de gala y que llevaba en los viajes introducida en las correas de la maleta, pues la que usaba en las batallas se la quitaron los carlistas momentos ántes de fusilarlo. ¡Pobre tío mio! ¡Cuántos sinsabores te he ocasionado! ¡Qué ingrato he sido contigo! Cuando cogí la espada recuerdo que permaneciste silencioso, que palidieron tus mejillas y que miraste á D. Simon como preguntándole: ¿es cierto lo que veo? Despues de un momento de significativo silencio vi en tus labios la sonrisa, y en seguida me dijiste con dulce acento estas palabras:

—No me opondré á tu determinacion; pero ántes debo aconsejarte, hijo mio. ¿Recuerdas la prematura muerte de tu padre? ¿Has olvidado la inmensa pesadumbre que durante siete años agobió á tu infeliz madre, y que contribuyó tanto á acelerar su vida? ¿Por qué te opones al pensamiento de Dios, que, al crearte, te manda conserves la vida, demasiado corta para alabar las inmensas bondades que le debes y para admirar su sabiduría infinita? ¿Por qué exponerte á perder la existencia que te dió? ¿Crees, Saturio, que tienes derecho á matar á un semejante tuyo de quien no has recibido ofensa alguna y á quien ni siquiera conoces? ¿Juzgas acaso suficiente motivo para empuñar una arma fraticida el que un rey ó sus consejeros te digan que aquél con quien vas á pelear es el enemigo de tu patria, de tu religion y de las leyes que ellos hicieron? ¿No es el mundo la patria del hombre? ¿No somos todos los hombres hermanos? Esas leyes que á gusto de los reyes se hicieron, ¿no son injustas y opuestas á la ley de Dios, que te ordena *no matar* y que te manda perdonar á tu enemigo? ¡Oh, hijo mio! quien semejante carrera elige comete un delito, y el que comete un delito de esta clase reniega de su Criador. Reflexiona, Saturio, que eliges el cargo más repugnante y más deshonoroso que hay en la humanidad: el de fraticida. ¿Piensa en que puedes ser muerto despues de haber matado, y rehusa, por Dios, desempeñar en la sociedad el miserable papel de Cain. Deja de aspirar á ser un héroe á lo Napoleon; desprecia los aplausos y honores adquiridos en las batallas; desdeña semejantes laureles, porque el porvenir juzgará la palabra victoria con más horror que la palabra hecatombe. La historia, hasta hace poco, ha sido patrimonio de unos cuantos escritores interesados en alabar las matanzas y adular á los reyes que las llevaban á cabo ó las mandaban realizar, pero de hoy en adelante la escribirán los hombres imparciales y sensatos, que llamarán, con justicia, asesino al que mata y tirano al que abuse de la fuerza para dominar á sus semejantes. Pudiera darte otras mil razones para que desistieses de tu intento; pero bastan las expuestas. Si á pesar de mis consejos eliges esa bárbara carrera, no creas te violente para hacer que estudies otra, no; en mis ideas no entra el esclavizar á nadie. Si así te hablo es porque creo que te conduzco al bien que deseo, y que es mi deber procurarte.

Yo no sabia qué hacer. Oía por un lado las convincentes razones de mi tío; pero, por otro, el vistoso uniforme militar me atraía, me fascinaba. Nada respondí, pero continué abrazado á la reluciente espada de mi querido padre.

—¿Sabes, Octaviano, dijo D. Simon, que no es un disparate la inclinacion del chico? Por de pronto esta pícara y mal aconsejada sociedad, que todavía ve en los hijos la deshonra adquirida por los padres, juzgará á Saturio, hijo de un capitán, como si fuese militar, es decir, deshonorado. Esto lo digo por contradecir tu opinion de que el porvenir juzgará deshonrosa esa carrera, porque con dificultad lograrás que la sociedad deje de decir en adelante: «á tal padre tal hijo.» Además, ¿qué otra carrera más conveniente puede elegir tu sobrino? ¿No ofrece la carrera militar ventajas á los hijos de los guerreros muertos en el campo del honor? ¿Hay hoy día carrera más corta, más honorífica y de más porvenir? Observa, Octaviano, que los militares lo son todo: ellos son los que dan nombre á los gobiernos; ellos los que dirigen el timon de la España. Los Campomanes, los Ensenadas, han dado plaza á los Narvaez y Esparteros; las letras y las leyes han sido sustituidas por el duro acero. ¿No es más fácil conseguir el llegar á ser hombre notable ciñendo un pedazo de hierro que siendo conocedor del Fuero Juzgo, de la Novísima y de cuantas leyes se conocen desde Lieurgo hasta nuestros dias? Tal vez respondas, Octaviano, que así va ellos

pero eso no quita que cuanto te digo sea una gran verdad. Añade á esto el que siendo la carrera tan corta, de aquí á dos años la patria se encarga de llenar el comedero á tu sobrino. Aunque esta razon no es muy poderosa para tí, que amas mucho á Saturio, á quien darías tus intereses con tal de hacerlo un hombre útil á la patria, todo se debe mirar, porque al fin otras muchas carreras obligan á los padres á hacer grandes desembolsos. Además, no me queda duda de que desagradarás á Saturio oponiéndote á su inclinacion. En mi opinion, debes aguardar á que trascurren tres ó cuatro años y á que obre el convencimiento. Pasado este tiempo tal vez consigas que tu sobrino varíe de inclinacion. ¿Qué muchacho no ha deseado ser cura y ha dejado de jugar á los altares? ¿Cuál no ha convertido los paños en espadas y los bastones de su papá en caballos, significando su inclinacion á ser soldado? Sólo á tí, Octaviano, recuerdo que te hacia daño el ver hombres formados y uniformemente vestidos; pero los demás, cuando niños, todos hemos mostrado cierta afeicion á jugar á los soldados. Y no es extraño: los vistosos colorines de las casullas y de los uniformes llaman seductoramente nuestra atencion y nos inducen en aquella edad á ser clérigos ó militares. Apénas nacemos se encargan los objetos brillantes de engañarnos; cuando agarrados al lleno y dulce pezon de nuestras madres nos acercan una luz, abandonamos el sabroso alimento para apoderarnos de ella, y ¡ay de nosotros si permitiesen que consiguiéramos nuestro deseo! ¡Sólo obtendríamos una quemadura! El mismo atractivo que la luz tienen esos dorados trajes del clérigo y del militar para los rapaces; y si la reflexion no impera, si sólo el traje es lo que nos induce á cantar misa ó á formar en un batallon, somos desgraciados toda la vida, nos quemamos como el niño que abandonó el pezon por coger la llama.

—No pienso hablar más del asunto, Simon, dijo mi tío; que decida Saturio. Al fin y al cabo su suerte es de lo que tratamos, y á nadie le importa más que á él; ¿debo hacer aún más que aconsejarle? No, porque entónces le obligaría á que variara su inclinacion. Réstame advertirle que vea en la soledad en que me deja; que reflexioné que el servicio del rey es cruel, pues, con escasas excepciones, casi siempre se está ausente de las personas queridas, mientras en cualquiera otra carrera las separaciones son periódicas, convirtiéndose despues en la inseparable union de los seres que amamos, union tan duradera como es nuestra vida, separaciones que no existen para los que habitan en ciudades donde hay establecimientos universitarios. Ea, Saturio, piénsalo detenidamente, y nos avisas tu decision despues de pasar estas festividades.

Era tarde, y como estábamos fatigados de la caminata, así que despedimos á D. Simon, nos fuimos á descansar. Sin pensar en mi porvenir ni en los disgustos que habia dado á mi tío, me entregué á Morfeo hasta el otro dia ya bien entrada la mañana.

Pocos dias despues, aunque con gran sentimiento de mi tío, marchaba por el correo una solicitud, en la que pedia se me concediese la entrada en el Colegio militar de Toledo.

Mi cambio del hisopo por la espada causó á mi tío muchas incomodidades y desazones. ¡Oh! ¡bien abusé del cariño que me profesaba! Ahora siento tanto como le hice padecer; pero juro enmendar mi falta en lo posible, respetándolo más y cuidándolo en su ancianidad con la misma solicitud que un buen hijo á su padre.

CAPÍTULO V.

El caballero cadete D. Saturio de Numancia.

Que yo anteponga nada ménos que tres títulos á mi nombre, te parecerá, lector, una gran tontería; mas si tienes paciencia y concluyes de leer este capítulo, en verdad te digo que has de hallar muy natural esas añadiduras á mi nombre. Si le place á un cadete el relumbrón de su uniforme, plácele tambien no omitir delante de su nombre los relumbrantes títulos que la sociedad le dá, y capaz será de retar á singular batalla al desgraciado que por olvido ó ignorancia no le endose el consabido tritratamiento al dirigirse á él. ¿Y cómo

no, si es una consecuencia del ridículo documento que con el nombre de limpieza de sangre se exige á todo bicho viviente que trate de entrar por las puertas del toledano colegio? Al dar mi tío los pasos necesarios para probar la *limpieza* de mi sangre, poco faltó para que enviase á paseo al ministro de la Guerra, al director del arma de infantería y á todos los mandones militares. Y en verdad que le sobraba razon en todo cuanto por este motivo me dijo. Aún me parece verlo pasear pausadamente de un ángulo á otro de su habitacion, y sonreirse irónicamente cuando me decía:

—¿Y aún persistes en ser militar, viendo que es una llamada carrera que comienza por una injusticia? Si todos descendemos de Adán, ¿quién maleó la sangre y cómo probamos que no descendemos de este *quidam* deslustrador de sangres? ¿Qué carrera es esa que hace recaer en tí las faltas de tus abuelos siendo tú inocente? ¿Qué estudio es ese que sólo el que tenga la sangre *limpia* lo puede comprender? ¿Dónde está la sangre limpia, de color azul ó qué sé yo qué color, que buscan los reglamentos de ese Colegio, si yo, siendo viejo y habiendo visto tanta sangre, aún no he logrado ver una que no sea roja? ¡Oh célebre Lavoisier! Tú, que sepultaste la maravillosa alquimia, haciendo que brotara de la tierra con que la cubriste la ciencia exacta que llaman Química, ¿de qué sirve tu análisis de la sangre de hombres, mujeres y niños, y de la tuya propia estando en la cárcel? ¿de qué sirve que afirmases que todas las sangres se componen de los mismos principios ó que en todas encontraste unos mismos componentes? Pero me extraña yo, y es muy natural que á la injusticia siga la necesidad. Ea, Saturio, aún tienes tiempo de elegir entre ser pazuato toda tu vida, ó llegar, eligiendo una carrera literaria, á acercarte á una ilustracion digna, grande y á la altura en que se hallan las ciencias en este siglo.

Seguí en silencio esperando que aquella justa indignacion de mi tío se desvaneciese.

No tardó á ser despachada mi solicitud favorablemente, gracias sin duda al espurgo de oficiales de ideas liberales que el partido moderado hizo el año 1845. Mi marcha á Toledo estaba muy próxima. Mi buen tío esperaba que ántes de partir para dicho punto me arrepentiria de la determinacion que habia tomado de ser militar. Mucho menudeó sus sermonatas con este objeto; pero, á pesar de esto, mi resolucion fué inquebrantable. No pasó un sólo dia sin que al sentarnos á la mesa oyese discursos parecidos á éste:

—Hijo mío: el hombre que se alista en los ejércitos, en lugar de apoyar su extincion, consiente el derramamiento de la sangre de sus hermanos, y el que esto tolera no ama las leyes dulces y pacíficas, y, por consiguiente, sus costumbres serán inhumanas. El hombre que no trabaje por la paz, no tiene sentimientos de piedad natural ni amor á la justicia. El que no trabaja por la conclusion de las guerras y por la extincion de los guerreros camina á la esclavitud, no es digno de ser hombre, porque las naciones armadas distan un paso de la ferocidad, la ferocidad está muy próxima de la corrupcion, y la corrupcion se halla muy cerca de la estúpida esclavitud. ¡Y tú vas á contribuir á la esclavitud de tu patria! Para oprimirla comienzas por ser esclavo del que tenga grados superiores al tuyo, del que cobre más que tú, sin tener presente que el servicio militar es la esclavitud de los blancos. ¿Y cuándo pretendes ceñir espada? Precisamente en el tiempo en que se verifican fiestas literarias, como las celebradas en la Provenza y en Cataluña, á las que van escritores de todos los paises con el objeto de establecer (como dice José Joaquín Ribó, —que es uno de los que con más asiduidad y talento trabajan en pró de la paz perpétua,—en sus *Crónicas catalanas*) la fraternidad universal que debería reinar entre todos los que se dedican al cultivo de las ciencias y las letras, y trabajan constantemente para que desaparezcan de entre los pueblos modernos las luchas de la *fuerza bruta*, y vaya substituyendo al choque de todas las armas destructoras de la humanidad el combate pacífico de la inteligencia, con la cual se conquista una gloria que siempre redunda en beneficio del progreso, ilustrando á las masas y enseñándoles las verdaderas teorías civilizadoras, sin hacer derramar jamás lágrima alguna; sin sembrar por do quiera la miseria, la devastacion y el luto. Ya ves en qué tiempo quieres vestir el uniforme militar; cuando los hombres de talento se aunan

para concluir con la atroz ocupación de guerrero; cuando los pueblos van á comenzar á odiar al que lo merece, llenando de negras cruces la fachada de la casa donde haya nacido un general, cruces que al mundo digan: «aquí nació un mónstruo»; y, finalmente, cuando las naciones van á ser justas al escribir su historia, hablando de los guerreros con palabras tan duras como duros fueron los golpes que repartieron en las batallas.

Por Dios, Saturio, elige otra carrera digna de la inteligencia del hombre, que es destello de la Divinidad, así como las ciencias son destello de la inteligencia. Y como la ciencia es el bien, Dios permitirá elevar tu entendimiento más allá del azul color de la atmósfera: al cielo. Aún es tiempo de que elijas el bien. Si te decides á ser militar, Dios no permitirá que tu entendimiento se eleve á esa altura, porque en la guerra todo es horrible, miserable, pequeño: la guerra es hija del odio, del genio del mal y de la discordia, y sólo se alimenta con lágrimas y ruinas. ¿Qué ciencia es el aprender á dar estocadas? Pues á esto se reduce el saber de un guerrero. Desiste, Saturio, de emprender esa maldita carrera en que no más se aprende á odiar á los hombres, cosa contraria á lo que Dios nos manda. Ya sabes, caro sobrino, que me había propuesto que fueras un filósofo al estilo moderno, de la escuela kraussista, que es la que más porvenir ofrece y cuyos principios aceptará sin tardar la humanidad entera. Para conseguir que amaras á este filósofo entraba en mi plan el que hubieras aprendido la lengua alemana, y que, al hacer despues aplicaciones de esos principios filosóficos á la paz perpétua, hubieras ayudado á la sociedad á realizar la profética expresión de San Pablo: «La humanidad toda formará una sola familia.» Mas mis cálculos han sido fallidos, porque al decidirte á ser militar no amarás otra filosofía que la de Charondas, filósofo de la escuela pitagórica que condenaba en sus leyes á ser expuestos en la plaza por espacio de tres días, en un traje femenino, á los ciudadanos que huían en el combate y á los que abandonaban la armada.

El hombre representaba entónces la fuerza, y hoy, como antiguamente, domina esa falsa idea, y creemos superior al hombre más fuerte. ¿No es verdad que hoy estamos igual que en aquella remota época, puesto que, como en tiempos de Charondas, merece alabanzas y una página reservada en la historia el hombre que no huye en las batallas? ¿Qué poco ha adelantado la humanidad despues de veinticuatro siglos que hace que existió Pitágoras! ¡Parece increíble que aún seáis pitagóricos los más de los hombres! Si hoy al que huye, al que abandona vuestras filas en la ruda pelea no lo vestís de mujer ni lo exponéis en la plaza, lo llamáis cobarde y lo condenáis á la bastonada ó á un presidio, exonerándolo ántes del vistoso arlequinado uniforme, á pesar de que, para los hombres sensatos, el que huye del combate demuestra tener más talento que el que se queda peleando: si en vez de combatir se tratára de razonar, tal vez el que huye no abandonára su puesto.

Seria interminable este capítulo si en él refiriese los infinitos y variados razonamientos que para acriminar la guerra se le ocurrían á mi buen tío, á quien proporcioné un nuevo disgusto el día de mi partida.

No pareciéndome bien desestimar la plaza de cadete que tenía concedida, y deseando salir de la penosa situación en que me hallaba, ginete sobre una parda mula y colocado entre dos baules, emprendí mi marcha para Toledo. Al abandonar mi ciudad natal un millon de ambiciosas ilusiones bullían en mi imaginación. Ora me figuraba que llegaría á ser un general invencible que arrastraría en mi triunfal carrera miles de enemigos; ora creía ver mi nombre colocado en la historia al lado de los Alejandro y los Césares.

Así hubiera seguido hasta Madrid si un tropezón de la cabalgadura que montaba no hubiese hecho medir el suelo al futuro conquistador del mundo, y me hubiera advertido que era mejor pensar en que iba caballero en una tropezona mula capaz de estrellarme, que no caminar por la engañosa región de las ilusiones.

Para que mi amor propio apurára la copa del sufrimiento, el arriero que me acompañaba era un tanto burlon, y, sabiendo que iba á ser militar, me dijo:

— ¡Tuya es la tierra, bravo guerrero!

Y al levantarme del suelo en que yacía magullado por el golpe, añadió entre zumbón y compasivo:

—¿Se ha hecho V. daño, mi alférez?

No puedo explicar la impresion que me produjo tan inesperado y brusco revolcón. Además de el dolor sentía que mi caída hubiera ocurrido precisamente en el momento en que el mundo me parecía pequeño, y cuando juzgaba no tener nada que conquistar. Como era yo algo supersticioso, llegué á creer que la desgracia que acababa de sufrir era ocasionada por no haber obedecido á mi bondadoso tío. Y no era de extrañar mi superstición: acababa de salir de la aula, donde había traducido en los clásicos latinos la vida de los guerreros romanos, quienes no aceptaban la batalla que el enemigo les presentara si no les era propicio el vuelo de ciertas aves ó si las entrañas de una víctima, examinadas por los arúspices, no indicaban la victoria. ¿Influirían en mí estas traducciones?

Por fin llegué á Toledo, me presenté al Director del Colegio militar, á quien entregué los documentos necesarios para mi ingreso en él, que se resolvería al día siguiente.

Desde allí me dirigí á una fonda, donde hallé varios jóvenes que aspiraban á lo que yo: á ser cadetes. Como la juventud es franca, muy pronto nos tratamos como antiguos amigos. De los cinco jóvenes que esperábamos para ser examinados, simpatiqué con dos de ellos, que, como yo, eran huérfanos y habían perdido sus padres en la guerra civil. ¡Muertos también en el campo del honor! Siempre me oigo pronunciar «campo del honor» recuerdo las razonables palabras que mi tío Octaviano decía sobre tan campanuda frase: Llamen en buen hora los tontos *campo del honor* al sitio donde se combate, al teatro de los asesinatos en masa; yo, aunque desacertadamente sea, lo llamaré *hacéldama*. ¿Acaso hay diferencia entre el campo donde enterraron á Jesús, muerto injustamente, y el campo donde muere y es enterrado el infeliz guerrero? ¿No llamaron á aquel campo el *campo de sangre*? ¿Por qué éste no se ha de llamar también lo mismo? ¿No fué muerto Jesús por el odio de los Escribas y Fariseos, así como los guerreros mueren también por el odio de sus semejantes? Si el *hacéldama* de Jesús fué comprado con el dinero de Judas, el campo donde es sepultado el guerrero es arrebatado á éste, hijo del pueblo, por el poderoso por quien pelea. ¡Oh necios hombres, que tanto alteráis el lenguaje! ¿Por qué no llamáis al «campo del honor» campo de los *fratricidios*? ¿Acaso no es éste su verdadero nombre? Negadlo si os atreveis?

Al siguiente día, cuando nos dirigíamos al Colegio, los tres huérfanos íbamos tristes, siendo la causa de nuestra tristeza el ver que los otros compañeros marchaban acompañados de sus padres, cosa que nosotros no podíamos hacer.

Cuando llegamos al Colegio ya estaban reunidos los examinadores, y si al verlos no experimenté ese natural temor que siente siempre el estudiante que se halla próximo á sufrir un exámen, fué porque, conocedor ya de la lengua de Lacio, poco me podía importar el responder á unas cuantas preguntas de gramática castellana y aritmética, que, con un poco de dibujo, eran las materias que nos exigían para ingresar en el Colegio. Como poseía todos estos conocimientos, fui aprobado, igualmente que mis compañeros.

Inmediatamente participé á mi tío el brillante exámen que concluía de hacer creyendo que así atenuaría el gran disgusto que le ocasioné al elegir el oficio de *carnicero humano*, como él llamaba á la carrera militar. En cambio guardé un profundo silencio acerca de los brutales sufrimientos que padecí en los primeros días de mi estancia en el Colegio.

La paga de la *manta*, como llaman en el Seminario del Burgo de Osma los estudiantes veteranos á las burlas que hacen á los novicios, corre parejas en lo brutal con la *novatada* (1) que los cadetes ejecutan con los pobres compañeros recién entrados en el Colegio. No describo estos actos tan bárbaros porque hacen poco favor al Colegio donde me eduqué.

(1) Consigno con gran placer que esta bárbara costumbre lo han sustituido los cadetes por un refresco que pagan los novatos á los colegiales antiguos.

Al ver que mi nueva carrera comenzaba por actos repugnantes, por burlas encaminadas á causar daño á los compañeros, me convencí de que la carrera de las armas era una novatada continua, cuyo fin principal consistía en hacer mal al prójimo á quien se considera enemigo; y comprendí la razon que tenía mi tío al llamar bárbara á la institucion militar.

Más se hubiera prolongado nuestra novatada si no hubiera sido por la alianza que los tres huérfanos nóvatos hicimos. Nuestra union concluyó con las burletas aisladas que algunos compañeros más atrevidos quisieron realizar, sin contar con los demás cadetes. La alianza con mis dos amigos huérfanos fué el lazo que unió nuestros corazones en una estrecha amistad. Todo el tiempo que estuvimos en el Colegio envidiaron nuestra verdadera amistad los colegiales, y fuimos llamados por ellos el triunvirato inseparable.

Siendo breve la carrera militar, breve será la relacion de mi vida de colegial. El capítulo inmediato bastará para referirla y para dar al mismo tiempo á conocer el carácter de mis dos queridos amigos.

CAPITULO VI.

Mis primeros amores.

Monótona es la vida de colegio.

Todos los dias, á la misma hora, ya sea una campana, ya, si el Colegio es militar, una trompeta, advierte á los colegiales sus obligaciones. Al poco tiempo la costumbre convierte al colegial en una máquina que se mueve al impulso de un toque.

Magnifico es oír la campana ó la trompeta cuando suena á saciar el apetito, tengas ó no gana de comer; lo es tambien cuando llama á silencio, tengas ó no deseo de comunicar alguna cosa al compañero. Verdaderamente que el cardenal Cisneros, que fué quien organizó los hombres en tropas regulares, ha tenido imitadores. No hay gobierno que allí donde se hayan de reunir unos cuantos hombres no los uniforme, no sólo en el vestir sino en todos los actos necesarios á la vida. No importa que la naturaleza les advierta que no es bello lo que es uniforme: lo que desean los gobiernos es crear hábitos serviles, porque así aseguran el prolongar su dominacion.

La noche no es igual al dia, el monte es diferente al llano; pero un hombre-soldado es igual á otro hombre-soldado, y ambos han de ser obedientes á las órdenes de esos gobiernos.

La organizacion militar, parto de un Cardenal ambicioso, cruel y tirano, tenía que ser consecuente y llevar su tiranía allí donde se trate de imitar, allí donde se trate de reglamentar los hombres.

Ya que de el cardenal Cisneros hablamos debemos decir que lo cubre un mar de sangre. Guerras sangrientas hubo ántes que él moviese la lengua en su deforme boca para dar la orden de estatuir tropas regulares; pero nadie podrá convencerme que desde entónces no han menudeado más las guerras, porque los ejércitos preparados no han necesitado más que una señal de combate para luchar, mientras ántes, interin se reclutaban guerreros; no se peleaba, y alguna guerra no se llevaba á cabo si la leva ó el alistamiento de soldados no daba el número suficiente para acometer la empresa proyectada.

Ejemplos hay en nuestra historia de que en las guerras contra los árabes se contentaron los cristianos con hacer correrías por los pueblos enemigos, sin tratar de presentar la batalla por ser pocos en número, pero suficientes para una algara.

El invento del cardenal Cisneros ha sido satánico; ha convertido la matanza infame en arte; el fratricidio horrible en noble ciencia militar.

A mi entrada en el Colegio toledano pensaba de otra manera: hoy he reflexionado al escribir estas líneas, y por más que hago por hallar alguna razon que favorezca ó justifique

la institucion de la carrera militar, no la encuentro; el resultado es siempre el derramamiento de la sangre de nuestros hermanos los hombres.

A los quince años este hórrido efecto está velado por el deseo de la gloria; á los veinticinco comienza el pensamiento á hacerse luz, á ser justo, á no ver más que la verdad.

Si la sociedad no hubiera estado dividida en clases privilegiadas y esclavas, el pensamiento del Cardenal no hubiera tenido razon de ser; quizá el mundo no llorara el horrible borron que se echó encima con el planteamiento de la organizacion militar.

El pensamiento del Cardenal fué un remedio heróico, dadas las circunstancias en que se hallaba; pero los pensamientos necesarios en una época, siempre que contribuyen á dominar á los pueblos, procuran los tiranos que tomen carta de naturaleza, concluyendo por eternizarlos.

Desde el cardenal Cisneros hasta aquí la historia se ha encargado de darnos la razon.

Los tiranos han dispuesto siempre de grandes riquezas ajenas, que han repartido entre sus aduladores, quienes se han encargado de dictar leyes para aherrojar á los pueblos.... Pero olvidaba que hace diez años era cadete, y un cadete no debe pensar tan gravemente. Dejo, pues, ese estilo afilosofado, adoptando el sencillo, único que debo emplear en la narracion de mi historia.

Si hasta aquí he sido un pequeño héroe de una novela picaresca, en adelante, puesto que una espada ciño á mi cintura, me convierto en un andante caballero al estilo del siglo xix.

Y en verdad, sapientísimo lector, que si te agradan los revolcones de las aventuras quijotescas, yo te ofrezco que asomará la sonrisa á tus lábios cuando leas mis primeras hazañas, que en nada cejan en lo portentosas y piramidales á las del nunca bien ponderado *Caballero de la triste figura*, de aquél de infinita fama que nació en uno de los pueblos que se levantan en las llanuras de la Mancha.

Estamos á mediados del siglo xix, y todavía se usan para armar caballeros las mismas fórmulas que en los benditos tiempos de mi maestro D. Quijote. Respondan al que lo dude esos necesarísimos y útiles caballeros de Calatrava, de Santiago y demás órdenes de caballería que, con sus cruces en el pecho, pasean las calles de nuestra España: ellos os dirán que recuerdan el espaldarazo que recibieron en el acto de su investidura.

Cosas tiene mi buen tí Octaviano muy razonables. ¿Cuántas veces me diria, cuando en el periódico leíamos: «D. Fulano de Tal ha sido armado caballero de tal orden, dándole el espaldarazo el maestre D. Zutano y siendo su padrino D. Mengano.» ¿Es posible, Saturio, que vivamos en la nacion donde existió D. Miguel de Cervántes Saavedra? Por Dios, mira á ver si has leido mal, pues pareceme que si no te has equivocado, está demás ese famosísimo libro llamado *Don Quijote de la Mancha*, que ha sido, es y será la admiracion del mundo.

No soy yo, lector, el que habla irónicamente de esas órdenes de caballería: es mi buen tí. ¿No te parece que haria mal en zaherir unas instituciones tan honoríficas siendo militar y cuando tan fácil es que yo pertenezca á esas órdenes? ¡Ah! ¿no dará placer á mi brillante humanidad (brillan mucho los doraditos de mi uniforme) el ostentar en el lado izquierdo de mi pecho un calvario, simbolo de haber alcanzado honor tan alto?

Al primer mandoble que consiga dar á un enemigo separándole del cuerpo la cabeza cual el segador separa la espiga de su caña, cáteate que soy caballero andante de estos tiempos, y no habrá documento en el que escriba mi nombre que no le anada la larga coletilla caballero de la orden de tal, gran cruz de la de cual, etc., etc. Ni aun para conseguir esto necesitaré repartir tajos con mi espada: en teniendo un amigo diputado, con facilidad alcanzará para mi títulos aporrillo, haciendo tan largo mi nombre como un calendario, ó, cuando ménos, como el de un príncipe, que esta gente siempre tiene muchos títulos pomposos y muy pocos de mérito.

Tal vez consiga estos títulos andando el tiempo; ahora me basta con ceñirme la espada: el calzarme la espuela vendrá despues. A los pocos dias de colegio fui uno de los que mon-

taron la guardia. Vive Dios que aquella noche que en vela pasó la flor y nata de los caballeros andantes cerca de sus armas, colocadas en la pila que servía para contener el agua que apagaba la sed del ganado de los arrieros que en la venta paraban, es igual á la noche que yo pasé de guardia. Vive Dios que aquel

.....Nadie las mueva
que estar no deba con Roldan á prueba,

que puso Cervino al pié del trofeo de las armas de Orlando, no se diferencia nada de la guardia que hoy en día hacemos los militares, ya dando paseos de cuatro pasos en el dintel de una puerta á guisa de vieja mula que saca agua de una noria, ó ya estando convertidos en pétreos guardacantones cuando estando de centinela nos hallamos parados. «¡Oh poderosa organizacion del hombre (como diría mi tío si me hubiese visto con la carabina al brazo, condenado á la inercia por unas cuantas alternadas horas), te compadezco; y pues te convierten en poste, sufre con paciencia tu cambio de un sér privilegiado, de rey de la tierra, en dura piedra. Hé ahí lo que es el hombre: un sér..... berroqueño. ¿Dónde está tu corazon? ¿qué es de tu alma?»

Los cadetes que fuimos destinados á hacer la guardia pasamos veinticuatro horas ociosamente. La sociedad trabajaba para nosotros, mientras guardábamos un viejo alcázar que nadie pensaba atacar. ¡Y cuántos días parecidos á éste pasaron en los dos años que estuve en Toledo!

Dios habrá dicho que el hombre empapará el pan en el sudor de su rostro, sudor producido por el trabajo; pero yo estoy en que ésta su sentencia no rezaba con los militares, y al pensar así me fundo en una poderosa razon: van ya algunos siglos sin que la sociedad contribuyente ó *pagana* proteste por dar una parte del producto de su trabajo á los ejércitos: claro está que cree justo mantenerlos.

¿Estará bien organizada una sociedad que necesita la fuerza para hacer respetar sus leyes? Podré equivocarme, pero juzgo que tales leyes deben ser injustas, ó, cuando ménos, que los hombres son unos malvados, pues necesitan la fuerza para no faltar al respeto que el derecho de los demás organizados merece.

Los poderes que se apoyan en la fuerza no pueden salir de la dura argolla de este dilema: ó sus leyes son injustas, ó consideran al hombre un malvado. Y la salida es fácil. ¡Poderes de la tierra, ilustrad al hombre! Há tiempo que la sociedad está haciendo una gran primada por no reformar sus leyes. Olvidándose de la inteligencia que Dios le dió, sigue viviendo sin tratar de investigar si hay otra cosa mejor, sin acudir á la naturaleza, única sibila que responderá la verdad, único fundamento de leyes justas; y seguirá la sociedad viviendo así mientras el pensamiento-costumbre la domine, mientras se eche la cuenta errada y tan arraigada: «el mundo así lo hemos encontrado, y así lo tenemos que dejar.»

Teniendo en cuenta las constantes predicaciones de mi tío en contra de la organizacion militar de la sociedad, y añadiendo á ésto el que las escuché en esa edad en que tan profundamente se graban las ideas, no debe extrañar el lector las digresiones que hace este pobre ex-cadete que no ha hojeado otros libros que la estrategia y la táctica militar.

Exigir que mis pensamientos no tengan cierto sabor parecido al que tienen los de mi tío, sería una exigencia imposible de satisfacer. Si el estilo es el hombre, al hombre se le hace, según la educacion, variar de ideas y de modo de expresarlas.

Pero abandonemos las digresiones y asistamos á la cátedra.

El profesor se dirige á mi amigo el huérfano José Solís, á quien pregunta:

—¿Qué es estrategia militar?

Y Solís responde:

Es la ciencia del engaño,
á un militar necesaria,
para á la fuerza contraria
hacer el posible daño.

Satisfizo al capitan profesor esta respuesta, que explicaba claramente, aunque con diferente forma, el pensamiento del libro que nos servia de texto; pero le llamó la atencion el que Solís hablase casi siempre en verso. No me extrañó á mi, porque en los ratos destinados al recreo, siempre, cualquiera que fuese el asunto que nos ocupase, él sostenia el pró ó el contra en verso. Tenia un amigo, si no buen poeta, cuando ménos inagotable versificador. Yo le llamaba mi Virgilio, porque su corazon era todo ternura y sentimiento, siendo más propio este nombre que el que los colegiales le dieron, en atencion á prestarse su musa lo mismo al asunto más vulgar que al más elevado. El nombre dado por una colectividad siempre es un apodo. En el relato de mi verídica historia encontraremos á Solís varias veces pulsando siempre su juguetona lira.

Tambien hallaremos á Mauricio Garcés, mi noble, generoso y buen amigo. Desgraciado desde muy niño, pues no conoció á sus padres, era bondadoso como lo es generalmente el que liba tempranamente la copa de la amargura. Al nacer, Mauricio perdió á su madre, y, muy pocos meses despues, una bala horadó el cráneo de su padre en el campo de batalla. Su tumba está en una de las provincias vascongadas.

El infeliz niño encontró una madre en la mujer de un pobre artesano, á quien su padre lo habia entregado para que lo criara. Al ingresar en el Colegio ya habian muerto tambien aquellos honrados artesanos; así es que su corazon ansiaba hallar á quien amar.

Como los dos estábamos huérfanos y eran iguales las causas de nuestra desgracia, más que amigos fuimos hermanos.

Solis fué nuestro hermano tambien.

En las cortas vacaciones que hubo durante los dos años que pasamos en el Colegio, no salimos de Toledo los huérfanos. ¿Dónde habiamos de ir si en ninguna parte hallariamos las caricias de nuestros padres? Quizá era yo el más afortunado de todos, gracias al cariñoso tío que tenia. Sin embargo, no me atreví á ir á su casa por no renovar el disgusto que le diera al elegir la carrera de las armas, así como tambien por la tristeza que siempre le ocasionaron mis despedidas. Eran muchos mis deseos de ostentar en la ciudad donde nací mi relicuente uniforme; pero pudo más que ellos el tratar de no afligir á mi tío y el querer evitar que volviese á sus eternos sermones antibélicos.

Las cartas que de él recibí durante mi ausencia tenian poco de familiares; eran más bien largas disertaciones contra la guerra.

Ya que he mencionado sus epístolas, debo copiar aquí una de ellas; cualquiera dará idea de lo profundamente arraigada que estaba en él la mania de conseguir la paz perpetua para el mundo. Hé aquí la carta:

•Soria, 5 de Mayo de 1847.

Querido Saturio: Me escribe el señor director de ese Colegio elogiando mucho tu aplicacion. ¡De qué manera tan diferente recibiera esos elogios si fueran debidos á otra clase de estudios verdaderamente científicos! Cree que no experimento alegría alguna. ¡Es tan fácil aprender á dar estocadas, único fin que en esa carrera os proponcis! Te aseguro, Saturio, que si tus triunfos mandobliferos hubieran sido literarios, en leyes, en medicina, etc., hubiera volado á abrazarte, y lágrimas de alegría corrieran por mis mejillas, porque tus triunfos fueran mi orgullo. ¡Ah! Saturio, mi razon me dice que mire con repugnancia tu carrera, así como mis sentimientos religiosos me obligan á condenarla cual maldita, porque Jesucristo la condena en su Decálogo. ¿Qué carrera es esa que enseña los medios de destruir fácilmente las criaturas de Dios? ¿Existieran esos estudios si el gnerrero fuera religioso y si ántes de la lid reflexionára un momento que la criatura que va á destruir es amada por Dios? ¿Acaso su madre sufrió tanto dolor al darla á luz para ver que concluye su existencia de un balazo?

Nunca celebraré esos tus triunfos matones, pues opino como el desgraciado Condorcet en su obra titulada *Cuadros de los progresos del espíritu humano*. En ella dice: «Las leyes, las instituciones de los griegos prueban que sus antiguos legisladores habian senti-

do, como los filósofos, la necesidad de inspirar horror á la sangre, el respeto á la vida de los hombres, el odio y el desprecio á todo lo que llevaba el sello de la crueldad. Conducet admirará á los filósofos griegos: yo tambien los admiró y siento como él que hoy no haya leyes parecidas. ¡Pobre cristianismo, qué caso hacen de tí tus pontífices y los gobiernos de tus adeptos, cuando no solo tienen ejércitos para matar, sino que tienen leyes para premiar á los afortunados matadores que vencen en las lides. ¡Oh! vergüenza causa que el siglo xix sea más bárbaro y más pagano que los siglos anteriores á Jesús!

Yo, Saturio, que no soy gobierno, que no dirijo la marcha de ningún pueblo, y que, por lo tanto, no puedo influir en sus leyes ni en nada, trato de influir en tí para que abandones la carrera de la crueldad.

Yo, Saturio, que soy cristiano, te digo que todo hombre que no desarrolle la inteligencia que Dios le dió, que no la enriquezca con conocimientos útiles y beneficiosos á sus hermanos, es mal hijo de Dios. Te reto, pues, á que me pruebes que un militar es buen hijo de Dios. Eres joven y aún estás á tiempo de variar de estudios: Como quien bien te quiera te hará llorar, no veas en estos consejos más que el mucho cariño que te profesa tu tío

OCTAVIANO DE LA OLIVA.

Mis contestaciones á todas estas cartas fueron sofismas: nada consiguió mi pobre tío á pesar de sus mil variadas y contundentes razones.

El título de este capítulo no me permite copiar otras cartas de mi tío ni extenderme á más consideraciones sobre ellas: debo referir mis aventuras, y por consiguiente, comenzar por hablar de mis primeros amores.

Concluida nuestra carrera en Toledo, salimos de la imperial ciudad Garcés, Solís y yo; ellos con el fin de quedarse en la córte para esperar ser colocados en algun regimiento, y yo para continuar la marcha á mi ciudad natal, donde esperaria tambien mi colocacion. Al llegar á Madrid nos despedimos.

Al cuarto día de nuestra separacion tuve el placer de abrazar á mi tío.

Todos los amigos de mis padres y de mi tío vinieron á visitarme, y me dijeron que se alegraban de verme hecho un hombre. Cuando esto oia mi tío torcia el gesto, porque no podia concebir que la sociedad apreciara tan mal, tan erradamente á los hombres que para él, más que útiles, eran perjudiciales.

Yo no me cansaba de devolver la visitas. Llevaba con cierto aire fanfarron mi uniforme, era tan marcial mi continente, que creia ser yo la admiracion de los numantinos y el afortunado D. Juan de las bellas numantinas. ¡Con tanto oro, con tantos colorines debia producir en Numancia un efecto maravilloso! ¿Y á qué cadete no le ha sucedido lo mismo? ¿No lo veis exhibirse en todas partes donde acuda gente, tan sólo porque lo miren? ¿No lo veis, esclavo del uniforme, jurar si una criada al sacudir la alfombra le deposita un poco polvo en el azul paño? ¿No lo veis, enfadado, sacudir un papirote á la osada hilacha ó pelusa que se posó en su cepillado uniforme? Pequeño era el orgullo de D. Rodrigo en la horca comparado con el que yo tenia al pasear las sorianas calles; magnifico era el ver mi hueco yo pavonearse por las anchas aceras; pero lo que sobre todo admiraba era que yo, D. Saturio de Numancia, me encontrase con algun soldado ya veterano que alzase su diestra, pégando el dorso en la frente, y bajándola de pronto hasta tocar con su muslo derecho, haciendo el ruido áspero del rozar la mano con el encarnado pantalon; era, digo, portentoso ver esa servil submission del hombre encanecido en las batallas á mi barbilampina y oronda humanidad.

Yo concibo que á un Papa ilustradísimo y anciano se le bese la babucha; pero que á un cadete, sin más méritos que mirar y remirar su arlequinado vestido, se le humille así todo un hombre de canoso bigote, no lo entiendo.... pero me agradaba.

La moda de establecer suntuosas exposiciones donde se manifiestan los productos de las artes ha debido tomar su origen de la observacion de las costumbres de los cadetes.

Despues de exhibirme no sabia qué hacer en mi ciudad natal. La ociosidad me hizo

pensar en el amor. Hasta que el gobierno se acordára de mí, ¿en qué podía pasar mejor el tiempo que amando?

Siempre que pasaba por cierta calle habia observado que una linda jóven estaba en el balcón, notando al mirarla que era correspondida mi mirada. ¡Desgraciado Saturio; más te valiera no haber acometido tu primera empresa amorosa! Era tímido como lo es el pajarillo que al salir del nido trata de dar su primer vuelo. Habia oido á mis compañeros de Colegio que el militar debe ser atrevido con las mujeres, así es que hice un gran esfuerzo para vencer mi natural timidez. El amor propio fué el que más parte tuvo en la victoria. ¿Cómo, decía yo, he de retroceder un paso en mi primera aventura amorosa? Si supiesen mis compañeros que vi una mujer bonita, de quien deseaba ser correspondido, y que por ser tímido no le disparé una declaracion amorosa, despues de haber sido su escarnio, hubieran tratado de buscarme una colocacion en algun convento de padres misioneros. Adelante, digo para mis adentros, y apénas llegué á casa escribi la epístola amatoria más fulminante que hayan escrito todos los amadores habidos y por haber, llámense estos Lovelaces ó Tenorios.

No copio aquí aquella carta porque al leerla ahora me parece escrita en tonto; y, sin ser un Hipócrates del amor, me atrevo á sentar un aforismo: «Las cartas amatorias parecen á todos escritas con zumo de calabaza, excepto á los interesados, y á lo más á algun rival, que creen están escritas con tinta de desesperacion ó del averno.»

Pertrechado con mi perfumada carta, que llevaba su correspondiente corazon atravesado lo ménos por siete flechas, me plantifiqué frente á la puerta de mi tormento adorado, y hecho un poste ó centinela aguardé ocasion de entregarla á la criada de la casa, correo de los enamorados,

¡Oh Eva, Eva! Si te prohibieron coger la manzana, en cambio, apénas te decidieras á tenerla en tus manos, no te faltarian andróminas para conseguirlo.

¡Voto á mil bayonetas y lo que discurren las mujeres!

Ví caer al suelo un blanco pañuelo, que presumí fuese de la señora de mis pensamientos; recogile, y al penetrar en la casa con el fin de entregarlo apareció una robusta maritornes á quien di el pedazo de batista, en el que anticipadamente envolví mi romántica epístola, rogándola con encarecimiento (como que la ofrecí una buena propina, suficiente para comprarse una saya) diera á su señorita, lo que envuelto iba en el pañuelo, comision que desempeñó á pedir de boca.

Con tan ducho correo, con mi incitante uniforme y tratándose de una muchacha de diez y siete años, ¿quién duda del éxito feliz de mi pretension?

¡Oh sapientísimo lector! Tú tambien habrás escrito amatorias cartas; tú tambien habrás pasado por la aduana amorosa y tenido ese inquieto cuidado llamado amor en que habrás temido el instante de la resolucion de la respuesta deseada á tu peticion. Como la duda es la esencia del amor, los dias que la mujer tarda á contestar son los más gratos para los enamorados.

El amor es un deseo; satisfecho ya no es amor. A la imaginacion del enamorado satisface un «sí te quiero»; despues comienza el hastío, como comienza el desamor y el hastío apénas el deseo se satisface; ó en otras palabras: el «sí te quiero» es el principio del hastío de la mente, así como la satisfaccion del deseo es el hastío, la muerte del amor.

Puesto que eres, lector, práctico en aventuras amorosas, no te describo los lances parecidos á los pasados por tí: sólo te diré que á los pocos dias conseguí una cita á las diez de la noche y al pié de una ventana con gruesos barrotes de hierro. Era cuanto podia desear este novel caballero andante con su espada pendiente del lado izquierdo ¡Oh Amadís de Gaula! ¡Oh D. Juan Tenorio! Ser, como vosotros, caballero de espada, y como vosotros comenzar mis aventuras amorosas con toda felicidad, es conseguir más de lo que mi caballerosa imaginacion ambicionaba!

CAPÍTULO VII.

Efectos de la gravedad.

Tener una cita á las diez de una noche de primavera; contar diez y siete años y amar y creer que uno es amado; ir anticipadamente al sitio de la cita, y ser éste una retirada y silenciosa calle donde no nos acompañe más que la pálida luna; huir de la luz de ésta arrimándonos á las paredes para guarecernos en la sombra que estas proyectan; caminar nuestra imaginación por el cielo azul y oro de nuestras ilusiones juveniles, es la felicidad completa.

Así era yo de feliz aquella estrellada noche de Mayo que iba á hablar de amor con Felisa, nombre ménos empalagoso que el de la señora de los pensamientos de mi espejo el caballero Don Quijote.

Como el amor es pudoroso, recatado y amigo de la soledad, yo, en igual de acudir ante mi adorada con el brillante uniforme militar, me disfracé con un elevado sombrero y una capa á la andaluza, propiedad de mi tío, no olvidando mi inseparable espada.

Sonó la hora y me acerqué con lento y prudente paso á la ventana, donde no tardó en aparecer la hermosa Felisa.

Saludéla, juréla despues un amor eterno, y, cuando más inspirado estaba, cayó encima del alto sombrero de mi tío, y por consiguiente en mi cabeza, un grande y pesado bulto, que no sólo concluyó con mi entusiasmador y amoroso discurso, sino que me hizo rodar un buen trecho por el suelo. Debí permanecer en él largo rato, pues, al volver en mí, Felisa no estaba en la ventana, y no vi más que dos ó tres bultos en la próxima esquina de una de las calles transversales. Desvainé la espada y acometí furioso á aquellas sombras, causantes sin duda del terrible golpe que acababa de recibir; pero corrieron dando al mismo tiempo ruidosas carcajadas, y ni áun pude saber por dónde desaparecieron.

Volví bajo la ventana creyendo aparecería otra vez la sin par Felisa, pero no lo hizo así. Sentía yo no me viera desvainada la espada y en actitud de esperar al enemigo, dueño del campo, erguida la cabeza, con gesto amenazador y en una valentona postura, como diciendo: «vengan más enemigos.» En verdad, que no sabia lo que deseaba. Figúrate, caro lector, si estaria todo un buen mozo con mi abollado chapeo calado hasta los ojos, rebizada la capa en el izquierdo brazo mientras en mi derecha mano vibraba mi afilada espada. Las sombras de la noche seguro no vieron nunca héroe más bravo ni más ridículamente vestido. Examiné el campo y sólo encontré un saco, no pequeño, al que di una terrible cuchillada, dejando caer por el agujero que le abrió una finísima arena.

Aquel pesado saco, en cuya boca habia atada una larga cuerda, era el que me habia ocasionado, al caer sobre mí, uno de esos revolcones que por lo solemnes sólo se conocen desde que hay picadores de toros en las plazas, desde que hay hombres que creen poder contrarestar la fuerza de un jarameno con su débil puño armado de un palo.

Bien cariacontecido me retiré á casa ideando proyectos de venganza, de saugre, etc. etc. Compuse lo mejor que pude el arrugado chapeo de mi tío, que desde el día siguiente, considerado ya como inválido, dímosle su jubilacion colocándole en la punta de una estaca con la exclusiva mision de espantar los gorriones del jardin. ¡Hasta en estado de jubilacion fué útil este pobre sombrero! ¡Qué diferencia existe entre estas prendas, que de nuevas nos sirven y dan sombra y de viejas hacen de espantapájaros, con los empleados del Estado que, cuando jóvenes, fuman en las oficinas, cobran y no trabajan, y cuando viejos y jubilados siguen cobrando sin variar de trabajo!

Apenas anocheció, armado de mi invencible espada, acudí al teatro cuyo suelo acariciaron mis espaldas, allí donde rodó el caballero alferez D. Saturio de Numancia, el del no vencido chafarote.

Paseando arriba y abajo la solitaria calle, requeria la espada en cuanto algun bulto aparecía por ella.

—Vengan, decía yo á cada instante, los follones; vengan los malandrines que anoche huyeron en cuanto di al aire mi toledana.

Á las tres horas de solícito centinela apareció una sombra, que fué acercándose al sitio que yo ocupaba.

—Caballero, dijo cuando estaba unos cuatro pasos de mí; ¿sois el que anoche peló la pava con una jóven en esa ventana?

—Sí, respondi yo, y no me queda duda que es V. el cobarde que me infirió el más vil ultraje que á un hombre se le puede inferir. Celebro la fortuna de hallaros al alcance de la punta de mi espada: defendeos, pues, é id rezando el credo.

—Teneos un momento, y oidme, dijo el que al parecer era mi rival. No es cosa de matarnos por una mujer que sin duda tiene una fábrica de sies. No rehuyo el reto, pero no es justo vengamos á las manos sin razonar ántes. Oid: esa muchacha que anoche hablasteis en esa reja es amada locamente por un amigo y condiscípulo mío, el cual no tiene nada de lo de David cuando mató al león. Yo, que soy estudiante, y siento que le birlen la muchacha á algun compañero, sobre todo si el birlador es militar, porque sabreis que las letras y las armas son antípodas, me constituí en paladin de mi compañero, y, os lo advierto, en todos terrenos me encontrareis. Primero os ruego que reflexioneis si merece la pena de que se maten dos hombres por una chica coqueta, y os suplico que abandoneis el campo á mi pobre amigo que se muere por ella, á pesar de mis consejos. Al haceros este ruego no creais que llevo otro interés más que el de servirlos y servir tambien á mi compañero, y en prueba de lo que digo, tomad esta carta, que regularmente estará escrita el mismo día que V. recibirá otra de la misma mano: leedla, y os convencereis de que el consejo que os doy es razonable.

Cesó de hablar el Pilades del Orestes mi rival; tomó la carta, y á la claridad de la luna vi que era la letra de Felisa, convencíendome de que Pilades (este nombre tengo que darle ahora pues no conocia el del paladin estudiante) tenia razon en decir que Felisa era una coqueta.

Iba á poner término á la cuestion dándole las gracias; pero sentí en aquel momento un fuerte dolor en el cuello, efecto del terrible talegazo que recibí la noche anterior, el cual me recuerdo el insulto é hizo que exclamára en áspero tono:

—Y á quién devuelvo el talegazo de anoche?

—No teneis más remedio que sufrirlo ya, respondió el estudiante.

—¿Cómo sufrir?...? Ni vuestro lenguaje siquiera: defendeos, exclamé tirando de la espada.

—Mirad que son desiguales nuestras armas: yo no tengo más que este palo.

Al pronunciar el estudiante su última palabra recibí un atroz garrotazo que me hizo doblar las rodillas y exclamar al caer, parodiando al héroe polaco: *Finis Numancia!*

Perdí el conocimiento, pero no tan pronto que no oyera decir á mi enemigo: el que pega primero, pega dos veces; marchándose tan sereno mientras yo yacía en el suelo.

No se el tiempo que estuve acostado en tan dura cama, sólo recuerdo que cuando di señales de vida me hallaba sostenido por un caballero que estaba acompañado de otros dos. Eran el alcalde y dos alguaciles de la muy noble y muy leal ciudad de Soria.

El alcalde, mientras los alguaciles recogían la capa, sombrero de camino y espada de mi pertenencia, me preguntó:

—¿Qué os ha sucedido?

—Nada, señor; presumo que he recibido un palo de *prima forza*, cual no lo ha recibido ninguno de esos pacienzudos animales que forman las recuas y que S. José eligió para trasportar cómodamente á su esposa la Virgen Maria.

Sonrióse el alcalde y me volvió á preguntar:

—¿Y para qué queriais vuestra espada desenvainada?

—Para defenderme, señor.

No pudieron contener la risa el alcalde y los alguaciles al ver que mi frente, pues la luna daba de plano en mi rostro en aquel momento, ostentaba un abultado y soberbio chichón, y al considerar lo inútil que me habia sido la espada.

El alcalde me dijo que un estudiante, conocido por el apodo de el *Diablo*, era el que más les daba que hacer (cosa rara ya en estos tiempos en que se ha extinguido el espíritu calaveresco del estudiantil gremio), y que lo habian hallado hacia poco rato no léjos de aquel sitio, por lo que creian no dejaria de haber tenido parte en mi adversa aventura. Al separarnos me ofreció un alguacil para que me acompañase hasta casa, pero rehusé y dile las gracias por todo.

Después de envainar la espada, colocarme la capa y encasquetarme el apaleado sombrero, retiréme más mohino que la noche anterior. Iba dado al diablo contra el diablo del estudiante.

Dormí, sin embargo, perfectamente, gracias á que mi edad era tan corta como larga mi esperanza; edad en que el sueño, no sólo nos sale al paso cuando lo necesitamos, sino que es el bálsamo consolador de nuestras desgracias. ¡Oh dichosa edad!

No volví á ver más á la coqueta Felisa.

Hé aquí la historia de mi primer amor.

Cuando oigo decir ó veo escrito que el primer amor nunca se olvida, no puedo ménos de reírme. Podrá ser verdad, pero no lo creo. Pasará en esa sentencia lo que al feriante que habla de la feria segun le va en ella.

Si á todos los hombres les hubiese tocado la suerte de amar una Felisa; si en el resultado de su primer amor contasen una carta á la que dieran, cual yo la di, unos cuantos besos, por ser la primera que habia recibido de una mujer y por pensar que en aquel papel se habia posado la torneada mano de una bella; si sólo á esto se redujera el lado bonito de su amor primero, y en cambio en el lado feo contasen largas horas convertidos en guardacantones, un soberbio talegazo, y un tremendo garrotazo con su hijuelo ó chichón correspondiente, seguro estoy que todos dirian pestes de su primer amor, y como yo, procurarían olvidarlo.

Pero en este capítulo se han sucedido tan rápidamente los hechos, que es preciso los expliquemos en el siguiente:

CAPITULO VIII.

Cándido.

En uno de los capítulos anteriores hemos visto una Doña Paz que era la contradiccion de su nombre, que siempre estaba en guerra con su apacible esposo: en éste vamos á conocer un Cándido que de todo tiene ménos de cándido.

Cándido estudiaba quinto año de filosofia en el instituto de Soria; tenía 18 años, era un buen mozo, de color moreno muy pálido y un calavera en toda la extension de la palabra.

Habia yo creído siempre que para ser calavera era necesario tener mucho dinero, circunstancia con la cual la mitad del camino se lleva andado. La sociedad ha envidiado la fana de un D. Juan Tenorio y lo ha considerado como un calavera de buen tono; pero el egoísmo de la sociedad considera de buen tono hasta los crímenes con tal que el protagonista sea acaudalado.

Los hombres no creen en los crímenes de los poderosos, y los atenúan, y siempre encuentran causas que les parecen honrosas, y hasta opinan que, en igualdad de circunstancias, ellos hubieran obrado de la misma manera.

Cuando D. Juan roba del convento á Doña Inés, la sociedad no vé un crimen en este hecho, sino una calaverada de buen tono, y celebra al galan afortunado, y la tradicion y los poetas se encargan de transmitir sus aventuras á la posteridad, viendo en el abandono de Doña Inés por D. Juan una accion que llena de fama y mérito al afortunado seductor. Su generosidad y esplendidez, aquel tirar el oro, nos atrae hácia él y lo perdonamos. ¿Es un ejemplo inmoral, padece la sociedad? No importa; el galan D. Juan siempre será envidiado por la juventud presente, pasada y futura.

Hé aquí á Cándido, calavera pobre que halla modo de llamar la atencion de la sociedad hácia él, á pesar de su pobreza. Cuando más, necesita ocho miserables cuartos para la realizacion de sus calaveradas. El que conozca á Cándido concibe que puede haber calaveras pobres.

Su corta edad ha contribuido hasta ahora á que el campo de sus calaveradas no sea el mismo que el de D. Juan: áun no es burlador de maridos, ni seductor irresistible de monjas. Si de algun amante se ha burlado, no ha sido por ocupar él su plaza, sino por vengarse á algun compañero.

Si su audaz genio se viese en adelante compelido al camino que siguió D. Juan, al de las aventuras amorosas, á pesar de haber nacido en el positivista siglo XIX, siglo en que no se concibe un gran conquistador de bellezas que no prodigue el oro, él conseguirá la nombradía de un Tenorio ó de un Maranna.

Si Cándido hubiese vivido en los tiempos del tricornio, Lisardo el estudiante de Salamanca y otros mil famosos nombres hubieran sido oscurecidos por el suyo. El estudiante sin tricornio es un vulgar ciudadano que estudia. El tricornio parecia el alma de la estudiantil gente.

El tricornio, defensa de la masa cerebral del que asistia á las aulas, no existe, y parece que ha dejado evaporar el espíritu calaveresco estudiantil, tan fecundo en graciosas y picarescas aventuras.

Cándido maniobraba en el pequeño teatro que el siglo XIX le habia concedido. Era buen estudiante, y ejercia cierta influencia sobre unos cuantos inquietos compañeros. Estos ayudaban á realizar las diabluras que él proyectaba, y como fueran muchas y todas picarescas y chispeantes de gracia, adquirió el sobrenombre de *Diablo*, y la ciudad entera no le llamaba de otro modo.

Su última diablura, verificada ocho dias ántes del en que Felisa me habia citado á la ventana, habia sido ruidosa: la refiero por dar á conocer á mis lectores la travesura del *Diablo*, que así llamarémos á Cándido.

El patron del *Diablo*, además de tener unos cuantos estudiantes hospedados en su casa, tenia un comercio de cántaros, y segun le habia dicho al *Diablo* no vendia ninguno. Se decia por la ciudad que el patron hizo un contrato con su huésped, en el que se obligaba á dar á éste y á su partida de estudiantes una opipara merienda si cumplia la oferta de reanimar ó de contribuir á la venta pronta de tanto cántaro detenido, oferta que el *Diablo* le propuso en uno de esos arranques de travesura, que nadie mejor que el patron conocia, y que no dudaba éste que seria cumplida.

Pocos dias despues se hablaba en la ciudad de los muchos cántaros que las criadas habian roto al ir á la fuente, y nadie podir explicar la causa de este suceso.

Hé aquí la artimaña que el *Diablo* inventó.

Siendo Soria una ciudad antigua y amurallada, sus puertas son en forma de arco. Por una de éstas, llamada del Postigo, era por donde las criadas tenian que pasar á la fuente, así es que juzgó este sitio el más á propósito para realizar su proyecto. Todas las criadas acostumbran conducir el cántaro en la cabeza.

El *Diablo* eligió un sábado para llevar á cabo su *conspiracion contra los cántaros*, como él la llamó. El sábado, con motivo de quedar libres las criadas el domingo para pasear, calculó él que irian en mayor número, y como el tiempo era bueno seria al anochecer, ya

por conseguir una agua fresca, ya porque las citas con sus amigos y novios son en la fuente y entre dos luces.

Unos ocho cuartos que reunieron entre los estudiantes, y que emplearon en alambre y dos clavos, bastaron para realizar la destruccion de los cántaros.

Iba el crepúsculo de la tarde á confundirse con la noche cuando el Diablo, apoyado en los hombros de uno de sus compañeros, introducia en la pared, á una altura calculada, un clavo; hizo lo mismo en la pared de enfrente y enlazó en ambos clavos los dos extremos del alambre. El arco todo estaba obstruido por el hilo de hierro. Las personas podian circular impunemente; pero los cántaros, como iban colocados en las cabezas, y por consiguiente á mayor altura, todos daban en el alambre y todós caian á tierra haciéndose mil pedazos.

El Diablo y sus compañeros estaban á cierta distancia para que no sospechára nadie que ellos eran los autores de la artimaña, que á aquellas horas permanecia invisible á todos. A las once de la noche el alambre fué recogido para repetir la funcion otra noche.

Empezó la venta de cántaros, y el patron cumplió su palabra á los estudiantes obsequiándolos con el ofrecido banquete. En él fué donde el Diablo explicó á sus compañeros la jugarreta que contra mi proyectó, y despues llevó á cabo, y que recibieron con aplausos sus camaradas.

Nótese bien que todas las jugarretas del Diablo eran combinadas de una manera que dejaba impune á los que las preparaban: su habilidad se distinguia, sobre todo, en esto. El Diablo habló en el banquete á sus condiscipulos de esta manera:

—Camaradas, he sabido que un antipoda de las letras, un militar, trata de birlar la muchacha á uno de nuestros compañeros. Yo, por sacar ilesta la honrilla estudiantil, he pensado dejar fuera de combate, por uno de esos golpes nuestros, es decir, por el ridiculo, al intruso amante, sin contar tambien que el mismo golpe castigará, apénas se publique, á la coqueta que tan sin miramiento ha pospuesto un estudiante á un mata-hombres.

Vamos á hacer la aplicacion de una de las lecciones de fisica á ese militar, y á demostrarle experimentalmente el efecto de la gravedad de los cuerpos, por si acaso no estudian ellos en Toledo las propiedades de éstos.

Esta noche hemos de realizar mi proyecto: es sencillo, y os juro que motivará vuestra risa. Oid: en ese rincón hay un saco de arena; pesa media arroba y basta para dar un buen saludo á nuestro flamante oficial. El extremo de esa cuerda unida al saco pasará por la polea que veis ahí; la polea la colocaremos en el balcon que hay encima de la ventana donde esa señorita pela la pava con los que amartela; una vez colocada la polea tiramos de la cuerda haciendo ascender el saco; así que éste llegue al suelo del balcon por su parte inferior, aseguraremos el extremo de la cuerda, del cual iremos tirando, á una reja de la calle transversal inmediata; cuando el oficial esté suspirando de amor ante su bella, soltaremos sin peligro ninguno, pues está á bastante distancia el extremo asegurado, y el saco de arena caerá verticalmente sobre nuestro Napoleon en ciernes, se asustará la bella y no volverá á ser coqueta, mientras el oficial pondrá un gesto tan espantable que aumentará más y más el pavor de la señora de sus pensamientos; gesto que concluirá con ese naciente amor.

Todo está preparado; he recorrido el teatro donde vamos á dar tan estupendo tategazo, y he visto con satisfaccion que se presta perfectamente para que obtengamos un éxito brillantísimo, á pedir de boca.

Si el Diablo tomó bien las medidas, mis costillas y el abollado sombrero de mi tío, doctores son que os sabrán responder. Ya vimos tambien en el anterior capitulo que el tategazo que recibí fué admirable. Sabemos tambien lo que hizo la segunda noche. El sospechó que yo no cederia el campo sin resistencia, obligado por la honrilla de la toledana que cenía, y no avisó á ningun compañero suyo para que presenciara la nueva calaverada que añadió al gran catálogo de las que le conquistaron el nombre de Diablo.

No sé si su compañero continuaria las relaciones amorosas con Felisa. Procuré olvidar á aquella mujer que fué la causa de que á mi costa se ocupara el público soriano unos cuan-

tos días, refiriendo y comentando ora el efecto de la arena sobre unas espaldas, ya la utilidad de una espada ante un garrote manejado con astucia y audacia; comentarios en los cuales yo, D. Saturio de Numancia, caballero de la orden de infantería española, no llevaba la mejor parte.

Alcalde, alguaciles y estudiantes todos contribuyeron á divulgar mis dos espantables aventuras. ¡Oh, primer amor, y qué magullado dejaste mi cuerpo! ¡Oh, primer amor, qué escamada dejaste mi alma! Esta lección que me dió Felisa me hizo desconfiádillo para siempre. No sé por qué los hombres hablan tanto asegurando que el primer amor es el que más impresiona. Un afecto que se apodera de nuestro corazón cuando somos niños, es imposible que dé otro resultado que el que da la irreflexión y la falta de experiencia: no puede ser otro que un resultado engañoso y detestable.

¡Cuántos hombres dirán de su primer amor con Manuel Balcárcel:

..... ¡Necio de mí!
por una mujer sentí.....
¡y me engañó esa mujer!

Las obras todas de los poetas, una vez que éstos son los que mejor expresan lo que sienten, llenas están de quejas. Pero la razón más poderosa, la que más me convenció de que el primer amor no es el mejor, es el adjetivo que se le antepone. Efectivamente, donde hay primero tenemos que admitir que hay segundo y acaso también tercero: en un afecto tan egoísta, tan celoso como éste el haber segundo es por concluir por hastío; por infidelidad ó por ser desgraciado el primero. ¡Cuánta razón tiene mi tío Octaviano al apostrofar así á los hombres! Insensatos, dice, que tanto os afanáis porque destruya el amor vuestros corazones y la guerra vuestros cuerpos.

CAPÍTULO IX.

La perorata de mi tío.

Nadie madruga cuando tiene el cuerpo dolorido, y yo lo tenía, gracias al golpe que el Diabolo me había propinado.

Cuando ya tarde dejé el lecho, me reuní con mi tío. Me esperaba en su habitación, habiendo dado el orden de que nos sirvieran el desayuno apenas me levantase. Así que lo saludé, no pudo menos de exclamar:

—Paréceme, Saturio, que has soñado esta pasada noche, que te hallabas en alguna descomunal pelea, y en verdad que lo has hecho á lo vivo como lo indica el chichón grande que adorna tu frente. ¡Por Dios, Saturio, que no te dé tan fuerte! Desde esta noche, cuando te vayas á entregar al dios Morfeo, será preciso que refresques tu sangre con un baño. Si sumerge tu cuerpo en agua fría, pues, por la muestra, tu acalorado espíritu te hace soñar batallas en las que no sacas la mejor parte. ¡Oh! no te afanes por pelear, que en la tierra á cada paso hallarás luchas; soldado eres que vives en un siglo que no pasa día sin haber combates. No parece, al ver destruirse los hombres, sino que éstos se han propuesto anticipar el día del juicio final.

Cuando mi tío concluyó de hablar le respondí que el golpe que observaba en mi frente, era debido á mi torpeza é imprudencia por subir la escalera á oscuras y corriendo la noche anterior cuando me retiré á casa.

No sé si lo creyó ó aparentó creerlo mi tío; el resultado es que no volvió á recordarme la protuberancia de mi frente, que por cierto se prestaba por su forma á graciosas comparaciones, ya con el arma que en su frente lleva el unicornio, ya con una de esas excrecencias del tardo bucy, y siempre con la materia que tanto se usa para hacer tinteros de bolsillo, materia que llevó el espanto á los pacíficos y mansos cofrades del renombrado San

Márcos, y que hace llevar la mano á las narices á todo individuo que diste dos pasos de ella cuando se quema.

Pero ¿quién preparaba y servía el desayuno al tío y al sobrino? Esta pregunta se le ocurrirá á todo el que haya tenido paciencia para leer hasta aquí nuestras vulgares líneas.

Hasta ahora no se nos ha presentado ocasion más oportuna para dar á conocer á nuestros lectores á la buena ama de llaves de la casa de mi tío.

Al mes de estar yo en Toledo murió un anciano sacerdote en Soria. Tenía este sacerdote una hermana, tambien de edad avanzada, en su compañía, y está señora habia sido amiga de mi madre.

No era mi tío de esos hombres á propósito para cuidar, hasta en los detalles más pequeños, su casa; y viéndose mal servido y destrozada su ropa blanca, se dirigió á Doña Teresa, que así se llamaba la hermana del cura, y la propuso si queria ser la directora de su casa. Doña Teresa aceptó con placer la proposición, no sólo por no vivir sin compañía, sino tambien por la amistad y el cariño que á mi madre profesó.

Encontró mi tío en doña Teresa una segunda hermana y yo una segunda madre. La consideramos como un individuo de la familia, y cuantos negocios graves ocurrieron se consultaron con ella.

Doña Teresa, pues, fué la que preparó el desayuno, y no fiándose de la criada, por temor de que ésta olvidase algo, ella lo sirvió tambien. Era su genio hacerlo todo.

Empezar el desayuno y comenzar mi tío con su antibélica perorata, todo fué una misma cosa. Con sólo exponer aqui lo que Doña Teresa me refirió unos dias despues de mi llegada de Toledo, probarémos lo muy dominado que estaba mi tío por su manía antibélica.

Dijome esta señora que cuando mi tío se presentó á ella á proponerla si la agradaria ser su ama de llaves, no la impuso más condicion que la de no abrir los balcones de la casa cuando por la calle pasase tropa, no creyera ésta que era un homenaje de admiracion rendido á la clase militar, homenaje inmerecido que los tontos suelen rendir á la barbarie; que así probaríamos que éramos más avisados y de mejor corazon que los demás sorianos, toda vez que á ellos les faltaba tiempo para ásomarse á ver pasar los soldados.

No me extrañó, añadió Doña Teresa, tal condicion, porque sabia hacia tiempo el odio que vuestro tío tiene á la guerra y á los que la llevan á cabo; odio en él bien fundado por las grandes y terribles desgracias que la guerra habia ocasionado en su familia.

Al decirme esto Doña Teresa, no pude ménos de admirarme de la tiranía que ejercía en mi tío la idea antibélica.

El viejo que no toma el chocolate reposadamente, que entre sorbo y sorbo no riñe ó habla, y que además no toma rapé, no sabe ser viejo. Mi tío hacia esto á las mil maravillas; así es, que sus peroratas tal vez pequen de extensas. Hé aqui sus palabras:

— Señor sobrino, señor sobrino, cuando se desayunan los hombres es cuando deben proyectar las empresas que produzcan ó lleven el bien á sus semejantes. Si nuestro corazon se embriaga de felicidad al concluir de hacer un bien á nuestros hermanos, tambien le resulta un placer grande cuando proyecta ese bien; no importa que su realizacion no esté en nuestra mano; basta la idea, que quizá, si se publica, llegue á oídos de algun poderoso que la lleve á cabo.

Si dos hombres se desayunan y no hablan, pareceme que se los puede comparar á otros seres que en la naturaleza ocupen un lugar más bajo en la escala de la inteligencia. Bigno será ocuparnos de las leyes y costumbres del hombre zahiriendo cuanto tengán de bárbaras y crueles y alabando lo que en ellas encontremos que merezca alabanza. Sugiereme estos pensamientos el ver tanta sangre vertida en Alicante, Logroño, el Carral y en las calles de Madrid á nombre de la libertad. Estos pronunciamientos son guerras de corta duracion, pero en las cuales se derrama mucha sangre preciosa; sangre que se pudiera eco-

nomizar si los poderes atendieran á la razon cuando los pueblos reclaman algun derecho. Los pueblos siempre piden lo que injustamente les han quitado.

Los poderes no quieren entender nunca que la mejor para-revolucion es satisfacer anticipadamente á la opinion pública. Este es el remedio que con tan buen éxito usa la Inglaterra, y así es como figura al frente de los pueblos más civilizados. Dichosa debe llamarse la nacion que no ve ensangrentadas sus calles, y á más de dichosa modelo de civilizacion.

Hay poderes-resistencia para los que la humanidad no progresa, para los que no importa que Condorcet haya dicho que el progreso es la idea de los pueblos todos y que la humanidad no ve ya el derecho en nadie más que en la conciencia.

Estos poderes tratan de hacer vanas é ilusorias las conquistas de la razon; no admiten los progresos que tiendan á aminorar su poder, y si egoístas admiten los de las artes, es para que conviertan en viviendas paradisiacas sus palacios.

Hasta ahora estos poderes-resistencia llevan la mejor parte, gracias á la ignorancia de los más; pero en breve los progresos de las artes harán desaparecer la ignorancia, y entonces los derechos serán una verdad; entónces esos poderes-resistencia pasarán de crucifijos, de embaucadores de la sociedad, á lo que deben ser: á uno de tantos, como tan exactamente dice la vulgar expresion.

Mucha sangre ha costado y costará á la humanidad la conquista de sus derechos, porque la resistencia de los interesados en el retroceso ó en el *statu quo* de los progresos humanos es grande.

Hé aqui, Saturio, que el egoismo de unos cuantos poderosos es la causa de que exista el derramamiento de sangre, la destruccion del hombre por el hombre.

He leído y oído decir muchas veces que un lobo nunca muerde á otro lobo; pero los hombres se han empeñado en desmentirlo siendo más fieros que los lobos. No parece sino que la inteligencia que Dios nos dió la ha convertido en crueldad ó fiera. ¡Dios mio! ¿Será verdad que la inteligencia es igual á la crueldad? ¿Y á quién no le ocurre este pensamiento al ver el afan con que el hombre emplea su inteligencia en inventar aparatos destructores del hombre? Muchos sabios han llamado á este siglo el siglo de las luces: no han errado si es que se referian á la invencion de los fósforos y á la invencion de los aparatos de destruccion del hombre, que llevan fuego y, por consiguiente, luz. ¿Hay otros siglos que, como éste, sean el *non plus ultra* de la invencion de las máquinas de guerra? ¿Hay otros siglos que hayan realizado más guerras que éste? Y es natural que inventadas esas máquinas se las dé empleo.

Reflexiona, Saturio; la blindadura de los navios y los parapetos y el casco Muratori de Italia, hé aqui todo lo que se ha hecho para atenuar el efecto de las balas. En cambio para matar al hombre tienen el cañon rayado, el del sistema Astrong, el del sistema de acero Krupp, fusil de aguja, Chassepot, bomba axfixiante y otros mil sistemas de cañones y fusiles. ¡Y éste es el siglo de las luces! Sí, y mil veces sí; tienen razon los sabios en llamarlo así; estas máquinas guerreras todas alumbran al tiempo que destruyen.

Pero llámame necio, Saturio, porque no pienso yo como esos sabios; porque creo que éste es el siglo del barbarismo, el siglo por excelencia bárbaro, el más bárbaro de los siglos conocidos. Si por juzgarle así los hombres creyesen necesaria una victima, que agarroten mi cuerpo, que rompan mis carnes; nada me importa con tal que se salve mi pensamiento. Al desgarrar mis carnes gritaré á los hombres: «Y, sin embargo, es verdad,» á la manera que el sabio astrónomo italiano gritaba á sus verdugos; «E pur si muove.» Sí, yo gritaría á los sayones: «Avergonzaos.» El hombre que no sea cruel, el hombre honrado debe apresurarse á dividir la historia en tres épocas. La primera desde la creacion del mundo hasta la venida de Jesucristo. La segunda desde la venida de Éste, en que ya se pronuncia el «amaos como hermanos,» en que ya San Pablo predice que la humanidad entera llegará á formar una sola familia, hasta el convenio de todas las naciones para suprimir ejércitos y sustituir á éstos por leyes justas, época en que se realizará la conclusion

del barbarismo, y, por último, la tercera, desde ese convenio hasta la consumacion de los siglos.

Pero al ver que llevamos diez y nueve siglos de cristianismo, diez y nueve siglos sin hacer caso de la hermosa idea de San Pablo; al ver el olvido en que la tienen los llamados príncipes cristianos, se apodera de mí la duda, esa tisis del alma, y pierdo lo más santo y consolador que tiene el cristianismo: la esperanza. Temo que la humanidad va á ser impotente para llegar á la verdad de que la guerra es un mal, y nunca suprimirá ese mal; veo impotente á su voluntad para llegar á obtener el inapreciable bien de la paz perpétua. ¡Oh! los interesados en sostenerse en los primeros puestos de las repúblicas son unos malvados, y los pueblos ignorantes les ayudan para su mal á sostenerse.

¡Pobre humanidad! ¡va á ser impotente para salvarse!

¡Pobre humanidad! ¡siempre será desgraciada, como desgraciado es el individuo que odia, porque la guerra es el odio, y éste no engendra más que el exterminio, la desolacion!

La guerra destruye siempre la conciencia, el derecho, la libertad, todo lo debido á la inteligencia del hombre, y por consiguiente á Dios, que fué el que dotó al hombre de esa inteligencia.

La guerra, cuyo modo de razonar es el fusil, el plomo y el sable, argumentos concluyentes, pero que nunca llegarán á ser máspreciados, á tener más fama que la que les dé el artista que los fabrique; la guerra, con sus bárbaros argumentos, ha logrado eclipsar los civilizadores razonamientos de las escuelas de Salamanca y Alcalá de Henares.

¡Mil veces desgraciada humanidad si no saca de su desastroso pasado y de su sangriento presente consecuencias llenas de sensatez y de ilustracion que preparen un porvenir pacífico y abundante en bienes por consiguiente! De no ser así, no se realizará la santa profecía del sabio Condorcet, que en su libro titulado *Cuadros históricos de los progresos del Espíritu humano*, dice:

• Los pueblos más ilustrados se apoderarán del derecho de disponer de su sangre y de sus riquezas, aprendiendo poco á poco la gran verdad de que la guerra es la plaga más funesta, es el más grande de los crímenes. Se verán desde luego desaparecer éstos donde los usurpadores de la soberanía de las naciones les arrastran para sus pretendidos derechos hereditarios. Los pueblos aprenderán que no pueden hacerse conquistadores sin perder su libertad; que las confederaciones perpétuas son el sólo medio de mantener su independencia; que deben buscar la seguridad y no el dominio. Poco á poco las preocupaciones comerciales se disiparán; un falso interés mercantil perderá el afrentoso poder de ensangrentar la tierra y de arruinar las naciones, bajo pretexto de enriquecerlas. Como los pueblos se regirán, en fin, por los principios de la política y de la moral; como cada uno de ellos, por su propia ventaja, llamará á los extranjeros á una particion más igual de bienes que la que debe á la naturaleza ó á su industria, todas estas causas que producen, envenenan y perpetúan los odios nacionales, se desvanecerán insensiblemente y no servirán más de alimento y pretexto al furor belicoso. Instituciones mejor combinadas que los proyectos de paz perpétua que han ocupado el tiempo y el alma de algunos filósofos, acelerarán los progresos de esta fraternidad de las naciones; y las guerras entre los pueblos serán, como los asesinatos, una de esas atrocidades que humillan y avergüenzan la naturaleza, que imprimen un largo oprobio sobre el país, sobre el siglo en el que sus anales han sido manchados.

Y yo, al ver las naciones aumentar los ejércitos, al observar que se preparan para dar batallas no vistas, creo, Saturio, que la humanidad es loca ó perversa, que el mundo es un gran manicomio donde los guerreros son los atacados del *delirium tremens*, y los sabios de una demencia pacífica y habladora.

Triste y desconsolador espectáculo se presenta ante mi vista; casi el mundo entero está armado y dispuesto por cualquier pequeño motivo á romper las hostilidades unas naciones contra otras. Un corazón honrado, un alma cristiana, no puede ver esto con ánimo sereno. Al concluir de perder del todo la esperanza de ver el mundo en paz, preveo no tendré más consuelo que el del famoso poeta Lucrecio, quien, al ver á Roma entregada á las guerras

civiles, renegó de sus dioses y de los hombres. Yo también renegaré de mi Dios y de mis hermanos; de Aquél, porque no interviene, porque consiente que las naciones se armen; y de éstos, porque inutilizan la razón, porque jamás acuden á ella ántes de entrar en la lid. Pero no, no; ántes de renegar de Dios haré lo que Catón el Virtuoso al oír el cántico de las legiones romanas que dieron la victoria al César; me partiré el corazón, y gritaré: «Os empeñáis en seguir siendo fieras, hombres;» así como Catón gritó: «¡Virtud, engañosa palabra, y he creído en tí!» Y añadiré: «¿para qué la vida no viendo otra cosa que estos bárbaros hombres, que mis hermanos convertidos en chacales? ¡Triste idea es después de diez y nueve siglos de cristianismo no poder acariciar en nuestra mente, por lo lejana que aparece, la esperanza de que se extingan las batallas! ¡Desconsolador espectáculo es palpar que esta religión de amor y paz nada ha conseguido, y no ver señales de que lo consiga, durando en la tierra, tal vez eternamente, estos grandes errores, y por consiguiente las leyes-crímenes de la guerra.

No lo comprendo, no sé la causa, pero el cristianismo debiera haber concluido con las bárbaras matanzas que hasta hoy presencia el mundo; más la verdad es que la humanidad sólo debe á tan buena idea, á la idea de la paz y mansedumbre, á tan hermosa religión, el haber salvado la civilización aunque incompletamente: en mares de sangre se hubiera ahogado si las hordas guiadas por Alarico, Genserico, Radagusa y Atila no hubieran sido detenidas por el sacerdote cristiano que derramó el bautismo sobre aquellas razas. Esto es todo lo que ha hecho contra las matanzas; pero el cristianismo debe aspirar á más, y no será verdadera religión de Jesucristo hasta que no trabaje, hasta que no consiga el triunfo excelso del espíritu sobre la fuerza bruta, de la idea sobre los instrumentos guerreros. No concibo el cristianismo si no contribuye á apagar el ardor guerrero en los corazones, y si no trata de mudar el amor patrio en amor al globo terráqueo, á todos los hombres. ¿No es el ideal cristiano el que enseña á todas las naciones á amar á la humanidad? Pues concluya la división de la tierra en razas y nacionalidades, seamos cosmopolitas, que harta sangre ha costado y costará el egoísta amor á la patria. Basta, por Dios, de sangre.

Y cosa rara: vemos hoy al sacerdote cristiano en contra de los hombres que aman la idea republicana, que dicen con Camilo Desmoulins, que sienten lo que éste sentía en la carta fechada en la cárcel y dirigida á su esposa: «En mis sueños de deseo, mil veces he imaginado una gran república en que todos amasen y fuesen amados. Nunca pude creer que los hombres fuesen tan feroces é injustos.»

Y el sacerdote cristiano no repara que los republicanos tratan de enseñar á estimar la propia razón y á hacer caso de la propia conciencia, de unir la razón con el cristianismo y la vida con Dios.

Y el sacerdote cristiano no observa que los adeptos á la idea republicana trabajan por el triunfo de la ilustración, que nos hará respetar los derechos, que serán los destructores de las guerras.

Saturio, así como esta jicara ha encerrado los componentes de esa pasta que llaman chocolate y los de la leche en que han sido diluidos, así todos mis consejos se encierran en uno sólo: trabajemos sin descanso por llegar á conseguir ese paraíso terrenal llamado paz perpétua, por vivir en esa prometida tierra que entrevió San Pablo cuando anunció que «la humanidad entera llegaría á formar una sola familia,» lo cual se conseguiría fácilmente realizando su bello consejo: «Amaos como hermanos.» Teme tú y teman todos los que no trabajen por la consecución de tan beneficiosa máxima cristiana, porque el que no trabaja por tan justa causa no ama el reinado de la libertad y de la justicia, no es cristiano. Teman los que no trabajen por la paz el castigo del porvenir; sí, porque las generaciones futuras guardan sus maldiciones para los guerreros y para los que miran indiferentes el derramamiento de sangre de sus hermanos, así como también guardan sus bendiciones para los que deseamos y trabajamos por la paz.

Aún hubiera seguido perorando mi tío, si no hubiera terminado, además del desayuno, la última absorción del rapé que tan cuidadosamente había conservado entre el índice y el pulgar.

CAPITULO X.

El premio.

Cerca de un año pasó oyendo á mi tío sus interminables peroratas antibélicas. Su modo de razonar me entretenía y llegó á llamar mi atención, porque pocas veces le oí repetir sus razonamientos.

Yo hubiera tratado de oponer mis razones á las suyas, pero la causa que defendía mi tío era buena, y el que se hubiera propuesto hacerle la oposición, hubiera sido un vocinglero, ó, cuando más, un sofista.

Con tanto oír á mi tío consiguió que en teoría aceptase sus ideas; pero, como militar, no podía anunciarlas. Hé aquí el por qué de estos borrones: el incesante perorar de mi tío, ¿no me había de hacer impresion?

El lector de esta historia juzgará desfavorablemente al autor, al ver que estas peroratas las presenta siempre en desayunos y comidas, ya creyéndole un gloton, ya juzgándole sin talento ó con muy poca imaginación al verle prescindir de las reglas que los distinguidos escritores tienen siempre presentes para dar interés á sus obras.

Dirán de mi historia que todas son repeticiones de comidas. Debe tener en cuenta el lector que, al comenzar á escribir este libro, me propuse decir la verdad y no alterar los hechos por nada, aunque éstos me hicieran poco favor, no sólo como héroe de mi historia, sino también por resultar mi libro informe, sin las condiciones y sin las bellezas que hoy se exigen á toda obra literaria. Prefiero la verdad á una brillante inexactitud. Y la verdad es que la humanidad se ve condenada á alimentarse todos los días, y que el siglo XIX ha adoptado la costumbre de desayunarse, de comer y de cenar, además de celebrar con banquetes el éxito feliz de las empresas que acometen los vivientes en este alumbrado siglo de las luces.

Mi buen tío, como yo evitaba cuantas veces me era posible el oír sus sermonatas, esperaba siempre que llegasen las horas destinadas á nuestra alimentación, y en estas era donde se despachaba á su gusto.

Esclavo de la verdad, no debo, sin faltar á ella, inventar episodios interesantes, más bellos literariamente hablando que los banquetes y almuerzos en los que refiero las peroratas de mi tío; si los inventara, desaparecía la exactitud.

Concedo que escribo mal, sin saber emplear los grandes resortes literarios que tanta fama dan á un Víctor Hugo; si siquiera intento pedir á mi pobre imaginación el óbolo-idea para que me saque de apuros en mis pujos de literato.

No quiero ficticios pensamientos que den valor literario á mi libro; prefiero ser un escritor sencillo y describir tal como se presentan las crueles y erradas costumbres de mi tiempo. Si rudamente las combato, es porque rudas son. Por otra parte, veo el positivismo de este siglo, que acaso lo entretengan las admirables concepciones de los grandes ingenios literarios, pero que no las cree. Para el siglo que no cree es inútil todo cuanto bello se le dedica, aunque lleve envuelto un fin beneficioso. No cuadran los atavíos á las costumbres sangrientas que critico. La verdad y el bien llevan la peor parte ante el positivismo. La sociedad marcha por costumbre, sin importarle nada que sea errado el camino. Generaciones vendrán que sólo vean belleza en la verdad y en la sencillez.

Mis aspiraciones se reducen á que el lector diga al concluir de hojear este libro: «No es una obra de arte, carece de bellezas literarias; pero su beneficioso pensamiento de extinguir la fiereza de nuestras costumbres, de cambiar el odio de unas naciones á otras, de

unos hombres á otros, en amor, en la fraternidad universal, es noble y santo: á falta de belleza, tiene bondad.

Tengo la seguridad de que el lector honrado juzgará así mi obra, y me complazco de ello porque le veo opinar como mi buen tío Octaviano cuando dice: «La realización del pensamiento «fraternidad universal» es conseguir el ideal del verdadero cristianismo, no del cristianismo que impera hoy en Roma, donde se dan gracias al *buen cristiano* que regala un cañón ó unas cuantas carabinas al Jefe de la Iglesia, y donde se ve á éste, aunado con los Jefes de los demás Estados, luchar por atrasar el feliz día en que la autoridad, en que el poder deje de ser la fuerza para ser razón.

Durante los trescientos y pico días que estuve al lado de mi tío esperando ser colocado en algún batallón, ocurrieron dos ó tres hechos que no debo pasar en silencio, pues prueban la tiranía que la idea antibélica ejercía sobre mi tío, y que los pensamientos, palabras y obras de éste se hallaban subordinados al imperioso mandato, á la tiranía de su manía «odio á la guerra.»

Un día iban mi tío y D. Simon á dar su largo y acostumbrado paseo, y me invitaron á que los acompañara. No me atreví á desairarlos, á pesar de la oposición natural que el joven siente á pasar con la senectud las horas de distracción.

Al comenzar nuestro paseo observamos un grupo de muchachos que, colocados en forma de círculo, animaban con sus gritos á otros dos muchachos que en el centro luchaban á cachete limpio. Al ver mi tío este combate no se pudo detener. Llegóse á ellos en ocasión que uno de los combatientes yacía en el suelo, y dirigiéndose al vencedor, le dijo:

—Tuya es la victoria; hasta ya de cachetina, y ahora te daré el premio que mereces: ¿tienes tintero?

—Sí, señor, exclamó el victorioso rapazuelo, tómelo V.

Mi tío lo cogió, sacó un pequeño papel del profundo bolsillo de su gabán y escribió en él unas palabras; después, con un alfiler que por costumbre llevaba en la solapa, colocó el papel en el pecho del vencedor. Todos los chicos se apresuraron á ver en qué consistía el premio, y con voz clara y sonora leyeron: «Tú, el vencedor, eres el más buey, pues has probado que tienes más fuerza.»

Mi tío, ántes de abandonar el grupo de muchachos, les dijo:

—Si vuestras luchas á cachetes las cambiáis en adelante por razonamientos, entonces premiaré á los vencedores con el dictado de «más hombres que los vencidos.»

Observé que las mejillas del rapaz vencedor se colorearon súbitamente y que inclinó su mirada hácia el suelo. Las razones de mi tío le habían convencido.

Continuamos el paseo mezclándome poco en la conversación, pero en cambio oyendo mucho. Oí á los dos oscuros ancianos luchar la tierra en un deleitable paraíso, gracias á las pacíficas reformas que decretaron, contrarias en un todo á nuestras actuales leyes guerreras; decretos dados al aire y que éste arrastró en sus oleadas; decretos ¡ay! que es una desgracia para la humanidad que no se observen, que no tengan fuerza de ley.

Era de ver á mis dos viejos pasear lentamente; mi tío erguida la cabeza, pareciéndole tal vez que el mundo le escuchaba y que aceptaba sus reformas, veíasele radiante de alegría. D. Simon apoyando los razonamientos de mi tío y suspirando al pensar que la paz universal debiera ser un mito, puesto que él no podía conseguir la paz doméstica á pesar de sus titánicos esfuerzos.

—Simon, decía mi tío, ¿has visto esa pueril lucha? Pues es la exacta representación de las luchas de los poderes de la tierra. Si á esos chicos que pugnaban por la posesión de un juguete les hubieran puesto armas en la mano, se hubiesen destruido y el juguete en este caso estaba demás.

Siempre las más pequeñas causas han sido el principio de grandes descubrimientos. Los ejércitos suelen luchar por un palmo de terreno, que no son ellos los que lo gozan aun- que lo ganen, probando el victorioso que es el más fuerte, el más buey, no el que más

razon, no el que más derecho tiene al palmo de tierra. ¿Cómo los ejércitos victoriosos no se avergüenzan de luchar? ¿Acaso su victoria es prueba de su razon? ¿Prueba la victoria que el Dios de las batallas (perdon, Dios mio, por darte el nombre que te dan los soberbios y los que, no comprendiendo tu doctrina, te manchan ó pretenden mancharte de sangre, siendo sólo un Dios de paz y de misericordia) está con los victoriosos? ¿Luégo el siglo XIX se confunde con los bárbaros siglos en que se apelaba á los juicios de Dios, ó sean desafíos en que ponian por juez al Dios de la paz? ¿Luégo la supresion de los juicios de Dios alcanza sólo á las luchas de un individuo contra otro, y no alcanza á las luchas generales de un ejército contra otro ejército? ¿La lógica es sólo poderosa para la parte y no para el todo? ¡Oh mundo loco, cuándo llamarás en tu auxilio á la reflexion!

Y si el mal de destruirse los hombres en las batallas alcanzase ó lo sufrieran sólo los destruidos pudiera darse por contenta la sociedad; pero es irreparable la pérdida que experimentan los demás hombres. Mirad, ved esos cerros eriales que debieran ser verjeles regados con el sudor de los que perdieron la vida luchando; nada producen, y debieran estar poblados de árboles fructiferos que asomasen sus esbeltas copas sobre un mar de doradas espigas. Los hombres pacíficos no cuentan con el trabajo de los guerrerros, no cuentan con tanto perdido fruto, y sí con la negativa cantidad de trabajar para el guerrero.

Sin más poder que el que me da mi mente, poder grande, pues emana del Señor de los mundos, doy, aunque al leerlo asome la risa á los labios de los hombres, el siguiente decreto: «Todo hombre que, sólo ó unido á otros, formando ejércitos, mate á su semejante, será condenado á trabajar en canales de riego durante toda su vida. Al privar á la sociedad de uno de sus individuos la perjudicó, y debe resarcir ese perjuicio haciéndola el bien que pueda. ¡Maldito sea el hombre armado que quite la vida ó trate de quitársela á otro hombre!»

—Eso es una injusticia, Octaviano, dijo D. Simon. La mayor parte de los hombres son armados forzosamente, porque nuestras atroces leyes así lo quieren, y no es justo sea condenado ni maldito el obligado á hacer una cosa sin voluntad.

—No, respondió mi tío; hombres son los que legislan sobre las guerras, y tiene poca gracia que unos cuantos feroces legisladores conviertan en feroz la mayoría de la sociedad. Las mayorías son las que imponen su voluntad en todas las naciones regidas constitucionalmente. Si los hombres armados forzosamente son los más, ¿por qué no protestan contra las malditas leyes de la guerra que les dan los ménos? Mi condenacion, mi maldicion es justa al abrazar á legisladores y á los guerrerros á la fuerza; á aquéllos porque sus leyes de quintas ó conscripcion forzosa y de guerra son delitos de lesa humanidad; y á los conscriptos, que son los más, por ser cómplices, por contribuir á sostener esos tan sangrientos delitos. Las mayorías no deben obedecer las leyes inieuas. Y no sirve decir que las costumbres hacen leyes; sobre las costumbres está la razon. Respetemos las malas costumbres y no haremos otra cosa que abdicar nuestra razon, que despreciar nuestra inteligencia, y, por consiguiente, dejar de ser hombres. Si por considerar mala tradicion, ó costumbre, ó derecho, como querais, el derecho de pernada de los señores feudales lo quitaron los legisladores, ¿por qué no quitan la tradicion, la costumbre, la ley ó el derecho de hacer la guerra, puesto que su resultado es la matanza, y ésta es mala? ¡Desgraciada sociedad la que odia á Cain y alaba y no odia á los Ciro, Alejandro y Napoleones!

Y no sólo los alaba, sino que tiene leyes para, segun la importancia de sus triunfos, coronarlos con laureles; es decir, cuanto mayor sea la matanza de enemigos, más coronas cívicas, más grandiosa su triunfal entrada en las ciudades. ¡Y sin embargo, estos guerrerros tan encomiados por la historia, tan admirados por los hombres, son el «no hay más allá» de los Caines!

—Tú decretarias el desarme universal, la supresion de los ejércitos; pero ¿podrian vivir sin ellos las naciones, existiría la sociedad, no abusaria el hombre fuerte del débil, se respetarian las leyes? Tú, Octaviano, destruyes en un momento el modo de ser de la sociedad

actual; pero no construyes, no dices el nuevo fundamento que la conduzca á la felicidad, dijo D. Simon.

Y con esa tranquilidad, con esa satisfaccion que experimenta el que predica y hace el bien, le contestó mi tío:

—Es tan sencillo el edificio que construiria que en muy pocos años lo verias levantado. Figúrate que el poder inmenso que tienen los que gobiernan las naciones lo convirtiesen, en igual de en hacer de sus gobernados soldados á la fuerza, en hacerlos buenos ciudadanos, que, en vez de prestarse á servir de instrumento de tiranía, como los ejércitos actuales, compuestos de desgraciados en los que la ignorancia borra toda idea de la propia dignidad, fueran el más firme sosten de la libertad y de la justicia, como lo es el que de buen ciudadano se precie. Figúrate que ese inmenso poder lo empleasen sólo en instruir á los pueblos, porque la instruccion es la única y mejor base en que se puede fundar la sociedad para llegar al apogeo de su felicidad, y verias al hombre respetar los derechos de los demás, comprendiendo que en ese respeto estribaba el que los demás hombres respetáran los suyos. Los raudales de oro que cuestan los ejércitos gástense en instruir á los hombres, y ántes de veinte años la fraternidad universal se entronizaria del uno al otro polo del globo.

En España cada veinte años gastamos en ejército más de seis mil millones. Figúrate, Simon, esta suma gastada en instruir á los españoles forzosamente, como forzoso es el ir al servicio de las armas, y tendrias esta nacion preparada para la fraternidad universal, y haciendo todos lo mismo pronto seria un hecho.

Los Estados-Unidos en América dan ya ese ejemplo; su presupuesto es todo empleado en el fomento de la instruccion, de todo lo útil; muy exígua cantidad, la estrictamente necesaria, en guerra ó en ejército, y esto debido al recelo que le inspiran las demás naciones. Figúrate que á los otros veinte años, y ya instruidos los españoles, gastáran esos seis mil millones en canales de riego: la España seria un vergel, los ferro-carriles tendrian alimento, y todos los españoles nadarian en la abundancia. ¡Bios quiera que la España entre por este camino!

Dichosa la nacion que sustituya la guerra por el trabajo, el fusil por el libro, porque ella será la primera entre las naciones, y la historia trasmirá su nombre de generacion en generacion como la salvadora del mundo y como un ejemplo para que todas la imiten, logrando sustituir el recelo por la confianza, las rivalidades internacionales por un congreso de paz y una confederacion de pueblos.

De la nacion niña, de los Estados-Unidos va á partir esta idea, este Mesías, y ella conseguirá extender su salvadora doctrina por el viejo mundo. El hombre duda, pero en viendo, cree; y si cree, realiza, ejecuta.

Como tú, Simon, piensan muchos que las naciones no podrian vivir sin ejército; y al oiros insultar así á la humanidad y á Dios, dudo que comprendais la doctrina de Cristo, á pesar de llamarnos sus hijos.

Efectivamente; si la humanidad ha de dirimir sus cuestiones por la fuerza bruta, devolvamos á Dios el más precioso dón que nos ha concedido, la inteligencia; despreciamos ésta, luego la tenemos por inútil, luego insultamos á Dios.

Y si la mayoría de los que forman los ejércitos son soldados á la fuerza, sienten matar ó ser muertos, sienten dirimir las cuestiones por medio de la fuerza; y como los hombres pacíficos, que son la mayoría, forman la humanidad, claro es que insultamos á la humanidad despreciando su sentimiento, su acertado deseo. Y aún hay más en lo referente á insultar al Criador de todas las cosas: en su decálogo nos manda *No matar*; y claro está que no otros, miserables criaturas, nos burlamos de él cuando seguimos *matando* á pesar de los diez y nueve siglos que há que vino á recordarnos ese mandamiento de su antigua ley.

Pero ríete, Simon, viendo que los que más han ensangrentado la tierra han sido los directores de la cosa pública, llamados aquí sus majestades católicas, allí sus majestades fideles.

simas y acullá sus majestades hijos predilectos de la cristiana Iglesia. ¡Baldon eterno á todas estas muy altas y poderosas majestades! Riámonos, sí, pero con risa sarcástica que haga llorar á esa desatentada y mal aconsejada humanidad, que, siendo la mayoría, favorece los caprichosos y sangrientos actos de esos ambiciosos, á los que servilmente llama sus amos ó señores. ¿Dónde está la inteligencia y la razon de esta mayoría? No, Simon, no; los pueblos pueden vivir perfectamente sin ejércitos, porque el «si quieres la paz está preparado para la guerra» es un principio falso que nos hace renunciar la inteligencia é insultar, por las razones que he expuesto ántes, á Dios y á la humanidad. Además, ¿no están todas las naciones armadas, y excesivamente armadas? ¿Evita las frecuentes guerras que presenciamos el que todas las naciones se hallen preparadas para el combate? No, la experiencia nos prueba lo contrario.

Simon, pueden los pueblos vivir sin ejércitos, porque mientras los haya habrá esclavitud, y mientras haya esclavos no se conocerán los derechos del hombre ni se ejercerán segun su opinion y conciencia.

La estupidez y la miseria será el estado habitual de la mayor parte de la sociedad; y sin esclavos, esa estupidez, esa miseria, serian, cuando más, accidentes.

Y no cuento, Simon, que la institucion de los ejércitos es inútil; pues si su fin es defender la patria, ¡ay de la patria del ejército vencido! porque al luchar dos ejércitos uno ha de ser el vencedor; y tambien lo es porque nos dice la historia de nuestra España que muchas veces han sido vencidos nuestros ejércitos, pero el pueblo español nunca.

Y es que el pueblo se bate y vence por defender su hogar, su familia, su honra; y los ejércitos al batirse no llevan en su bandera más lema que la obediencia, y en su frente no tienen otra idea más que la servidumbre, la vil esclavitud en que yacen bajo el látigo cruel de la llamada Ordenanza militar; y la Ordenanza es la recopilacion del terror; y el terror anonada, hace del soldado un cobarde. Si la institucion militar es inútil para defender la patria, fuera de ésta es deshonrosa para el guerrero, porque ó es un invasor ó un mercenario. Por el contrario, el hombre que posee otra profesion, es cosmopolita; aquí y acullá, en su patria ó fuera de ella, es útil á toda la humanidad.

—Pido la palabra, tío, dije yo respetuosamente.

—Habla, respondió mi tío.

—No puedo ménos de protestar sus palabras «el ejército es inútil.» Sin contar con que sin él la anarquía imperaria en el mundo, os puedo probar que al ejército es debida la libertad que interiormente gozan las naciones. En España siempre que la bandera de la libertad ha ondeado, ha sido por tomar él la iniciativa; á él se debe el haber sido poder vuestras ideas liberales.

—Es verdad, sobrino, dijo mi tío; pero no creas que por deberle algunas veces la libertad es conveniente tenerlo. La libertad debida al ejército es seguida siempre por una reaccion debida tambien al mismo.

Este hace el bien de la libertad por ignorancia; obedece á sus jefes, que hoy son liberales, mañana reaccionarios. Los ejércitos hacen el mal á sabiendas. Hijos del pueblo y convertidos en pueblo al tomar la licencia, han obedecido á los generales reaccionarios que han trabajado para quitarnos nuestros derechos, perdiendo, al obedecer, hasta el instinto de apreciar su bien futuro.

Si los reyes no hubiesen tenido ejércitos, tiempo haria que la bandera de la libertad ondearia en todas las naciones. Los ejércitos han sido más tiempo y en más ocasiones instrumentos opresores que libertadores; son la plaga permanente de la sociedad y no pueden producir más que el mal. Las pocas veces que nos han traído la libertad, nos ha costado bien cara. Si hubieran dejado obrar siempre al pueblo, como éste quiere el bien, no se hubiera derramado tanta sangre para conseguirla. Su sostenimiento, siendo numeroso, cuesta tanto como una guerra continua.

Si alguna vez el ejército ha contribuido al triunfo de la libertad, ha cumplido con su de-

ber, ha servido á quien le paga, al que lo sostiene; pero como ha sido más veces opresor, ha devuelto el mal por el bien á quien ha trabajado para mantenerlo; ha sido ingrato, y como sus ingratitudes han sido casi eternas, hé aquí por qué el ejército, no sólo es inútil, sino que es una calamidad para los pueblos.

Yo veo, caro sobrino, que la industria, el comercio y las riquezas fabulosas están en razon inversa de los ejércitos y de las leyes liberales que tienen las naciones. La Gran Bretaña y los Estados-Unidos nos lo demuestran. Allí donde hay menos soldados, hay más fábricas, más escuelas, más imprentas y más tierra cultivada. Pues si existen naciones donde sin casi soldados se acercan á la solucion, con buen éxito, del problema felicidad humana? ¿por qué el resto de la tierra no imita á esas naciones? Y si teniendo poco ejército se acercan á la felicidad, ¿no les prueba ésto que no teniendo nada la felicidad sería completa? ¿Qué hacen los pueblos que no se apresuran á experimentar este medio de llegar á su apogeo de felicidad? ¿Acaso el tener ejércitos hace ya tantos siglos, siendo, como es, desgraciada la humanidad, ¿no nos dice bien claramente que siguiendo armados los hombres la felicidad de la humanidad no se alcanza?

¡Sociedad, sociedad! Si así sigues con tus leyes guerreras y tu organizacion militar, tengo derecho á llamarte loca; y por aquello de *Quos Deus vult perdere prius dementat*, puesto que estás en el *prius dementat* tu perdicion es segura y no se hará esperar, que el mal es ligero como la electricidad.

No, Saturio, no debe haber ejércitos. Basta una guardia civil que garantice las vidas y los bienes de los hombres honrados, guardia civil no muy numerosa, para tener á raya esos accidentes que se llaman asesinatos y robos, porque accidentes serán cuando toda la sociedad se ilustre.

Simon, Saturio, mi atrevida idea la juzgais hoy como una revolucion utópica; de aquí á unos cuantos años estará tan encarnada en la sociedad que será la misma sociedad. Deseo llegue pronto el día feliz de la paz universal y perpétua; entónces la sociedad no sacará ejércitos más que para el trabajo de la superficie de la tierra, ejército en el que ansiarán alistarse los hombres porque obedecerá á leyes agrarias hechas de antemano para ese ejército trabajador, y que será el colmo de la felicidad humana, porque en esa quinta entrará sólo el que nada posee, convencido de que es el único medio de ser poseedor y de poder legar á sus hijos tierra, aunque sea fértil, gracias al sudor de su frente.

Con los adelantos de los pozos artesianos y de las máquinas elevadoras de agua, en las puntas de las rocas se podrán crear jardines, que el fruto es más sabroso y de colores más vivos cuanto más oreado está, cuanto más lo acaricia el sol. Criado en vegas de fácil riego, el fruto de hoy es pálido, amarillento, porque el follaje lo oculta y ni al sol ni al aire permite acariciarlo.

Entretenidos con la conversacion de mi tío durante nuestro largo paseo, llegamos por fin á casa. D. Simon se despidió de nosotros, preparándose á oír con paciencia las ásperas palabras de Doña Paz. Mi tío continuó hablando consigo mismo en contra de los ejércitos y de la guerra, y yo, sentado á su lado, apunté con un lapiz en mi libro de memorias todo cuanto pude recordar de la conversacion de aquella tarde; apuntes tan útiles para mí ahora, y que sin ellas no podria haber escrito estas líneas.

CAPÍTULO XI.

Mi colocacion.

Algunas tardes fui á paseo con los dos viejos amigos; no refiero aquí las conversaciones que les oí porque temo cansarte, lector, si es que no lo estás ya del incesante antibélico hablar de mi tío. En algunos ratos tambien le oí con enojo.

Hubo un tiempo en que la idea del hombre era «mi Dios y mi dama», así como la del siglo actual es la de allegar oro para gastarlo sibariticamente. ¿Cómo al hombre que adora

al becerro de oro le ha de agradar la antibélica charla? ¿Acaso las palabras son moneda contante y sonante? ¿A qué continuar refiriendo las monótonas sermonatas de mi buen tío si no te han de llamar la atención, lector?

Para sacarte de ese éxtasis metálico es preciso que el escritor sustituya las letras de sus obras por pálidas y tangibles pelucanas: una obra así obtendría hasta el más allá de la aceptación y aplauso público.

Sin embargo, opino como mi tío; hay ideas vertidas por los escritores que, adoptadas por la humanidad, la proporcionarían riquezas fabulosas, de más valor que cuantos diamantes ha encontrado el hombre en la tierra y oro ha convertido en moneda y alhajas.

Si la gran idea de la paz perpétua universal la realizase el mundo, le produciría más bienestar que las metálicas riquezas tras de las que corre codicioso.

Comenzaré á referir mi primera campaña en busca de aventuras militares.

Hay algo en mi vida que se parece á la del inmortal caballero D. Quijote de la Mancha. Si éste logra en sus campañas manteamientos, pedradas y solemnes batacazos, yo logro en las mias caídas, talegazos y besos de garrote, sin contar una peladilla de plomo, obsequios todos recibidos en lo que cubre mi brillante uniforme, en esta caballescra humanidad conocida bajo el nombre de D. Saturio de Numancia, oficial de los ejércitos nacionales; humanidad destinada á dar y á recibir tajos y mandobles; preciosa, nobilísima, piramidal y benéfica ocupación, que será pasmo y asombro de las generaciones futuras. ¡Oh sin par carrera de las armas! Así como D. Quijote en su primera salida se armó caballero en una venta, yo me armé en Toledo; él veló sus armas en un corral, y yo en un zaguan llamado cuerpo de guardia; él cayó de su rocínante, al volver á casa, por consejos del ventero, para proveerse de moneda y de escudero que llevase alforja con ungüentos é hilas, cuando trató de acometer á los mercaderes toledanos, gracias al tropezon que dió el caballo, y yo caí de la flaca mula por una causa igual; burlóse de él uno de los mercaderes, y burlóse de mí el arriero encargado de conducirme á Madrid; si D. Quijote sacó el cuerpo machacado de los palos del mozo de mulas de los mercaderes, yo también me hallé molido, gracias al soberano batacazo; y si no acometió ninguna empresa hasta que se vió armado caballero, yo tampoco sufrí talegazos y palos hasta que ceñí la espada. Yo probaré que el militar de estos tiempos es el caballero andante de los antiguos, así como también que el afortunado militar que logra la banda de general es un D. Belianís ó un Amadis de Gaula; es decir, de los más famosos, de los que con sus fazañas dieron solaz y entretenimiento á las viejas y á los chiquillos en las largas veladas del invierno, cuando, al amor de un buen fuego, oían referir tan renombrados fechos.

El capitán sólo llega á la altura, á la nombradía de un D. Quijote. Pero para probar esto necesitamos un capítulo, y por eso lo dejamos para más adelante. Es preciso que vayamos poco á poco describiendo mis aventuras y comparándolas con las del ingenioso hidalgo. Además, mi colocación en el ejército me impide hacer digresiones: la disciplina militar no da espera á nadie.

Era el año de 1843. El día 1.º de Junio recibí el real despacho en el que se me mandaba ir á uno de los batallones que estaban en Cataluña. Recientes los dos pronunciamientos de Madrid, los del 26 de Marzo y 7 de Mayo, habían fusilado á algunos paisanos y á varios militares del regimiento de España. Con este motivo el general Narvaez había hecho una buena limpia en el ejército. Todo oficial que olía á liberal fué separado; esta sería la causa de ocupar los últimamente salidos del Colegio las vacantes que aquéllos dejáran. Europa entera se conmovió en sentido liberal. Narvaez ahogó el movimiento en España, por cierto que tal hazaña dicen le valió ocho millones que el trono creyó conveniente darle para que continuara dando las espléndidas *soirees* en honor de la famosa Terpsicore la Fuoco. A consecuencia de aquel movimiento general creyeron los carlistas que podrían apoderarse más fácilmente del poder, una vez que sus vencedores se habían dividido y habían comenzado la lucha, así fué que se presentó Cabrera en Cataluña.

Despedime de mi tío y emprendí la marcha á incorporarme á mi batallón. Andaba ésta por aquellas montañas sin tener ni un momento de descanso, porque con frecuencia el brigadier Manzano, que lo mandaba, recibía partes de los alcaldes, ora de haberse presentado en sus pueblos una partida de *matinés*, ora de carlistas.

Reunido al batallón, seguí su adversa suerte.

A los pocos días de marchas y contramarchas, fatigado ya de recorrer cerros y valles, no pude ménos de recordar los sábios consejos de mi tío. Es verdad que era triste recibir algunos disparos, que siempre nos causaban bajas, y ver que nuestros enemigos huían en cuanto nos proponíamos atacarlos.

Es el modo especial de guerrear de los españoles, y que tan felices resultados nos dió siempre que nuestro territorio ha sido invadido por extrañas gentes. Pero esta clase de guerra no produce efecto cuando se baten españoles contra españoles, por lo que era vária la fortuna en nuestros encuentros con los enemigos. Todo dependía del buen trabajo, de la exactitud de los espías. El que mejor servido estaba en este terreno, ese era el jefe que podía tener más probabilidades de conseguir la victoria, victoria, por cierto, bien menguada, pues en nada inclinaba la balanza ni en contra ni á favor del trono; victoria reducida á tomar posesión, despues de perder algunos hombres la vida, del cerro que momentos ántes era ocupado por el enemigo.

El partido carlista da pruebas de su escaso talento al confundir el catolicismo con el absolutismo; por esta confusión ha creído que su idea estaba en la mayoría del pueblo, y no era así; por eso su tenacidad en el levantamiento de partidas no ha conseguido más que derramar sangre, partidas á las que, si se piensa bien, no teniendo probabilidades del triunfo, se les puede achacar que sólo han sido levantadas por el infame placer de derramar sangre; sí, porque la idea del absolutismo está muerta.

Recuerdo bien que mientras el año 1848 nos batíamos, sólo interesaba nuestra lucha al reducido número de combatientes de una y otra parte; los demás españoles permanecieron indiferentes, y leían los partes de nuestros choques como se leen las gacetas de los periódicos cuando refieren algun crimen. Mientras dura la lectura se siente pena, despues viene otro trozo de gaceta con alguna anecdota graciosa y chispeante, y desaparece la pena motivada por la lectura del crimen.

¿Por qué, decia yo, por qué combatir y derramar sangre si de estas escaramuzas nada decisivo puede resultar para la causa del absolutismo? El día que Cabrera salió herido fué para mí el más feliz de mi vida, pues adiviné la conclusion de la campaña. Hablo del fin de la campaña; pero no se crea por esto que olvido el gran descalabro de las fuerzas que mandaba Manzano: aunque fui uno de los pacientes, no dejaré por ello de ser verídico é imparcial. En el día creo que ningun militar tiene por su talento el dón de la victoria. El guerrear no tiene mérito, aunque siempre se salga vencedor. Al narrar mi vida insistiré varias veces en esto por el gran convencimiento que tengo de que así sucede. Las victorias y derrotas de los guerreros son debidas á la casualidad. No importa que se me arguya con las muchas casualidades que reunió Napoleón I. Yo sé que la guerra es un juego, y he visto jugadores de azar acertar seguidamente muchas puestas, no por tener talento, sino por tener suerte ó fortuna: así explicó las victorias frecuentes, repetidas, de Napoleón. Exactamente habla el que dice que Napoleón fué un soldado de fortuna, como el que llama afortunado al jugador de azar ganancioso. ¡Oh tío mio! ¡Qué bien razonabas cuando decias que eran ciegos los hombres que rendían culto á la casualidad! Y esto era cuando á tus semejantes los juzgabas haciéndoles todo el favor posible.

Efectivamente, el hombre lucha por una idea ó por otro hombre á quien llama su amo ó su rey. Y tú, caro tío, decias: «Si el hombre lucha por otro hombre, si prefiere un amo á otro, si tiene gusto en tener rey debiera en las guerras de sucesion cerrar á los dos pretendientes al trono en una habitacion, y el que salga vivo aquel sea su amo.»

¿No vale más el aniquilamiento de un solo hombre que no el de toda una nacion? ¿No

es esto lo más justo? ¿Pues qué, el rey ganancioso, el que se ciña la corona, no va á gozar el sueldo no escaso que en los presupuestos llaman Casa real? ¿No va á gozar el inmenso honor de ser el primer magistrado de la nacion? Pues si está á las maduras, que esté á las duras, como diria el famoso escudero Sancho Panza. Piense mi pobre patria en las guerras de sucesion que ha tenido, y verá si tal vez debe á ellas el infimo órden que ocupa entre las naciones.

Y sin embargo, ¡qué hecatombes tan terribles ha habido por los reyes, aunque hoy la ciencia nos dice que un rey, cuando más, vale tanto como un su vasallo!

Si el hombre lucha por una idea, ¿es justo, es lógico combatir las ideas con la fuerza? Yo creo que lo justo y lógico es combatir las ideas con las ideas. Si en la lucha del absolutismo con la libertad se ha empleado la fuerza y no la idea, ¿qué mucho, caro tío, que te dé la razon y crea que eres lógico y justo cuando nos llamas desaconsejados y ciegos? Pero si el hombre elige como medio para sus luchas la fuerza bruta, si ésta debe la victoria á la casualidad, ¿no es fácil venza la sinrazon? Que no sea la vencedora la casualidad; que sea la fuerza. ¿Qué tiene que ver la prueba de cuál de ambos combatientes es más forzado, con la razon y la justicia que uno de ellos tiene? Estos tus pensamientos, ¡oh tío mío! son los que me asaltaban cuando despues de recorrer las montañas catalanas llegaba jadeante á los pueblos donde pernoctaba el batallon. Allí, en el lecho, ántes de dormirme, me asediaban no sólo tus razonables pensamientos, sino tambien otros muchos parecidos que la historia me habia enseñado. En verdad que hasta hoy han sido ciegos los hombres que han obedecido los caprichos de los reyes. ¡Cuántas guerras se han verificado en un momento de su alegría ó de su mal humor! Una noche recordé el burlesco dicho de Felipe I de Francia contra Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra; «¿Cuándo, dijo Felipe I, acabará de parir nuestro hermano Guillermo?» Aludia á que éste era muy grueso y llevaba unos dias de cama por estar enfermo. Al saber Guillermo esa burla, exclamo: «Yo iré á París á oír la misa de parida con tantas luminarias que le pesen á Felipe.»

A los pocos meses Guillermo se dirigió á París á la cabeza de un ejército, destrozó en su marcha todas las mieses y arbolados que halló á su paso, y tomó la ciudad de Nantes, la que entregó á las llamas despues del saqueo. ¡Infelices labradores! ¡Qué culpa tendríais vosotros de las graciosas palabras que pronunciára vuestro rey!

Tienes razon, tío mío: causas más ó ménos frívolas producen cruentas guerras hoy en día. Los siglos llamados civilizados tienen poco que echar en cara á los llamados bárbaros; si entónces se luchaba y se producía la muerte, hoy se lucha y la muerte se prodiga más. Poco ha adelantado la humanidad; hoy lucha como ayer; lo único que ha perfeccionado son los instrumentos de matanza. ¡Hombres desgraciados, vuestra ceguedad va en aumento!

De estos pensamientos tenía llena mi cabeza, y á no haber sido por el pícaro amor propio, hubiera echado á paseo mi quijotesca carrera de las armas; pero estando en campaña me parecia que mis compañeros de armas lo atribuirían á cobardía. Sobre todo un día cruzaron aquéllos por mi mente con una insistencia atroz. No quiero acordarme de la fecha ni del nombre del teatro donde fué. Era una gran hoya cubierta de maleza en la que entró mi batallon, no sin desconfianza. Yo recuerdo que dije: «bravo lugar para una emboscada;» y tengo presente tambien que oí decir á un soldado: «buena ratonera.» Caminábamos bajo estos tristes auspicios, cuando de improviso nos vimos rodeados de enemigos. Las dos alturas que formaban la hoya estaban cuajadas de carlistas al mando de Cabrera, por quien fuimos copados. Cabrera, que sorprendió un parte de Manzano y lo alteró á su placer ántes de que llegase á su destino, habia citado en aquel sitio á las partidas carlistas.

Prisionero de Cabrera, porque defendernos en aquel sitio hubiera sido una locura, pensé en morir; pero al pensar en mi muerte confieso que no temblé como temblaba cuando de niño oía referir las crueldades del Tigre del Maestrazgo.

Mi pensamiento fué equivocado: el Cabrera de 1848 no era el de la guerra de los siete años; el loco tigre español, el anti-cristiano carlista habia sido amansado por la protes-

tante Inglaterra. Si estas últimas líneas les parecen duras al partido absolutista, que me pruebe el fin que Cabrera se propuso al realizar sus crueldades. ¿Fué por vengar la injusta muerte de su madre? El cristiano verdadero perdona. ¿Era por inspirar terror, creyendo que así lograría el triunfo? Pues eligió un médio antieristiano, porque la ley de Dios dice: *No malarás*. No hay duda que el supino carácter y el intransigente fanatismo del aprendiz de moral, despues guerrillero carlista, ha sido trasformado en tolerante y algo más ilustrado por las leyes y costumbres de la culta y liberal Inglaterra. ¿Y cómo no, si el llamado por sus partidarios primer sosten del catolicismo español se habia casado con una protestante? Esto me hace creer que Cabrera entró á defender la bandera del absolutismo sin conocer sus principios; y seducido por la gente de sotana, como otros mil de sus copartidarios, ha seguido despues sosteniendo esa bandera por parecerle deshonoroso el abjurar de ella. Lo que no me queda duda es que ha comprendido que no defendía más que la continuacion de la cobranza de diezmos y primicias, ó, mejor dicho, la restauracion de esas gabelas arruinadoras de los pueblos.

Su enlace con una protestante lo asegura. ¡Y cuántos ilusos desventurados engrosaron las filas del carlismo engañados con que iban á defender la religion cristiana que nadie atacaba! ¡Oh religion de paz, de amor y de perdon, cuánto crimen se ha cometido bajo el pretexto de defenderte! Si el alma del carlismo, ese jefe tan saturado de refinada crueldad se habió engañado las dos guerras civiles, ¿cuánto más seducidos irian los fanatizados batallones que le seguian? ¡Desgraciada patria mía, cuánto daño te ha hecho el estar bajo la férula de gobiernos reaccionarios que han tenido buen cuidado de que no te ilustráras, de que no desarrollases la *fatal mania de pensar!*

Colocaron los soldados nuestros las culatas de sus fusiles hácia arriba, elevadas sobre sus cabezas, y desde aquel momento cesó el certero fuego que nos dirigian y que nos dejó fuera de combate algunos hombres. Nosotros, al principio de la acción, y ántes de vernos rodeados de enemigos, tambien habíamos contestado á sus disparos y derramaríamos sangre tambien. ¡Toda sangre española! Aunque no sé cómo, sentí en aquel momento esta exclamacion, pues para mí la sangre humana es igual, toda pertenece á hombres que son hermanos; pero no queda duda que es más sensible derramar la de nuestros paisanos.

Poco despues Cabrera nos mandó formar pabellones, y ya formados dar unos pasos atrás. Estábamos desarmados. Despues nos dirigió la palabra. Su corto discurso vino á reducirse á lo siguiente: «No quiero que seáis mis prisioneros; si alguno de vosotros se alhiere á mi bandera, le consideraré como hermano de armas; el que no quiera seguirme que se vaya, libre está; sólo que se irá desarmado.»

Cumplió su palabra: algunos de nuestros soldados se quedaron con él por temer que sus palabras fueran alguna añagaza. La mayor parte desfilamos desarmados al pueblo más inmediato.

A los pocos días el brigadier Manzano estaba sujeto á un consejo de guerra, no hallando éste en su conducta ningun motivo digno de castigo.

Muchos combates tuvimos en el corto tiempo que existieron las partidas carlistas; pero ninguno habia sido tan desgraciado para nosotros como el que concluyo de referir.

Evitaré cuanto me sea posible describir estas escenas sangrientas. El vapor de la sangre me asfixia, y juzgo que á todos los hombres les sucederá lo mismo. Esta es la razon porque no he descrito minuciosamente todos estos choques, ni áun el primero, que tan indeleblemente se grabó en mi memoria. La primera vez que el militar se bate es de la que más recuerdos tiene; despues la costumbre de matar embota el sentimiento, y suele confundir unas luchas con otras, y áun olvidarlas todas. La sangre que derrama se evapora ó, impregnando la tierra, desaparece.

El hombre siempre teme su primer combate, como teme el acometer cualquier empresa por primera vez, porque desconfia de obtener el éxito feliz que desea.

El bautismo de sangre llama el guerrero á su primera lucha. ¡Qué palabras más hor-

ribles! Verdaderamente que el hombre es refinadamente cruel y cínico. Dios quiere bautizarle sólo con agua; pero al hombre le parece poco y, en súa de burla, añade un bautizo de sangre. ¡Qué impio es el hombre!

En todos estos choques que presencié y tomé parte se derramó la sangre de infelices soldados que sentían hacer daño á hombres que no les habían hecho ningun mal. Yo les oí en su agonía proferir horribles maldiciones contra su reina, contra sus leyes y contra sus jefes. Y tenían razon. Momentos ántes de morir nadie se equivoca, nadie es injusto. ¿Qué importaba á los pobres moribundos, que sólo á la fuerza debían el hallarse allí, lejos de sus padres, la lucha que sostenían los Borbones?

En uno de aquellos combates fué atravesado por una bala el teniente de mi compañía. Hube de abandonarlo en el campo porque al enemigo le convenía que no avanzáramos. Nuestro grito de guerra era «adelante,» y yo no podía detenerme á socorrerle. Concluido el combate volví donde cayó, y era ya cadáver.

En el parte que nuestro jefe dió al Gobierno fui propuesto para ocupar su plaza, y pocos dias despues vino la aprobacion de la propuesta. Era ya teniente. ¿Debía alegrarme de la muerte de mi desgraciado antecesor? El balazo que recibió hizo que yo subiera un grado más alto y que desde aquel momento aumentara mi sueldo.

¡Oh carrera de las armas, que haces dudar si es un bien el mal que reciben tus compañeros! ¡Y áun te atribuyen nobleza! ¡Oh sin par carrera de carniceros humanos!

CAPITULO XII.

En el que se prueba que los militares somos los caballeros andantes de estos felices tiempos.

Pocos dias despues de los sucesos que llevamos referidos fué herido Cabrera. Sorprendido dentro de un pequeño pueblo, recibió al huir un balazo en una pierna, logrando salvarse gracias á la ligereza de su caballo.

Si en mi corazon cupiese la venenosa rabia que en dósis abundante tienen los partidarios de ese guerrillero, llamaria *pata* á su herida pierna. Este grosero nombre ha dado la prensa reaccionaria al pié de Garibaldi cuando fué herido en Aspromonte. Creo que se pueden referir hechos sin emplear palabras insultantes, que más bien denigran á los que las usan. Aunque cito este hecho, que no se verificó hasta unos años despues de 1856, en que está escrita la mayor parte de este libro, no se crea que hay defecto en la cita, pues este capítulo lo escribí bastante tiempo despues de la batalla de Aspromonte.

En la sorpresa en que salió herido Cabrera me hallé, así como tambien en la verificada en Esparraguera contra los cabecillas Marsal y los Tristanis. Se murmuraba entónces que éstos habían recibido dinero del gobierno por entregarnos la fuerza que mandaban. Nada afirmo: los que llevarán á cabo la negociacion son los que podrán descubrir lo que haya en ello de verdad. Yo lo que aseguro es que al coparlos se derramó sangre, así como tambien que estos cabecillas dieron pruebas de que tenían dinero cuando despues fueron á Francia. Herido Cabrera se podia dar por terminada la segunda guerra civil que en nuestra patria se realizó durante el reinado de Isabel II.

Si fijamos nuestra atencion en los acontecimientos tan sucintamente descritos, vemos que, efectivamente, la victoria es debida á la casualidad, y además que la profesion guerrera es la continuacion, ó mejor dicho, la mismísima andante caballería. Probemos lo primero.

Si para demostrar que la victoria la deben los guerreros á la casualidad empleáramos razonamientos de nuestra cosecha, no seríamos creídos; atribuirían tales razonamientos al odio que mi buen tio profesaba á la guerra, y del cual me hizo participar. Preferimos valedernos de razones dadas por otros militares. Grande es el arsenal donde podemos elegir armas para combatir lo que nos proponemos. No hay militar-jefe que haya sufrido algun

descalbro y que se haya visto bajo la férula de un consejo de guerra, que no nos proporcione, al defenderse, razones mil que parecen escritas para nosotros, y que prueban, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, que sólo la casualidad dá la victoria. ¿Pero para qué hojear las actas de los consejos de guerra, tan repetidos en nuestros dias? Sólo copiaré aquí parte de un comunicado que desde Zaragoza dirigió D. Francisco Valdés, comandante general de la provincia de Soria y coronel que mandaba los francos de la misma en la desgraciada accion de Bañon.

Es natural que habiendo perdido allí mi padre sea uno de los combates que más le tratado de estudiar y que más presente tenga en mi imaginacion. Hé aquí lo que el derrotado coronel dice en un comunicado que dirige al *Boletín oficial* de la provincia de Soria, é inserto en éste el dia 15 de Julio de 1836.—«Poco sabe de achaques de guerra quien ignore que en los combates mejor combinados, de más esperanzas, suele intervenir un incidente, una nonada que dá en tierra con el mejor plan.»

«Generales refiere la historia qué despues de cien campañas gloriosas, se vinieron á marchitar sus laureles delante de un puñado de bandoleros ó de frágiles murallas defendidas sin maña ni prudencia militar.»

Este documento fué firmado en el palacio de los antignos reyes de Aragon, convertido en castillo de defensa de Zaragoza durante la guerra civil, donde su autor estaba preso esperando el fallo de la causa que le instruyeron por la rota de Bañon. Hemos acudido para probar nuestro aserto á un militar contemporáneo; probémoslo ahora con los razonamientos de un hombre que cinó tres coronas, la de famoso escritor satirico, la de hábil político y la de los grandes soldados, y que hace algunos siglos que existió. Veamos lo que D. Diego Hurtado de Mendoza, embajador del emperador Cárlos V en Roma, dice en un memorial dirigido á éste: «Mirad, señor, que es remedio incierto (hablando de la guerra), por que al fin es fortuna y jamás nació un hombre tan venturoso que pusiese un clavo á la rueda de ella. Diez y seis años fué madre de Anníbal: al cabo le fué madrastra en su propia patria. César por ella fué señor del mundo: al cabo murió á manos de pocos. Jamás se vió constancia en ella.....»

¿Hemos de apelar á más documentos que prueben que la victoria es debida á la casualidad? El llamado genio de la guerra, Napoleon I, ¿no atribuyó el marchitamiento de sus numerosos laureles á la ausencia del general Kellermann? Hemos probado nuestra primera proposicion con razones que no serán sospechosas para nadie; los que áun duden, no les queda más recurso que decir que, «no hay peor cuña que la de la misma madera.»

Nos falta probar que la profesion de las armas es la mismísima andante caballería antigua, y que los Amadises y Belianís son los generales. Preferimos también probar esto con razonamientos de escritores distinguidos, y para que ninguna duda quede, procuraremos que alguno de ellos haya empuñado la espada. En el mundo no hay escritor más distinguido que Cervántes; quizá no haya libro más inmortal que su *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*. De esta obra sacaremos nuestros principales argumentos, que tendrán doble valor, y que también probarán que las victorias son venturosas casualidades.

Efectivamente, hemos visto á Cabrera al derrotarnos, convertido en el famoso caballero andante de la Blanca Luna cuando venció al no ménos famoso D. Quijote de la Mancha, representando nosotros los vencidos el papel que hizo este loco caballero. Vemos poco despues á Cabrera trocar su papel de vencedor caballero de la Blanca Luna en el de vencido caballero del Bosque ó de los Espejos, y nosotros continuar el de D. Quijote, pero esta vez vencedores. Unas veces acariciándonos la victoria, otras volviéndonos las espaldas, nos ha sucedido lo que á todos los militares del mundo.

La profesion de las armas no está sujeta á reglas como las demás profesiones. Un guerrero acierta ó no á conseguir la victoria; pero el que ejerce otra profesion ú oficio siempre sale adelante con su obra. Como la guerra nunca pasa de ser un choque de fuerzas contrarias, la más fuerte repele á la débil, y si son iguales se neutralizan; cualquier accidente in-

fluye en debilitar ó aumentar una de las fuerzas, y á la que esto último suceda será la vencedora, pero no la que tenga razon ó derecho á conseguir el objeto porque luchan; generalmente la vencida es la que tenia la razon, porque el débil siempre por lo regular la tiene. En las demás profesiones no guerreras, al emprender una obra, podrá dudar el que la ejerce cuando la práctica le falta, pero despues de alguna repeticion de actos semejantes sabe que con seguridad vá á hacer bien lo que se propone. Hasta el sastre y el zapatero concluyen por daros gusto en los trabajos que les encargais. Pero en los lances de la guerra ¿podreis asegurar que vencerá lo justo? ¡Ah! Todos los guerreros cuando van á comenzar las batallas tienen que echar mano del *Dios sobre todo* de los calendarios, y al concluirla, vencedor ó vencido, dolerse, porque siempre pierde.

Imaginaos que cuantos batacazos sufrieron el pobre D. Quijote y su más pobre escudero Panza los han sufrido Cabrera y Manzano y sus ignorantes soldados ó escuderos. La única diferencia que hay es que la escena es más grande: en aquellos tiempos era la caballería andante al pormenor, en detal, á cada caballero le acompañaba un escudero, mientras ahora cada caballero andante lleva cien ó más escuderos, segun que mande una compañía, un batallon, una division ó un ejército. Los palos, la sangre tambien se ha aumentado, porque tambien ha crecido el número de los derramadores.

Muchos han sido los comentadores del *Quijote*, y sin embargo, creemos que no han acertado al tratar de explicar el fin que se propusiera el inmortal Cervántes al dar al mundo su portentosa obra. Tan sólo vemos un sabio erudito acercarse á la verdad: éste es D. Adolfo de Castro. No cree este erudito comentador que únicamente se propusiera Cervántes con su *Ingenioso Hidalgo* acabar con esta peste, cuando vió España inundada de libros caballerescos, sino que tambien se propuso además concluir con los andantinos sucesos. Por eso dice en su discurso preliminar que acompaña al Buscapie de Cervántes: «La caballería andante en la parte realizable existia aún en España cuando Cervántes se determinó á escribir su *Don Quijote*..... Mucho tiempo despues de haber compuesto Cervántes la primera parte de su obra acacieron en España sucesos dignos de estar entre las aventuras de Amadis de Gaula.» Y en seguida refiere el Sr. Castro las fiestas y torneos que se celebraron en Zaragoza en celebridad de la beatificacion de Santa Teresa de Jesús.—«Un Sr. de Quinto, (dejaría de ser un quinto), encubierto con el nombre de *El Caballero de Avila*, salió de esta ciudad y fué á Zaragoza á demandar licencia al virey para defender en campo abierto la santidad de Teresa. A combatir el intento del Sr. de Quinto vinieron de Francia varios caballeros.»

Habla además D. Adolfo de Castro de otros muchos caballeros que exhibieron sus necesidades en este tiempo. Yo he estudiado esa magnífica obra, orgullo de España, y he creido desentrañar el pensamiento que su autor encierra en ella. No sólo trata de combatir los caballerescos libros y limpiar el mundo de los locos caballeros que aún buscaban aventuras, sino tambien de ridiculizar la profesion de las armas: por eso, aunque embozadamente, compara y asemeja esta profesion á la de la caballería andante.

No se aleja mucho de esta mi opinion D. Adolfo de Castro, pues, en la *Noticia de la vida de Cervántes* nos dice que: «desengañado (Cervántes) de las ningunas ventajas que podia conseguir en la carrera militar, volvió á abandonarse á las musas.»

¿Haría esto por ventajas pecuniarias, él, que cree que pobreza y poeta son sinónimos? ¡Oh! aquel genio no hay duda que comprendió la deshonra que el porvenir guardaba para los que defendian sus justos ó injustos derechos por medio de la fuerza bruta; y no sirve decir que me pondrán delante citas de la misma obra que prueban que ensalzó hasta las nubes la carrera de las armas y el valor; no, en aquel tiempo en que sólo habia dos carreras, las armas y el sacerdocio, no dudó en elegir la primera aquella alma ansiosa de gloria; y si no añadió al fin de su inmortal obra «los caballeros andantes y los militares son dos cosas iguales, y entiéndase que las razones con que ridiculizo á aquéllos abrazan tambien á éstos,» es porque en aquel tiempo hubiera sido el decirlo una imprudencia peligrosísima.

Además, el hombre que tan bien manejaba la hermosa habla castellana no necesitaba decirlo descarnadamente; su escudero Sancho, esa bellísima y graciosa creación, se encargaba de decirlo al mundo. Esto nos lo probarán las mil citas que Sancho Panza nos prestará, y además otras tantas razones de varios personajes del *Quijote*, y por último, el mismo loco caballero. No hay duda, Cervántes escribió su obra para que la fuerza bruta diera paso á la razón y al derecho; leed, si dudais, sus palabras. Pero irémos por su orden probando primeramente que Cervántes mezcló caballeros andantes y militares por considerar ambas profesiones como una misma cosa.

Efectivamente, nuestro renombrado escritor pone en boca de D. Quijote, cuando se dirige al canónigo de Toledo, los siguientes razonamientos. Despues de referirle las mil y mil aventuras descomunales llevadas á cabo por los más famosos caballeros, cuéntale tambien las grandes victorias que consiguieron los más renombrados capitanes; así es que jugetearon por sus labios los nombres de la infanta Horipes, Gui de Borgoña, y lo de Fiebrabrás, que sucedió en tiempo de Carlo-Magno, con los de Hector y Aquiles y la guerra de Troya; no olvida á los doce pares de Francia, ni al Rey Artur de Inglaterra. Tambien sonaron en sus labios los no ménos famosos nombres de Guarino Mezquino; el del que dió cima á la demanda del cauto Grial; los de D. Tristan y la Reina Iseo, los de Ginebra y Lanzarote, sin olvidar además de esas mujeres, causa primordial de los piramidales hechos de sus caballeros, el nombre de la Duena Quintañona, la más famosa escanciadora de vino, porque hecho digno de eterna memoria es el saber escanciar el comfortable licor. Al lado de estos imperecederos nombres asomaron en los labios del discretísimo D. Quijote los de Pierres y la linda Magalona, el del renombrado Roldan, el del aún más famoso Rodrigo de Vivar el Cid Campeador, el del valiente lusitano Juan de Merlo y el del señor de Charni, llamado Mosen Pierres.

Corre tambien por sus labios el ruido producido al pronunciar los nombres de los valentísimos caballeros españoles Pedro Barba y Gutierre de Quijada (ascendiente del mismo D. Quijote), D. Fernando de Guevara, Suero de Quinones, Gonzalo de Guzman y Bernardo del Carpio. No hay duda que para el grandilocuente Cervántes tan caballeros andantes eran los Cides y Bernardos del Carpio como los Amadises y los Belianis.

Y como si no bastára esto, pone más adelante en boca del discretísimo caballero Don Quijote lo siguiente:—Mira, Sancho, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida: pocos ó ninguno de los famosos caballeros que pasaron dejó de ser calumniado. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen del que tuvo ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué demasiadamente ríjoso, y de su hermano que fué Honon.

No hay duda, se confunden por ser iguales los andantes caballeros con los soldados. El giganteo talento de Cervántes concluirá con los ejércitos como concluyó con los necios libros de caballería y con los locos caballeros andantes: éstos y los militares son unos; luégo la misma causa producirá el mismo efecto.

Aún tenemos otra convincente prueba de que Cervántes confundia la profesion de las armas con la de caballero andante. Véase el Buseapié, donde dice:—¿Cómo qué! ¿Es posible, amigo y Sr. Bachiller, repliqué yo, que vuestra merced defienda tan acerbamente que no andan caballeros andantes por el mundo en esta nuestra edad de hierro? ¿Tan salto sois de memoria que no se os acuerden los muchos caballeros que dieron en la flor de tener por verdaderas estas vanidades de que están llenas las historias, que son sabidas de coro hasta del vulgo necio? Y en resolución yo os voto á tal de traerlos á las mientes las locuras de aquel tan famoso caballero D. Suero de Quinones, de quien se dice que, con nueve gentiles hombres, demandó licencia al muy alto y poderoso rey de Castilla

Don Juan II para partirse de la corte y rescatar su cautiva libertad (que estaba en prision de una dama) con romper en el término de treinta dias trescientas lanzas con los caballeros y gentiles hombres que fuesen á conquistar la aventura; y bien debédes de saber que dicho caballero D. Suero de Quiñones defendió el honroso paso cerca de la puente de Orbigo, y que se quitó aquel fierro del cuello que llevaba preso en él continuamente todos los jueves en señal de servitud y cautividad, y que fueron defensores y mantenedores del paso Lope de Estúniga, Diego de Bazan, Pedro de Naba con otros hijosdalgo hasta nueve, todos andantescamente enamorados. Los cuales todos quebraron lanzas con más de setenta aventureros que eran allí venidos para probar sus fuerzas y bizzarria. Y en resolución, si estos no fueron andantes caballeros de carne y hueso, y no como los más fingidos responder-heis, Bachiller amigo, demas que del paso honroso hay libro escrito que se llama tal de Pineda.... Y aun bien que no se os habrá ido del entendimiento la aventura del canónigo Almela, que se halló en la conquista de Granada.

Y por último, consignamos aquí la incontestable prueba que el erudito anteriormente nombrado D. Adolfo de Castro publica en su *Discurso preliminar al Buscapié*. Dice así: Cervántes, aunque no pudo imaginar que el duque de Braganza se alzase rey de Lusitania, y que su cuñado el de Medinasidonia lo desafiase con carteles y esperándole nada ménos que ochenta dias, todo á semejanza de las aventuras de los Belianis y de los Esplandianes, ya habia visto y oido en su tiempo lances iguales entre personas de nobleza y de virtudes. Por eso en el *Quijote* no sólo se burló de los libros caballerescos, autores de esos desatinos, sino tambien de los hechos imitados de sus contemporáneos, con risa de los extraños, asombro de los propios, y con estrago de la verdad y de la justicia. Es cierto que Cervántes siempre dice en el *Quijote* que su libro sólo se dirige á desterrar del mundo la vanísima leccion de las novelas caballerescas; pero tambien se deja traslucir en varios lugares de su obra inmortal que á más alto punto lanzaba sus tiros, acabando en confesar al fenecer la segunda parte del *INGENIOSO HINALGO, que para hacer buria de tantas hazañas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de aquel reino*.

Yo sólo añado que como nobles eran soldados todos estos caballeros andantes: luego, lectores, vosotros sacareis la consecuencia. Convencidos ya de que Cervántes creia que el ser soldado era idéntico á ser caballero andante; convencidos tambien de que no sólo ridiculizó los libros andantescos, sino tambien á los que daban cima á tan brutales hazañas, réstanos ver las palabras con que se burló de la profesion de las armas, llamárase caballería andante, llamárase milicia.

Muchos rasgos que son de andante caballería tienen hoy en dia nuestros militares, como son el jurar las bánderas, el vengar los caballerescos oficiales á cada paso su honra ofendida por faltas leves, empleando el desafío para conseguirlo, y otros mil que á nuestros militares adornan, contando entre ellos las batallas, que no pasan de ser desafíos al por mayor. Todo conspirará á probarnos que caballería andante y milicia es una misma cosa, y que Cervántes se burló de ambas á la vez.

Fácil es nuestra tarea; copiemos á Cervántes: ¿quién mejor que él se atreverá á burlarse de la profesion de las armas?

Comenzaremos por los personajes más modestos de su sin par obra; dejaremos hablar á Sancho Panza, que muchas y magnificas son sus palabras en contra de lo que huele á guerra:— Señor (dijo á su amo), yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa empresa: ahora es de noche; aquí no nos vé nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea ménos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él... y el mal para quien le vaya á buscar, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no vaya á buscar el mal á ninguna parte.

Quando D. Quijote dió libertad á los galeotes, aconsejó á su amo de esta manera:—«Señor, que el retirarse no es huir ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana.... Todo guerrero es un miserable envidioso, porque cuando Dios amanece para todos amanece, y querer quitar de la faz de la tierra á los hombres que llama sus enemigos....»

Pero donde Cervántes está contundente es en los razonamientos de los escuderos del caballero del Bosque y el de la Triste Figura, al contarse sus vidas; parece que dedicó tales razonamientos á la clase de tropa. Aquello de—¿quién come el pan con más calor y más frío que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aún ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos, pero tal vez hay que se nos pasa un día y dos sin desayunarnos sino es del viento que sopla.»

Esto sólo se pudo escribir pensando en los pobres soldados, y aún, según el escudero del caballero del Bosque, «todo eso lo podían conllevar con la esperanza de recibir el premio de algun canonicato ó el gobierno de alguna insula.» Pero ¿qué va á ganar el pobre soldado? Retirarse á su casa despues de haber expuesto su cuerpo, «despues de profesar aquella maldita servidumbre,» despues «de dejar estas borracherias de estos caballeros.»

Aquello de «cuidados ajenos matan al asno» cae tan encima á los pobres soldados que es imposible inventar otras palabras que con más exactitud prueben lo que espera el militar.

A los reyes y á los organizadores de ejércitos los tratan ambos escuderos con mucha justicia. Aquel dicho de Sancho al escudero del caballero del Bosque: «con vuestra merced podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio,» les da el golpe de gracia para que nunca se levanten y den al mundo el triste espectáculo de derramar más sangre.

Y á los legisladores que piden soldados no los hunde ménos el razonar del escudero del Bosque:—«Si el ciego guia al ciego ambos van á peligro de caer en la hoya. Mejor será retirarnos con buen compas de piés y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.» Es el mejor consejo que puede darse á los pueblos que consienten dar sus hijos para formar ejércitos, al mismo tiempo que á estos hijos convertidos en guerreros; consejo que destruye para siempre la afición á guerrear, probando que es más solemne tontería no conseguir lo que se desea valiéndose de la razon y la justicia y no de la fuerza bruta.

Y cuando añade:—«Dejémonos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas,» en nada decae el consejo.

No me queda duda; Cervántes describía la necesidad de ser soldado, si pensamos que, además de todas estas razones, compara el repuesto que en las alforjas lleva el escudero del Bosque con el que lleva consigo cuando va de camino un rey ó un general. No puede ménos de nombrar el mandon de los soldados, porque la idea de hablar contra los guerreros le tiraniza y concluye por descubrir la hilaza.

Pero donde Cervántes se excede á sí mismo es en las dos razones siguientes, puesta la una en boca de Panza y refiriéndose la segunda al modesto asno del pobre escudero:—«Yo no sé qué tienen que ver mis posaderas con los caballeros andantes.»—«El asno oyó los consejos de su amo, que fueron no darse por ofendido de los insultos que le infiriera el vestido de bojiganga de la compañía de recitantes que iba en la carreta de las cortes de la muerte, olvidando los insultos y tratando de vivir pacíficamente al lado de su amo todos los días que los cielos le diesen de vida.» Véase aquí que el asno de Sancho Panza sabía más que todos los guerreros habidos y por haber.

Nos faltan todavía citas numerosas de varios personajes del *Quijote*, y aún mezcláremos entre ellas alguna del gracioso Sancho Panza: todas son pullas contra la guerra. ¡Oh sabio Cervántes! Tú haces justicia á los insensatos guerreros cuando dices al acometer Don Quijote al Vizcaino, que la mula de éste «no hecha á semejantes niñerías....» y es

la verdad, que la mula tenía más talento que los que peleaban, pues no quería estarse quieta para recibir los golpes. Sátira más fina y conveniente no se puede escribir ya contra la guerra.

No es ménos la que endilga á los guerreros por medio de D. Quijote, en el capítulo XXVII, 2.^a parte, cuando cuenta la aventura del rebuzno:—«Pero tomarlas (las armas) por niñerías y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto más que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen; mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu, porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse.»

Después que Cervántes escribió estas palabras, no se concibe que haya habido guerras, algunas de ellas por causa más baladí que la burla de un rebuzno imitado. ¿Quién no ve en esta aventura, en la que sale Sancho apaleado, al pobre pueblo amiquilado por las guerras que sus reyes ó amos llevan á cabo?

Cuando dijimos que las victorias son debidas á la casualidad, pudimos haber añadido á aquellas razones otras muchas de la obra inmortal de Cervántes; pero como ofrecimos escribir un capítulo que probase el fin que el autor se había propuesto al publicar el *Quijote*, creemos más oportuno que ocupen este lugar. Oigamos á D. Quijote:—«Pero en ningunas cosas se nuestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo y alcanza la victoria ántes que el contrario se ponga en defensa.» Donde se ve la prueba de que la celeridad es la causa de vencer muchas veces en las batallas; la celeridad que, en las cosas no pertenecientes á la guerra, suele ser la principal causa de que salgan mal, por no entrar la razón de por medio y ser ésta á la que deben supeditarse todos nuestros actos.

El mismo D. Quijote, cuando acometió la empresa de los molinos de viento, dijo á su escudero:—«Calla, amigo Sancho, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza.»

Sancho Panza también nos prueba esto cuando dice:—«que hoy por tí, mañana por mí, y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana.» Y dice más adelante:—«Porque he oído decir que esto que llaman por ahí fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.»

Otra prueba de que Cervántes ridiculizó la guerra tenemos en el fin que se proponen los caballeros andantes, fin igual al de los guerreros. Ya que Cervántes no pudo decir en su tiempo que éstos y aquéllos son una misma cosa, yo, el más ínfimo de los escritores, me atrevo á probarlo. Oigamos á D. Quijote:—«Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? ¿quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navios y dejó en seco y aislados los valerosos españoles, guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas, son, fueron y serán obras de la fama que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros....»

Veamos ahora el mismo documento ántes citado de D. Francisco Valdés, fechado en su prision de Zaragoza, que dice:—... por el deseo de gloria; y no recuerdo el motivo. Él es el que me hizo acometer empresas difíciles cuando fué preciso buscar la salud de la patria por los medios nunca tentados; el mismo motivo me hizo tolerar las fatigas de una guerra activa entre las nieves del invierno y entre los ardores del estío; él fué el que puso la espada en mi mano y por el que nunca haya vuelto á la vaina sin ir teñida de sangre enemiga; él mismo el que me alejó de las dulzuras de un pueblo en donde mi edad me convidaba con los gocees; él quien ha encanecido mi cabeza sobre las ásperas montañas de Vizcaya y sobre las llanuras de Castilla, etc.

El mismo Cervántes se encarga de ridiculizar el afán de gloria de la profesion de las armas, no sólo en razonamientos en sério, sino tambien en són de burla. Hé aquí lo que pone en boca de D. Quijote:—... que á la vanidad de la fama que en este presente y actual siglo se alcanza, la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo que tiene su fin señalado.

Hé aquí lo que hace decir á Sancho, en són de burla de la guerra, dirigiéndose á su compañero el escudero del caballero del Bosque:—...cuanto más que yo quiero sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos.... que sé que me costará ménos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza que yame la cuento dividida y partida en dos partes....; pero aunque se llenáran (las talegas) de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear; peleen nuestros amos y allá se lo hayan, y behamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando apetitos para que se acaben ántes de llegar su razon y su término, y que se cayan de maduras.... Cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas?.... aunque lo más acertado sería dejar dormir cada uno su cólera, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas.... Sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna.

Leidas las anteriores líneas de Cervántes, el mundo entero tiene que exclamar: «El que pelea es más loco que D. Quijote, y el que no quiere pelear es un sabio, como sabio es Sancho Panza: tiene que declarar que es sapientísimo el gracioso escudero.»

Si el fin de la profesion de las armas es la gloria, es legar á la posteridad un nombre aunque cubierto de sangre; si porque quede vivo el nombre de los guerreros en los venideros siglos dan batallas y derraman la sangre de sus hermanos, vengan á mí: yo inventaré altos hechos que atribuiré á ellos, que uniré á su nombre, y pasarán á la posteridad bien envidiados.

No teman, como D. Quijote temia, que algun sabio encantador, su enemigo, desfigurará sus hechos grandes: vengan á mí, que yo, sin retribucion alguna, todos los hechos que les atribuya serán á medida de su deseo, y cuando no, si los guerreros son generales, basta con esto para que tenga influencia con los gobiernos y poder dar empleos á los que escriban sus historias, y si no soy yo el que se las escriba no dejarán de hallar su historiador por un buen empleo, que esta es la mejor varita mágica que hará poner los nombres de los carniceros humanos en los mismísimos cuernos de la luna. Pero, por Dios, guerreros, ¡no empapeis más la tierra de sangre! Si así no lo haceis, me hareis opinar como Sancho Panza cuando preguntó:—¿Cuál es más, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante?— «La respuesta está en la mano, respondió D. Quijote; más es resucitar á un muerto.»— «Cógido le tengo, dijo Sancho; luégo la fama del que rescita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos.... mejor fama será para éste y para el otro siglo que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes habido en el mundo.»

Déjense los guerreros de esa idea de adquirir fama, que será con el tiempo infame, y

pretendan alcanzarla por otro camino que resulte algún bien á la humanidad; que más alcanza una ley buena, un descubrimiento útil á los hombres, que cien mil lanzadas que á éstos den, que cien mil cañonazos dirigidos á nuestros hermanos.

Todos debemos ser del parecer de Sancho Panza, que dice:—«que no debe haber ningún caballero andante (y yo añado militar) en el cielo, y eso que son muchos esos caballeros andantes.» La mayor parte de los santos han predicado la paz, y todos los guerreros han practicado la guerra; éstos han tenido á gran honra besar las reliquias de aquéllos: luego á sabiendas quieren ocupar un sitio en el infierno. Y es muy justo que el señor Pedro Botero se divierta con ellos allá bajo, ya que en la tierra matan impunemente. «¿Dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido?» Esto dijo D. Quijote á Sancho, y esto mismo se puede decir del militar.

Piensen además los guerreros que la historia hasta nuestros días ha sido injusta, y que de hoy en más será severa con los derramadores de sangre; la historia hasta aquí no ha sido, como dice Cervántes, «émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir.» No, que cada historiador ha juzgado los vicios y crímenes de su época como lo que eran entónces, como virtudes, mientras la razon aconseja á los historiadores de nuestros días que juzguen aquellas virtudes como atroces crímenes. Nadie llamará virtuosos á los vencedores en las guerras de religion desde la paz de Wesfalia. Los derramadores de tanta sangre nos parecen actualmente unos mónstruos; y tanta sangre derramada la consideramos, despues de horrible, inútil, dada la tolerancia religiosa, dada la libertad de cultos. La futura historia tambien considerará como mónstruos á los mandones de ejércitos apénas la tierra sea una confederacion de pueblos.

Todos los caballeros andantes han encontrado sabios que hayan sacado á la plaza los hechos que llevaron á cabo, así como los generales encuentran hoy historiadores que escriban sus historias. Yo, oscuro militar, no aguardo á que refiera mis hazañas ningún sabio, y de rondon y á tontas y á locas las pienso narrar: cansado estoy de ver la injusticia de la historia, que sólo nombra á los que mandan y nunca á los que obedecen, siendo así que éstos hacen tanto como aquéllos.

Me sublevo contra esta injusticia. Protesto, pues, viendo que la historia dice tal general y su vencedor ejército, y refiere los hechos de éste atribuyéndoselos á aquél.

Los muertos de un ejército, al concluirse la batalla, no se los menciona más que con una cifra. El mandon de un ejército figura en la historia con todas las letras de su nombre y apellido, muera ó no en un combate.—«Porque si va á decir verdad, dice Cervántes, no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que le ordena.»

La historia debiera narrar la vida de cada soldado que forma los ejércitos. Hoy en día todos somos iguales; en cueros nació el general y en cueros el soldado, y ambos han de parar en la nada; demasiada grandeza ha dado el mundo á los Faraones y Tolomeos de Egipto, á los Césares de Roma y á los monarcas de la tierra, y todos los que no han concluido concluirán en nada, y de ellos no quedará más que las manchas de hierro que la sangre dejó en los campos donde dieron las batallas que su ambicion les aconsejó.

No se le escapó á Cervántes esta injusticia de la historia, y hace decir á Sancho Panza:—«¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¡Háñese de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de Fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero que escriban á secas: Don Paralipomenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo!»

El soldado que acomete empresas bajo las órdenes de un general es la *vera efigies* de

un escudero apaleado; son para el soldado los coscorrones y para el general los bollos ó la gloria; y si en la empresa acometida llevan la peor parte paga el soldado la culpa que no tuvo en la mala direccion con que su general la llevó á cabo. El soldado debe tener derecho á exclamar con Sancho Panza.—¿Pero qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? ó lo que es lo mismo: ¿qué tienen que ver los soldados con sus jefes, sean reyes ó generales? Peleen ellos. ¡Pobres soldados y pobres naciones! Cuando os veo vencidos, cuando el ejército de éstas es derrotado, parecéisme á D. Quijote rendido por el Caballero de la Blanca Luna. He dicho, miserables naciones, que vuestro vencido ejército parece á D. Quijote, y no es exacto, porque la verdad es que da pruebas de ser más loco que él: por un poco tiempo no podeis tomar las armas ó sea la venganza, cuando ménos hasta que á vuestros pueblos exigis nueva sangre y nuevos tesoros, mientras que D. Quijote no pensaba tomarlas en un año por habérselo así exigido el Caballero de la Blanca Luna.

Pero el capítulo este se va haciendo demasiado largo, y debo concluir con las burlas que el insigne Cervántes hace de la guerra. Oigamos al mismo D. Quijote, el más entusiasta por los grandes hechos de armas:—¿Qué, es posible que en cuanto que há que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? »

Además, en el modo de batallar en la actualidad se sabe que vá el hombre á encontrarse con la muerte, y debemos considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre al invisible plomo. Por esta razon dice Cervántes por medio de D. Quijote:—« Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierta de la tierra. »

Si Cervántes se burla tan inimitablemente de la fuerza bruta, lo hace tambien de los que visten el uniforme de soldados y hasta de los mismos uniformes. Véase lo que pone en boca del pastor Eugenio:—« Volvió el mozo vestido á la soldadesca, pintado con mil colores... Y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. » Y en otra parte dice por medio de Rui Pérez de Viedma:—« Y la condicion que tenía de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces. »

No hay duda que Cervántes queria dar á entender que los soldados, cuando vuelven á sus casas, son capaces de echar á perder las repúblicas por los malos hábitos adquiridos mientras estuvieron en el servicio militar; y como los gastadores son holgazanes y cuando se gasta no se trabaja, ocasionan á la sociedad una doble pérdida.

Ultimamente pondrémos aquí las terribles ironías que Cervántes dice, por medio de su personaje D. Antonio, contra la profesion de las armas, hallándose D. Quijote en Barcelona:—« Así es, Sr. D. Quijote, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas resplandece y campea sobre todas las otras. »

En són de burla dice estas palabras á D. Quijote, y con sentimiento dirige estas otras al Bachiller Sanson Carrasco:—«Dios os perdone, Sr. Bachiller, el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él.»

Socarron estuvo D. Antonio con la fuerza bruta. Pero el golpe maestro de Cervántes es cuando hace decir á D. Quijote, que se vé agonizante en el lecho del dolor y en esa hora suprema de la muerte en la que la inteligencia se aumenta, en la que hasta los hombres ménos ilustrados son sentenciosos y sus sentencias sábias verdades:—«Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: me son odiosas todas las historias profanas de andante caballería.» Como para nosotros andante caballería y milicia es todo uno, vemos en estas palabras que D. Quijote se desengaña de la locura que es ejercer la profesion de las armas.

No sé si se me acercará algun D. Antonio que me diga en cuanto lea este libro: «Dios os perdone, señor escritor, el agravio que habeis hecho al mundo en querer volver cuerdos á los crueles locos que tanto abundan en él.» Creo que no, porque daría muestras de tener el corazon aún más cruel que los mismos derramadores de sangre.

Réstanos decir á los hombres que hagan un eserutinio de todas las historias que tratan de guerras y que las condenen al fuego, excepto la de la única guerra que en el mundo ha habido justa, que es la de América, donde se ventiló la conclusion de *la esclavitud del hombre*.

Verdaderamente que este capitulo parece una larga digresion; tal vez por esto muchos lectores lo pasarán por alto, sobre todo los jóvenes acostumbrados á leer novelas de enamoramientos de una potencia de mil caballos, ó dramas en los que sucumben los apuntables y hasta los apagaluces. Sin embargo, es el que mejor prueba la barbarie de las armas. Y ¿cómo no, si me he cobijado bajo el más robusto cedro de la literatura del mundo? ¿Qué hubiera sido de mí, oscuro escritor, si así no lo hubiese hecho? ¿Con qué autoridad hubiera dicho á los pueblos: «Conoced vuestro error y no batalleis más; fuera esa locura que llamáis guerra, y dad paso al derecho y á la razon; sed hombres para dejar de ser fieras.» No hubiera sido creído.

De nada me sirviera acudir á mi pobre fantasia y en elevado estilo decir á los hombres: «Nefando es oír con placer el sonido rudo de guerrera trompa; nefando es tambien el cantar hechos de esos llamados héroes guerreros.»

Admiremos á Homero, á Virgilio, á Ercilla; pero cáusenos lástima que estos poetas canten á los más célebres carniceros humanos en vez de emplear su inspiracion en cantar los inventos que producen bien á los hombres que hacen feliz á la humanidad. Perdonémoslos; en aquellos tiempos era noble el que más sangre vertia; el pueblo admiraba al que más hermanos destruyó. El poeta daba gusto al pueblo describiendo los hechos más sangrientos y terribles y alabando á los que los llevaban á cabo. Todavía hay esas terribles hecatombes. ¿Por qué no vives, Homero divino, y haces sonar tu lira, pero con cantos odiosos para ese baldon humano llamado guerra?.....

¿Pero dónde voy yo con un tan elevado estilo? ¿Quién me mete á mí á ser grandilocuente y altisonante escritor? ¿Acaso para ridiculizar la barbarie se necesita un estilo grave y elevado? No, y mil veces no; lo único que es necesario es razonar con sencillez y con argumentos de la ralea de la barbarie; así es que el mejor que se puede indicar á los pueblos que todavía tienen ejércitos, y por consiguiente se les debe llamar guerreros, es decirles con Sancho Panza: «De lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas.»

Efectivamente los soldados hacen el papel de escudero; los gobiernos que tienen leyes organizadoras de ejércitos, de Quijotes; y los pueblos, que todo lo pagan, de asno de Sancho Panza. Por eso éste se maravillaba de que «hubiese salido libre y sin costas.»

Los entusiastas por la profesion de las armas me opondrán otras citas del *Quijote* donde alaba Cervántes tan brutal ocupacion. De seguro que dirán aquello de:—«A esto respon-

den las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas.

También me recordarán aquello que dijo D. Quijote:—«Viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven sobre la tierra.» Y añadirán aquello de Cervántes de:—«Más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida.» Y aquello otro de:—«Las heridas que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra.» Responderé yo á estos entusiastas con este capítulo, y además que es deshonor de la humanidad usar de la fuerza bruta cuando se dispone de la razón; que yo opino, como Cervántes, que, una vez que nuestras erróneas leyes nos hacen soldados, procuremos serlo buenos y honrar esa profesión siendo bravos y no cobardes. Tal vez por esto escribe Cervántes dos veces en su obra *inmortal*: «más bien parece el soldado muerto,» etc. La una la atribuye á Terencio; la otra no dice nada y va seguida de: «las heridas que el soldado,» etc.

Pero continuemos la narración de mi vida.

Herido Cabrera terminó la guerra civil, y destinaron á mi batallón á guarnecer la plaza de Huesca. Antes de referirte los sucesos que en esta ciudad aumentaron mi poco interesante historia, voy á trasladar aquí una carta que recibí de mi buen tío.

CAPITULO XIII.

La carta de mi tío.

—Mi querido Saturio: Desde que pisas el suelo catalán, desde que por esos vericuetos andas en són de guerra, no he tenido un momento de reposo y la sonrisa ha desaparecido de mis labios al pensar que cada instante que marca el péndulo que tengo enfrente puede ser el último de tu vida, gracias á alguna bala de esas que con sin igual furia y sin conoceros os enviáis en esa guerra de sorpresas los hombres que debierais ser hermanos. Pero cuando más apresurado late mi corazón es al oír el chasquido del látigo con que el correo anuncia su llegada. ¿Vivirá mi Saturio? Hé aquí mi primer pensamiento; despues la razón comienza por ser señora de mi inteligencia, y concluyo por serenarme, pero siempre con el recelo de que algun día el cartero me traiga la mala nueva. ¿Pues qué, el que guerrea no está en un continuo peligro? Calcula los ratos de dolor que habré pasado desde el momento que leí en *El Clamor Público* (1) la sorpresa que os hizo Cabrera, hasta el en que leí tu carta diciéndome que habías salido ileso en tan desgraciado encuentro.

Por Dios, Saturio, abandona las armas y no te importe tu porvenir. Yo, por mi parte, preferiría verte pobre y útil á la sociedad mejor que con una pingüe paga de general, de la que cada maravedí parece la prueba de que un hombre dejó de existir gracias al filo de su espada. Para derramar sangre se necesita ser rencoroso; ¿y he de desear que te domine el rencor? Porque, en definitiva, ¿no es la guerra un acto de venganza por algun agravio inferido anteriormente? Los carlistas no te han agraviado, y aunque así fuese, tu deber era perdonarlos, que no es de cristianos el tomarse la venganza. Lo más acertado para los pueblos es despreciar á los reyes y á los pretendientes y dejarlos luchar á ellos solos si así lo quieren. No siendo tú el agraviado, el hacer tú la guerra más parece una venganza ejecu-

(1) Periódico liberal que se publicaba por aquel tiempo.

tada por ti á sangre fria; y como á tus compañeros les pasa lo mismo, desde que os declararon la guerra hasta que la concluyais todo habrá sido proponer entre vosotros planes destructores, todo habrá sido trazaros medios de realizar una cruel venganza. Es verdad que á bien helada sangre comienzan todas las guerras. Abandona las filas, Saturio, y ven á esta casa que sabes es envidiada, sobre todo por nuestro amigo Simón, por reinar en ella la paz.

¿Por qué la sociedad condena á muerte al soldado? ¿No le basta matar en un patibulo al criminal? ¿Acaso cree que es así perfecta? ¿Ni áun de leccion le sirve el haber matado á su Dios en el Gólgota? Seguir matando es corroborar que hizo bien al matar á Jesus. ¿Será en esto en lo que funda su derecho para matar á su semejante, aunque éste sea un asesino? Pues piense la sociedad que al separar Jesus el alma de nuestro cuerpo, al pronunciar su justa sentencia no nos condena al no ser; el premio ó el castigo que nos dá es para una eternidad; ó á su diestra ó á su siniestra mano; á su lado ó al abismo. ¿Por qué tú, sociedad, condenas á tu semejante al no ser en la tierra? ¡Mil veces desgraciada sociedad, pues no posees un rio Leteo! ¿Por qué la ley no ha de tratar de purificar al criminal por el trabajo durante su vida? ¿No hay canales de riego que hacer en la tierra? ¿No hay montes que allanar para convertirlos en ricas y productivas campiñas? Hé aquí la purificadora ocupacion del criminal. Dios, el dia del juicio, le dará su merecido: si el criminal faltó á la sociedad, á ella debe restituir lo que la robó; haga el bien posible á sus semejantes aunque sea forzosamente. El buen cirujano ha tratado con antipútridos el gangrenado miembro ántes de cortarlo. ¡Y sin embargo, en la guerra seguís matándoos, pobres insensatos, los inocentes! Me maravillo de ver que la razon de los más no ha deshecho el mañoso enredo preparado há tiempo por los poderosos de la tierra para que se maten por ellos. Y la ambicion de estos poderosos, y el seguirlos los tontos para defender y conquistarles lo que ambicionan, no lleva trazas de concluir en el mundo. ¿Será posible que concluya cuando se realice el horrible pensamiento que han anunciado algunos hombres de reconocido talento, no sólo en sus conversaciones sino tambien en la prensa? No lo permita el cielo.

No ha sido una vez sola la que les he oido que el dia que se invente un aparato que de un golpe destruya un ejército, aquel dia será el último de las guerras. ¡Miserable humanidad si á eso aguardas! ¿Qué haces de la inteligencia con que Dios te dotó?

Debemos creer que la razon del hombre es una cosa asaz baladí cuando sólo conoce y concluye el mal despues de tan dolorosa experiencia, cuando el campo esté cubierto con un millon de cadáveres.

Si la prevision producto es de la inteligencia, hay que negársela al hombre. ¡Triste es verle afanarse por matar y alegrarse cuanto más grande es la matanza! Lo mismo hace el buitre, pero con más talento, pues se alegra de la matanza por el alimento que le proporciona. ¡Triste es confesar que el hombre, al alegrarse por la matanza, se nivela con un bruto, y sensible reconocer que la inteligencia de éste es superior á la de aquél! Al ver que el hombre se esmera tanto en perfeccionar los instrumentos para matar parece empeñado en ganar el laurel de la brutalidad.

¿Qué quieres, Saturio querido, que os diga á los guerreros este pobre anciano? No perfeccionéis más vuestras guerreras máquinas: por mi parte os concedo vuestro tan deseado como poco envidiable laurel.

Vente, Saturio, que con sólo abandonar las armas ya te acercas á ser hombre, ya das pruebas de querer desnivelarte y estar por encima del bruto; vente, y tus flores, ¡ántes tan vistosas y aromáticas, hoy mustias, te lo agradecerán, porque la vida que puede prestarles un viejo es bien efimera, miéntas que la que tú les des rebosará de lozanía. Antes gozaba en cuidarlas, pero desde que tu vida está en peligro no puedo dedicarme á cuidar las pobres flores.

¡Desgraciado del hombre que no goza entre las flores! Ya me parece que desde que no las cuido se me ha endurecido el corazon. Vente á mi lado y desprecia tus fraticidas ar-

mas, pues si no vienes tengo derecho á llamarte, como guerrero que eres, negador de la venida del Salvador, porque el que guerrea miente cuando dice que desde la venida de Jesús al mundo es el hombre hermano del hombre. No des gusto á esos poderosos tiranos que hay todavía y que se oponen á que el sepulcro del Salvador sea la cuna de la humanidad; no des gusto á esos tiranos que por ambicion os hacen guerrear, os hacen á los hombres enemigos de los hombres cuando todos debierais ser hermanos. Vente, y á mi lado podrás decir: «ni quito ni pongo rey, ni quiero ningun señor.» Vente, y dejarás «de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas....» como decia el ama de D. Quijote.

Nunca mejor que ahora debes volar á mi lado; mira que el vencedor y la sociedad guardan para los vencidos, en igual de compasion, la burla; el sarcasmo en vuestros dias, y el sarcasmo y la ironía en la historia, cuando poseais el pacifico lugar que llamamos tumba. Vente, porque, al ver el sarcasmo y la burla en los hombres no será extraño que por tu mente, así como por la de tus desgraciados compañeros vencidos, cruce un terrible pensamiento: el desear el aniquilamiento de la sociedad entera, la destruccion del mundo.

Por desgracia este es el pensamiento de los hombres vencidos al ver que el mundo los escarnece, y no quiero seas tú injusto aunque la sociedad lo sea contigo.

Por último, vente, Saturio, porque si no creeré que tienes un corazon perverso, pues el jóven que es guerrero se expone á morir, y el que esto hace dá pruebas de no querer rezar á su madre, de no querer recordarla; y ¿sabes lo desgraciado que es el que no quiere prolongar su vida aunque sólo sea para pronunciar el nombre consolador de su madre?

Adios, y no veas en estos renglones enfadosos más que el deseo que tiene de abrazarte tu tío—OCTAVIANO.—A D. Saturio de Numancia.—Batallon 1.º de.... en Barcelona donde se halle.»

A falta de razones contesté á mi tío con sofismas, tales como el de que no conceptuaba juicioso abandonar mi carrera despues de haber expuesto mi vida tantas veces en las montañas de Cataluña, mucho más en aquella ocasion en que no se vislumbraba un motivo de guerra, por lo que creia no deber hacer infructuosos los gastos que la carrera militar me habia ocasionado. Está no obstante le ofrecia retirarme apénas obtuviera el empleo de capitán y pasára dos años en este empleo, en cuyo caso, convertido en parásito, la patria se encargaria de alimentarme con el jugo del pueblo trabajador.

Des hizo mi tío estos sofismas en una segunda carta, afeándome mis interesadas miras. Recuerdo que me decia en esta epístola: «que no porque no viera un peligro próximo continuára en el ejército, porque se podia asegurar que no habia año que no anduviera la fuerza armada á tiros, ya en los llamados pronunciamientos, ya en rebeliones carlistas, ya en guerras extranjeras; y si mientras trataba de conseguir un retiro beneficioso me tocaba un balazo, comprenderia, aunque tarde, que era el mejor cálculo pedir mi licencia absoluta.»

Corria el año 1849 cuando salí con mi batallon á guarnecer á Huesca. Referirémos algunos lances chuscos que en el camino nos sucedieron, lances que ya no sucederán más gracias al adelanto en los medios de trasladarse las tropas de un punto á otro. Así como el tricornio estudiantil, aquel salvo-conducto de las chispeantes tunanterías de los jóvenes asistentes á las aulas, ha pasado á la historia; así como yace perdido para el mundo ese tipo del estudiante que fué un tiempo el embeleso de las damas, el cuidado de los maridos, la conversion en Argos de los papás de las muchachas bonitas y la limpieza de las particulas metálicas de las casas de sus padres; así van á desaparecer, desde que los valles y cerros repiten el agudo silbido de la locomotora, los lances picantes, chuscos y risibles ocasionados en una marcha de tropas.

En aquel viaje es donde probé lo infeliz que es el militar, y que vale más el negro pan independiente que la gloria adquirida á fuerza de cintarazos. Ora pernoctábamos en un pe-

pequeño pueblo . donde toda incomodidad tiene su asiento; ora en villas más populosas donde veíamos malos ceños, tal vez con razon. Yo, que tuve siempre orgullo en ser justo, en atender á las quejas de mis semejantes, que procuraba evitar, sentia ver á mis patrones disgustados por tomar sus casas por asalto sin más armas que un pequeño papel llamado boleta. He observado que el alojado es la carga más sensible para todo ciudadano. En mis liberales ideas no podia transigir con la profanacion brutal del santuario del hogar, y muchas noches, si el patron era de los que ménos paciencia tenian para sufrir tan pesada arbitrariedad, las pasaba en la prevencion por no disgustarlo; porque el hombre, ántes que al derecho injusto y á la fuerza bruta, debe atender á la razon y procurar ser justo.

Patrones he tenido donde sus cariñosas maneras me han hecho dudar si estaba en mi casa de Soria ó en otra extraña: pocos han sido, en verdad, pues los más se han quejado de esa inconsiderada ley donde la libertad del hombre se ve arrastrada por el suelo, hiiriendo la dignidad del ciudadano en lo más sagrado para él, en ese pedazo de cielo llamado hogar doméstico, que siempre es y será su consuelo, su todo, ínterin viva en sociedad.

Mientras haya ejércitos y sean alojados puede decir el hombre que no tiene hogar, puesto que las leyes disponen de él. Los legisladores deben apresurarse á reformar esa ley, si no quieren que, apénas los pueblos adquieran costumbres liberales, que en cuanto por la ilustracion sean dueños de su conciencia y de sus derechos, odien la fuerza armada y rehusen dar sus hijos para convertirlos en opresores.

En esta marcha fué donde experimenté, al lado de lances que me disgustaron, otros que hicieron aparecer la risa en mis labios. Todo en ella fueron contrastes: aqui vi caer al suelo un pobre soldado enfermo, allá veia caminar un oficial montado en un mulo, jurando por el desconsolador ruido que hizo su pantalon al romperse por la entrepierna, gracias á la ancha postura que le hacian adoptar los dos bñales-maletas con que el flaco mulo iba cargado, pareciéndose, más que á un guerrero, á un mercader valenciano que llevara su género de gorrillos para niños lactantes en voluminosas cajas de carton; ora veia caer al soñoliento oficial, mecido por el acompasado andar del mulo, á consecuencia de un tropezon de éste, riéndome al ver su difícil gesto y al oir las pullas del alegre soldado que le llamaba amante de la tierra, la que besaba como á una mujer querida; ora veia medir el suelo á la esposa de un teniente, la que, al caer de la espantadiza cabalgadura sobre quien caminaba, coloreaba su rostro, cual pimiento riojano, porque la larga falda de su vestido no habia cumplido bien con su deber cubriendo en la caida lo que cubrir debiera, con gran contentamiento del ladino soldado, aumentando el subido rojo color de las mejillas de aquella la sencillez ó malicia del asistente que pedia licencia á su amo para montar á la tenienta.

¡Oh mundo, mundo! Con la invencion de los ferro-carriles vas á perder risueñas escenas; en cambio inventarás nuevas máquinas guerreras que nos causarán abundantes lágrimas.

Cuando divisamos las torres de Huesca hicimos un pequeño alto: era necesario, ántes de entrar en la ciudad, quitarnos el polvo de nuestros vestidos y ensayar el famoso *aire marcial* que habiamos de ostentar al pasear sus calles cuando nos dirigiéramos á la Plaza de la Constitucion. ¡Oh famosísimo y nunca bien ponderado *aire marcial*! ¿Qué es el llamado *aire marcial* de los batallones? ¿No es el dar á entender al paisano que debe decir al ver pasar un batallon: «¡Cuán grande debe ser en la guerra!» Y esto ¿no es hacer gala de la fiereza, no es enorgullecerse el hombre por su imitacion á las fieras? ¡Hombre desaconsejado es el guerrero, puesto que le satisface el desprecio de su dignidad y su nivelacion con el lobo!

El *aire marcial* es la impudencia del arte de la guerra, y esta impudencia es el eterno achaque de todos los guerreros habidos. Lo mismo nuestros militares, que la andante caballería, que los primeros guerreros del mundo, han tratado siempre de aparentar crueldad

y aparecer horribles ante sus enemigos, no sólo en su andar sino hasta en sus vestidos. Así vemos á los primeros guerreros de la tierra cubrir sus cuerpos con las pieles de las más temidas fieras; vemos tambien en la historia que los caballeros andantes y de la Edad Media se afanan por figurar en sus cascos un horrible dragon ó bien un feo murciélagó, y por último, á nuestros soldados del dia, no sólo sus gorras de pelo de oso ó lobo y las dragonas, sino hasta ostentar con orgullo sus regimientos el feroz nombre de dragones ú otros imponentes y espantables; en fin, vése á los guerreros de todos tiempos que han querido nivelar, no sólo su corazon, sino tambien su exterior con las fieras. ¡Qué digna pretension del hombre! ¡Oh aire militar ó marcial, cuántas locuras comete el hombre á tu costa! ¡Seguro que las futuras generaciones tienen motivo para llamarnos bárbaros ó lobos á los vivientes hasta el siglo xix inclusive! Al entrar en Huesca la poblacion entera alabó nuestro aire marcial.

Monótona es la vida del militar de guarnicion en una ciudad. Su ocupacion consiste en no hacer nada; es decir, en ir de casa á paseo, desde éste al café, y al otro dia lo mismo, si no está de guardia, en cuyo caso tiene la importantísima mision de gastar el tiempo lastimosamente.

CAPÍTULO XIV.

En el que verá el lector cómo persigo unos pedazos de algodón.

Al llegar á Huesca fui á parar á una casa de huéspedes, en la que habia tambien hospedados un jóven sacerdote tolerante y un empleado del Gobierno. Los tres acordamos comer juntos, y pasábamos largos ratos conversando.

A los pocos dias de conocerlos recibí una órden del coronel mandándome salir con un peloton de soldados en perseguimiento de unas cuantas cargas de contrabando. Los carabineros habian pedido fuerza al coronel y éste no podía negársela.

Despedime de mis nuevos amigos por unos dias, y marché al sitio donde los carabineros me esperaban. Segun la confianza que habian tenido, aún tardarian dos dias á aparecer los contrabandistas en el monte donde los aguardábamos, por lo que estuvimos acuartelados en una masada hasta que el confidente viniera á avisarnos que se habian presentado los introductores de géneros ilícitos, ó más bien géneros que á su entrada en España tenian que pagar grandes derechos, protegiendo de esta manera, segun dicen nuestros legisladores, la industria nacional.

No se hizo esperar el confidente, y el jefe de los carabineros distribuyó la fuerza segun le pareció oportuno. Aún no habia salido el sol cuando ya ocupábamos nuestros puestos. Desde el cerrillo donde con mi gente me colocaron distinguí á lo lejos una reata de unas cincuenta caballerías; casi al mismo tiempo nos hizo fuego la descubierta de los contrabandistas, al cual contestamos avanzando hácia el enemigo.

Ver batallar á los hombres en esa magnífica é imponente hora llamada crepúsculo matutino, cuando el hombre espera el astro vivificador que viene á reanimar á la naturaleza dormida; ver batallar al hombre, con las máquinas usadas en el siglo xix, al anochecer ó al amanecer, es figurarse, al distinguir los disparos renovados incesantemente en el espacio, que aparecen las espantables letras de Baltasar renovadas á cada momento.

Esto pensé al ver la luz de los disparos, asi como en otras acciones con los carlistas cuando oia silbar las balas sin ver la luz juzgué que no eran aquellas aventuras de ganar insulas, sino de perder la vida ó quedar para siempre inválido. Segun avanzábamos íbamos haciendo fuego. Al sonar una descarga cerrada del enemigo, un ¡ay! seguido de una atroz maldicion sentí á mi lado; miré y ví junto á mí á un infeliz soldado retorciéndose y emplazando para el infierno, donde los esperaba, á los reyes y legisladores que lo habian arrancado de los amorosos brazos de su madre. Me acerqué al desgraciado herido para au-

xiliarlo; pero al momento dejó de existir. Allí lo abandonamos hasta que concluyera el combate.

Yo, enfurecido por aquella pérdida, mandé avanzar á la bayoneta; los contrabandistas seguían en retirada y pusieron en práctica uno de sus ardidés para entretenernos; cortaron el ramal de las dos últimas caballerías y las abandonaron. Apénas las alcanzamos dejé un número con ellas, y continuamos avanzando. Un contrabandista encontramos mal herido tras de unas matas; allí quedó mientras continuábamos adelante. El guerrero no es caritativo cuando se está batiendo: el hombre digno preferirá ser llamado caritativo á ser nombrado emperador.

Rodeados los contrabandistas por las combinadas fuerzas de carabineros y mis soldados, hicieron un supremo esfuerzo para romper el círculo de hierro que los estrechaba. En el desesperado fuego que hacían sentí un golpe terrible en un muslo; á los pocos pasos noté que mi calzado y pierna se humedecían, y cuando no pude andar más observé que era sangre: había recibido un balazo. Arrojéme al suelo y logré detener la sangre que abundantemente salía de la herida. Atóme mi asistente un pañuelo; después me desmayé.

En una camilla fui llevado á Huesca. Cuando pude darme razon de que existía, me encontré en mi lecho en la casa de huéspedes, rodeado de mis amigos.

Al preguntar por el resultado de la accion me dijeron que unos cuantos contrabandistas habían caído prisioneros, que murió el herido y que los demás huyeron abandonando las cargas. Supe con dolor que el contrabandista muerto tenía cinco hijos, á los que dejaba en la miseria, así como tambien que los prisioneros todos tenían familia y esposas que se verían reducidas á la indigencia mientras ellos estuvieran en el presidio que les aguardaba.

Mi herida había sido grave; pero, segun opinaron los facultativos, mi juventud y mi fuerte naturaleza lograrían curarla completamente ántes de dos meses. Así sucedió.

Cuando volví en mí todo me parecia un sueño. Mi asistente me dijo que había delirado cinco dias; que desde el sitio del combate hasta casa, y dos dias despues de estar en ella, había temido por mi vida, pues no hacia más que proferir palabras, unas incoherentes, otras incomprendibles y coordinadas que le parecían largos sermones; y, por último, que había en tonado un canto que yo decia haber oido á la desgraciada madre del pobre soldado que murió á mi lado, y que como lo hubiera cantado despacio, lo había escrito segun lo iba recitando. Pedíle el papel, y lei admirado, pues en mi vida había escrito un verso, el siguiente

CANTO DE UNA MADRE AL MATARLE EL HIJO SOLDADO EN UN COMBATE.

Venga á mis labios la blasfemia horrible,
y á tu frente de estrellas coronada,
yo, sin temblar, la arrojaré, Dios mio.
¿Por qué criaste á la mujer tan débil?
¿Gozas acaso al verla vil juguete
del hombre? ¿Te divierte el sufrir nuestro?
¿Por qué al hombre consientes que rendido
nos finja amor al pié de tus altares,
y alevoso nos llame alma de su alma,
luz de sus ojos, su mitad, su todo?
¿No llama el hombre así á su prometida?
Ya dividido el lecho, ¿qué es lo que hace?
¿No proclama unas leyes despiadadas
que arrancan nuestros hijos, hijos suyos,
del seno de la madre que es su amparo?
¿No es agudo puñal la ley de quintas?
¿No nos llamas su amada compañera
y somos de su antojo esclavas viles?
Mas ¿qué digo? ¿Perdon, perdon te pido,
oh gran señor de todo el universo!

El que dá la armonía á todo un mundo,
 nunca hizo de una madre un vil juguete;
 sólo el hombre es infame y despiadado,
 y hace leyes ladronas de sus hijos;
 sólo infamia produce el que es infame.
Amaos, en tus leyes nos dijiste,
 y el hombre no ama á su hijo ni á su esposa;
 tus leyes al cambiar por otras crueles
 diciendo están que á su hijo considera
 casual producto del placer de un día,
 y no lo que es, la sangre de su sangre.
 Imposible parece que tolere
 que su hijo se encamine á la matanza;
 no tiene corazón, es un impio.
 ¡Desgraciada mujer, sin más consuelo
 que amar y unir su suerte á la de un monstruo!
 Ilumina, señor, á los mortales;
 haz que concluya la sangrienta guerra,
 que no haya madres que á sus hijos lloren
 por perderlos, cual yo, en la lid sanada.

No habia titulado mal mi asistente el canto que me oyó; ¿pero no es misterioso que yo fuese vate sin saberlo, ó que repitiese el canto que oia á una madre que no conocia y que tan léjos de mí estaba? ¿Y no son un misterio las muchas verdades que el hombre delirante ha proclamado? ¿Qué son los sueños proféticos más que delirios que se han de realizar?

Durante mi convalecencia, que avanzaba rápidamente, gracias á la cicatrizacion de mi herida, continué encerrado en mi habitacion, pero casi siempre acompañado del jóven sacerdote y del empleado y de mis compañeros de armas.

Consigno aquí con placer lo solícitos cuidados que mis compañeros de casa me prodigaron, así como lo mucho que hicieron por desterrar de mí esa tristeza que es natural en todo enfermo y que se aumenta con la soledad, acompañándome siempre y procurando sostener conmigo conversaciones que me llamarán la atencion por tener que fijarme en ellas. En el capitulo inmediato expondrémos una muestra de nuestras pláticas, por creer que agradarán á nuestros lectores, sirviéndoles al mismo tiempo de enseñanza, así como de provechosa leccion si hacen por que concluyan los escandalosos abusos que en ellas se refieren.

Poco á poco fui desterrando dos muletas que usaba para andar por la habitacion, desapareciendo completamente el daño sin quedarme imperfeccion en el andar. Tan sólo me recuerdan hoy mi herida los cambios atmosféricos.

¡Dichosos los militares heridos, pues ahorran el comprar calendarios, siendo sus heridas pronósticos infalibles de las mudanzas del tiempo! Alguna cosa útil habian de producir las batallas.

CAPÍTULO XV.

De como verá el lector que además de las plagas de Egipto hay otras.

Cuando herido estaba en mi lecho pensé mucho en la última carta de mi buen tío. Efectivamente, si la bala dá en el pecho en igual de haber buscado su alojamiento en mi muslo, ¿qué hubieran sido mis ilusiones de conseguir el empleo de capitán y retirarme? No hay duda que alcanzára el retiro, pero retiro eterno. Cuando despues las mudanzas atmosféricas me ocasionaban algunos dolores, no podia ménos de reirme de mi pronosticador muslo y parodiar al sabiondo Sancho Panza diciendo: ¿qué tiene que ver mi muslo con los algodones extranjeros mejor tejidos y mejor pintados, y, por aditamento, más baratos que nuestros catalanes algodones?

Recorrí en el lecho mi vida desde que abracé la aventurera carrera de las armas, y en

verdad que el Sr. D. Quijote no tendrá que echarme en cara ningún motivo que me prohíba llegar

De la inmortalidad al alto asiento.

En mi andantesca vida, como en la suya, sobraron los porrazos, y fui tanto como

El que á la cola dejó los Amadises,
y en muy poquito á Galaores tuvo,
estribando en su amor y bizarria:

y pensé que en esta última le daba tres y raya, pues combatí contra el invisible plomo de los contrabandistas, recibiendo un saludo del gris y pesado metal.

Si en estos tiempos viviesen los Galaores y Amadises, al ver las máquinas terribles de matar usadas en el día, desecharían aquel principio que los antiguos guerreros tenían: «las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios.» El que es atrevido sin respeto al plomo no deja de ser un insensato, porque locura es perecer á sabiendas en el peligro.

El que recibió un balazo bien puede decir cual tú, ¡oh discretísimo y valiente caballero, modelo mío y de todos los militares habidos y por haber!

Por estas asperezas se camina.....

Pues qué, ¿son suaves las caricias que recibí en mi pequeña humanidad desde que cení espada? ¿Pasaron por mi cabeza algun delicado turbante de seda cuando me soltaron perpendicularmente aquel rebajador talegazo que llevaba intencion de unir mi cutis cabelludo á mis talones? ¿El palo que arrojó aquel estudiante ó diablo á mi cuerpo, sería suave, estaria relleno de terciopelo cuando perdí el sentido y caí como tú, ¡oh Quijote mío! cuando te molió como cibera el malandrin mozo de mulas de los mercaderes? ¿Acaso es suave el pasar una gran cantidad de cerote cuando caí prisionero de Cabrera, miedo sólo parecido al tuyo cuando oiste el espeluznate ruido de los batanes?

Dime, caballero valiente, ¿no es bien áspero el recibir un balazo en el muslo, no es tan áspero ó más que las peladillas ó almendras de arroyo que los pastores te propinaron por acometer sus ovejas creyendo que eran ejércitos?

Cual tú, discreto hidalgo, voy caminando á la inmortalidad. Pero, ¿por qué asperezas de éstas no habrán caminado los generales y grandes capitanes que á fuerza de batallas han llegado á ocupar los altos puestos de la milicia y un lugar en la historia?

Dejo cuantos pensamientos cruzaron por mi mente mientras ocupé el lecho del dolor, y paso á referir la plática que tuve con mis compañeros de casa. Es muy sabrosa é hiciera mal si la callára.

Al oír el chasquido del látigo que anunciaba la llegada del correo, observamos el sacerdote y yo que nuestro compañero el empleado se ponía pálido y que sus manos temblaban al rodear con un papel el tabaco que momentos ántes habia picado con el cortaplumas, instrumento que nunca se habia separado de él desde que servia al Estado.

—¿Estais malo?—le pregunté al empleado.

Él se sonrió y me dijo:

—No, no es nada; es que en cuanto siento el correo no puedo ménos de alterarme. ¿Quién sabe, Sr. de Numancia, si en ese coche vendrá mi cesantía? Es nuestra vida, es la vida del pobre empleado en España la más expuesta á estas alteraciones, sobre todo hasta que uno se acostumbra á los frecuentes cambios de ministerio ó al mal humor del diputado que nos dió el empleo. El gesto de disgusto de éste hace que nós contemos con los muchos en la gran fosa de los cesantes. A mí, que no tengo mujer bonita, ni dinero para

adelantar la paga de un año, me sería difícil volver á conseguir el sueldo que poseo. Los hombres ilustrados nos consideran como la peor clase de mercenarios, y nos compadecen. Para el vulgo pasamos por lo que somos, por unos holgazanes pagados. Aún nos titulan con otros más deshonrosos epítetos; pero nosotros nos echamos la cuenta de aquel que dice «dame pan y llámame tonto,» y seguimos en nuestro destino hasta que, sin reparar en los medios, podamos hacer nuestra fortuna, si hay ocasión de hacerla, á lo que nos incita la poca inestabilidad de nuestro empleo; esperando á nuestra vejez el santo Hospital si no nos basta el sueldo de la jubilación, porque la verdad es que, así como el lidiador de toros gasta mucho no sea que una cogida le prohíba gozar de cuantos placeres y necesidades se ha creado el hombre, así nosotros los empleados, temerosos de que la cesantía pueda venir con su compañera la escasez á acibarar nuestra existencia, no pensamos en ahorrar porque entónces siempre viviríamos estrechamente, y gastando tenemos «mientras dura, vida y dulzura.» A pesar de la buena vida que con sólo el sueldo solemos pasar tenemos manos puercas, negociajos que llamo yo, como son el adelantar el despacho de algunos expedientes, ya de particulares, ya de algún pueblo, ó bien deteniendo otros expedientes en que pueblos ó particulares tienen que pagar á la Real Hacienda, y por no pagar pronto, por aquello de hora de vida es vida, nos untan el carro. Nuestra existencia es bien precaria, y no sé cómo hay padres que inclinan ó hacen que sus hijos sean empleados, pues el cavador es más feliz que nosotros, porque sus necesidades son pocas y fáciles de satisfacer, mientras las nuestras son parecidas á las de los capitalistas. El padre que dedica á su hijo á empleado es un mal hijo de la patria, pues le ciega el egoísta cálculo de que dándole un oficio ó carrera no hace el hijo más que ocasionarle gastos, mientras dedicándole á empleado la cantidad negativa la convierte en positiva, pues si no le gana no le gasta. En cambio hace á su hijo desgraciado, porque una pequeña causa de disturbio en la nación le hace quedar cesante, y como son muchos los padres que han creado estas pequeñas causas de disturbios todos son pronunciamientos causados por ese infinito número de parásitos de la nación que llaman cesantes. Para ser felices las naciones no debieran tener más que el número de empleados que los que pagan quisieran, no los que quieren los ministros. Envidio á VV., señores, pues militares y clero siempre están perfectamente por la seguridad de sus empleos.

—No tanto, caballero, respondió yo. Actualmente si el militar tiene ideas políticas distintas de las que mandan, de la noche á la mañana queda de reemplazo ó le dan la licencia absoluta. Además de la inseguridad del empleo del militar, nuestro porvenir no será el de un Crespo, pues, aun siendo nuestra paga más que regular, apenas nos basta ésta por las traslaciones que tenemos que hacer de aquí para allí, traslaciones que son demasiado frecuentes. Solamente en tiempo de guerra (cuando más gastamos) nos hallamos más próximos á ser ricos por alguno de esos lances en que, al tomar una ciudad, se concede una ó dos horas de saqueo; si logramos dar con algún escondite en que abunde el oro, nuestra fortuna está asegurada; pero estos percances, ilógicos y repugnantes, como todos los de la guerra, se ofrecen ya pocas veces, y por consiguiente el militar es difícil llegue á ser rico.

Si estos saqueos son ya difíciles, las *manos puercas* de un militar, tales como la gratificación que dá la tienda donde se provisiona á la compañía, ó la que dan el sastre y el zapatero por hacer la vista larga á los defectos de la ropa ó de el calzado de los soldados, apenas alcanzan para tomar café. Para conseguir esto es preciso estar en una de las ciudades de poca importancia en las que basta una compañía para guarnecerla. También acostumbramos quedarnos con el pré de los soldados que están con licencia temporal, pero esto es poca cosa, y cuanto nos alcanza para fumar. Ustedes los empleados están mejor, pues se les pueden presentar negocios en grande escala, y si eso sucede, tienen ocasión de imitar á aquel célebre ministro moderado que decía: «la cuestión es hacer cuartos, cuartos, cuartos.»

—Tiene V. razon, Sr. de Numancia, me respondió el empleado; pero esos grandes negocios de cargos de piedra, por ejemplo, sólo se presentan ocupando altos puestos.

—El caso es, repliqué yo, que en el partido moderado, cada individuo ha hecho cuanto ha podido en ese terreno; el vulgo, cuando ménos, así lo cree. Hace unos días tuve ocasion de observar esta creencia del pueblo. Tras de un muchacho que corría cuanto podia, iban unos cuantos hombres gritando: «detened, detened á ese moderado.» Desvainé la espada y le estorbé el paso; el jóven no se movió, y siéndole imposible huir, cayó en manos de sus perseguidores. Estos me refirieron que el muchacho habia mudado á su bolsillo, sin la voluntad de su dueño, unos cuantos reales, y que por eso lo habian perseguido; dándole el nombre de moderado por no llamarle ladron, palabras que el pueblo creia sinónimas.

El pueblo siempre tiende á la compasion del perseguido por la justicia, y yo vi que era generosa aquella sustitucion. El inventor de ella es uno de esos graciosos intencionados que abundan en todas partes. Poco despues el gacetillero de *El Oscense* me leyó un epigrama, que me dijo guardaba para publicarlo en mejores tiempos, pues de publicarlo entonces le hubieran arruinado el periódico de algun multazo. Si mal no recuerdo, el epigrama decia así:

Puesta en la masa la mano
á un ratero, en un estanco,
lo soprendió un ciudadano,
llamado el tío Castellano
porque era en su hablar muy franco.

A todo correr, corría
el que en el ajo fué hallado,
y Castellano decia:
«Corred detrás, policia,
cojed á ese moderado.»

Si el pueblo juzga de esta manera al partido moderado es porque vé á grandes y á chicos mancharse. El pueblo no ignora que un veedor de montes consiente por media onza que las talas que se hacen por las municipalidades sean más grandes que las designadas en la autorizacion que para ello tienen de los gobernadores; el pueblo ve que un investigador del papel sellado dice que las actas de los ayuntamientos están extendidas en el papel correspondiente, aunque no exista ninguna, si le alumbran con otra media onza; y viendo que sólo al negocio se encamina el empleado, sea alto ó bajo, ocupe el primer puesto de la nacion ó el más infimo, no es extraño que iguale á los individuos de este partido con los *tomadores del dos*. ¿Es verdad, señor cura?

Sonrióse el jóven sacerdote, y habló de esta manera:

—¡Gentes pigmeas en el *modus vivendi*! ¿A qué me excitais para que hable si todas las clases chupadoras de los tesoros del pueblo me estais dando compasion? Yo os aseguro que si los discursos empleados por el clero en proporcionarse limosnas los hubiera empleado en descubrir los misterios de nuestra santa religion, ya estuvieran desenmarañados. ¿Qué son vuestros expedientes detenidos ó apresurados? ¿qué da de sí el doblar los gastos de estero y desestero, de tinta, papel y plumas de vuestras oficinas? ¿Qué produce, dijo, dirigiéndose á mí, vuestras licencias temporales á los soldados, vuestras gratificaciones de los tenderos donde os provisionais de comestibles, de calzado ó ropa, comparadas con vuestras bien discurridas y bien establecidas diligencias pediguénas? Un tratado de más de quinientas páginas pudiera publicarse con sólo describir los medios infinitos y variados que poseemos para *aliquid chupatur*, como dice todo el que quiere entender y hablar latin sin haber saludado el Nebrija ni otro autor latino. No quiero recordaros más que los medios que tenemos hoy en dia de adquirir; pasaré por alto los antiguos que tantas riquezas nos valieron; no recordaré el tiempo en que los obispos daban al propietario durante su vida una renta doble con la condicion de quedar la propiedad, despues de muerto el propietario, en beneficio del obispo; no quiero hablaros de los medios usados para adquirir bienes en épocas

de peste y otras calamidades públicas, ni de los medios de adquirir riquezas cuando se inventaba para conseguirlo calamidades futuras como aquella de la conclusion del mundo, en que ante tan espeluznante porvenir todos los cristianos donaron sus bienes al clero, sin pensar que, de concluirse el mundo, tampoco al clero hacian falta aquellos bienes: todavía existen en los archivos testamentos que nos prueban estas donaciones. No os hablaré de las causas que produjeron la ley de Valentiniano II, que prohibió los legados de las mujeres, ni de las que dieron motivo á mil y mil leyes españolas para prohibir las adquisiciones testamentarias de los confesores y sus iglesias. Tan sólo hablaré ligeramente de lo que veis en el dia, esto es, del agua bendita. ¿Quién sabe lo que esto nos produce? La bendicion de los campos, la bendicion de vuestras banderas cuando vais á las batallas, la bendicion de los navíos, de las locomotoras, etc., todo á cambio de ochavos.

El aceite de la lámpara de San Bernardino; el de la de San Luis, rey de Francia, para curar el mal de rosa de los niños, y mil aguas y aceites santos que llevan todos los nombres del martirologio cristiano, todo lo damos á los fieles á cambio de cuartos.

Nosotros pedimos cera para todas las funciones de iglesia, aunque el Gobierno nos pague la asignacion del culto, y para pedirla nos valemos de todos los medios: la cuestion es vivir á costa del que dá, sin reparar en que los medios para lograrlo sean inmorales.

Nosotros recurrimos á las pasiones del hombre, y las hacemos tributarias nuestras. Como el hombre ama la juventud femenina, hemos establecido desde muy antiguo la costumbre de que nos presten cinco ó seis padres sus hijas poco ántes de Semana Santa; nosotros tenemos cuidado de elegir las mozas más hermosas, las enseñamos unos romances que explican la pasion de Jesús para que los canten y vayan por calles y plazas, de casa en casa y á las posadas, y llenen su petitoria caja aunque sea de monedas de cobre. Repitiéndose esto todos los dias de la cuaresma sacamos para el gasto de la cera que se consume en la iglesia todo el año, sin perjuicio de emplear alguna cantidad en otras cosas que en cera.

No nos importa que en las posadas dirija el arriero palabras obscenas á las muchachas, ni que se propase á considerarlas como á guitarras de barberia; la cuestion para nosotras es que suelte el viandante los cuartos. Los padres de las chicas creen que van de cogotillo al cielo, y además ellos como engendrades de aquellas lleva-ochavos á Dios. En verdad que este modo de pedir nos recuerda el que usan las bayaderas en Pondichery, posesion francesa en la peninsula de la India. Dedicadas las bayaderas ántes de la edad nubil al servicio del templo erigido al dios Wichnou, apénas llegan á esta edad van á pedir por las calles con incitante é impúdica danza, que siempre concluye con oferta de sus gracias al rico Indo. Tiene que hablar la lujuria al Indo, por más avaro que sea, cuando le manifiestan sus contornos frescos al bailar en su presencia medio desnudas, pues cubren su cuerpo con un traje prendido en las nalgas por medio de un cinto de plata, del que cuelga un largo taparabo listado, tan trasparente que ninguna forma se sustrae á la vista; llevan, además, gran profusion de brillantes adornos, tales como pendientes con cascabeles de plata y oro, que marcan la cadencia, con sortijas, bucles, botones y sonoras campanillas. Así lo quieren sus dioses, así lo quieren sus brazmanes para que la pagoda saque sus diezmos sobre las gracias de sus sacerdotisas.

Las bayaderas no tienen más obligacion que aprender á cantar y á bailar; ninguna es elegida para este cargo si no es hermosa; y cuando ya saben una especie de curso de carantanas y una coleccion de secretos de tocador, la marcan con un hierro ardiente, que es el sello del templo, y desde aquel momento pertenecen á los brazmanes. Su oficio es agradecer á estos primero, porque son sus poseedores de derecho, y despues al público, al cual venderán sus favores en provecho de los brazmanes. Los manipulantes de todas las religiones son lo mismo en todas partes: grandes discurrientes de saca-cuartos á los creyentes de su doctrina. Yo reto al más sábio Necker seglar á que discurra un medio nuevo de pedir que ya la Iglesia no lo haya ensayado.

No sé cómo el católico romano tiene tanta paciencia; no hay dia ni pasa una hora sin ha-

cerle una peticion. Desde el dia en que su padre pagó el bautizo hasta el en que sus herederos pagan su entierro, todo es sacarle metal ó frutos, ya para la obra del Pilar, ya para el mino de las Capuchinas, ya para el millon de ermitas que hay en España. Por otra parte hombres armados de campanillas ó cruces piden para las mil cofradías que han formado, de las que son hermanos, invirtiendo cuanto sacan en misas y en meriendas, pues no hay culto exterior en España que no concluya con borracheras y comilonas; convencidos estamos que si asi no concluyesen ningun católico romano se afiliaria en las cofradías. Este culto comilon participará algo del gentilico, pero en cambio atrae numerosos hermanos. Nombradme una fiesta que no se celebre con grandes festines, y concluyo de hablar. Estos tragos dan lugar á escenas no muy edificantes. No hace mucho tiempo que en un pueblo de la provincia de Soria, en una Semana Santa celebraban los hermanos de la Orden Tercera sus ejercicios; todos estaban beodos, menos uno que llegó tarde á la funcion. Uno de los beodos recorría los bancos, donde los hermanos de la cofradía estaban sentados, con una calavera en la mano y diciendo como representaba la muerte: «Hermano, como yo te has de ver.» Llegó al que no habia bebido, quien le respondió: «Ojalá fuera ahora mismo,» aludiendo al estado de embriaguez del que representaba la muerte.

Además del millon que sólo el purgatorio nos proporciona, pudiera citaros otros mil medios diferentes que ponemos en juego para explotar la credulidad. Baste deciros que sacamos partido hasta de la memoria del que nos dá mucho, haciéndolo santo, para excitar á otros á que sigan su ejemplo. No creais, señores míos, que el pobre no puede ir al cielo porque no nos dá, pues ya le dedicamos nuestros rezos el dia de las Ánimas.

Si se desenganasen los cristianos de que alcanzan más sus oraciones que las que nos pagan para que las elevemos á Dios por ellos (y es razonable que así suceda, pues ellos las sienten, mientras nosotros sólo las pronunciamos), se nos apedrea la cosecha. Notad, señores, que al hablar así no ofendo en nada al dogma: está éste muy por encima de lo practicado por sus sacerdotes.

Pensemos, señores, en la mision que los tres tenemos en la tierra; veamos que los empleados, los militares y nosotros, verdaderas plagas del bolsillo de los pueblos, somos los zánganos de esta colmena que se llama mundo, y si fuéramos justos, cuando menos de palabra, diriamos que mereciamos el mismo pago que las abejas dan á los zánganos; pero puesto que nos conviene que siga esta farsa tan útil para nosotros, concluyamos con desear no llegue el dia que el pueblo vea con claridad; que no llegue el *dies ille, dies iræ* del pueblo. ¡Ay de nosotros entónces! Nadie nos ha pintado á los clérigos con más talento que Cervántes cuando refiere la procesion de los disciplinantes:—Señor hermano (hace decir á uno de los clérigos), si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes.... Efectivamente que nosotros jamás hemos opinado por abrirnos las carnes.

Nos paga el pueblo, señores, á vosotros porque procureis por su bienestar en este mundo, y á mí por procurar su bienestar en el otro. Si llega á convencerse de que él sólo debe procurar para sí en este mundo y en el otro sin nuestra ayuda; si llega á convencerse de que somos unas calamidades verdaderas para él, ¡pobres de nosotros!

Concluimos nuestra plática marchándose mis compañeros á paseo, y quedándome yo en mi habitacion paseando tambien.

CAPÍTULO XVI.

La sangre de los Olivas.

Apénas sali herido en la descomunal batalla con los ocultadores de los inocentes algodones, me apresuré á escribir á mi tío, si bien le oculté el haber salido herido. Esto no obstante, llegó á saber la ocurrencia por los periódicos, á los que dió menos crédito que á las repetidas cartas que yo le dirigí ocultándole el hecho.

En medio del sentimiento que tuve al ver la noticia en los periódicos por el disgusto que al leerla recibiría mi buen tío, casi daba por bien recibida mi herida cuando vi un suelto que todos los periódicos de España copiaron, y acaso también los extranjeros, dándome el dictado del valiente, el pundonoroso oficial D. Saturio de Numancia. La baba se me caía de placer al ver que mi nombre sería pronunciado en toda España, por los unos con envidia, con admiración por los otros. Y aquel placer era necio, era parecido á la queja de aquel estulto soldado que en una marcha decía porque iba descalzo y el teniente no quiso darle unos zapatos: «que se fastidie mi teniente.» Las alteraciones atmosféricas se encargaban de probarme que mi placer y la queja del soldado eran iguales.

Un año llevábamos en Huesca cuando el batallón recibió la orden de trasladarse á Zaragoza. Despedíme de mis buenos amigos el empleado y el sacerdote con el sentimiento de no haberles podido probar mi agradecimiento por sus solícitos cuidados cuando estuve herido. Débil aún marché con el batallón casi todo el camino á guisa de fardo; es decir, colocado en un bagaje.

Ya en Zaragoza, fué mucho mi contento por lo próximo que estaba de mi tío. Las fiestas del Pilar se acercaban, fiestas que mi tío deseaba ver. Aprovechando la ocasión de estar yo en Zaragoza, me sorprendió un día en mi habitación, donde se presentó diciendo:

—De una pedrada mato dos pájaros; veó las fiestas dedicadas á la Virgen, y te abrazo, Saturio.

Después de estrecharme entre sus brazos, y mientras se quitaba la bolsa ó cartera de viaje, continuó:

—Deja que me ria; ¿pues no he visto en traje de coronela ó capitana una imágen de la Virgen del Pilar? ¿Quién será el bárbaro dibujante que ha trasladado al papel la idea de los carlistas que la hicieron coronela ó abanderada? ¡Ya tiene bemoles el asunto! Cuidado que es idea, aún más que mundana, ridícula y danadora á la religión cristiana la de esos falsos nazarenos que visten así á una Virgen por adquirir sectarios defensores de la religion, como ellos se llamaban, siendo lo que defendieron pura y simplemente el carlismo. No sólo esa mezcla de intereses mundanos con la religion del Crucificado me ha hecho daño, sino la profanación. ¡Una Virgen con charreteras, con el símbolo de la matanza llevada á cabo! Muy misericordioso necesita ser Dios para perdonar á los bribones que así juegan con la religion más magnífica, puesto que su fundamento es el amor al prójimo, mezclándola con la política y la guerra....

Pero, chico, ¡tú estás pálido! ¿Es verdad que te hirieron? ¿Por qué me lo has ocultado? ¡Y yo que no quise hacer caso de las preguntas que todos los paisanos me hacían sobre tu salud!

—Sí, querido tío, es cierto que recibí una honrosa herida

—Déjate de esa clase de honras, me respondió. ¿Cuándo te has de desengañar de que el soldado voluntario elige los cargos que la sociedad tiene por más terribles y más deshonrosos, como son el de fratricida y el de suicida? ¿Cuándo verás claro que la profesion de las armas tiene además otros cargos tan deshonrosos como el de verdugo. ¡Dios quiera que nunca te toque ejercer este último, ya que en nuestras necias y desgraciadas cuestiones políticas tanto se fusila al que sería héroe si venciese y es traidor por ser vencido. Me horroriza pensar en los fusilamientos tan repetidos en nuestra patria, y tiemblo al considerar que acaso alguna vez tengas tú que dar la voz de *fuego* para acabar con la vida de un semejante.

¿Y tú, voluntariamente, has elegido tan innoble carrera? El soldado forzoso no es tan criminal como tú. Sin embargo, lo encuentro culpable, porque la clase de tropa es más numerosa que la de jefes, y al obedecer se hace cómplice, porque el hombre digno, el verdadero hombre no debe obedecer la ley que le obliga á ser fratricida ó suicida, y sin obediencia se desharian los ejércitos y concluirían las matanzas.

Siempre he creído deshonrosa tu carrera, y tú la crees el pináculo de la nobleza; siem-

pre he pensado que era la calamidad más grande que pesa sobre la humanidad, y tú has creído que es la que más bien te produce; siempre has amado tu espada como si fuera la razón, y yo no puedo llevar más adelante mi odio á ese símbolo de la dejacion voluntaria de la inteligencia del hombre por la fuerza bruta, que no queriendo nunca jugar al tresillo por no desear tener la espada. Ni aún pintada la quiero.

Más soy un loco; perdona estas importunidades hijas sólo del cariño que te tengo. Dime, ¿cómo estás de tu herida?

No pude responder á mi tío; las lágrimas caian por mis mejillas mientras desenvolvía el vendaje y presentaba la herida al pobre anciano, que, anhelante y trémulo de emoción, esperaba silencioso ver el daño que la bala me había hecho. El desgraciado viejo lloraba también.

Al ver la ya cicatrizada herida, pero arrugada y roja la carne, todavía desviada de su natural posición, no sabía si llorar ó reír, si abrazarme ó repelerme de sus brazos. No podía durar mucho aquella lucha de sentimientos encontrados: el buen anciano se abrazó á mi muslo, besó con cuidado la herida, y dijo dando rienda suelta á su llanto:

—¿Qué hubiera respondido á mi querida hermana si desde el cielo me hubiera preguntado por tí, dado caso que la bala se hubiera alojado en tu vientre ó en tu pecho? ¿No la juré mirar por tí como ella lo hubiera hecho?

Mientras mi tío hablaba tan tiernamente yo estaba conmovido, y á no haber entrado mi asistente en la sala donde estábamos, no se cuándo hubiera concluido aquella triste escena. El asistente comprendió nuestra lacrimosa situación, y con su graciosa charla hizo recaer la conversacion sobre motivos más alegres, ofreciendo luego el lecho á mi tío para que descansase, porque, según él, «á una edad avanzada, de puez de mirar por la vida, ez decir, de puez de bien comio y bebio, ze echa un hombre en la cama y ze queda dormio, zobre todo traz de un viaje.» Aceptó mi tío la indicacion del asistente y se fué á descansar. No obstante el cansancio del viaje, levantóse temprano al siguiente día, y sus primeras visitas fueron á los templos de la Virgen del Pilar y al majestuoso del Cristo de La-Seo, volviendo en seguida á casa dispuesto quizá á endosarme otro discurso antibélico. Así fué, en efecto, sólo que esta vez me habló en tono zumbon.

—¿Y qué tal se halla hoy, me dijo, el calendario ambulante? ¿No indican los dolores estas corrientes frías de Octubre? Ahora más que nunca debieras cambiar la espada por el arado, y despues de ser D. Felismarte, convertirte en D. Cincinato, porque nadie sabría mejor que tú cuándo habias de arrojar á la tierra la simiente, gracias á los acertados avisos de tu muslo. ¿Para qué querría el labrador más tesoro que saber cuándo iba á llover?

—Me alegro, tío, de su buen humor, repuse yo.

—¿No lo he de tener si veo que por casualidad vives? ¿No quieres me alegre al ver que todavía tengo sobrino, así como quien se lo encuentra? ¿No he de regocijarme despues de haber dado gracias por ello á nuestro Criador en los dos más magníficos templos que los mortales le han erigido? Y en verdad que siento no me hayas acompañado, porque algo te hubiera dicho el Crucificado con sus brazos extendidos en la cruz, queriendo abrazar al género humano y pareciendo decir con su dulce sonrisa: «Amo la naturaleza como criatura mia, y la he dotado de ese grande amor que llamais atraccion; por este amor trato de formar un todo de los cuerpos, mientras vosotros por la guerra tratais de contrariar á mi criatura, á la naturaleza, porque la guerra no hace más que separar los hombres, y los hombres sois hermanos.» Y yo, á esas palabras que parecian salir de los labios del Crucificado, anado que la más hermosa obra de Dios es el hombre. ¿Qué pensará de la guerra el Criador del mundo? ¿Qué pensará de la destruccion de la obra por la misma obra, de la destruccion de su criatura por la misma criatura? ¡Ah! si no le parecee un insulto del hombre la desobediencia de éste á uno de los preceptos de su decálogo, cuando ménos le ha de parecer una prueba de orgullo satánico nuestro constante despreciar su obra, nuestro incesante matar haciendo inútil ó oponiéndonos á su pensamiento de crear al hombre. ¡Como si en la tierra hubiese

una criatura obra de Dios cuya existencia fuese de todo punto inútil y estéril á sus semejantes!

Pero comencé á combatir tu afición guerrera con argumentos de buen humor, y noto que me he entrado en el terreno serio, siendo así que dispongo de un ciento de razonamientos chuscos.

El que me vas á oír ahora os ha de escoer á todos los guerreros actuales y á los que de hoy en adelante se adornen con vuestros doraditos, ciñan tajantes espadas y disparen cañones rayados y fusiles de doble percusion. Teneis que confesar, guerreros presentes y futuros, que los salvajes tienen más talento que vosotros y que su guerra es más lógica. Tú sabes, caro sobrino, que para los antropófagos la guerra es una cacería de hombres. Los europeos, cristianos la mayor parte, matan á sus enemigos y los entierran, los salvajes matan á sus contrarios y se los comen; y, como dice Tomssenel, «no es tan malo asar á un enemigo muerto, como matarlo cuando no quiere morir.» ¿Me explico, sobrino?

—Confieso, tío, que no lo hace V. mal, sólo que es muy poco lo que V. adelanta. Sus razonados sermones debieran oírlos todos los poderes que dan leyes que exijan ejércitos; pero ¿qué adelanta V. con que su sobrino abandone la profesion de las armas? ¿Dejarán por eso de matarse los hombres? ¿Qué soy yo más que una gota de agua de ese infinito mar que se conoce bajo el nombre de ejércitos ó de guerreros? ¿Qué supongo yo en la tierra más que uno de esos soldados ú hombres que aman el error y la crueldad? Id, tío, y decid á los reyes: «por vuestro gusto siempre tendríais á los pueblos luchando, porque ganais, si no el aumento de la tierra sujeta á vuestro dominio, cuando ménos el olvido de vuestra posicion, que no deja de ser una primada que os conceden los pueblos, quienes, mientras luchan, no se ocupan de pensar en suprimirla.» Decid á los reyes «que borren de los diccionarios las palabras *amor patrio*, *conveniencia nacional*, y conseguireis más que predicándome á mí.

En verdad, tío, que creo que el reinado de vuestra paz perpétua, aunque lentamente, se va acercando, gracias á que los reyes temen ya á los pueblos, siendo por esta causa ménos frecuentes las guerras. Como las naciones observan que durante la paz se aumenta su riqueza y bienestar lo mismo que la poblacion, van odiando las guerras y los que las causan. Los pueblos guerreros van comprendiendo que, de seguir organizados para las batallas, se convertirán sus terrenos en desiertos idénticos á los africanos. ¿Y no ha de interesarles su desaparicion de la haz de la tierra? Conocen lo perjudiciales y brutales que son las guerras y saben que los pueblos guerreros, por lo que tienen de salvajes, están destinados á sucumbir ante una civilizacion como la de los Estados-Unidos americanos. Este hecho nos lo demuestra la historia con sólo observar lo acaeido con los indígenas de la Oceaania y de la América del Sur, ley de la que no se encontrará una sola excepcion. Las leyes salvajes como las de guerras darán paso á las civilizadas de la paz. Los pueblos con ejércitos sucumbirán, porque los ejércitos se componen de tantos esclavos como hombres lo forman.

Los guerreros son los bárbaros de los pueblos civilizados, y los pueblos que abrigan en su seno la barbarie, que no quieren mejorar por la civilizacion, es probado que van desapareciendo, como ha sucedido y está sucediendo á los pueblos bárbaros de América.

Al arribar los europeos á este privilegiado Nuevo Mundo había millones de indígenas; hoy en día ascienden lo más á doscientos mil entre todas las tribus errantes desde la ribera occidental del Misisipi á las Montañas Rojas.

El hombre pensador debe ver en la desaparicion de esas tribus errantes una leccion que nos dá el Criador del universo para probarnos que la libertad sin ilustracion es una desgracia.

Aunque niño, el pueblo gigante del mundo es los Estados-Unidos. Allí fueron humildes y esclavos hasta que se ilustraron; allí se doblegaron á ser «los últimos para ser los primeros;» y observad, tío, que esas tribus errantes, esos *indios bravos*, como los llamaron nuestros abuelos, son esclavos de su ignorancia, y van desapareciendo porque no quisieron

ser esclavos, porque quisieron su libertad ántes que ser doménados, y la libertad sin ilustracion es una mentira. No quisieron ser los últimos como si el hombre sin civilizacion pudiera ser el primero! Cumpliése lo ofrecido por el Dios de la mansedumbre: los últimos serán los primeros.»

En ese oasis de la humanidad llamado Estados-Unidos no vereis más que un arenal, un desierto, que es la esclavitud, mancha debida á la barbarie ambiciosa de los guerreros de Portugal y España, única manzana de discordia legada por nosotros á ese paraíso americano. Yo os anuncio, caro tío, que esa mancha la lavarán los americanos; desgraciadamente será en un mar de sangre donde la harán desaparecer, y no me cuesta nada ser profeta, porque un cuerpo tan robusto como los Estados-Unidos no puede permitir un punto gangrenoso que lo corroa y que lo afee.

Id, querido tío, y decid á los pueblos—porque los reyes no os harán caso y mandarán que os fusilen—la causa de que sean un paraíso esos Estados; decidles que es por no tener ejércitos; decidles que es porque se apresuran á dar satisfaccion al deseo del senador Citadella, al *cedant arma toga*.

Id, querido tío, y decid á los pueblos que van errados porque olvidan los nombres de los mártires de la ciencia, porque en la historia no quieren dedicarles un pequeño espacio donde colocar sus nombres, mientras llaman historia á la narracion de los hechos donde se destruyen los hombres, cuyas páginas todas dedican á perpetuar los nombres de los que dieron más y más tremendas cuchilladas. De seguir así, los naturalistas tendrán que corregir, por no exacta, la division que hacen de los seres que pueblan la tierra en racionales é irracionales.

Siñ embargo, triste es confesarlo, las costumbres y las leyes de este siglo y anteriores nos obligan á ser irracionales. Si yo fuera poderoso de la tierra, si hubiera contribuido á hacer esas leyes ó á sostenerlas, me moriria de vergüenza.

Yo, que me adelanto al porvenir; yo, que preveo el juicio que de nosotros los militares formará la humanidad futura, aseguro, y aquí lo consigno, que nos ha de llamar los toros ó los Atilas, y como no puedo ser duro conmigo y con los de mi profesion, desearé nos llame lo segundo, es decir, exactos imitadores de Atila, porque hacemos lo que éste hizo: acometer sin razonar. ¡Hallarse este siglo XIX á la altura del de Atila, excepto en el refinamiento de los instrumentos para llevar á cabo la matanza de hermanos!

Querido tío, ¿deseas que sea más lato? ¿quieres que aún descubra más mi pensar acerca de la guerra?

—Basta, hijo mio, basta, dijo el pobre anciano gozoso y abrazándome con un cariño sin igual: veo que por tus venas circula la sangre de los Olivas.

—Pero, tío mio, ¿quereis que arroje la espada de mi padre? ¿quereis que me presente en Soria y que mis paisanos digan que soy inútil para todo, que colgué el hisopo y que cuelgo tambien la toledana? Mi permanencia en el ejército es cuestion de amor propio, y como tal, á pesar mio, imposible de dar por terminada á gusto de V. Dejádme pasar un poco tiempo en defensa, segun dicen, de mi patria, á quien nadie piensa en atacar por ahora, y yo os juro retirarme á vuestro lado en cuanto llegue al empleo que me he propuesto y pase dos años en él.

—Sea como dices, Saturio, repuso mi tío.

Y al ver el cuarto de conversion, mejor dicho, la retirada que hice en lo referente á mis ideas guerreras, mi tío se olvidó de cuantas desazones y disgustos le habia dado desde que elegi la aventurera profesion de las armas.

CAPÍTULO XVII.

Cinco años.

En verdad, querido lector, que dirás: ¿dónde están las situaciones interesantes de esta novela? ¿Merecen figurar los dos últimos capítulos en ningún libro que se titule novela?

Este libro es mi historia, respondo yo. La historia, para ser buena, ha de ser verdadera: si los sucesos de mi vida no interesan, si son sencillos, cúlpese al siglo en que vivimos. Hoy es difícil que vengan endriagos y vampiros á las altas horas de la noche; difícil es se presente el *anima sola*, coco de los niños y sencillos labradores, á exigir el cumplimiento de una misa, porque el que más y el que ménos le rompería una costilla ó le diría riéndose: «Amo á Dios; ¡ay del que no lo ama! pero no hago caso de Roma, porque no trata más que de dejarme sin cuartos. ¡Atrás las plegarias por cuartos! ¡Pobres mahometanos! Sin rogativas para que llueva y sin bendecir sus campos, ¿cómo vivirán?»

Hoy es difícil que un ladrón nos lleve á oscuro antro, porque ha variado su táctica, ha pasado á ser *caballero de industria*. Hoy es difícil que haya dramas sangrientos originados por pasiones amorosas volcánicas, porque los amores del día van precedidos del tanto cuanto que la amada posee, cálculo que es la primera aduana por donde pasa toda relación amorosa.

Las novelas espeluznantes han concluido; el que quiera que sus cabellos se ericen por la lectura de horribles crímenes, compre tratados de *Causas célebres*, los cuales tienen el mérito de ser verdaderos y no los juzgará parto de los delirios de una enfermiza imaginación, sino resultado de la mala educación de los que realizaron los crímenes.

Mi vida, pues, es la del mortal del siglo XIX: tengo que alimentarme como cada hijo de vecino, aunque como militar no trabaje para ganar mi sustento, pues ya se sabe que los caballeros andantescos estamos libres de estas menudencias propias de villanos, de cuya cuenta corre trabajar para nosotros. Esto no será justo, pero en cambio es verdad: los militares somos los señores feudales de estos tiempos, sin más misión que dar y recibir estocadas; somos los caballeros andantes quijotescos, y aunque muy pocos llegamos á ser Gallauros y Amadís, los que á esta altura llegan es porque los quijotescos llegan han abundado ántes de conseguir el mando de los ejércitos, es porque han sido los primeros dispensadores y recibidores de tajos y mandobles en su pasada vida, hazañas por las que alcanzaron la faja y los entorchados con que adornan sus uniformes. Y no es justo que nos mantengan los paisanos, porque no bastamos para defender la patria, que es, según cuentan, el objeto principal para que fuimos organizados militarmente. Cuando nuestra guerra de la Independencia los franceses fueron vencidos por el pueblo que defendía sus hogares, no por el soldado, que vencedor ó vencido, seguiría siendo soldado con un amo, fuera español ó francés. Vemos, pues, que el paisanaje trabaja para nosotros, y además es soldado en algunos casos; vemos, pues, que lleva la peor parte, y esto nos hace pensar que las leyes estableedoras de ejércitos sólo se han inventado para sosten de los reyes.

A los que critiquen nuestro libro por la sencillez de las situaciones que describimos, podemos asegurarles que estamos á la altura de nuestra época porque pintamos lo que vemos, lo que nos sucede, no lo que inventamos; podemos también echarles en cara su estragado gusto cuando esperan en todas las novelas situaciones en que abunden los venenos y los puñales, juzgando despreciables las obras en que no se prodigan esas terroríficas, crueles y sangrientas escenas, producto de los instrumentos del crimen.

Las terribles novelas que combato las considero tan perjudiciales como las corridas de toros; aquéllas, porque familiarizan al pueblo con los crímenes; éstas, porque lo acostumbran á ver correr la sangre con la mayor indiferencia. Demasiado sentimos, puesto que como

militares tenemos que asistir al teatro de la guerra, tener que manchar estas páginas de sangre, sangre preciosa para cuyo derramamiento no encontramos motivo suficiente.

Nuestro libro no podrá agradar, pero hemos probado que no podemos, que no debemos escribirlo de otra manera, porque de hacerlo así faltáramos á la verdad, y tratamos de escribir verdades. Desgraciado el autor que por agradar al público no le muestra los errores que comete la sociedad, las bárbaras costumbres que la destruyen ó los vicios que la corrompen. El libro que sólo se proponga agradar sin instruir, que no descorre el velo que encubre tanta maldad como en la sociedad se comete; el libro que no trata de destruir lo que á la sociedad rebaja y perjudica, no es libro, sino una coleccion de palabras.

Las bárbaras leyes guerreras actuales hacen este libro necesario; si nada vale, pasará á cubrirse de polvo en el más carcomido estante de una biblioteca; si tiene algun valor, también ocupará algun rincón donde tenga su asiento el olvido. En el primer caso nada se ha perdido con escribirlo; en el segundo se gana el bien que haya hecho á la humanidad.

Por estas líneas últimas comprenderás, lector, que deseamos más los resultados benéficos para nuestros semejantes que el renombre de escritor popular.

Pero basta por ahora de digresiones, y digamos que mi tío disfrutó de cuantos espectáculos ofrecieron las fiestas del Pilar, excepto de las corridas de toros. El teatro fué su predilecta distraccion. Yo le acompañé siempre que el servicio no me lo impedia. Un día, despues de volver de una procesion en la que yo habia ido de piquete, me dijo:

—Dime, Saturio, ¿qué tal se reza armado hasta los dientes? Dios y la Virgen os tendrán miedo y os concederán cuanto les pidais. ¿O es que vais armados tan sólo por intimidar al pueblo y como diciéndole: «guay de tí, pueblo, si te metes de palabra ó de obra con Dios, ó si no crees en Él, porque morirás?» ¿O es que tomáis á Dios por facineroso, y, de la misma manera que los judíos cuando lo prendieron, os constituís por eso en guardas suyos? ¡Oh culto exterior! Debieras ser abolido, aunque no fuera más que por no ver en él las espadas, ese instrumento que el mismo Dios mandó retirar á Pedro, y para evitar los mil actos impropios de la elevacion y seriedad que debe acompañar á toda ceremonia religiosa, actos que tanto abundan en las procesiones y demás públicas manifestaciones de la Iglesia! ¡Oh, exageracion de las ceremonias, cuántas cosas anticristianas se cometen en tu nombre!

Admirábame yo de ver como mi tío llevaba hasta el más allá su odio á todo lo perteneciente á la guerra.

Pasáronse las fiestas del Pilar y pocos dias despues marchó mi tío á sus numantinos lares. Durante su permanencia en Zaragoza no cesó de predicarme sobre el consabido tema. Un dia, con motivo de una gran parada que presencié, se expresó de esta manera:

—No ha dicho mal el general italiano Cialdini: «La Europa es una selva de bayonetas, y Roma un arsenal.» Para ser de tu oficio es raro que cuando pronunció esas notables palabras añadiera: «que le dolía no llegase el dia en que se puedan suprimir los ejércitos permanentes y en que la paz dominase.»

Las palabras del general me traen á la memoria una nacion feliz: los Estados- Unidos. ¿Cuánto cuesta al pueblo sostener esa selva de bayonetas y ese arsenal sostenido por los cristianos? ¿Cuánto dejan de producir los armados con esa selva de bayonetas, además del dinero regalado á Roma, que debiera convertirse no en armas sino en arados? Y tras de estas dos preguntas viene el pensar en los Estados- Unidos.

Esta nacion es la única en el mundo que ha logrado extinguir la más enorme deuda que creó durante la guerra de su independencía: á 200.000,000 de francos ascendía. Es el primer ejemplo de un pueblo que no debe nada, y ese pueblo ¡medítelo el mundo! es republicano. Sin república los pueblos están condenados á tener deuda.

Segun nuestros aragoneses pasados, «un rey es un mercenario del pueblo,» el más gran mercenario, el mercenario más caro: ¿cómo ha de ser barata la monarquía? La monarquía, no siendo buena, teme; por eso necesita un numeroso ejército, y el temor de la monarquía al pueblo lo paga éste muy caro. De siete mil hombres consta el ejército permanente de la

SECCION DE SOCORRO
DE
OBRERO
DE
SORIA
BIBLIOTECA

república de los Estados-Unidos, y, sin embargo, cualquier estado de los confederados tiene más extensión que España. Sólo así puede tener sobrantes en su presupuesto, y sólo así cubre áquel pueblo con gusto las contribuciones que el Gobierno de la república le impone, porque donde no hay ejército las contribuciones son fáciles y poco onerosas.

Y no se me oponga que los ejércitos levantados repentinamente son inútiles por la falta de disciplina; el valor todos los hombres lo tienen; pequeña es la diferencia de un hombre á otro: las circunstancias son las que desarrollan esa cualidad. Preguntad en la América por la jornada de Lexington, y os dirán que las disciplinadas tropas inglesas fueron batidas por las milicias improvisadas, que entónces los contemporáneos y ahora la historia los denominaron *hombres del minuto*. ¡Oh! dadme hombres libres; en una palabra, dadme hombres, porque sólo merecen este nombre los que se han dado una constitucion liberal que les da dignidad y ánimo levantado, y como los americanos *hombres del minuto* conseguirán su independencia si por sorpresa la pierden, y la victoria siempre si se viesen atacados. La Francia tambien, mientras fué republicana, fué victoriosa: si llegó á ser guerrera culpese á los reyes de Europa que todos dieron contra ella; si no, la austeridad republicana no hubiera peleado. Las repúblicas necesitan el tiempo para ocuparse del bien de los pueblos, mientras las monarquías lo invierten en el bien del monarca.

Sólo una república puede pensar tan atinadamente como la Francia pensó entónces: «Si se acerca á nuestro territorio la amenaza de la guerra, y si se presenta el enemigo para asolar nuestras posesiones bajo el pretexto de imponernos la institucion monárquica que no queremos, sabremos resistir con tanta más energía cuanto mayor sea la riqueza de nuestros campos. Dediquémonos al cultivo de la tierra, pues que ella sólo puede salvar nuestro país. Nosotros, dijeron los virtuosos republicanos, no queremos acrecentar nuestro territorio; al contrario, «piérdanse las colonias y sálvense nuestros principios.» ¿Acaso no es nuestro suelo bastante grande para procurarnos nuestra subsistencia?»

Tan exelentes propósitos fueron convertidos en vanos por los reyes. Tiene esta gente el humor muy helicoso, y en todo sus intereses están contrapuestos á los del pueblo. Por eso nacieron entónces aquellas horribles alianzas que destruyeron la libertad y la riqueza de los pueblos.

En el grupo de islas de Vanikoro, descubierto por el desgraciado Lapérouse, los jefes de las tribus, en caso de guerra, permanecen neutrales y nunca quiebran la amistad. Semejante costumbre en país bárbaro es un ejemplo vergonzoso para nuestros reyes civilizados, y, aún más exactamente dicho, para sus vasallos consentidores de tan destructoras alianzas.

Al pronunciar la palabra *alianza* no puedo ménos de pensar en la paz, porque cuando las alianzas no son ofensiva y defensiva cerca están de la paz.

¿Puede ser paz la que se funda en grandes ejércitos? No, y mil veces no, porque es una guerra latente y una tiranía insufrible. Dicen que el ejército sirve para conservar la integridad del territorio y para mantener incólume la independencia material y moral de la patria, y que todo lo que esto no sea es perturbador y ruinoso. No lo creo; porque esto se conseguiría con una escasa Guardia civil apoyada por todos los hombres honrados, y serian entónces más felices las naciones porque la intranquilidad que producen los ejércitos asusta los capitales y paraliza las grandes empresas productoras del bienestar de los pueblos. Si el hombre pensase en la fuerza interior que le induce á vivir en sociedad, observaria que sólo por las grandes empresas comerciales y por la agricultura alcanzaria esa union, esa fraternidad que es la aspiracion de todos los pueblos, y notaria que los ejércitos y la guerra producen el efecto contrario, destruyendo ésta los campos y tratando de aislar los hombres, haciéndolos huir á los desiertos y soledades, lejos de las crueles guerras donde no peligré el fruto debido á su trabajo. ¿Quién no ha visto huir los pueblos enteros á la aproximacion de los llamados enemigos?

Si las guerras continúan, no sólo se aislarán los individuos sino las naciones.

fuerza será que cada una se fortifique como la China, y que se rodee de un muro impene- trable para que los pueblos, las razas, las ideas, las costumbres, los adelantos, en una pa- labra, las civilizaciones, vivan en perenne aislamiento. ¿Y han sido criados los hombres, las familias, los pueblos para vivir separados? No, no, que su desideratum es la fraterni- dad universal; no, no, que el Criador inspiró á S. Pablo la ya antedicha notable y benefi- ca idea: «Llegará día en que la humanidad entera constituirá una sola familia.» ¿Pues cómo los pueblos, únicos interesados, no realizan tan admirable predicción, puesto que los po- derosos lo han podido hacer y no lo han hecho en tanto siglo como ha pasado? ¿Cómo no extinguen sus ejércitos? Responda la ignorancia de los pueblos y la malicia de los poderosos ó de sus consejeros.

Si las naciones se ilustrasen; si los hombres llegasen á convencerse de que sólo el or- gullo y la ambicion de los reyes, unido al temor de perder la más encumbrada posición que los pueblos mismos les han conferido, son los que sostienen los destructores ejérci- tos, no darían lugar á que un poderoso emperador, que debe el imperio á la gloria de un antepasado suyo, pronunciara las horribles y dañosas siguientes palabras:—«La historia de las guerras es la historia de los progresos, de la civilización. Vosotros sostendréis (diri- giéndose á los generales en el campamento de Chalons) ese espíritu militar que es el triunfo de las nobles pasiones sobre las pasiones vulgares.» Si los pueblos se ilustrasen llegarían á convencerse de que la gloria que dan con sus victorias á este mal hombre y á otros de su calaña redundan sólo en beneficio del afianzamiento en el poder de estos gran- des farsantes y en perjuicio de la humanidad.

¿Cuándo triunfará la paz perpétua y universal? El día llegará, y no tardará mucho; no nos importe la fecha; es cosa pequeña para que de ella nos ocupemos.—Lo que deseo es que triunfe como triunfan las ideas. Es verdad que es lento su advenimiento, pero en cambio viene sin más violencia que la que nace del razonamiento lógico é incontestable, sin más destruccion que la destruccion de las ideas antiguas que dan paso á las modernas por ser éstas más justas; viene, sí, con la conviccion y la pureza de los intentos, con la union espontánea de las voluntades por la tranquilidad que inspira á todas las conciencias un régimen, un gobierno, una institucion que no puede ser la anarquía, ni el combate, ni el desasosiego, ni la injusticia, ni la tiranía de nadie ni de nada; viene con sólo inclinar el sentido de la muchedumbre al bien, á la virtud y al respeto de la justicia y del derecho.

No haciendo esto los hombres, hasta que llegue esa fecha en que lo hagan yo debo pa- rodiaz á Aristides y aconsejarles: «Hasta ahora os va mal; sois desgraciados. Pues bien, ya que vuestras instituciones pasadas y actuales no os han hecho felices; ya que los reyes pudieron, si hubieran tenido buena voluntad, haberos dado la felicidad, puesto que no lo han verificado, destituidlos y haceos vosotros felices á la fuerza: sólo os falta querer.»

Efectivamente, si desmenuzamos la historia veremos que hasta ahora los pueblos para ser gobernados no han tenido más ley que la fuerza, y hallaremos que esta ley dista mu- cho de proporcionarnos el bienestar y la felicidad que es posible tener en la tierra. Pues bien, cambiemos esa ley, enviemos á los congresos hombres que odien la fuerza, que siempre es ciega; que traten de sustituirla por la razon que, aunque falible, no será un mal sangriento sino un mal pasajero y de fácil enmienda. Corramos todos tras de lo que, á lo más, pudiera ser imperfecto, pero nunca desastroso; y si hay gentes interesadas en sostener esta terrible y probada ley mala llamada de la fuerza, nieguen los padres á sus hijos, no les permitan ir á formar el ejército, háganles ver que son instrumentos de nues- tra infelicidad y de la suya, diganles que todos huyan á sus casas, y que, si fuesen tratados como desertores, se vuelvan á reunir y que todos á la vez esgriman las armas que los tira- nos pusieron en sus manos en contra de los déspotas que se empeñan en sostener esas leyes opresoras y deshonorosas de la humanidad. Háganlo así, porque ser gobernados por la ley de la fuerza bruta es huir de la razon, es aceptar la violencia; aceptar la violencia es renunciar y despreciar el derecho, y renunciar á éste es apelar á la fortuna, á la casualidad.

Puesto que son pocos los amigos de la guerra, hágaseles entrar en razon con la razon, y si no hacen caso, que si lo harán por no quedarles otro recurso, se les ata. Antes es la humanidad entera que un peloton de ambiciosos tiranuelos.

Mi conciencia, á pesar del horror que le inspira la sangre, se halla tranquila al aconsejar, como el jesuita Mariana, el tiranicidio, la muerte de los que deseen ejércitos para destruir la humanidad al llevar á cabo sus ambiciosos proyectos por medio de la guerra. El hombre no es patrimonio del hombre.

Allí donde hay guerra hay ejércitos, donde hay ejércitos no puede haber libertad, donde no hay libertad no hay justicia. La fuerza no es la justicia: fuera, pues, los ejércitos, que ya ha pasado la época de las conquistas y estamos en la de la inteligencia, de la razon y de la libertad; donde ésta domine ese pueblo dirigirá al mundo, como la Alemania, con su libertad de pensar, le dirige científicamente.

He copiado aquí estos pensamientos de mi tío porque los juzgo de alguna enseñanza para los pueblos. Cerca de un año duró mi estancia en Zaragoza, despues fuimos á Logroño y á otras varias capitales, en las que durante cuatro ó cinco años hice muchas guardias inútiles, asistí á muchas formaciones, logrando por estos servicios que á la patria presté cobrar puntualmente mi paga y gastarla muy descansado.

En 1854 logré el grado de capitán, y todos los oficiales del ejército ascendieron también, gracias al pronunciamiento de O'Donnell. No hablaré de este pronunciamiento; la historia se encargará de juzgar aquella farsa, que pudo costar cara al trono y á O'Donnell si los cándidos progresistas, sobre todo los llamados santones, no hubieran encauzado la revolucion. O'Donnell tuvo que ir más allá de lo que deseaba, así es que desde el momento que aseguró el triunfo comenzó á preparar la traicion al pueblo.

En 1855 me destinaron á Soria á recoger los quintos de aquella provincia que habian de cubrir las plazas de los licenciados en mi batallon, y con este motivo tuve ocasion de abrazar á mi tío, á quien hacia cinco años que no habia visto.

CAPÍTULO XVIII.

Un dia de quintas.

Al siguiente dia de mi llegada á Soria me levanté temprano á gozar del fresco agradable que las brisas matutinas de Agosto me traian. Mi tío, aún más madrugador que yo, ya estaba en el balcon.

Poco rato despues Doña Teresa nos sirvió en frailunos pocillos el moreno soconusco.

Despues de este desayuno, español por esencia y potencia, fumaba yo un cigarro mientras mi tío aspiraba homeopáticas dosis de rapé.

Levantóse mi tío de su patriarcal poltrona apenas desapareció de entre sus dedos la última partícula de rapé, y me propuso dar un corto paseo ántes que el sol tuviera más fuerza. Acepté su proposicion, y marchamos á lento paso por la carretera que se dirige á Pamplona.

En vez del solaz y distraccion que buscábamos en nuestro paseo, un cuadro desconsolador se ofreció á nuestra vista. Pequeñas caravanas, compuestas de unas veinte personas, se dirigian hácia la ciudad. El procurador del ayuntamiento del pueblo, dos ó tres quintos, los padres y madres de éstos y algunos interesados eran los que las componian. Lloraban las madres, iban tristes los mozos, y los padres, caballeros en trabajadas mulas, iban asaz pensativos, cabizbajos, taciturnos.

Observamos en cuantas caravanas vimos que el dolor reinaba en ellas, y un buen fisio-nomista hubiera distinguido perfectamente bajo aquellos rostros tristes un pensamiento criminal, injusto, pero, por la costumbre, tan natural para ellos como apagar su sed en la

mera fuente que á su paso halláran. El pensamiento infame era endosar al vecino, por todos los medios ilegales, la funesta contribucion de sangre; dejar libres del tan odiado servicio militar á sus hijos, procurando recayese la fatal suerte en los hijos de sus vecinos. Arroje la primera piedra el padre, honrado en los demás negocios de su vida, que no haya pecado cuando á su hijo le ha cabido un número bajo en el sorteo de las quintas.

A cada caravana que á nuestro lado pasaba era ver á mi tío sulfurarse, padecer.

—¡Pobres gentes! decía.

Mas en seguida variaba de pensamiento y hacia recaer la culpa en los mismos que compadeciéndolos le arrancaban tan tristes exclamaciones.

—No, añadía, no sois dignos de que os compadezcan; los pueblos tienen los gobiernos que merecen. ¿No sois mayoría los padres? Pues entónces, ¿por qué no gobernais vosotros la cosa pública? ¿Por qué ántes de dar vuestro voto al candidato que os impone el Gobierno no le exigis garantías? A esos diputados que en vez de *padres* son *padrastrós* de la que con cinismo llaman patria; á esos diputados que sólo por aumentar su oro y no por el bien de la nación, á quien explotan, aceptan la diputacion que mendigan, ¿por qué no les exigis garantías en metálico, garantías que perderán si no proponen y votan la abolicion de las *quintas*?

Pues que podeis hacerlo y no lo haceis, sigamos así, padres desgraciados.

Eran las siete de la mañana, y el sol de Agosto comenzaba á dejar caer sus abrasadores rayos sobre nosotros, motivo por el que creimos conveniente volvernos á casa.

Unióse á nosotros una nueva caravana que iba á entregar dos quintos.

Dos mujeres iban llorando, y á pesar de llevar en sus manos el ramal con que sujetaban un pequeño asno cada una, caminaban á pié y descalzas; ¡eran dos madres! Habian prometido á la Virgen ir desde su pueblo hasta Soria con los piés desnudos é hiriéndoselos en las aguzadas piedras, sólo porque la Madre de Dios se compadeciese de ellas y no permitiera que les arrebatasen sus hijos, pedazos de sus entrañas y sangre de su sangre. A los veinte pasos caminaban las madres de los suplentes, descalzas tambien, con el fin de que la misma Virgen no consintiera que sus hijos fueran soldados é hiciera porque cargáran con el chopo los hijos de sus convecinas. ¡Oh cielo, cómo te empequeñecen los reyes, sus gobiernos y gobernados!

—Tranquilizaos, dijo mi tío á una de las mujeres que lloraban amargamente. Dios es misericordioso y hará porque no volvais solas á vuestras casas; confiad en Él y tal vez conseguireis vuestros deseos.

—¡Ah, señor! contestaron las mujeres, por eso venimos descalzas desde el pueblo, para que la Virgen Santísima nos alcance de su divino Hijo tan señalado favor. ¿Qué será de nuestros pobres hijos si se los llevan? Malos son los hombres cuando nos roban los hijos, es verdad, señor?

—Decis verdad, buenas mujeres; deben ser medianas nuestras leyes cuando para hacerlas respetar necesitan los poderes armar tantos hombres. Así es que hacen creer al hombre pensador que son injustas, porque la injusticia sólo á la fuerza se respeta. Contraria á la ley de Dios es la ley de las quintas, pues el Señor de los mundos crió libres á todos los hombres y los gobiernos los esclavizan, añadiendo á la esclavitud el insulto, porque hacen con las criaturas de Dios lo que con las vestiduras de Éste hicieron los soldados: las sortean. Llévanlos á morir á una batalla sin ser la voluntad de la victima, y es más, sin que le interese ni sepa el esclavizado lo que defiende á costa de su sangre. Mata porque le mandan matar; muere porque otros asesinos tan ignorantes como él lo matan. El ser soldado, el servir al rey, como se llama en nuestras aldeas, es odiado, porque á la conciencia del hombre repugna matar y porque nunca quiso el hombre hacer lo contrario de lo que desea. Establezcan leyes justas, y el hombre las acatará con placer: nunca hizo el mal por el contento de hacerlo.

Es cierto que hubo un Neron; pero los Neronés sólo se hallan entre los emperadores.

Quitad á Neron su imperio, y como no se creeria un Dios, y por consiguiente irresponsable, no hubiera sido cruel porque hubiera temido á Pluton.

No sabian aquellas infelices madres que á mi buen tío le hablaban, digámoslo así, de su pleito; así es que oyeron su largo discurso.

Despues de una breve pausa, mi tío continuó de esta manera:

—Tambien vosotras teneis culpa, mujeres. El Salvador decia á las hijas de Jerusalem: «No lloreis por Mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque vendrán dias en que dirán: bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar.»

Y yo, desgraciadas madres, os digo: no lloreis por vuestros hijos; llorad por haber des-cansado en el mismo lecho que esos infames hombres á quienes dais el nombre de esposos, porque, permitiendo la bárbara ley de la guerra, ellos son la causa de que os arrebatan los pedazos de vuestras entrañas.

No hacian las pobres madres más que llorar y decirnos que llevaban ya de sufrimiento cinco meses; desde el dia en que sus hijos habian sido sorteados y tenido tan mala suerte, hasta aquel en que los iban á entregar al Gobierno cual el triste pastor entrega su más amado corderillo á la cuchilla afilada del insensible carnicero.

Duró la peroracion de mi tío hasta que llegamos á la ciudad. Separóse de nosotros la caravana, y yo tuve que oír el final ó coletilla del discurso.

Al apartarse aquellas desventuradas madres de nosotros, dirigimos la vista atrás y vimos una gran procesion de caravanas. En ellas vendrian madres llorando, y por todos los caminos que conducen á las capitales de provincia de España sucederia lo mismo.

Jeremias, en sus trenos, dice: «Los caminos estaban de luto,» para significar que nadie andaba por ellos; pero quizá sea más triste y demuestren más luto cuando se ven llenos de madres llorosas y de hijos melancólicos pensando en la ermita y en la fuente de sus pueblos, sitios en los que jugaron cuando niños. Esta tristeza es el adios dado al sonido de la campana de la ermita y al murmurio de la fuente.

—En verdad, Saturio, continuó mi tío, que estas pobres madres extienden su llorar al que las ve llorar. ¿No ves desprenderse de mis ojos las lágrimas? Los gobiernos, en cambio, llenan de rabia é indignacion al que piensa en sus injustas leyes. ¡Qué hipócritas son los gobiernos! Les conmueve el incesante planir de las campanas cuando el huésped asiático asola los pueblos, y privan el toque á muerto, esa despedida que se dedica al que deja de existir y que recuerda á los vivientes que su fin se adelanta con paso no tardo, contribuyendo tal vez á que el hombre mejore sus costumbres; les conmueve el ver pasar por las calles los cadáveres, y prohiben que los enterramientos sean á la luz del dia, y mandan llevar furtivamente las victimas del cólera sin que las acompañen la familia y los amigos hasta la última morada; y no les conmueven las lágrimas, los desgarradores gritos que las madres desgredadas exhalan por calles y caminos cuando su ley de quintas les roba sus hijos.

Sed lógicos, gobiernos; privad tambien el lloro público de las desgraciadas madres, así como los desmayos que sufren las infelices cuando abrazan á sus hijos por última vez, que este es el pensamiento de una madre al decir adios á su hijo; y como el amor de una madre es inmenso, la separacion de su hijo le parece eterna, y nunca piensa más acertadamente que cuando le ve marchar á guerrear, pues la guerra es la muerte.

Los gobiernos de las naciones cristianas son hipócritas, porque sortean los hombres y los arman para que maten á sus hermanos, y no dejan por esto de rezar todos los dias la oracion dominical.

Estos gobiernos deben de juzgar á los pobres quintos como unos hombres de mala voluntad, puesto que los envian á guerrear sin hacer caso del canto con que los Ángeles solemnizaron el nacimiento del Salvador, y del cual oyó Ezequiel una parte dentro de la nube:—«Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz á los hombres de buena voluntad.»

¡Oh, Satorio, qué poderes tan hipócritas hay en la tierra! Se llaman cristianos y no quieren ver el daño que hacen á los niños. ¿Qué mal hiciste tú al poder, qué mal han hecho á los gobiernos los infinitos huérfanos por las guerras? ¡Y los poderes se llaman imitadores de Jesucristo, y se arman, y se dan batallas, y se matan! Mentira, porque Dios dijo: «Dejad á los niños que se acerquen á mí,» y les ponía las manos y los abrazaba.

¿Qué haceis vosotros, poderes guerreros, sino todo lo contrario? ¿No les quitais para siempre su único apego, su padre y su madre? ¿No les dais lágrimas por satisfacer vuestro orgullo, vuestro deseo de honores y vuestra sed de riquezas? Despreciáis los niños, y Dios dijo:—«Os aseguro que, si no os hicieseis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.»

Y tu pobre madre, Satorio, y esas numerosas desconsoladas madres, viudas tambien por las guerras, ¿qué daño hicieron á los poderes guerreros?

Religion cristiana, sacerdotes del mártir del Gólgota que haceis resuene en los templos el cántico: *Laudate, pueri, Dominum: laudate nomen Domini.*

Qui habitare facit sterilem in domo: matrem filiorum lætantem; borra, religion cristiana, borra de tus cánticos el salmo CXII; haced, sacerdotes, porque no se oiga en los templos ese salmo, porque las leyes de los hombres lo convierten en una mentira. ¿Hacen estas leyes de la tierra, al arrancar los hijos á las madres para que sean soldados y los destruyan en las batallas, que la madre se regocije en sus hijos?

Los poderes guerreros se oponen á Dios porque hacen infructuoso el dolor que la mujer siente al parir. Dios dijo á la mujer:—«Tú parirás con dolor.» Si sortean, arman y destruyen á los hijos de la mujer, ¿no hacen que el dolor padecido por la madre sea inútil?

Borremos de los libros sagrados las palabras que dirigiste á la mujer, Dios mio, porque, siendo una verdad dicha por todo un Dios, hacen tus credentes que sea una verdad inútil. ¡Santas madres, os dejan el dolor y os quitan los hijos! Si en estos tiempos viviera la madre de San Juan Crisóstomo y éste cayera soldado, admiraria el mundo las bellas razones que se le ocurririan, como todavía admira el tierno discurso que á su hijo dirigió cuando éste quiso marchar al desierto. No hay razonar más tierno y sublime que el de una pobre desconsolada madre al separarse de su hijo. ¿Por qué atraeis sobre vosotros, gobiernos, la cólera del Todopoderoso afligiendo de una manera tan cruel á las madres? ¡Y estos gobiernos se llaman cristianos, y son además sabios, y como tales dimana de ellos la luz que disipa los negros vapores de la ignorancia en que yacen sumidos los pueblos ciegos é imbéciles! ¡Cuánta paciencia tiene el Señor con estos reyes y sus gobiernos, y los pueblos tambien cuánta paciencia ó cuánta ignorancia!

La quinta es la contribucion más desigual y más despreciable que se impone á los hombres. Es llamada contribucion de sangre, y ya su nombre, por horrible, es despreciable. Y es desigual porque la paga sólo el pobre; el rico redime su suerte por un puñado de plata.

Otra razon que la hace despreciable es por ser anticristiana, no sólo porque á los quintos les enseña á matar á sus hermanos, sino porque hace desear á las madres que sus hijos sean imperfectos. ¡A cuántas madres no ricas he oido decir que ojalá faltase á sus hijos ya un dedo, ya cualquier parte del cuerpo no esencial á la vida, con tal que se salvaran de ser soldados! ¡Desear la imperfeccion á lo que Dios crea perfecto! ¡Y por quién es deseada esta imperfeccion! Por una madre, por la que por más defectos que sus hijos tengan siempre vé en ellos acabados modelos de belleza.

La ley de quintas es un semillero contra la obra de Dios. Los legisladores que supriman tan errónea ley merecerán bien de Dios y de los pueblos. Sólo la aprecian los que necesitan la fuerza ignorante para sostenerse en sus altos puestos ó empleos, sin importarles nada el desagradar al Supremo Hacedor. Y que desagradan á Dios lo saben há tiempo; pero

la eleccion para ellos no es dudosa: entre su vientre y Dios han preferido dar gusto á su vientre.

Vedlos si no distraer la opinion pública, cuando les es contraria, con una guerra que declaran á cualquiera nacion apoyándose en fútiles pretextos, habiendo creado ántes atmósfera procurando interesar lo que los explotadores de los pueblos llaman *el amor á la patria*, no olvidando añadir que la guerra declarada es de *conveniencia nacional*. Durante la lucha los pueblos olvidan los desaciertos de sus gobernantes. Siempre el mal mayor anula el menor.

Entiendo por sociedad la union de los racionales; ¿pero es sociedad la que dispone hombres contra hombres para matarse? No; pues renunciemos el nombre de sociables. Si los hombres que comen carne humana despues de matarla son llamados antropófagos, los gobiernos guerreros, aunque lleven el nombre de cristianos, puesto que ejecutan la mitad de lo que hacen los antropófagos, deben ser llamados *medio antropófagos*. — Ni más ni ménos; esto es lo justo.

El verdadero cristianismo es la ilustracion; y nota, Satorio, cómo las naciones que no tienen quintas son las más ilustradas. Cuanto ménos soldados más libertad y más ilustracion; cuanto más ilustracion más cristianismo.

La nacion más liberal de Europa, la Inglaterra, ha presentado á las demás naciones una proposicion de desarme general, y tiene además sus sociedades llamadas *La Paz, Congreso de la Paz*, etc. Será protestante, pero no deja de ser la más cristiana. Una nacion para ser cristiana no necesita ser romana.

Observa que las naciones que más defienden la paz y que no tienen ejércitos poseen leyes democráticas. Observa nuestras provincias vascongadas sin soldados. ¿Habrá constitucion tan democrática como la suya? Suprime el Señor que de nombre sólo tienen, Señor que cuando necesitase soldados vascos se los darian, pero á quien abandonarían en cuanto llegarán al árbol Malato, es decir, á los limites de las provincias vascas. ¿Y no son cristianas estas provincias?

La razon me aconseja que sea demócrata, y al ver que las naciones que no tienen ejército, como en los Estados-Unidos, etc., se dirigen por instituciones democráticas, no puedo ménos de serlo.

Veo afiliados á la democracia todos los amigos de la paz; veo las obras de sus escritores plagadas de pensamientos que conspiran á la paz perpétua. Veo tambien sus diputados, como Pelletan, decir en la tribuna y en su libro titulado *La profesion de fé del siglo XIX*, al tratar de los descubrimientos del hombre:—¿Es preciso añadir el cañon rayado? Que mate aprisa, y que á fuerza de matar horrorice: más pronto se acabará con la pena de muerte que se llama *victoria*.

Veo, al recorrer las c6rtes donde se asienta la vivienda de los reyes, unos palacios convertidos en cuarteles. Es la guardia de los reyes y emperadores. Las obras de estos señores son malas; por eso tiemblan y tienen guardia.

Llego á la vivienda del presidente de la república de los Estados-Unidos, y veo la casa de un ciudadano. Su guardia es algun can leal, si es que tiene aficion á los perros. La constitucion de los Estados-Unidos no prohíbe tener perros á sus presidentes. Ni quieren aparato, ni tienen temor: para guardia les basta el aprecio de sus conciudadanos.

Veo las naciones monárquicas sucumbiendo bajo el peso de sus enormes deudas, creadas por la no produccion y gasto abrumador de los ejércitos sostenedores de esa injusticia llamada monarquía, y veo tambien que el sobrante del Tesoro de los Estados-Unidos es envidiado por las demás naciones.

¿Y no he de ser demócrata?

Abre la historia, Satorio, y contempla en los pasados tiempos esa república donde se mecieron las cunas de Aristides, de Fidias, de Praxiteles, de tanto hombre sabio y justo. Las estatuas creadas por el génio de esa república son hoy el modelo de nuestros artistas.

El pedazo de mármol hallado en sus minas excita hoy nuestra admiracion, así como nuestras Academias y Ateneos imitan á aquellas reuniones donde el saber se albergaba, y toman con orgullo el nombre de aquellos centros del progreso humano.

Abre la historia y contempla esa república de ayer, la república francesa. Mira al gran Lavoisier desterrar la alquimia y dar paso á la química. Míralo destruir el sistema de los cuatro elementos; vé cómo los descompone encerrando en unos matrazes los componentes del agua y del aire, librando también á su patria de dar el cuantioso tributo que pagaba á España por el azúcar traído de sus posesiones ultramarinas, extrayendo el azúcar de la remolacha. Mira cómo hace lo mismo con la barrilla haciendo dar á la tierra francesa ese producto.

¿Y el pintor David?

Sería interminable el recordar los grandes hombres de esa república. La edad de oro de las ciencias y las artes no existiría si no hubiesen existido naciones republicanas, naciones libres.—Sí, sólo las naciones republicanas tienen fuerza para atar el vapor y aplicarlo á la locomocion y á la máquina industrial. Tan colosal descubrimiento sólo los Estados- Unidos de América podrían llevar á cabo. Dios ha fijado sus ojos en esta nacion, y su mirada está diciéndonos: «imitadla.»

«Los ojos de Dios, dice el salmista, están fijos sobre los justos.»

¿Y no he de ser demócrata?

Aquí llegó el discurso de mi tío, y hubiera sido más largo á no privárselo la aglomeracion de gentes que habia á la puerta del palacio que ocupaban el gobernador y la diputacion provincial.

Yo tenia que presenciar la filiacion de los quintos y elegir los hombres destinados á mi batallon, por turno, con las demás armas del ejército. Al subir mi tío á ver aquella operacion, hallamos á D. Simon, que acompañaba á un mozo conocido suyo, á quienes se unió mi tío, separándome yo de ellos para cumplir con mi obligacion.

Héteme aquí describiendo escenas desgarradoras y bárbaras sin describir el teatro ó palacio donde se exhiben al público. Tentado estaba por emborronar un ciento de páginas para hacer la pintura de los largos pasillos, de la alta techumbre, de los grandes salones del palacio del Conde de Gómara, que es el escenario donde tanta lágrima ha corrido; pero no quiero ser escritor de moda, por creer que en los libros de este género no cuadran bien tales descripciones, que son más propias de un tratado de arquitectura.

Poco rato llevaba cumpliendo con mi obligacion cuando vi á mi tío y á D. Simon observando las operaciones que otros oficiales y yo hacíamos. Cuando mis compañeros filian á algun mozo alto, robusto, bien plantado, lo celebraban. Mi tío decia al oído á Don Simon:

—Pero hombre, ¿has visto cosa igual? Esos señores militares parecen fieras carnívoras según se alegran cuando es suyo algun muchacho notable por su altura y robustez: las fieras no deben regocijarse tanto cuando claven sus uñas en las entrañas de una victima crasa. ¡Qué corazones tan duros tienen esos oficiales y esas gentes encargadas de recibir la *entrega de hombres!* Ninguno se entristece al ver las lágrimas de tanta afligida madre.

Mira, Simon, cual rien cuando van á medir algun mozo de pequeña estatura: esa risa es el más grande consuelo de la madre del quinto. ¡Quién sabe si las madres poseen el secreto de dar á luz niños que, cuando sean hombres, no lleguen á la talla, para que la bárbara ley de las quintas no los separe de su lado! El amor de madre todo lo vence.

Siento, como Jovellanos, el decaimiento de las razas, pero no exclamaré como este distinguido escritor:—«¿Dónde están los hombres que vestian estas armaduras atléticas y blandian tan pesadas y largas tizonas?» Deseo ver el hierro de las espadas cambiado en rejas para el arado, y que sólo queden en nuestros museos una espada y un cañon para probar nuestra barbarie y para espanto de las futuras generaciones. Entónces vereis al hombre enano llegar á ser gigante otra vez, porque el cultivo de la tierra le proporcionará

lo necesario para vivir, y como podrá reponer sus debilitadas fuerzas con un sano y abundante alimento, en vez de degeneracion habrá crecimiento en su talla y buenas proporciones, llegando el hombre á ser hermoso como lo fué el primero que habitó el Paraíso.

Observa, Simon, la musculatura del labrador y la del magnate que viste á la moda, y tendrás la prueba. Supriman los gobiernos los instrumentos de matanza de hombres que se fabrican con el hierro, y verán que no hay metal más útil y de más valia, y se convencerán tambien de que el trabajo regenera al hombre.

¿Comprendes, Simon, que á mediados del siglo XIX midan los cuerpos de los hombres? La religion cristiana nos enseña que el hombre no debe de medirse por la fuerza del cuerpo ni por la altura, sino por la grandeza del alma.

Hé aquí á los gobiernos cristianos dando leyes para que midan los cuerpos de los hombres y calcular así su fuerza matadora. Hé aquí cómo los cristianísimos reyes y gobiernos nivelan al quinto con el buey que el labrador busea para remover la tierra, al que, ántes de comprarlo, midelo con una cadena para ver si hace buena pareja con el que descansa en el establo de su casa.

¡Oh sapientísimos gobiernos! ¡Qué tranquilos descansareis en vuestras muelles poltronas despues de contar vuestra fuerza de cazadores, de granaderos y artilleros!

Mira, amigo, esas pobres madres qué afligidas están. ¡Ay! que las madres nunca se engañan; su llanto es el pronóstico cierto de la desgracia de sus hijos. ¡Entregarlos para que los conduzcan á la muerte! ¡Pobres mujeres!

¡Mira esos mozos que ostentan en su sombrerillo la encarnada escarapela, que ya va augurando derramamiento de sangre, mira cómo se despiden de sus madres! No puedo resistir esas dolorosas despedidas, sin que las lágrimas salgan de mis ojos. ¡Pobres muchachos! ¡Morirán prematuramente léjos de sus madres y dando gloria á algun general que, á lo más, hará tanto como ellos! ¡Historia injusta, no te ocuparas de estos infelices, y en cambio tus páginas citarán en cada linea el nombre del que los guia en la batalla!

¿Comprendes, Simon, por qué se matan los hombres?

La estadística nos dice que la mortalidad aumenta y que este aumento se nota, en general, en todas las localidades. Pues bien, tengan esos gobiernos guerreros un poco de paciencia, hagan porque no se maten esos hombres que declaran soldados, y la mortalidad disminuirá. ¿A qué apresurar la matanza cuando la muerte, sin necesidad de buscarla, hoy se lleva al emperador y mañana al mendigo? Los gobiernos con ejércitos y los guerreros son los avaros de cadáveres que tratan de llenar las sepulturas vacías.

Los hombres ignorantes apresuran el último suspiro de su vida dándose sangrientas batallas. No cumplen el destino para que el Dios del universo los crió, porque Dios no nos dá la vida para que nos la quitemos. ¡Triste muerte la del soldado! ¡Morir tan joven y sin haber hecho ningun trabajo para el bien de sus semejantes! No ha corrido el sudor por su frente plantando árboles que presten sombra y den sazonados frutos al hombre su hermano, porque desde joven le enseñaron á matar á sus semejantes y á dejarse matar por éstos sólo por satisfacer el criminal y ambicioso capricho de un tirano.

¡Oh, tierra, debieras ser un verjel extenso cual tu superficie, y eres un cementerio triste cual un desierto arenal, eres el valle de Josafat anticipado!

Error, ¿cuándo dejas de posarte en los que llaman los pueblos sus gobiernos? ¿Cuándo te muestras claramente á los ambiciosos y les haces ver que nna chaqueta y un pantalon de lana parda con girones hechos al podar las vides es más honroso que el rico vestido, lleno de bordados de oro, del cortesano y del general, vestido comprado con la sangre que hicieron derramar en las batallas? ¿Cuándo comprenderán los déspotas que el duro y negro pan oreado por el viento del campo es más sabroso que el blanco mollete que ostenta la mesa opípara de los Napoleones y los Bismark?

Salgamos, Simon, salgamos de esta habitacion donde todas las madres de la provincia que no tienen un miserable puñado de plata vierten raudales de preciosas lágrimas.

Observé que D. Simon y mi tío se marcharon. Yo continué filiendo hombres, y, así que terminé esta repugnante operación, me dirigí á casa, donde me entregaron una carta firmada por *Un amigo que hace tiempo no te ha visto y desea abrazarte.*

¿Quién era aquel amigo que tan misteriosamente me escribía? La carta estaba fechada en Riaza, y en ella me rogaban, pues había de pasar cerca con los quintos, diese un pequeño rodeo, y me llegase á aquel pueblo á abrazar y ser abrazado por el incógnito amigo que la suscribía. Como en el hombre ejerce cierto irresistible poder todo cuanto se le presenta velado bajo la forma del misterio, determiné acceder al ruego de mi misterioso amigo.

Reunidos los setenta hombres que destinaron á mi batallón, y después de escuchar los desgarradores ayes de sus desdichadas madres y los conmovedores sermones de mi tío, anuncié á éste mi marcha.

— ¡Ah Saturio! me respondió, ni te contristan las escenas dolorosas que has presenciado estos días, ni siquiera te enmiendas dejando entrever que las sentirás algún día! Eres tan insensible como el Gobierno. ¿Cuándo abandonarás ese oficio de mata-hombres?

Estas fueron las palabras de mi tío cuando le anuncié mi partida. ¡No merecía su buen corazón que yo le diese pesares tan grandes! En el tiempo que esta vez pasamos juntos, á no ser por los sinsabores que las quintas nos habían producido, hubiéramos sido completamente felices.

Púseme á la cabeza del pelotón, y al dar un abrazo á mi tío, que lloraba al ver tanta mujer llorando, me dijo:

— Adios, Saturio; no puedo acompañarte más porque me aflige ver este cuadro tan lastimoso. ¡Cuánta madre infeliz!

— ¡Trueno de Dios con el oficio de militar, exclamé yo, por todas partes vamos causando lágrimas!

Largo trecho nos acompañaron los padres de los quintos. El último abrazo que dieron á sus hijos fué triste, conmovedor. Hubo madre que se desmayó en los brazos de su hijo, el cual tuvo que abandonarla con cuidado en la tierra y apretar el paso para que al volver en sí no renovara su cruel dolor.

¡Pobres madres! Dios os libre de que vuestro desmayo sea eterno. Aún recuerdo que, en otra comision de quintas, vi una madre desmayada que cuando separamos sus brazos del cuello de su hijo estaba yerta: el dolor la había hecho sucumbir.

Por no sentir los gemidos de las madres y los hijos al despedirse, y porque no vieran las lágrimas que surcaban mis mejillas, me adelanté unos pasos del pelotón. Pronto no se oyó más que el acompasado andar de los quintos. Ibamos solos, y al volver la vista atrás distinguimos á lo lejos un grupo que nos miraba. ¡Eran las madres de los quintos, á los que tal vez no volverían á ver ya! ¡Infelices mujeres!

Una curva de la carretera hizo no las viéramos más.

Ser militar y desposeerse del mayor y más bello sentimiento, del amor á la madre, todo es uno. Digo esto porque en seguida comenzaron los quintos á burlarse de sus todavía no enjutas lágrimas. Al llanto siguió la risa.

Aquel cambio brusco de los sentimientos de los quintos me hizo daño. Las lágrimas por una madre deben ser eternas.

¿Qué tiene la roja escarapela que tan pronto hace olvidar á una madre? ¿Qué nombre merece el hijo que elige el oficio militar (no me atrevo á llamarlo carrera) sabiendo que hace derramar tanta lágrima á la que le dió el ser? ¿Qué tiene la escarapela que tan pronto embrutece haciendo al que la lleva altanero y áspero?

Observad la grosería, el imperativo y brusco tono con que el soldado, y aún más el quinto, trata al paisano: en cuanto cubre su cuerpo con el capote militar se cree dueño del paisanaje; no piensa que el paisano es su hermano que trabaja y paga al Gobierno para que le dé alimento y abrigo; no piensa que insulta á su hermano el pueblo, que lo recibe con

los brazos abiertos cuando ya licenciado vuelve á ser parte del pueblo. La escarapela es el primer paso dado en el oficio de la guerra; oficio que hace que el hombre mire con indiferencia la muerte y que se parezca al bruto, como el cual muere, y el hombre así pertenece á los corrompidos, á los hombres sin dignidad que juran obedecer ciegamente á sus jefes, no mirando si es justo ó irrazonable lo que les mandan.

Jurar las banderas y someterse á la Ordenanza es renunciar á lo que en más estima debe tener el hombre, la dignidad.

A la mitad de la jornada descansamos dos horas. El alto lo hicimos en un pueblecillo pequeño llamado Luvia. Hacía un rato que estaba sentado en uno de esos poyos que hay contiguos á las puertas en todas las casas de las aldeas de la provincia de Soria, considerando que es triste vida la vida del militar, cuando sonó en una guitarra un prelude melódico. La mano que la hacía despedir tan gratos sonidos era experta. Al prelude siguióse el tañido variado, jugueton, que tanto se usa en España: la jota aragonesa. Tal vez el tañedor no sabía más que la jota, pero sacaba de nuestro más popular aire nacional ese partido que nuestros aragoneses sólo saben sacar del rasguear una guitarra. Unas manos torpes convierten el rasgueo en chirrido; lo que yo oía era un ondular suave, que electriza, que causaría siempre un sentimiento desagradable el dejar de oirlo, el no saturarse el alma de aquella melodía. Las variaciones se sucedían.

Una voz triste, sentimental cual la del enamorado, entonó un cantar popular, cantar compuesto por algun desconocido poeta, amante y soldado tal vez, pero cuya redondilla, como muchas de las que escriben esos oscuros poetas del pueblo, era un poema. Decía así el cantar:

Todo el que quiera saber
de qué color es la pena,
siente plaza de soldado
y auséntese de su tierra.

Al oír expresar en el canto tal sentimiento, tanta amargura, no pude ménos de levantarme é ir donde sonaba el instrumento. Había sospechado que el guitarrista era alguno de los setenta quintos que llevaba bajo mis órdenes, y no me equivocaba.

El que así cantaba era un quinto, hijo de un cirujano, que al caer soldado habia dejado en su pueblo una mujer amada. Sólo una alma enamorada podia expresarse con tanta pena, con ternura tanta como él lo hizo. ¡Oh quintas, cuántos amores contrariais! ¡Cuántos amantes haceis desgraciados! No sólo despedazais el corazon de las madres, sino tambien el de los pobres quintos enamorados.

Seguimos la marcha y pernoctamos en Almazan. A la mañana siguiente di la órden al sargento de que se dirigiese á Sigüenza, que allí me encontrarían.

CAPITULO XIX.

Mis pensamientos ante una sepultura.

El 24 de Setiembre de 1855 llegué á Riaza, donde tuve el placer de abrazar á mi querido amigo y condiscípulo Julián Gregori, que fué el que me dirigió la misteriosa carta que recibí en Soria.

Despues de manifestarme que habia terminado la carrera de medicina, que le costó un tio que tenia en Valencia; despues de recordar nuestros estudiantiles tiempos, y de dirigírnos mutuamente, como todos los amigos que hace mucho tiempo no se han visto, una série interminable de preguntas; despues de pasar una minuciosa revista de todos nuestros condiscípulos, propúsome Gregori, mientras preparaban la comida, ir á dar una vuelta por el pueblo. Acepté su pensamiento, y nos dirigimos á la iglesia.

Como Gregori era conocedor de la historia y gran arqueólogo, examinaba con detencion cuanto con estas cosas tenía relacion.

Despues del exámen de algunos bellos cuadros que en la iglesia habia, nos dirigimos al cementerio. Allí ante una pobre sepultura, mi amigo me refirió lo siguiente:

—Saturio, estamos ante la tumba de un hombre que ha hecho un gran bien á la humanidad, quien no sólo le olvida, sino que no ha tenido para él ni una lágrima, ni un pedazo de mármol donde escribir su nombre. ¡Qué sociedad!

Duramente merecia que la calificase, pero abandonémosla como ella abandona al olvido al que ha hecho grandes estudios y pasado largas noches de vigiliass para calmar sus dolores. Oye. Apénas cantaron el *Te Deum* en Valencia por la desaparicion del cólera, me propuse observar tan imponente huésped, y como ya no existia en la ciudad de los jardines, me decidí á seguirle adonde se presentára. La prensa, aunque embozadamente, hablaba de los casos de cólera que habia en Castilla. Cogí mi maleta y mis legajos de observaciones, que habia escrito con insegura mano estando á la cabecera de los atacados, y corrí á Castilla. He andado dos meses de aquí para allí, de un pueblo á otro, y no he conseguido nada; no estoy satisfecho del resultado de mis estudios.

El Omnipotente quiere que este siglo pedante, que se da á sí propio el nombre de siglo de las Luces y de la ilustracion, conozca su pequenez: «Trabaja, le dice, y conseguirás cuanto desees.» Esto no obstante, son contados los hombres que procuran hacer el bien de sus semejantes, por lo cual la sociedad disfruta tan de tarde en tarde el bien que le produce algun secreto arrancado á la naturaleza, secreto que Dios ha permitido descubrir á esos séres á quienes la sociedad, en premio de su constancia y de su amor á los demás hombres, mira con indiferencia, tal vez porque los que así aman á sus semejantes son los únicos verdaderos sectarios de Jesucristo.

Cualquiera descubrimiento beneficioso á la humanidad, ántes de su aplicacion, ha costado al hombre aislado impropio trabajo, mucho sudor; trabajo y sudor que se hubieran economizado si la sociedad, en vez de atender y pensar en la efimera y falsa gloria que producen las conquistas de los pueblos por el bárbaro placer de dominarlos, hubiera prestado su poderosa ayuda al que de tan útiles descubrimientos se ocupaba. Los reyes y los guerreros han sido los hombres malditos que han estorbado la carrera de la humanidad, han sido la causa de que ésta no sea feliz y de que sus hasta hoy llamadas conquistas no sean más que colosales pirámides de cadáveres, mares de lágrimas y espantoso luto, que es la natural consecuencia de esos degüellos de miles de hermanos por otros hermanos.

Heron de Alejandria, ántes de la venida de Jesucristo, dice y prueba que el agua reducida á vapor es una poderosa fuerza, y arroja al fuego una esfera metálica llena de agua y herméticamente cerrada, y produce una terrible explosion que causa el asombro de los que la presencian. Esto no obstante, la observacion de Heron queda olvidada por espacio de diez y seis siglos.

La sociedad, en cambio, atiende y perfecciona las máquinas destructoras del género humano, y el mundo presencia miles de guerras en estos diez y seis siglos.

Hácia el año de 1520 Blasco de Garay aplicó á la marina sus calderas de vapor que movian unas ruedas que hacian las veces de remos, y esta útil aplicacion tampoco es aceptada. «¿Qué iban á hacer los reyes con aquellos apaleadores de bogas sacándolos de la casa de las sardinas donde estaban bajo el mando del capitán Correa, dándoles con su nombre tan malos ratos,» como dice el gran Quevedo en sus *Jácaras á los galeotes*?

Olvidase la aplicacion de la fuerza del vapor del agua hecha por Blasco de Garay; pero los reyes no olvidan la continuacion de los degüellos de sus vasallos hasta nuestros dias.

Viene en 1612 Salomon de Caus, usa el vapor del agua en una máquina, nadie le protege, y cae en el olvido su invento.

El célebre Wath hace que los pueblos se prosternen ante la majestuosa marcha de la

locomotora, y que su penetrante silbido sea la música que más ansian oír los hombres desde sus albergues.

Se olvidará el perfeccionar tan maravilloso medio de locomoción tal vez por un siglo, pero los poderosos de la tierra no olvidarán aprestar los ejércitos y continuar la matanza de hombres por hombres.

Desde Blasco de Garay hasta Wath pasan tres siglos, tiempo que la humanidad tarda á poseer tan magnífico adelanto.

¿Qué ha hecho la humanidad en estos veinte siglos? Luchar, matarse inútilmente, ora por sacudir el yugo de Roma la señora del mundo, dejando de ser colonia romana para echarse otro yugo más pesado, cual fueron las continuas guerras que la división de la tierra en reinos trajo consigo; ora matándose por las religiones, ayer con el mahometano, hoy con el protestante, y ora también combatiendo por una idea política, ya por la monárquica absoluta, ya por la monárquica constitucional, ó ya por la democrática, pero siempre matándose.

¿Puede la humanidad, cuando sólo piensa en destruirse, ocuparse en el bien que produce el desarrollo de las ciencias? No.

¡Ah! si la humanidad hubiera convertido todas esas fuerzas, inútilmente empleadas en guerras, en hacer el bien de sus semejantes, ¡qué feliz sería hoy el mundo! ¿Qué han producido esas luchas á favor de los *amos* que la misma humanidad se ha dado?

Miremos al mundo y veremos que el Evangelio existe á pesar del Koran y que éste existe á pesar de aquél; hallaremos que también existe el protestantismo y otras mil religiones; y si de las diferentes religiones militantes pasamos á las ideas políticas, veremos que existen los sectarios de la monarquía absoluta ó capa de plomo que ahoga la dignidad del hombre, que existen los sectarios de la monarquía constitucional, ó sea sublime farsa, y los partidarios de la democracia, única forma de gobierno que más se acercan sus principios á la naturaleza, y por consiguiente, la que tiene más razón de ser. Y si existen estas formas de gobierno á pesar de las matanzas que á nombre de las tres ensangrientan la tierra, ¿de qué les sirve la inteligencia á los hombres si no la aplican á hallar un medio que concluya con las hecatombes?

Perdona, Saturio, que me haya separado de la historia que empecé á referirte.

Hace ocho días llegué á este pueblo; había recorrido los inmediatos, donde he visto algunos coléricos, y estando tan cerca de Riaza he querido conocer al hombre que había disputado á la muerte algunos enfermos con la confección de un acreditado electuario que con excelente éxito he propinado á los muchos que en Valencia padecen calenturas intermitentes á consecuencia de los miasmas palúdicos que despiden los arrozales.

Apénas descansé un poco en la posada donde estamos alojados cuando salí á buscar la vivienda del farmacéutico.

Al llegar á la casa de D. Frutos Sanz y Agudo supe que estaba enfermo. Penetré en su habitación, y he continuado visitándolo durante su enfermedad, si bien con el disgusto de reconocer que para su mal la ciencia era impotente.

Ayer se le inhumó bajo esa tierra que pisas.

Al ver la dulzura de aquel rostro, espejo de la conciencia más tranquila, rostro del que sólo desapareció la sonrisa que acompaña siempre al hombre honrado y bondadoso, cuando por su mente cruzaba el pensamiento de las horas que había perdido ociosamente y que pudo, según él decía, haberlas empleado en estudiar la preparación de algún nuevo medicamento que aliviara otro de los infinitos dolores que á la humanidad aquejan, no pude ménos de pensar en el cuadro que representa la muerte del justo y del pecador.

Fuese la ilusión, fuese el sopor que produce el continuado desvelo, lo cierto es que me pareció ver un ángel posado en la cabecera de su cama, esperando que aquella honrada alma se desuniese del cuerpo para elevarla á la mansion celestial.

Saturio, quizá no volvamos á este sitio; despidámonos de esa tumba que encierra un hombre de bien.

Doblamos la rodilla y rogamos á Dios por el eterno descanso del que en vida se ocupó de aliviar los dolores de sus semejantes. Preocupados por tristes pensamientos abandonamos aquel lugar donde mora la soledad, aquel sitio lúgubre destinado á convertir en mantillo á los que algun dia soñaron ser dichosos. Poco despues llegamos á la posada.

Preparada estaba la mesa; nos sentamos, y, durante la comida no hablamos una palabra, comiendo, por decirlo así, maquinalmente. Como al dia siguiente teníamos que madrugar y partir cada cual á su destino, nos acostamos.

Pensando en las últimas tranquilas horas de D. Frutos Sanz y en los postrimeros y angustiosos momentos que pasarán los que matan á sus semejantes en esas batallas que los mortales se dan con el espantoso nombre de guerra, no hice otra cosa que soñar durante la noche.

Unas veces, en los últimos instantes de vida de un general, veia pasar un ciento de sargentos y cabos que, con sarcástica y fantástica risa le decian: «Hicimos lo que tú, nos sublevamos, y nos fusilaste, y al sublevarte tú conseguiste ser capitán general. ¡Viva la justicia!» Y despues los fantasmas desaparecieron, y el capitán general se retorcia como sabandija dividida en dos partes, con el dolor, con el remordimiento que aquellas palabras le causaban.

Otras veces veia á un niño que risueño corria tras de una manzana encarnada, y mientras sus labios balbuceaban *qué bonita es*, sonaba una detonacion que cortaba la existencia del inocente niño. Un general moribundo hacia un gesto horrible, al ver correr la inocente sangre, que veia caer gota á gota sobre su cabeza.

Despues del niño pasaron muchos hombres honrados, vencidos por la fuerza, no por la poderosa razon, al proclamar sus ideas: iban atados codo con codo, y llevaba el primero un cartelón pendiente de un largo palo donde en gruesos caracteres decia: *Vamos á Filipinas, variamos de domicilio*, segun la expresion del Gobierno.

Estas cuerdas de hombres hacian una horrible mueca al pasar por delante del general, quien al verla demostraba aún más terror en su espantado gesto. Y así fueron muriendo ante mí todos los generales creyendo que les hacian beber la sangre que derramaron, así es que gritaban: «basta, basta.»

Este sueño mio, ¿será verdad? Si, si. Habrá biógrafos paniaguados de los generales que dirán que su muerte ha sido tan tranquila que la debemos envidiar; pero á estos aduladores de *ultratumba* les responderémos con Argensola:

.....Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.

Pues qué, ¿la direccion de esas matanzas de inocentes soldados no va seguida de remordimientos?

Despues de pasar revista á la muerte de aquellos hombres cubiertos de bordados de oro, que el mundo llama entorchados, hombres que á mí me parecen maniqués vestidos con pedazos de acéricos ó escapularios pergeñados por monjas, mi ensueño me hizo recorrer sus tumbas. Vi los espléndidos sarcófagos donde depositaban sus cuerpos, vi los soberbios epitafios con ricas doradas letras que los magnates les dedicaban, y ví la admiracion con que las gentes se acercaban á aquellas miserables cenizas.

¿Hasta cuándo el pueblo ha de contribuir á sostener ese error tan funesto? ¿Cuándo dejará de admirar lo que debiera mirar, si no con horror, cuando ménos con la compasion con que mira las sepulturas de los desgraciados recogidos por los Hermanos de la Caridad apénas el verdugo concluye de dar trabajo á su terrible instrumento?

La sociedad no puede ser feliz porque es injusta. Mientras tiene mármoles de Carrara y oro californiano para los que llevan á cabo las grandes hecatombes dedicadas al bárbaro Marte, guarda ¡ay! un puñado de tierra para los que la dedican sus estudios y su vida entera con el fin de producirla el bien.

Llegó la hora de separarme de mi condiscípulo, y al abrazarnos, —Adios, amigo antípoda, me dijo Gregori; yo voy á tratar de sanar al hombre; tú á matarlo: tú, con la espada, procurarás abrir agujeros en los cuerpos de tus hermanos, cuanto más grandes más meritorios para tí; yo pondré mi pobre inteligencia para tajarlos y cicatrizarlos: tú tendrás una cruz honorífica ¡vaya un honor! por cada hermano que des de baja en la tierra; yo una inmensa satisfaccion por cada hombre que, sanándolo, le de el alta.

Y nos separamos.

Montado ya en mi bagaje y caminando para Sigüenza, fui pensando que el boticario Don Frutos Sanz estaba vengado por otro boticario. Hace unos dias que, en un archivo de los más antiguos de Italia, se ha encontrado un documento que prueba evidentemente que un hombre que el mundo admira, el Dante, fué boticario. El que haya leído la obra que al Dante inmortalizó habrá visto que á los tiranos los pone en el averno en un rio de sangre tibia.

Véanse las causas de todas las guerras que en el mundo ha habido, y se observará que han sido producidas por la ambicion de los poderosos.

La ambicion, satisfecha ó no, que ha derramado sangre, es tiranía, y la tiranía no puede producir más que otras tiranías aunque éstas se llamen leyes.

Ved si no esa absurda y repugnante ley llamada Ordenanza militar, ley despótica en que la tiranía es ejercida por el superior sobre el inferior, es decir, por el cabo sobre el soldado, el sargento sobre ambos y así sucesivamente; ley en que todos son esclavos de un rey; ley en que nunca manda el que tiene más talento ni el más justo y en que siempre impera el que más sueldo cobra. La Ordenanza convierte á los ejércitos en máquinas para tiranizar á los pueblos. En la tierra no hay más que tiranía. En el siglo XIX nos rodea la tiranía como nos rodea el aire.

¡Pobre humanidad si no varía las bases de su organizacion!

Para asombro de las generaciones futuras debé conservarse siquiera un ejemplar de la actual Ordenanza militar. Cuando lean el *será pasado por las armas* con que concluyen casi todos sus artículos, se asombrarán como nos asombramos nosotros al leer la existencia de la *santa* Inquisicion.

Siempre que he registrado la Ordenanza he recordado el famosísimo *delenda est Cartago* con que finalizaba sus discursos un senador romano.

¡Oh rio infernal de sangre tibia á cuántas almas bañas!

CAPÍTULO XX.

De cómo el autor dedica este capítulo al lector por parecerle el más interesante.

Llegué á la villa del oso y del madroño, y entregué al batallon mi pobres paisanos. Hice por ellos cuanto pude, pues mi deseo era que no sintiesen tanto el separarse de sus padres.

A primeros de Abril marché con mi batallon á Alcalá de Henares.

O'Donnell, que era entónces ministro, preparaba arteramente la caida de su colega de ministerio el general Espartero. No juzgo á O'Donnell porque la historia se encargará de ello.

Poco despues de la caida del partido progresista me dejaron en *situacion de reemplazo*. Esta es una bonita expresion inventada para separar del ejército á los oficiales que no inspiran confianza á la situacion imperante. Es un destierro suave. Regularmente separan del ejército por una vil delacion ó porque el apellido de la familia del oficial separado tiene ideas distintas á las del ministro de la Guerra.

Al comenzar el mes de Octubre de 1856 comenzó también mi situación de reemplazo al lado de mi tío en la muy noble y muy leal ciudad de Soria. ¿Cuánto tiempo duraría mi suave destierro? Si éste era largo, ¿en qué iba á pasar el tiempo? Presentía la lluvia de discursos antibélicos que de mi buen tío oiría, y me decidí á escribirlos, no obstante de que al hacerlo desaparece de ellos la parte mímica, que es el todo de su hablar, así como también el retintín, que es la sal y la pimienta con que sazona sus discursos.

¿Qué joven habrá que no se le haya metido en la chola la idea de ser escritor? Hoy que es moda el escribir para el público todo el que sabe firmar, enristro mi pluma y salga lo que saliere.

Las páginas que anteceden las he escrito sin pensar siquiera lo grande de la empresa que he acometido.

Narrar la vida de un capitán del ejército es narrar las aventuras de un caballero andante al estilo del siglo XIX.

El caballero andante antiguo, con su escudero al lado, acometía grandes y horripilantes empresas; el caballero capitán de hoy día acomete temerarias aventuras, pero necesita cien escuderos armados, no con la alforja repleta de Sancho Panza, sino con la carabina Minié.

Vosotros, Amadís de Gaula, Tirante el Blanco y tú, espejo de la andante caballería, famosísimo D. Quijote de la Mancha, escondeos: ya vuestro destino es daros una celda para que habiteis en monjil convento y os dediqueis á elaborar chochos y escapularios, porque si en estos tiempos recorrierais el mundo, seguro estoy que vuestro ánimo no sería tan valeroso como fué.

Hoy es verdad que hay botes de lanza irresistibles, pero no hay aceradas armaduras donde se emboten, y tampoco disponemos del mágico y curalotodo bálsamo de Fierabrás.

¡Ah inmortal Caballero de la Triste Figura! Las peladillas de arroyo que en mal hora te arrojaron los malandrines pastores de aquellos rebaños que te se figuraron ejércitos y que dejaron tus mandíbulas desiertas de los huesos por excelencia necesarios cual desierto de plantas está el arenal africano, se han convertido en pelotas de plomo que matan sin honra y sin saber siquiera quién te refrenda el pasaporte para la otra vida.

¡Oh antiguos y más que famosos caballeros andantes! Venid; os reto á que compareis vuestro valor con el de los militares del siglo XIX, caballeros andantes de estos tiempos. Yo os aseguro que cuando entreis en la lid, cuando el cañón retumbe y el silbido de las plumbicas balas que lanza acaricie vuestros oídos y sea la única música que os llame la atención, porque aunque esté tocando la música del regimiento durante la batalla, sin ser celestial música, la consideraréis como *música celestial*; yo os aseguro que os pasará lo que á nosotros: el teatro donde se verifique la acción se inundará momentos ántes de un olor que no será el de rosa, pero sí muy parecido en lo desagradable al que envió á tus fosas nasales ¡oh bravo D. Quijote! tu medroso escudero la temerosa noche de la espantable aventura de los batanes en el momento en que hizo una operación que nadie podía hacer por él; yo os aseguro que temeríais morir sin que siquiera se notasen vuestros hechos, porque las aventuras militares pertenecen al que dirige las batallas, no á los que las ganan.

Como los andantes caballeros los han convertido los reyes en militares, claro es que sus aventuras tenían que progresar. Por eso ya no hay luchas parciales sino de miles contra miles de caballeros: la singular y descomunal batalla entre dos caballeros producía el asesinato de uno de los dos; el progreso de la humanidad ha hecho que se convierta esa lucha en batalla y que produzca sangrientas hecatombes. ¡Portentoso, piramidal descubrimiento de la humanidad! Hoy lucha un ejército de andante caballería, infantería y artillería con otro de diferente nación compuesto de esas mismas armas, y se aniquilan las naciones unas á otras por el capricho de sus amos los reyes. ¡Falta hace un chusco historiador que divida en dos épocas la historia: primera; humanidad albardada, la que se ha

matado por los hombres á los que dió el nombre de reyes: y segunda; humanidad albarda, la que ha conocido la primada y no quiere reyes.

Mis aventuras no pueden parecerse á las vuestras, ¡oh antiguos caballeros andantes! sin embargo, soy caballero de andante infantería.

El colmo del atrevimiento sería intentar escribir un poema como el tuyo, inmortal Cervántes; ni tengo talento para escribirlo, ni tampoco se prestan las aventuras de un militar á ser pintadas con los sobresalientes colores que empleaste para el cuadro tan bien entonado de tu famoso caballero D. Quijote. Somos tantos millones de hombres militares y tantos quijotes en el siglo xix, que es una cosa vulgar el caballero andante de estos días y sus aventuras no llaman la atención. ¿Qué hora pasará que no haya una gran batalla, ó cuando ménos una escaramuza? ¿Pero he de renunciar por eso á escribir mis aventuras? Todo se reduce á que no sea un Cervántes aunque sea un quijote; callaré los ataques en que me he hallado y copiaré en cambio los discursos de mi tío Octaviano.

El caballero D. Quijote todo es acometer descomunales aventuras donde sobran las chichones, magulladuras, heridas y manteamientos: era la fruta abundante de su tiempo. Mi tío, con sus discursazos, no mata, ni siquiera hace sangre; pero dá en tierra con los que ciñen espada, y los deja tamanitos y diciendo:—Tiene razon D. Octaviano: somos la mancha del siglo xix.

Cervántes consiguió desterrar de la literatura la descripción de las aventuras de los asesinos locos al pormenor. Mi tío desea desterrar de la historia los nombres de los asesinos de la humanidad en grande escala.

Cervántes tenía una soberana inteligencia y consiguió lo que deseaba; yo, á pesar de las ventajas que tengo á mi favor, como carezco de talento, no espero conseguirlo.

El mundo entero opina como yo opino; no hay ser racional que no afirme que la guerra es un mal grande; hé aquí una de mis ventajas. ¡Mas, sin embargo, la matanza sigue!

No existe escritor que no exprese en sus obras el ódio á la guerra; pero á pesar de querer establecer la fraternidad universal entre los pueblos, la matanza sigue.

¿Qué madre desea que el cañon retumbe ni el monte ni en en la llanura? ¿No las veo abrazar con más fuerza á sus hijos apenas suena el grito de guerra? Pues, sin embargo, la matanza sigue.

Ya lo veis, el mundo entero está conmigo, y os aseguro que la matanza continuará. ¿Cuál es la causa? Buseadla y la hallareis.

Yo bien la sé; pero todavía hay tiranos ambiciosos que dan leyes que no permiten escribir con libertad. No puedo correr el velo que oculta la causa de ese gran mal de la humanidad llamada guerra; no puedo decir por qué existe en el siglo xix, y entre pueblos cristianos, ese borron vergüenza del hombre honrado que aspire á ser hombre de Cristo.

Y en España es donde ménos se puede proclamar la verdad, y por ahora me es imposible pisar el suelo extranjero donde el pensamiento es libre como el águila que se levanta sobre las altas cimas. Un compromiso adquirido con la misma humanidad me detiene, me ata: el ayudar á que el pacífico agricultor alivie sus dolores. Cuando publique este libro la libertad cobijará bajo su blanco manto á la ciudad donde por primera vez se proclamó, la hermosa Cádiz, y á sus cuarenta y ocho hermanas las demás provincias que componen el suelo español. ¡Quién sabe si España es la destinada á proponer á las naciones el desarme universal! Quizá es la única que posee las necesarias condiciones para resolver ese terrible problema tan saludable para la humanidad. La historia así lo proclama. Vedla acometida traidoramente por el que llamais Capitan del siglo, quien arteramente llevó el ganado el ejército defensor á extranjero suelo. ¿Y qué le importó á España? Nada. El noble leon se levantó y quedó vencedor.

Efectivamente, todo español se hizo soldado, y prontamente hicieron repasar los altos Pirineos á sus fingidos amigos los invasores, no obstante que Napoleon I se habia apoderado traidoramente de los castillos más importantes. ¿Puede España temer si un ejército extranjero

no se atreve á pisar su suelo? España, la nacion que repartió los frutos de un mundo hallado entre las olas á las demás naciones del mundo conocido, la que tanto bien hizo á la humanidad, sabrá continuar su camino haciendo el bien más grande que hay en la tierra, que es dar á ésta la paz perpétua. España será el segundo Salvador de las naciones, y al salvarlas no será crucificada sino bendecida. ¡La paz perpétua! ¿Dónde vá, dirán, ese novel escritor con tan gigantesca idea, si, cuando más, no hará otra cosa que repetir lo dicho por Jesucristo y los sabios Wolney, Víctor Hugo y otros ciento? Por mí trabajais, os respondo; pues convenis conmigo á lo ménos en que la idea de extinguir la guerra no es de espíritus frívolos, sino que lo manda un Dios y lo aconsejan los sabios. Espero que mi pobre obra sea muy combatida: á los críticos que con decoro se expresen contra ella, agradecimiento eterno les tendré; á los que me injurien les ofrezco mi aprecio, mi perdon en la tierra y mi deseo de que logren el cielo despues que dejen de ser. Piensen éstos que sólo escribo por hacer bien, siquiera sea pequeño, á mis hermanos los hombres: este es el único fin que me propuse.

Ruego á los escritores dotados por Dios de más inteligencia que se encarguen de publicar grandes obras tan colosales como es el pensamiento de concluir con el odio de los hombres, y que hagan porque comience la nueva era del amor verdadero de los mortales.

No sólo escribais contra las corridas de toros. Hay otras fiestas, llamadas *victorias*, más bárbaras aún que el lidiar con las fieras: las luchas de los hombres contra los hombres. Al publicar este libro concedo á los críticos que la parte literaria es defectuosa, mala; pero les ruego en cambio que amen el pensamiento.

Como el fin de estas líneas es que los hombres observen el quinto mandamiento de la ley de Dios, tambien espero que los oradores sagrados se ocupen de la paz perpétua. Tambien confio en que el clero predicará la gran verdad de que el Crucificado quitó la esclavitud, y trabajará para lograr la extincion de esa infame ley. Antes del cristianismo el vencedor hacia esclavo al vencido; ahora, sin pensar en el Gólgota, un artículo de la constitucion de los Estados hace esclavos á los hijos de Cristo por un número de años.

He escrito este libro para las madres, de las que espero la regeneracion de la sociedad. El inmenso amor que tienen á sus hijos les dirá que no los llevan en su seno para que una ley injusta los arranque de su lado y los destruya en una batalla.

Grave, terrible es el mal; el horizonte se vé negro, y matanzas extraordinarias están próximas: el remedio es urgente, y debo sobreponerme á toda especie de consideracion y demostrar á la humanidad su grande error. Si la fuerza bruta no es la razon, ¡atrás la fuerza bruta!

Siendo mi carácter tímido, no se qué cosa es la que me presta la audacia para escribir; juzgo que es la bondad de la causa, porque al trabajar para que se cumpla por los hombres el quinto mandamiento de la ley de Dios, parece que Éste me concede una pequeña parte de aquella sabiduría que abre la boca de los mudos y hace elocuente hasta la lengua del fiero niño.

Escritas estas líneas despues de oír los consejos y sermones de mi tío Octaviano, despues de haber abrazado sus ideas, si en ellas, lector, hallas amargura es porque el remedio es amargo. ¡Qué pocas dolencias de la humanidad se curan no siendo amargas las medicinas!

A los poderes de la tierra no les sentará bien que diga tanta verdad. Pero ¿tengo yo la culpa de que sostengan la malhadada organizacion militar de la sociedad pudiendo cambiarla en organizacion pacífica?

Tal vez me persigan estos poderes; pero no por esto dejaré de decirles: «Estais malditos mientras continúeis matando y preparados para matar; vuestras persecuciones me honran, porque la causa porque me perseguís es mi llorar por vuestra inicua organizacion militar, organizacion que sólo vosotros sostenéis en la tierra, y mi lloro es parecido al de mi bondadoso Dios que desde una colina echó una mirada sobre aquella ciudad condenada, y, segun dice el Apóstol, «vió la ciudad y lloró.»

¡Dios mio! Te pido el perdón para esos poderosos; ilumínalos y haz que de ellos salga paz perpétua para los hombres, porque si no ¡ay de los poderosos de la tierra el día del desengano de los pueblos!

Habrán críticos que me reconvenirán el haber escrito este libro creyendo que una causa innoble ha puesto la pluma en mis manos, cual que la envidia, cual que el resentimiento. El que estas líneas escribe no envidia á nadie, porque no puede envidiar el desentenderse, como el hombre armado se desprende, de la razón que Dios nos dió para distinguirnos del bruto: defender con la espada una cosa es convertirse en bruto.

No guía mi pluma el odio á ninguna militar; son hombres, son hermanos míos, y no debo ni puedo odiarlos: no haya guerras, y quemad este libro.

Al hablar así no trato de insultar á la clase militar; si encontraré palabras ménos duras no usaría algunas que me parecen no muy suaves; sustituidlas si quereis. Es mi objeto que piense el jóven que elige la carrera militar en el encadenamiento de males que le vá á rodear toda su vida, males tristes como son los terribles remordimientos del fratricida por la vanidad de las grandezas, por buscar un nombre á cambio de una vida de pesares, de una vida llena de visiones de agonizantes brotando sangre por sus heridas y haciendo horribles contorsiones.

Matar en buena lid, matar en ley de guerra todo es matar; matar es sinónimo de asesinar, y á la matanza ó el asesinato es natural siga la intranquilidad de toda la vida, el record remordimiento, remordimiento atroz, terrible, sobre todo á la hora de la muerte.

Esta es la vida y muerte de esos jóvenes engañados por el brillo de los dorados y colores del uniforme.

No insulto á la clase militar; no hago más que trabajar por la paz, y como misionero os ruego derrameis mi sangre, pero no haya campos de batalla donde derrame la suya el hombre armado, el soldado,

Deseo para mí el desprecio de los hombres armados y para ellos tu misericordia, Dios mio. No debo pagar de otra manera el desprecio que el militar hará de estas pobres líneas

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

MI TERCERA SALIDA.

Concluías de llevar á cabo las fechorías de la primera parte de tu vida ¡oh mi admirado y bravo D. Quijote, prez de los caballeros andantes! y ya creías que se te enmohecia la espuela y que su rodador estrellado hierrecillo no daría el ruido propio, el sonsonete metálico que acompaña al que calza espuela siempre que sienta sus plantas en la tierra para ir en busca del preparado é inquieto bridon que, para que oprima sus relucientes y redondos lomos, aguarda piafando á su valiente y sonoroso dueño; y eso que estuviste ocioso poco tiempo, y que tu ociosidad en blandir la espada y lanza dimanó de aquella pícara enfermedad que en la cama te tuvo y que hizo que el público recibiese con retraso el libro de la segunda parte de tus aventuras, que el mundo reclamaba para su solaz. Mi tercera campaña ó salida nadie la reclama, y, sin embargo, yo no es por una enfermedad por lo que estoy ocioso, sino por la fuerza de una ley nueva llamada *situacion de reemplazo*, ley parecida á la vuestra ¡oh famosos caballeros! cuando erais vencidos y el vencedor os hacía jurar no empuñar la espada por cierto tiempo. Dulce y poltrona es la situacion de reemplazo, pues la patria nos paga puntualmente, excepto un pequeño descuento, por no hacer nada; anomalía grande que en estos benditos tiempos sólo se observa en la profesion de las armas y en un cierto número de los que ántes se llamaban empleados de la nacion y hoy son generalmente conocidos con el nombre de *sanguijuelas* ó *chupópteros del presupuesto*.

En los demás artes, oficios ó profesiones al que no trabaja no se le paga.

Cobrando esperaba yo en Soria que me llamasen al servicio activo. Mi espada, de enmohecida, se resistía á salir de su vaina; y acordándome que D. Quijote calzó la espuela, yo quité el orin á mi toledana.

Cansado estaba ya de empuñar la pluma, que es instrumento muy modesto, y de no lucir la espada bruñida que tanto llama la atencion.

Mal cortada y todo mi pluma pudiera producir algun bien á la sociedad, mientras que mi espada, haciendo prodigios, no producirá otra cosa que derramamiento de sangre, que nunca podré restituir á aquél á quien le abra las venas.

Dice Cervántes que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza; pero yo creo padeció un error, pues raro será el guerrero ilustrado que sea valiente en las batallas.

Más adelante expondremos las razones que prueban que la ilustración se opone al valor representado siempre por la fuerza; ahora sólo indicaremos que el hombre para ilustrarse necesita estudiar, y el que estudia necesita quietud, y el hombre que permanece en reposo por algún tiempo no desarrolla sus fuerzas y no podrá dar terribles cuchilladas.

Nuestros antiguos guerreros, nuestros caballeros de la Edad Media, que fueron los que propinaron los mandobles más descomunales, no sabían ni aún firmar: creemos que la pluma es la ruca de los guerreros.

Tan sólo la biografía de Ercilla nos dice que, después del combate, arreglaba y producía las octavas reales de su *Araucana*. Bien quieto escribió el mismo Cervantes su *Quijote*, y tal vez el escribirlo allí «donde toda incomodidad tiene su asiento» fuera causa de ser su obra la primera del mundo, primacia que no hubiese tenido si hubiera sido concebida y trasladada al papel en medio del rudo estruendo de los combates ó de los dicharachos de la soldadesca en el cuartel ó en el campamento.

El poema de Ercilla, de ese el más fácil y mejor compositor de octavas, no pasará nunca de ser un baldon para los bárbaros conquistadores de América. Llevar allí la intolerancia religiosa y no razonamientos para convencer; llevar allí una destructora guerra sin motivo, sin que causa alguna para ello dieran aquellos sencillos indígenas, fué una crueldad impropia de cristianos. Tal vez por esta razón no es el poema de Ercilla ni excelente ni muy conocido; es, al fin, el parto de una lucha entre aquella paz, aquel bienestar, aquellas serenas noches parecidas á las primeras de la creación, y la injusticia de los sangrientos combates del día. Parece mentira que en aquellas hermosas noches pasadas por Ercilla en aquella, más que privilegiada, paradisiaca tierra, donde paz y amor sólo se respiraba, compusiese tan guerreros versos, enérgicos y valientes, es verdad; pero saturados de odio, venganza y sangre, que son las consecuencias ineludibles de los combates.

Antes que español soy hombre justo; esto respondí á los que no agrada mi severo juicio sobre los conquistadores de América, antes que á sus labios asomen las palabras «es un español indigno el que esto escribe.»

La vida en situación de reemplazo es cansada, sobre todo para el que está acostumbrado á hacer muchas guardias y á asistir á muchas formaciones, y aún más para el que, como yo, había subido y bajado tantas veces los cerros catalanes tras de los facciosos. Avergonzábame de no hacer nada, y envidiaba á mis amigos Sólís y Garcés, mis más queridos compañeros de Colegio, que seguían en su regimiento, quienes me escribían con frecuencia.

Sin embargo de la monotonía de mi vida no me atrevía á acercarme á ninguna paisana por temor de que fuera para mí otra Felisa, á la que no necesité ver ni aún mirar á los balcones de su vivienda para recordar que bajo de una de las ventanas de su casa

rodó mi marcial cuerpo largo trecho,
á impulso de un talego y un garrote,
por dos veces, cual rueda el monigote
que el toro por el círculo ha deshecho.

Dos años llevaba ya en Soria cuando recibí una carta de Solís diciéndome que había sido trasladado su batallón á la corte y que él pondría en juego sus relaciones para que fuera colocado. Efectivamente, gracias á mi amigo no tardé en recibir la orden de incorporarme á uno de los batallones de cazadores que guarnecían á Madrid.

Di á leer la orden á mi tío, anuncié á Doña Teresa, despedíme de mi amigo el anciano Don Simón, y, dejándolos á todos tristes, me dirigí á la coronada villa.

Por si el lector extrana que no haya colocado aquí alguna sermonata de mi tío después de estar tanto tiempo á su lado, debo decirle que son tantas sus peroratas que dudo cual elegir.

Antes de trasladarlas voy á participar á mis lectores el contenido de una carta que recibí de aquel simpático jóven que en el Seminario del Burgo fué mi amigo y compañero de

habitacion, jóven que fué victima de una injusticia hija del orgullo de nuestros maestros de mansedumbre. Hé aqui la carta:

•Mi querido Saturio: He sabido por casualidad que te hallas en Soria al lado de tu tio, y que en tus hombros ostentas el trémulo hilo de oro de que se componen tus charreteras. Grande ha sido la satisfaccion que experimenté cuando supe que eras uno de los más bravos oficiales de nuestro ejército, sintiendo que por tu bravura estuvieras á punto de perder la vida cuando te hirieron en Cataluña.

•Me alegro infinito que te hayas creado una posicion que te asegure la pitanza en esta vida, objeto tras del cual todos corremos.

•Ofrecí enterarte de cuanto me sucediera en la continuacion de mis estudios, y en verdad que cuando creí darte pronto la noticia de la conclusion de mi carrera para que te alegrases, me encuentro con que tengo que participarte mi desgracia.

•En dos palabras te referiré lo acontecido. Tú recordarás que nuestro ilustre obispo el señor H.*** poseia un magnifico perro, que por cierto era grande el temor que le teníamos; tú sabes que teníamos que acariciar al famoso mastin y que no podíamos quejarnos cuando ponía las zarpas en la mesa y se engullia nuestra hueca y blanca paneta; no ignoras que era forzoso sufrir las gracias del perro, ya nos manchase el manteo con su asquerosa baba ya nos diese una uñarada.

•Un día que yo estaba de mal humor, llegó el perro, planta sus delanteras zarpas sobre la mesa é hínca el diente en mi paneta y las uñas en mi mano, cogi apresurado el tosco y pesado jarro del agua, y ántes que el perro saliese del refectorio, se lo arrojé con rabia y con todas las fuerzas que Dios me ha dado, y el perro salió dando lastimeros alaridos y con una herida, más grande que profunda, en su disforme cabeza.

•El mastin fué á buscar á su amo. Poco tiempo habia pasado cuando un hombre, descompuesto su semblante, rojas las mejillas é inyectados de sangre sus ojos, con espuma blanca en sus labios contraidos por la rabia, se presentó en el refectorio: era el Obispo.

—¿Quién, dijo, ha herido mi perro?

•Todos callaron. (1)

•Declaro que nunca creí yo que era tan querido en el Colegio; confieso con orgullo que todos mis compañeros me dieron una prueba inmensa de aprecio, y tengo una satisfaccion grande en proclamar su honradez: ninguno quiso denunciarme.

•Al ver S. I. nuestro silencio anunció que nos iba á diezmar y á despedir del Seminario á los que nos tocase el número diez.

•El mismó silencio continuó por parte de mis compañeros.

•El Obispo nos sorteó, y salieron para ser despedidos cinco colegiales. Como no me habia tocado el número diez y era yo sólo el culpable, levantéme de mi asiento y dije sereno y con clara voz:

—Señor, esos mis cinco compañeros son inocentes; yo he sido el que, incomodado por el perro repetidísimas veces, le he arrojado un jarro á la cabeza.

•Mi declaracion ha producido el que mis compañeros no hayan sido molestados, siendo yo únicamente el despedido del Seminario en el término perentorio de dos horas.

•Una satisfaccion tengo, Saturio, y es que la honrada declaracion de mi culpabilidad, reciproca correspondencia del no ménos honrado silencio de mis compañeros, me ha valido de éstos y de otras mil personas enteradas del caso, los plácemes gratos por lo desinteresados.

•Con dificultad alcanzaré volver al Seminario; recuerdo que cuando tu salida ó expulsion del Colegio respondieron que era preciso sostener la palabra, y, por consiguiente, la dignidad de los jefes del Seminario, y espera obtener una respuesta parecida tu buen amigo.—N DE N.

(1) Histórico.

Omito la fecha y la firma, porque tambien esto le perjudicaria. Contesté á mi amigo ofreciéndole cuanto podia, y diciéndole que mi buen tio cuando le mostré la carta sintió el suceso y lamentó que la religion cristiana estuviese entregada en manos de tan imprudentes hombres, quienes debieran ser el ejemplo del ánimo sereno, de la prudencia y del olvido, y por consiguiente del perdon. Le indicaba tambien que mi tio me rogó le ofreciese su ayuda si queria emprender alguna otra carrera. Más adelante sabrémos el afortunado fin de los estudios de mi compañero que fué de habitacion.

El lance del seminarista no sólo indica que el clero cristiano ni ama ni cree en la religion cristiana, sino que prueba que la considera como el mejor medio de tener poder en este mundo y satisfacer así sus grandes pasiones: la ambicion y el orgullo.

Mi tio decia: ni tu compañero ni tú habeis sido herejes; ¿por qué os han despedido? ¿no hay otros castigos? No siendo vuestra falta dogmática debiera de haber sido vuestro castigo otro, y relacionado, digámoslo así, con lo temporal. Es costumbre aneja en los altos y bajos individuos del clero el hacer una interesada mezcla de lo espiritual con lo temporal, dándoles este misto considerables ventajas en poder, y esclavizando así con más facilidad á los sectarios de Cristo que no se han elevado al rango de sacerdotes; pero hace tiempo se les ha conocido el juego, y esa mezcla-cucaña se les vá de las manos. Donde más prueban y tratan de sostener su orgullo y aquel antiguo respeto que los sencillos labradores tenian á los curas es en nuestras aldeas. Si los alcaldes van sumisos, descubierta la cabeza y llenos de servidumbre á pedirles licencia para trabajar un dia festivo, les es concedida en seguida; pero si trabajan sin su permiso son poco ménos que excomulgados, despues de tener reyertas en las que los labradores conocen que pocas veces llevan la razon sus directores espirituales, porque éstos se defienden airado el semblante, con descompuesto tono, y no con la dulzura del Divino Maestro á quien representan, olvidando aquellas tiernas y convincentes palabras: «Si yerro muéstrame en qué; y si no ¿por qué me hieres?»

Pero dejemos al clero que aprenda mansedumbre y refiramos algunos de los varios razonamientos antibélicos que oí á mi buen tio en los dos años que estuve á su lado.

Un dia, por cierto que D. Simon se hallaba con nosotros, hablando de las antiguas glorias españolas, dolíase mi tio que casi todas fueran debidas á nuestra buena suerte en las armas, y se expresó así:

—Pena dá ver escrito en antiguos libros que los españoles nos hemos distinguido siempre por nuestro valor militar; el alma se entristece al oír asegurar á Marineo que «los españoles son superiores á todos los mortales en el valor militar.» El hombre razonador, para quien el valor es fuerza bruta, debe sentir haber nacido en tal pueblo. En cambio este mismo hombre pensador al ver que la historia cita á los españoles como hombres que han marchado á la par de las naciones más adelantadas; cuando lea á Plinio y vea que atribuye á los tarraconenses la invencion de las telas de lino; cuando lea que Roma celebraba antiguamente la superioridad de las telas de Játiva; cuando sepa que nuestra literatura es envidiada por nuestros hermanos los hombres que habitan más allá de nuestras costas y de los altos Pirineos, porque Cervántes, Quevedo, Lope de Vega, Calderon, Moratin y otros infinitos son superiores á sus más célebres escritores de estos tiempos modernos; cuando vea que nuestra pintura, música y arquitectura cuentan entre sus mejores ingenios á Murillo, Herrera, Velazquez, el Espagnoleto, Pacheco, Juanes, el Mulato y Goya; cuando lea en Columela que los españoles enseñaron á los romanos el cultivo de la tierra; cuando lea en Estrabon y en Justino que aun no conocia la Francia las vides, ni la Italia los olivos, cuando la España surtía ya á los extranjeros de vino y aceite; cuando todas estas cosas vea se enorgullecerá de haber nacido en España. ¡Oh! conquistemos de esta clase de inventos beneficiosos á la humanidad todos cuantos podamos, porque en el porvenir ellos serán los únicos gloriosos, y abandonemos al desprecio la fama del valor militar, que ya tenemos, porque las generaciones futuras no darán al pueblo guerrero la importancia que indebidamente le damos nosotros.

Sin embargo, las ciudades, cual si no pensasen ó no temieran al juicio del porvenir, todavía se enorgullecen con los salvajes títulos de valientes, de siempre heroicas que sus amos los reyes les han dado por prestarle algun servicio importante que tal vez las ha destruido, que las ha arruinado. Pero ¿ese rey su amo, ¿ha dejado, á pesar de esa ruina, motivada por el servicio al cual debe quizá la corona, de exigirles los impuestos? ¿Ha dejado de tomar vuestros hijos y de ponerlos en sus carros; ha dejado de hacerlos sus guardas de á caballo y que corran delante de sus coches?

¿No sigue haciendo de vuestras hijas sus perfumeras, sus cocineras y panaderas?

¿Ha dejado de diezmar vuestras mieses y los esquilmos de vuestros ganados para darlos á sus eunucos y criados?

¿No ha diezgado asimismo vuestros rebaños, y no habeis sido sus esclavos?

Esto dijo Samuel que os sucederia con los reyes: á vosotras ciudades y pueblos os toca pensar si ha sido verdad.

En cambio los reyes, al ménos los de nuestra España, si han honrado á las ciudades que se han sacrificado por ellos; si han dado títulos honoríficos á los hombres de fuerte brazo que les han aumentado el terruño de su dominio, jamás lo han hecho, nunca han honrado la memoria de las eminencias científicas y literarias.

Tiranuelos llenos de envidia, han recelado que los sabios eclipsáran su poder y se han colocado al nivel de un Tarquino en otro tiempo, ó de los reyes mahometanos casi en nuestros días; no han pensado más que en abatir con su desprecio, mientras han vivido, á los que han descollado, y con su olvido apénas estos sabios dejaron de ser. Sólo el hombre oscuro se ha salvado de este desprecio y olvido de los reyes porque vivia ignorado y porque era un buen siervo.

¿Y aún hay hombres que quieren hacernos retroceder á aquellos benditos tiempos en que el rey lo era todo! ¡Aún los hombres que forman ese partido que llamáis neo-católico desean que sea un hecho el gobierno monárquico absolutista antiguo!

Este partido está dejado de la mano de Dios, pues pretende que su gobierno daría á los pueblos glorias parecidas á las pasadas, y felicidad basada, como la antigua felicidad, en las riquezas que proporcionan las conquistas. No repara este partido que sus antiguos gobiernos monárquicos absolutistas son pésimos por lo sangrientos, porque sólo daban gloria, grandeza y felicidad á los pueblos por las victorias, por las grandes batallas ganadas á costa de la sangre y el oro de esos mismos pueblos, y que por eso la humanidad los ha extinguido.

Este partido neo-católico dirá que los gobiernos constitucionales tambien son sangrientos; dirá que la vida de tales gobiernos es el cuento de nunca acabar de colisiones entre pueblos y reyes, luchas que no tendrán término mientras haya reyes, porque cada derecho adquirido por el pueblo es el aminoramiento del poder del rey, y ambos, pueblo y rey, resisten perder el uno sus derechos, el otro sus prerogativas. Extingamos tambien por malos estos gobiernos constitucionales, y ayúdenos á su exterminio ese partido neo-católico; déje este partido de ser cosa del rey y aspiren sus sectarios á ser hombres. La historia del absolutismo y los sucesos de nuestros días del constitucionalismo diciéndonos están que son sistemas de gobierno bien desastrosos. Si nos proponemos examinar cuál es el gobierno existente en la tierra que se acerca más al perfecto, nuestra mirada se parará en los Estados-Unidos americanos. Ellos nos enseñan que la paz, la riqueza, en una palabra, la felicidad posible en la tierra, sólo imitando al gobierno de esa república se adquiere. ¿Por qué los pueblos no se apresuran á imitar á esos Estados? Extinguidos los reyes y convencidos los pueblos de que no deben ser conquistadores de tierras y sí de inventos beneficiosos á la humanidad, pueden sin temor pasar á confederarse; pero obren con cautela porque la victoria sobre los reyes no será en un mismo día en todas las naciones, porque hay reyes que, por la ignorancia en que han tenido á sus vasallos, tienen todavía grandes medios de defender sus pretendidos derechos sobre los pueblos. Mientras

Haga la completa extincion de la monarquía, yo les aconsejo formen repúblicas democráticas unitarias para que puedan ayudar á los otros pueblos sus hermanos, y tambien para que puedan defenderse de los últimos esfuerzos que hagan los tiranos para recuperar sus coronas.

Al recordar y trasladar aquí estos pensamientos de mi tío, que yo acepto por considerarlos provechosos á la humanidad, no puedo ménos de exclamar: Partido democrático, si este libro merece alguna gloria caiga sobre tí; si merece algun castigo sea yo solo el que lo sufra, por ser ideas particulares de uno de tus adeptos.

Otro dia que fuimos de paseo mi tío, D. Simon y yo hácia las ruinas de Numancia, al divisar la base del obelisco que el ilustrado gobernador progresista D. Juan Crisóstomo Petit inauguró hácia el año 1842, paróse mi tío con esa graciosa gravedad propia de los hombres de edad para disimular su cansancio, y, señalando el cerro donde existió Numancia, dijo:

—Nunca me ha sucedido lo que en este instante. Concluía de dar vueltas en mi mente á un pensamiento contra ese baldon de los humanos, la guerra, pensamiento originado por haber leído hoy el memorial que D. Diego Hurtado de Mendoza dirigió á Carlos V, donde aconseja al emperador que no ceda al Papa Paulo III la ciudad de Milan, porque entonces tendria que apelar á las armas para asegurar sus demás posesiones de Italia. En ese memorial hay un razonamiento que desgarrá el corazon del hombre honrado y pacífico, y á ese razonamiento venía yo dándole vueltas, mejor dicho, concluía ya de examinarlo detenidamente, cuando, al levantar los ojos hácia ese lado, he visto las consecuencias de ese atroz pero verdadero pensamiento en aquel obelisco que recuerda que allí existió una ciudad. Oid las palabras de Diego Hurtado de Mendoza:—«Desde que el mundo es mundo hasta agora, no ha habido más razon ni derecho á los reinos que la fuerza; de donde nació el proverbio: *Jus est in armis.*»

Venía pensando en la verdad y en la barbarie de la verdad de este razonamiento, é iba á pasar á las consecuencias cuando ese cerro las ha presentado á mi vista. Ved lo que nos dice la base de ese obelisco. Una batalla no puede compararse en lo terrible ni aun con un terremoto; éste es una catástrofe inevitable, un suspiro de la tierra; pero aquélla es la catástrofe buscada. Horroroso es el aspecto de la ciudad sepultada. Triste es ver paredes arruinadas y ennegrecidas por el humo. ¡Quién sabe si ese negruzco color es originado por el humo del incendio ó por el humo causado al hacer fuego el insensible pastor que jamás pensó en las edades pasadas ni le llamaron la atencion los sitios donde se han cometido grandes crímenes. Ved los trozos de columnas y las dovelas acá y acullá en ese campo de duelo donde han perecido numerosas gentes. El terreno blanquea por las osamentas ya limpias por los buitres y calcinadas despues por el sol.

Si al remover los escombros encontrais algun arco en pié, observad que lo debe á otras ruinas que han ido á agruparse á su alrededor como apoyo y contrafuerte. ¡Cuán triste es el escenario de horror y calamidad que ofrece á la vista del observador el lugar donde se dió una batalla ó aquél donde se verificó un terremoto! Puede la imaginacion hacer revivir aquel dia de angustias y duelos en que una de las dos cosas se realizara; aquella poblacion dichosa y opulenta, sorprendida un dia por un sacudimiento ó por un ejército enemigo, con aquellos gritos de hombres, mujeres y niños que imitan á sus padres; aquella larga agonía de los que se enterraban vivos al caer las paredes, ya por el sacudimiento, ya por el ariete ó por la artillería; los dolores, las quejas, los gemidos de miles de individuos que morian todos en el mismo dia y en la misma hora; pero estas reflexiones oprimen más el corazon al ver que la hierba crece en el sitio donde felices respiraron tantas gentes, y mirar ahora en los escombros de un pueblo pacer tranquilamente los rebaños. El pacífico carnero parece que dice al hombre: «Mira mi bienestar y contempla el resultado de tus odios y de tu ambicion bajo mis pesuñas.»

¡Oh! las pequeñas aldeas, las miserables cabañas aisladas, tal vez aguarden para trocarse

en ciudades opulentas los beneficios de una política fundada en el amor, en la confederación de los pueblos todos, en unas leyes más justas, más razonables y más conformes con las necesidades del hombre en sociedad en el siglo XIX. ¡Cuándo vendrán hombres que extingan las guerras y todas las costumbres que hacen derramar sangre humana!

Llamo vuestra atención sobre estos terrenos donde tantos combates se dieron numantinos y romanos, y donde los crímenes se han multiplicado; observad esos árboles que hay á orillas del Duero; ved su follaje más sombrío, más oscuro y que se halla como agostado; ved el ganado que padece bajo aquellos mortecinos árboles y que parece está melancólico; en otras partes juguetean corderillo no trisca, sino que sigue triste á su madre; los pájaros están silenciosos, y seguro estoy que sus nidos los forman lejos de este sitio donde todavía blanquea algún hueso humano. La vaga inquietud que pesa sobre la naturaleza momentos antes de que el trueno estalle, de que la tempestad se cierna, parece que se enseorea sobre este desanimado campo; todo cuanto lo rodea parece quiere decir á los vivientes que en aquel sitio se han matado millares de hombres con la excusa de dar una batalla, nombre horrible, tolerado y aplaudido por las leyes y gobiernos que dicen que su ideal es el cristianismo.

Y al parecer así, como á mí, los lugares donde los hombres se matan, no es que sean como se nos figuran, no; es nuestra conciencia la que así nos los pinta, nuestra conciencia, que está intranquila porque está abrumada y sobrecogida de espanto al ver los sitios que le recuerdan tanto crimen y al pensar en la suerte de tantos criminales conocidos con el nombre de vencedores y vencidos.

Sí, porque la conciencia de los guerreros la ha anulado la ley que los permite ó los organiza como á tales. Efectivamente, si cuando el hombre practica el bien experimenta una satisfacción y cuando el mal una sensación desagradable, ¿dónde está la conciencia del militar que al matar y vencer se alegra, y si es vencido también se alegra con tal que haya hecho daño, mucho daño al enemigo?

Si el guerrero desprecia la vida, tiene que inclinarse el hombre pensador á juzgarle, cuando más, como á un gentil que cree en la metamorfosis y que va á ocupar el cuerpo de algún otro animal; porque si no ¿á qué ese prurito de adelantar la conclusión de su vida?

Ruinas de Numancia, ¿qué es lo que al veros queda al hombre pensador? Sólo el luto y el llanto en el corazón. ¿Y al joven que se entusiasma al veros, al que os juzga un monumento eterno de gloria, ¿qué le queda? ¡Ay! nada, porque la gloria es un vapor que se deshace al contacto de la reflexión y del tiempo, y como varían los tiempos así varían los pensamientos. ¡Quién sabe si lo que hoy creemos que es gloria será mañana una acción infame! ¡Quién sabe si los que hoy creemos héroes serán mañana considerados como fieras un poco ilustradas!

Suspendamos por un rato los razonamientos de mi tío, y vamos en los capítulos siguientes á dar á conocer á mi buen amigo y compañero José Solís.

CAPÍTULO II.

El capitán Baturrillo.

Cerca de Soria hay una cueva donde se admira el trabajo de los siglos, quienes han dado caprichosas formas á las estaláctitas y estalagmitas, formando aquí un elegante afiligranado templete y más allá los simétricos tubos de un órgano.

Há dos siglos que el curioso que se hubiera propuesto entrar en ella, atendiendo á los mil horripilantes sucesos que la tradición, ese archivo viviente, aseguraba se habían verificado en lo profundo del antro, no lo hiciera sin prepararse antes con una confesión general de sus pecados y con todas las armas defensivas que se conociesen, y como aditamento

las ofensivas. Cuando fuimos unos cuantos amigos á admirar esta obra de la naturaleza, no llevamos más armas que la brújula, el barómetro y el termómetro.

En el siglo actual estos son los instrumentos necesarios para salir ilesos de tan espeluznantes aventuras.

¡Cuán diferente fué nuestro descenso al que realizó el bravo caballero D. Quijote á la temerosa cueva de Montesinos!

Pero si ha cambiado el siglo XIX el modo de espeluznar en las aventuras, ha creado otros medios de llevar el asombro á los mortales.

La moda es la reina del mundo. No sólo reina en el frac, sino también en las costumbres.

Asombro causa el furor de ser poetas desarrollado en los hombres. El romanticismo pasó con sus largas greñas y con su pálido color; pero fué moda, y la mujer tuvo que beber vinagre para bajar el sonrosado carmin de sus mejillas. Siendo ya estrecho círculo el romanticismo necesitó agrandarse, y abarcó la moda el vasto campo de la literatura, haciendo que todo ser viviente solicite elevarse al Parnaso. El capitán José Solís es uno de los que rinden culto á la moda pulsando incesantemente su lira.

Muchos escritores han dedicado en sus obras un capítulo, ya á su perro, como Dumas; ya al macho de perdiz de un amigo, como Eschrich; ya al canario de su amada, como no recuerdo que escritor. Yo prefiero dedicar estos renglones á mi amigo José Solís.

Era el caballero cadete de más talento. Con un cuarto de hora que dedicaba al estudio de cada una de las varias y poco provechosas materias que nos explicaban, le bastaba para obtener siempre la nota de sobresaliente. El mucho tiempo que le sobraba lo dedicaba á componer versos. De viva imaginación, con mucha facilidad para rimar, hablaba casi siempre en verso. No era D. Hermógenes el que hablaba en prosa sin saberlo, sino el cadete Solís que á sabiendas endilgaba versos á montones. Era descuidado, y de seguro no conserva ninguna de las muchísimas composiciones poéticas que nos dió á leer á sus más íntimos compañeros.

Yo admiraba á aquel joven y me enorgullecía de ser su amigo, y aún más de que cubriera su cuerpo con el uniforme militar.

Siempre he preferido que el ejército español se distinguiese más por su ilustración, por obras literarias y científicas firmadas por sus individuos, que por las brillantes cargas de caballería ó por las irresistibles embestidas con la bayoneta de la infantería.

Difícil, si no imposible, es la realización de mi deseo, y conozco que, en general, no hay, no puede haber ilustración en el hombre armado ó sea soldado, como no hay valor en el sabio, en el hombre de inteligencia cultivada.

El sabio razona. El razonar lo tienen los hombres como un acto cobarde. El mundo tiene la creencia de que no hay valor no exponiendo el hombre la vida á grandes peligros, confundiendo el valor con la arrogancia, con la jactancia del valor. El valor es como el sol, Dios nos lo concede á todos.

La palabra valor no debe existir más que para calificar al hombre animoso, firme y que se empeña en vencer los gigantescos obstáculos que encuentra al tratar de hacer un gran bien á la humanidad.

Un Colón, un Copérnico, son los que poseyeron el valor en grado superlativo; son los verdaderos héroes.

El valor de defenderse ó atacar esgrimiendo una espada ó haciendo fuego con un fusil, no existe. En la defensa nos lo prestan las circunstancias. Hasta la liebre muerde al cazador cuando la coge en el lazo.

Al atacar, lo que llaman valor deja de serlo para convertirse en locura furiosa, pasa entonces el hombre á ser loco, no valiente; y si el ataque es injusto, á cobarde. La conciencia con su repugnancia se encarga de probárnoslo.

Si existiera el valor tal como lo entienden erradamente las gentes, cualidad de poca valía sería, pues sólo existiría hasta que el cobarde traidor quisiera.

¿Qué es el valor de nuestros héroes del Dos de Mayo Daoiz y Velarde? Una señal amiga y una espada traidora pudieron concluir con los defensores de la nación. El cobarde destruye el valor á traición. Tan efímera cualidad es el valor que un niño y una pistola concluyen con él.

El valor de las cuchilladas no existe más que en el diccionario. La pólvora fué el nivelador de los corazones valientes con los medrosos. Hoy el valor es el desprecio, pero fanfarrón desprecio, de la vida.

Si la union es fuerza, el ejército frances es fuerte por la union. Aunque le dan el nombre de valiente, yo no le concedo más cantidad de valor que á los soldados de otras naciones. El secreto de su valor está en acometer en grandes masas y en no reparar en el seguro sacrificio de muchos soldados. Suele vencer; pero sus victorias le cuestan muy caras.

El valor delante de testigos es jactancia ó frenesí: este es el valor de las batallas. Lo que no es verdad no es real, no existe.

¡Cuánto siento que José Solís haya recibido la educacion militar! Dad á la privilegiada inteligencia de mi amigo otra educacion, y hubiera sido una gloria literaria nacional.

¿Qué es la esgrima, que la táctica militar? No me pongais por delante á nuestros poetas militares: nada prueba el talento de unos pocos hombres cubiertos de acero. Los Ercillas, los Cervántes, los Gerardo Lobo, y en nuestros dias Ros de Olano, con otra educacion literaria en igual de la militar que recibieron, de seguro los viéramos encaramados en el templo de la Gloria.

¡Oh Cervántes! Si tu pobreza no te hubiera forzado á alistarte en las banderas de Don Juan de Austria y á tener tu pequeña parte en la victoria de Lepanto, tu colosal talento te lo hubiera evitado; pero en aquel siglo para tener el pan cotidiano era preciso ser fraile ó soldado. Cuando pienso que á los 24 años pertenecias á la tripulacion de la galera *Marquisa*; que calenturiento abandonaste la cámara, contra la opinion de tu capitán Francisco de Pedro, para mandar una docena de soldados en el esquite donde recibiste dos heridas en el pecho, además de perder el movimiento de la mano izquierda, heridas que tanto tiempo te tuvieron en cama; cuando pienso en la contestacion que, segun tus biógrafos, diste á tus compañeros de esquite cuando compadecidos y admirados de tu valor te rogaban te retirases, contestacion llena de brío segun tus historiadores: «El soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga. Las heridas del rostro y de los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra;» afirmo, al ver que tus biógrafos te ensalzan tanto como soldado, que no cruzó por su mente la idea de que estabas calenturiento, y la calentura hace delirar.

El talento es lo contrario de la matanza.

El que razona, no mata.

Cervántes tenía talento y su razonar era soberano. Cuando considero ¡oh Cervántes! que el poco plomo que inutilizó tu mano, si se dirige á tu corazón conforme se lanzó envidioso á destruir la parte de tu cuerpo que habia de sostener el papel en donde habias de trazar con la diestra mano tu portentosa obra del *Quijote*; cuando reflexiono que el mundo hubiera carecido de tan sublime obra, no puedo ménos de exclamar: «¡Infames hombres, quereis convertir los destellos de Dios, los talentos, en polvo, en nada! Seguid llamándoos cristianos; no importa que en vuestras guerras aniquileis los hijos predilectos de Dios, aquéllos á quienes concede más inteligencia, más parte de su divino sér!»

Pero sigamos refiriendo la vida de mi amigo Solís, causa inocente de mi anterior digresion.

En el Colegio lo llamábamos *Baturrillo* en atencion á que lo mismo pulsaba su lira en los asuntos más sublimes que en los más ridiculos.

Era Solís todo un buen mozo, moreno, de ojos negros, de azabachado y largo bigote, de luenga y lustrosa pera que daba á su marcial y hermoso rostro cierto tinte que recordaba los apuestos galanteadores del tiempo del más aventurero rey Felipe IV.

Era generoso ; cuanto poseia lo repartia con sus amigos : en el café, al ir al teatro su bolsa era la primera que se abria.

Como la desgracia es la mejor argamasa para unir los corazones, tal vez fué esta la razon de nuestra grande amistad. Los dos quedamos huérfanos por las mismas causas.

Su infeliz madre, al recibir la funesta noticia de la muerte de su esposo, dió una terrible carcajada, y perdió la razon.

Hé aquí cómo refiere mi desgraciado amigo Solis la demencia de su desventurada madre:

LOS NIÑOS Y LOS LOCOS DICEN LAS VERDADES.

Fragmentos de un drama inédito de José Solis.

El teatro representa una habitacion regularmente amueblada.

ESCENA VII.

LA MADRE Y EL NIÑO.

JOSÉ. Cuánto me alegra tu risa,
porque te ries, de fijo,
por tener en mí un buen hijo
que ni llora al ir á misa,
ni al ir á la escuela llora :
yo te juro, madre mia,
ser siempre bueno á porfia
como lo he sido hasta ahora.

MADRE. ¡Hijo querido!...

JOSÉ. ¿No es eso?...

Pues será que aprendo mucho.

MADRE. ¡Pobre hijo!..

JOSÉ.

Soy poco ducho:

por no acertar, dame un beso. (*Dánse un beso.*)

Pero dime, madre mia,

¿por qué te ries así?

MADRE.

Porque tu padre está allí, (*Mostrando al cielo.*)

por eso tengo alegría.

JOSÉ.

¿Pero quién lo envió al cielo?

MADRE.

Los guerreros, esa gente

que la razon en la frente

Dios les puso, y por el suelo

se empuñan en arrojar;

esos que ¡viva la guerra!

gritan, y riegan la tierra

de sangre, sin razonar;

esos que el chacal feroz

hacen que le diga al hombre:

•Ea, cambiemos de nombre.

•pues cual yo tú eres atroz;

•y no es razon baladi

•la que abona mi deseo :

•si hollar tu razon te veo

•razonaré yo por tí.

•Si mi lenguaje te extraña,

•hombre de cruel corazon,

•no mates más sin razon,

•buena haciendo á la alimaña.

Recibi una carta un dia (*Dirigiéndose al niño.*)

que negra oblea ostentaba,
en la cual se me anunciaba
que tu padre no existia.

Quise llorar, hijo mio,
no pude; fué tan intenso
y cruel mi dolor, que pienso
que hay llanto-risa... y me rio.

JOSÉ.

Si mi padre cinó acero,
¿por qué apellidais chacales...?

MADRE.

Los hombres no son iguales;
no era tu padre guerrero:
era en su casa feliz;
la quinta el poder pidió,
entró en suerte, y le tocó
ser soldado al infeliz.

¡La quinta! ley horrorosa
que hace verter tierno llanto
á las madres, y el quebranto
muchas conduce á la fosa.

¡Porvenir! te has de asombrar
al ver escrito en la historia
que hubo ley obligatoria
para aprender á matar.

No son iguales los hombres:
por un poco de dinero
no vá el rico al matadero;
soldados no hay ricos-hombres.

Tu padre no tuvo ochavos,
su suerte no redimió;
viuda, gritar debo yo:

— aún en el mundo hay esclavos. —

JOSÉ.

¡No sigais! ¡Cuánto horror, madre!

MADRE.

Oye, hijo mio, y no llores.

Los sabios legisladores
por el cuerpo de tu padre
me dan seis reales al dia:
esta es la tasa; la viuda
en hacéldama (1) se muda
del esposo que tenia.

Y me los dá el Monte-pio.

¡Qué sarcasmo! Monte... cruel.

Roguemos á Dios por él.

Despues la... risa, hijo mio.

(*Elevan la mirada al cielo, y tienen las manos
cruzadas por un breve rato.*)

ESCENA VIII.

LOS DICHO Y UN CORONEL.

*El Coronel, entrando en la habitacion, saluda inclinándose
silenciosamente. La madre de José se rie.*

CORONEL. Haccos, por Dios, señora,
á tan gran mal superior.
¿A qué esa risa, si mora
en vuestro pecho el dolor,

(1) Campo de sangre comprado con el dinero que Júdas recibió, y arrojó despues, por la venta de Jesús,

dolor que huella terrible
en vuestro rostro ha dejado?
Seguir así es imposible,
que es matador vuestro estado.
Acudid á la oracion;
suele Dios dar al que reza
consuelo y resignacion,
y mitigar su tristeza.
No viva usted por usted;
vivir procure cien años
para su hijo, y no á merced
irá de padres extraños.

MADRE.

Coronel, tenéis razon,
mas el sentir no podemos
arrancar del corazon
y arrojarlo do queremos
cual hacemos con la espina
que nos lacera la mano:
el sentir no se domina,
que es el sentir un tirano.
Habeis conmovido mi alma
mi hijo delante poniendo:
el opio no cura, calma;
pero el mal sigue creciendo.
¿Por qué un militar ofrece
alma, vida y corazon,
si nada le pertenece?
Mas me quejo sin razon:
yo acepté, la culpa es mia;
pague yo el desaguisado.
¡ Si era niña y no sabia
que es llanto amor de soldado!

CORONEL.

Al ver su fija mirada, (*Aparte.*)
su tez blanca y negra toca
y su eterna carcajada,
creyendo voy que está loca.

No concluyo de copiar esta escena, porque entónces este capitulo me lo dedicára mi amigo Solís en vez de dedicárselo yo á él.

La madre de mi amigo, al año de viuda, y en un estado de demencia, murió. Tal vez Dios, compadecido del grande sufrimiento de aquella sensible señora, la privó del juicio para mitigar su desgracia, aumentando en cambio la de los parientes que estaban á su lado.

Niño José, encargóse el Coronel de su educacion y lo llevó á un colegio, donde permaneció hasta su ingreso en el establecimiento militar de la imperial Toledo, donde ingresamos á la vez y donde simpatizamos desde nuestra primera entrevista.

CAPÍTULO III.

En el que verá el lector cuántas cosas pueden suceder en un año.

Durante nuestra permanencia en Madrid, despues de estar algunos ratos en el café, asistiamos Solís y yo á una nocturna reunion, donde pasábamos el tiempo de ese agradable modo que se pasa donde acuden lindas muchachas de veinte abriles. En esta reunion conoció mi amigo Solís á una jóven de quien se enamoró con esa exageracion que aman los poetas. Una noche, al retirarnos á casa, me dijo mi amigo:

— Soy el hombre más feliz del mundo, y el mortal más desdichado.

—Chico, no te comprendo, repuse yo.

—Me explicaré, Saturio. Ya sabes que amo ciegamente á Dolores. Ahora bien; figúrate que unos negros y rasgados ojos se fijan en tí largo rato con una de esas miradas puras á la vez que enamoradas; figúrate que el ángel de tus ensueños, entre suspiro y suspiro, á la vez que se sonríe y deja entrever las diminutas niveas perlas que adornan su boca, entreabre sus labios de rosa, y te permite oír un enloquecedor *¡te adoro!* con melifluo acento pronunciado en contestacion del *¿me quieres?* que tú le has dirigido; figúrate todo esto, Saturio, y tú que has amado, tú que sabes sentir comprenderás lo feliz que soy por haber oído pronunciar esta frase arrebatadora á mi encantadora é idolatrada Dolores.

—Comprendo tu felicidad, y comprendiéndola no atino la causa de tu desdicha.

—Te la diré, Saturio. Te consta mi opinion acerca de los militares que se casan, y sabes el juicio que de las mujeres que á ellos se unen tengo formado, así como el de las madres que se casan ó dan á sus hijos la carrera de las armas. Mil veces te he dicho que los militares y sus esposas se engañan mutuamente cuando se juran amor, porque si amor se tuvieran no era posible se casasen, pues procurarían librarse de esos crueles disgustos que son consiguientes á la vida aventurera del guerrero, ora porque una bala hace necesaria la amputacion de un brazo ó una pierna, ora porque la metralla taladra nuestro pecho, ó ya porque una bomba ó una granada aplasta nuestro cráneo, llevando la viudez á nuestra querida esposa, la orfandad á nuestros desdichados hijos, y el luto y la afliccion á nuestra familia toda. ¿Piensa en estas cosas el militar que se casa y la mujer que á él se une? ¿No? Pues son unos insensatos. ¿Sí? Pues entónces su afecto, su cariño, su amor, es un afecto, un cariño y un amor *sui generis*; entónces su amor es un amor diferente del de las demás clases de la sociedad; entónces su amor es inferior al de los salvajes; entónces su amor es menor que el de las fieras; entónces su amor es una ilusion, una quimera, una utopía, una mentira. Hé aquí, amigo Saturio, por qué, en medio de mi felicidad, me conceptúo desgraciado. Amo á Dolores, tengo el convencimiento de que mi amor es correspondido, y temo unir mi suerte á la suya porque un vago presentimiento me anuncia que he de tener un fin como el de mi desgraciado padre, y yo no quiero que Dolores, yo no puedo querer que el ángel de mi amor se vea expuesto á sufrir mañana las angustias que sufrió mi desdichada madre.

Ante las palabras de mi amigo no sabia qué contestar. Opinaba como él; pero deseando desvanecer su triste presentimiento, no pude ménos de contestarle:

—¿Es posible, José, que dés crédito á los augurios?...

—No, Saturio, el tiempo demostrará si me equivoco.

Al llegar á casa me presentó mi asistente una carta de mi tío.

Solis se metió en su lecho: tenía mucho en qué pensar; mi asistente se retiró preguntándome ántes si me ocurría algo, y yo me acerqué á la luz para leer la carta, que decia así:

•Mi querido Saturio: Pláceme verte tan feliz al lado de tu simpático amigo Solis. No lo conozco personalmente, pero tanto y tan bueno me has hablado siempre de él, que yo lo cuento entre mis amigos, y ojalá viniese á esta ciudad por cualquier asunto del servicio para probarle cómo entiendo la amistad.

•Debiera titular esta carta *consecuencias de las quintas* porque un triste suceso motivado por ellas es el que pone la pluma en mis manos; suceso que quiero participarte para que veas lo infame que es la carrera que has abrazado, para que te persuadas de lo odioso que es el fundamento de eso que llamáis ejército y lo bárbaras que son esas leyes que llaman de quintas.

•Tú estabas aún en Soria cuando esta provincia entregó al ejército el cupo de hombres que el Estado le exigió. Recordarás que vimos una mujer que iba bailando y dando gritos alegres por las calles de la ciudad delante de un grupo de hombres pertenecientes todos á un mismo pueblo. Recordarás tambien que detrás del mismo grupo iba otra mujer llorando

y arrancándose los cabellos. Pues bien, la primera mujer era madre del quinto número uno, y su hijo se había salvado, gracias al dinero que había dado la afortunada madre á los manipulantes de las quintas.

•Durante unos meses no ha pasado un sólo día sin que la madre del que era el número dos haya dejado de insultar á la que bailó alegremente. Un muchacho de doce años, hermano del soldado, se encontró hace tres días en el campo al que perjudicó á su hermano, y le ha dado un terrible navajazo dejándole muerto en el acto. La pobre madre que, dando ó nó su dinero por quedarse con su hijo, se había alegrado, fué inútil su alegría.

•¡Cuántas desgracias han ocasionado las quintas en ese pequeño pueblo donde todos sus vecinos son parientes y se odian unos á otros, donde la alegre madre llora ahora á su hijo muerto, y la madre triste llora dos hijos robados por las leyes; el uno en el ejército y el otro en la cárcel, á pesar de ser un jóven honrado y obediente.

•Comprendo, querido Saturio, que haya hombres llamados consejeros provinciales que lleven á cabo la ley de conscripcion, al fin son unos mercenarios; pero lo que no comprendo es que las diputaciones provinciales en tiempo en que son poder los progresistas no digan unánimemente en todas las provincias:—«Antes muertos que pasar á robar los hijos á las madres.» Y ¿quién no piensa así al ver tantas y tan funestas consecuencias de las quintas? En honor de la verdad siempre he visto retratada la compasion en el rostro de nuestros diputados provinciales, así como tambien les he oido decir «que sentian no ser capitalistas para aprontar en dinero el cupo de hombres, por librarse de ver correr tanta lágrima de las sensibles madres.»

•Cuando supe el asesinato que te acabo de referir me impresionó muchísimo. ¡Cuánto pensaria yo en contra de la abominable ley de las quintas! Por mi mente cruzaron desde los ligeros y amargos pensamientos satiricos hasta los más serios. Yo pensé que todo hombre que por su mala suerte sea soldado debe decir con Sancho Panza:—«Desdichado de mi madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte.»

Pensé tambien con Cervántes cuando hizo decir al paje que alcanzaron D. Quijote y Sancho Panza en el camino, y que iba en busca de unas compañías de infantería para asentar plaza y cantando:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros
no fuera en verdad.

Y esta es la protesta que hace el talento al tener que arrinconar la razon y cambiarla por la fuerza bruta. Pensé, pues, que si hubiera tenido dinero la madre del jóven asesino no tendria un hijo sirviendo al rey y otro en la cárcel, pues hubiera dado su dinero, porque un hijo vale más que el dinero, y el asesinato se habria evitado.

•Las generaciones futuras llamarán con exactitud á estos gobiernos cristianos del siglo xix adoradores del oro cuando lean en la historia que los ricos no eran soldados por un poco del amarillo metal. ¿Dónde está ese clero que mantenemos que no protesta contra estas herejías que no quiere ver? Buenas trazas llevan de protestar, cuando uno de los periódicos defensores del clero, redactado por sacerdotes, *La Regeneracion*, en el número 742 dice:—«La guerra es un gran mal; la profesion de matar á sus semejantes no es ciertamente en sí ni buena, ni útil, ni santa; pero las ambiciones y las pasiones de los hombres hacen necesarias las guerras, y la profesion de matar á sus semejantes, tan mala en sí, es, por la fuerza de la necesidad, por la fuerza de las cosas, la profesion *más honrosa y más honrada del mundo*: inmediatamente despues del sacerdocio aparece la milicia, y no hay militar que no tenga justa satisfaccion de serlo.»

•¿Podrá escribir nadie mayores alabanzas á los fraticidas? Es este el modo de evitar que haya soldados, y por consiguiente ricos que se libren por un poco oro, así como recep-

tores ó sean adoradores de este oro? Estas predicaciones de la prensa del llamado partido neo-católico, del periódico que lleva por lema *antes católico que político*, y que es sabido que servia las suscripciones á cuenta de misas, cuesta seis reales al mes. ¡Por cada treinta alabanzas á los matadores de hermanos, por cada treinta descripciones de batallas ó de intrigas de los gabinetes, una misa de seis reales! Religión de paz y perdón al enemigo, ¡cómo te prostituyen tus llamados defensores! Después de cobrados los seis reales, defienden la religión honrando á los matadores de hermanos. ¡Qué cristiano modo de combatir las ambiciones y las pasiones de los hombres! ¡Qué manera tan convincente de predicar la paz á los mortales! ¡Qué gentes! «Tienen ojos y no ven...»

«Si el servicio del rey fuese voluntario no tendria necesidad de referirte el asesinato de que me ocupo. Defender la patria es un deber; pero no lo es el defenderla porque la voluntad de un rey así lo quiere. Lo que ménos le importa á un rey es la defensa de la patria, y tanto es así que todos suelen ser extranjeros ó llevar apellidos extraños á las naciones donde reinan, no por derecho, no por razon, sino por haberse impuesto por la fuerza de las armas.

«La ley de las quintas es la destructora de los derechos del pueblo. ¡Maldicion á este siglo que conoce sus derechos y deberes y no trata de conquistar aquéllos ni de cumplir éstos! ¿Qué falta á este siglo para conseguir esto? Sólo el querer. Arroje las armas y razione, y pronto la paz perpétua será un hecho, pues cada soldado que empuña el fusil es un hombre que ansía la paz y que ayudará á conseguirla tan luégo como se instruya.

«El deseo de paz nos lo prueban los ricos dando el oro por su cuerpo, y tambien muchos pobres que son llamados desertores. Entre éstos hay un héroe. Juan Ruiz García, natural de la ciudad de Baza, ha preferido ir ocho años á presidio ántes que servir forzosa-mente en el ejército: ofreció desertar y lo hizo. Llor eterno al que tiene odio á la esclavitud blanca, llor eterno á Juan Ruiz García que rechaza el oficio de asesino y suicida. Hé aqui lo que dice en su exposicion al Congreso de diputados:—¿No os compadecereis ni concedereis indulto á un hombre cuyo crimen consiste en haber seguido los preceptos de su conciencia, que se resiste á entrar en el ejército?»

«Los hombres todos debieran ser como Juan Ruiz García. Ningun hombre debiera consentir el modo de reclutar los ejércitos: la quinta, ó sea conscripcion forzosa, es una mancha que nunca podrá el hombre lavarla; será el eterno horror del porvenir. La historia de nuestros tiempos, con sus quintas y sus guerras, hará derramar lágrimas á las futuras generaciones.

«Hasta los guerreros de más nombradía han anatematizado las quintas. Napoleon Bonaparte decia de la conscripcion forzosa «que es la ley más gravosa y más detestable á las familias.»

«Yo opino que no debiera haber militares; pero de haberlos, sólo los que tengan vocacion debieran empuñar la espada. Los pueblos no necesitan ejércitos, y al pedirselos los reyes debieran contestar, como el pueblo egipcio á su tirano monarca Amosis, con la resistencia de inercia. Este es el medio de concluir con el derramamiento de sangre humana. Los reyes sin ejércitos respetarian las leyes siquiera, pero con soldados quieren ser todos conquistadores. Y ¿han faltado nunca pretextos á los conquistadores? Cuando tienen bastante pudor, para no dejar de alegarlos son bastante diestros para fraguarlos. El poder ha sido siempre el patrimonio de la fuerza, porque ha nacido de ella.

«El poder sacerdotal, fundado en la ciencia, base indestructible que el clero juzgaba exclusivamente suya, ha terminado desde el momento en que la ciencia es patrimonio de todos.

«El poder de los guerreros ha sido horrible para la sociedad; de los rios de sangre que ha derramado comienzan á salir los pueblos, y viéndose teñidos del rojo color, se preguntan: ¿por qué he derramado mi propia sangre?»

«El poder de los pueblos, cuyo reinado se puede predecir que en la historia ha de aparecer más brillante y más feliz que los reinados teocrático y guerrero.

•Estos poderes, el sacerdotal y el de los reyes guerreros, van á concluir pronto para siempre; y para que otra vez llegáran á imponerse á los pueblos, sería preciso poder restituir á la vida á un mismo tiempo á los hombres y á las cosas del antiguo régimen, y destruir la simiente del saber, depositada en las inteligencias de los hombres libres, por medio de la inundacion de un rio que tuviera la propiedad del Leteo.

•Los pueblos, pues se acerca el momento de su victoria, deben responder á los reyes que les piden soldados: «si vosotros no estais cansados de oprimirnos, lo estamos nosotros de daros nuestros hijos para que nos opriman.»

•Nadie ha dicho hasta ahora la verdad á los soldados; pero si reflexionamos por que empuñan las armas los voluntarios, hallarémos que es sólo por la recompensa, así como los mercenarios de Cartago ó los de los príncipes de Constantinopla las tomaban por el pillaje. Yo comprendo que haya un Júdas que venda la sangre de su Maestro; pero no concibo que haya un hombre que, como el que elige la carrera militar, venda su sangre y su libertad.

•Además, Saturio, los soldados por conscripcion ó voluntarios contribuyen á formar la fuerza del fuerte contra el débil, y se parecen á los hombres de los tiempos primitivos que, llenos de rudeza y de ignorancia, pasaban su vida exclusivamente en la guerra; tiempos en que el más fuerte siempre tenía razon contra el más débil, por lo cual veíanse todos obligados á buscar un apoyo en quien pudiese protegerlo. Los soldados de los actuales tiempos hacen que continúen aquéllos en que la fuerza, no la razon, era la señora del mundo, y hacen que las leyes sean despreciadas. Si pensasen en su cometido se avergonzarían de ser soldados. Ser recompensado por el débil en cambio del apoyo que le ofrece, nada tiene de honroso, porque el respeto que se debe al débil está fundado en un principio más alto que el de la fuerza que lo defiende: se funda en el derecho, en la ley, y al opresor del débil debe castigar la ley, no la fuerza; esto es lo lógico.

•La doctrina de Cristo se opone al duelo, Saturio, y las quintas es una ley que hace á los hombres duelistas en masa, porque una batalla es un duelo de muchos contra muchos hombres. En el siglo actual no es posible, como en la Edad Media, sostener los llamados juicios de Dios ni los duelos judiciales, en los que el vencido tenía que convencerse de que no llevaba la razon. Medrado estaria este siglo si, como si no hubiese existido Justiniano y olvidando su Código, quisiera retroceder á aquellos tiempos. El duelo, costumbre trasmitida de un modo tradicional de aquella edad hasta hoy; resto de aquellos tiempos de los mote en las armas «Dios y mi dama,» es la negacion del derecho y de la justicia, y una muestra de la barbarie de las pasadas edades, y aún más de la presente. Si bien rara vez se repiten los duelos singulares, apenas pasa un dia sin que haya duelos plurales con el nombre de batallas, á despecho del cielo y con mengua de la civilizacion y de la humanidad. No es del hombre la vida, ni tampoco es de los poderes de la tierra que dan leyes de quintas la vida de los quintados; la vida es de Dios, y los hombres pertenecen á sus familias y á la sociedad en que viven, y ni el individuo ni los poderes de la tierra pueden disponer de lo que no es suyo.

•Los duelistas al defender la honra lastimada, segun ellos, y los ejércitos segun quien les manda guerrear, atentan contra su vida y la de sus semejantes, y por consiguiente profanan el derecho. Las cuestiones de derecho deben ventilarse ante los tribunales de justicia ó ante un jurado representacion del derecho humano y destello del derecho eterno, así como las cuestiones internacionales debe resolverlas otro jurado de representantes de las demás naciones que no sean las querrellosas ó contrincantes.

•Ninguna contienda, sea entre dos hombres sea entre dos pueblos ó naciones, es razonable dirimir por medio de combates convirtiendo al azar en juez. Los más diestros ó afortunados vencen hiriendo ó matando á sus enemigos. Las injurias, las calumnias, las ofensas quedan sin castigo, si los que ofenden, los que calumnian y los que injurian salen victoriosos. El duelo lo desautoriza la razon y lo condenan las leyes divinas y humanas: hé aqui la

lógica de los duelos. ¡Gritad, hombres y legisladores de quintas del siglo XIX, gritad viva la justicia del azar! ¡Qué sensatez! ¡Un cañon, muchos cañones, muchos fusiles, una pistola ó un florete convertirlos en la razon! ¡Y yo pertenezco á esta humanidad que convierte en razon á un pedazo de acero! ¡Dios mio, divide la humanidad en dos clases, hazme á mí y á los que opinan como yo, hombres; y á los que piensan en razonar con el acero, fieras con figura de hombre. ¡Ya ves, Dios mio, que te pido una cosa justa!

• La astucia, la fuerza ó la suerte de los duelistas vencedores servir para hacer descender el platillo de la balanza de la justicia! ¡Bien por la inteligencia de la humanidad! Esto es cincuenta veces bravo y magnífico. ¿Pues no lo ha de ser, si somos creyentes de una religion de paz y mansedumbre cuya base es el amor fraternal, la caridad, el poner la mejilla compañera de la que ha concluido de recibir la bofetada, el seguir al pié de la letra los mandatos del divino Maestro cuando dijo: «Haced bien á vuestros enemigos, amad á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian?». ¿Pues no ha de ser bravo, magnífico y entusiasmador contemplar el espectáculo de las batallas realizadas con hombres quintados, si estas batallas son la imitacion de Jesucristo cuando en la cruz, con moribunda voz, imploró de su Santísimo Padre el perdon de sus verdugos? Como si esto fuese poco, para burlarse más de la doctrina del Crucificado, ¿no rezan legisladores de quintas, poderes de la tierra y guerreros el *Padre nuestro* y dicen que perdonan á sus enemigos?

• ¡Vaya con los sabios y sensatos reyes de la tierra! ¿Cómo habian, tan benditos varones, de despreciar el *Pax hominibus*, canto de los ángeles?

• ¡Y dicen que son justas las batallas, mucho más justas que los duelos particulares! ¡Pues no lo han de ser! Por eso los soldados cogen gustosos las armas, y todos saben ántes de pelear, ántes de dar la señal del fuego, que se van á matar porque se conservé en el trono tal ó cual rey, su amo y señor. ¡Les interesa tanto el que sea su amo D. Carlos ó D. Alfonso, D. Guillermo ó D. Víctor Manuel!

• ¿No han de batirse de buena voluntad sabiendo que, además de portarse como buenos al pelear y dejarse matar por sus reyes, todos estos, haciendo una mezcla de lo profano con lo religioso, lo mismo los cristianos que los mulsumanos, ofrecen á sus defensores en nombre de todas las religiones, tras del martirologio, el sétimo cielo?

• ¿No se han de batir de buena voluntad si van ganando los hombres quintados, ó la holgazanería cuando licenciados vayan á su casa, ó un balazo que les haga exhalar el último suspiro? Librenos Dios de pensar que esto no sea entusiasmador, agradable, apetitosísimo. ¡Vaya si lo es! Como que si esto no les sucede quedan con un miembro ménos, y entónces aseguran el rancho para toda su vida en los cuarteles de Inválidos, teniendo la inefable dicha de recibir un poco de tocino y unas pocas de legumbres como justa recompensa del brazo ó la pierna que perdieron.

• Virgen de Atocha, y aún lleva en España tu nombre el depósito de criaturas de Dios cuyos cuerpos han sido mutilados!

• Mucho tenía que decirte de las quintas y sus consecuencias, pero por no cansarte voy á terminar esta carta con una reflexion. Convertidos los hombres en soldados, y por consiguiente en homicidas, hacen dudar al hombre pensador si es justa ó no la pena de muerte que la ley ó el juez á su nombre impone al asesino confeso. Figurémonos que un hombre odia á otro, y lo mata. ¿Puede la ley agarrotar al homicida? Si pensamos que el soldado sitiador de una plaza mata á la mujer que dentro de la plaza está rogando á Dios porque concluya aquella terrible guerra, si pensamos que al soldado matador la ley militar lo premia como á valiente y buen cumplidor de su mision en la guerra porque su ojo certero ha hecho muchas víctimas en los sitiados, podemos responder que la ley no debe ni puede matar al homicida de que comenzamos á hablar. Tan matador de inocentes es éste como el soldado sitiador, y aún, de merecer el castigo, creemos lo merezca más el soldado, porque al fin mata sin odio. Parece mentira que existan hace tantos siglos los ejércitos, sin que hayamos comprendido que solamente sirven para castigar á los inocentes, y llamo ino-

centes, no sólo á los sitiados y á los paisanos que necesariamente tienen que estar al lado del teatro de una guerra, sino tambien á los soldados, pues inocente es el que no sabe por qué dispara su carabina.

•Los que piden las quintas, los que dan leyes que hacen los hombres soldados, los que declaran la guerra, nunca mueren en ella, porque mientras el infeliz soldado se bate, están ellos retirados en suntuosos salones, aspirando esencias y jugando indolentemente con las borlas del ceñidor de su rica bata. En la guerra nunca muere el causante de ella, siempre el inocente soldado.

•Ahora me ocurre preguntar á esos jueces que condenan á muerte al asesino: ¿Entregariais al verdugo una máquina, llámese garrote ó guillotina, de esas que se usan para quitar la vida al criminal sentenciado por vosotros, si esa máquina se equivocara y por matar al criminal matase al sacerdote que le acompaña ó á alguno de los curiosos que van á presenciar la *funcion*? Creo que no se la entregariais y que mandariais retirar el instrumento. Pues bien, legisladores, quitad las quintas, porque los ejércitos no son otra cosa que instrumentos que se equivocan cuando obran, matando siempre al inocente, es decir, al soldado, y nunca al causante de la guerra.

•Adios, Satorio; te abraza tu tío—OCTAVIANO DE LA OLIVA.

¡Cuánta verdad, cuánta incontestable verdad encierra la preinserta carta de mi buen tío! Si alguna duda hubiera tenido acerca de sus palabras, pocos días despues de recibirla se me presentó una buena ocasion de reconocer la exactitud de sus argumentos, pues Solís y yo recibimos orden para marchar á África, donde destinaron nuestros batallones, los cuales formaron parte de un mismo cuerpo de ejército.

Durante nuestra estancia en África, Solís escribió con frecuencia á su amada Dolores. Odio la descripcion de las batallas hasta en la historia; y por ello no me entretendré en referirlas, concretándome á decir algunas palabras acerca de la de Vad-Ras.

CAPÍTULO IV.

Vad-Ras.

Era el 25 de Marzo de 1860, día infausto para muchas familias españolas, y aún más para las africanas. A las cuatro de la mañana sonó en la Alcazaba de Tetuan un cañonazo, señal de batir tiendas y prepararnos á marchar.

Una densa niebla hacía que no distinguiéramos los objetos á cuarenta pasos, y fué la causa de que no comenzáramos la marcha hasta las ocho de la mañana, hora en que la niebla se había disipado. Eleváramos una hora de marcha cuando comenzamos á ver algunos enemigos. Los disparos hechos en las alturas por la gente del blanco jaique y babucha nos indicaron que no pasaria el día sin tener diversion, palabras que en el ejército se han adoptado para indicar que habrá combate. ¡Hasta de los actos horribles y lúgubres se burla la humanidad! Este repugnanté cinismo ha sido creado por la costumbre de ver matar en la guerra. ¡El quinto precepto de la ley de Dios sirviendo de irrisión! ¡El hombre-soldado burlándose de Dios! Indigna ver la desfachatez con que los gobiernos se llaman cristianos no siendo en realidad más que ateos especulativos, es decir, hombres que confiesan la existencia de Dios, pero que viven y obran como si Dios no existiese. Si los gobiernos fuesen sinceramente cristianos, no sólo suprimirian los ejércitos, sino que no exigirian que fuesen buenos los pueblos siendo malos los que los dirigen. •Haced bueno el árbol y el fruto será bueno; pero si le haceis malo, su fruto será malo, porque como es el árbol así es el fruto. Evitad las guerras, y el quinto precepto del Decálogo será el que más respeten los mortales.

En las guerras es donde se pervierte el corazón humano y donde se arraiga la costum-

bre de matar. Si una nación mata á un enemigo, ¿porqué un individuo no ha de poder matar al suyo? Este es el raciocinio falso del pueblo desheredado. Dad ejemplo, Gobiernos, y disminuiréis los crímenes.

En ninguna accion mostraron los moros tanta tenacidad en la defensa como en la de Vad-Ras, así es que ninguna fué tan sangrienta por una y otra parte. No hablaré de los miles de heridos y muertos, pues si menciono este combate es sólo porque está enlazado con uno de los sucesos de mi HISTORIA que más contribuyeron para que yo variase de ideas y me hiciera un acérrimo partidario de las de mi tío.

Quando se oyó el toque de *alto el fuego*, y apénas se armaron las tiendas, estaba yo triste y sentado bajo el blanco lienzo de la mia, pensando en los incidentes del dia, en las terribles maldiciones de todos los moribundos que habian caído á mi lado, cuando se presentó el asistente de mi amigo Solís.

—Señor capitán, me dijo todo agitado y llóroso, venid, que mi buen amo se muere, y desea veros; venid, por Dios, no sea que vayamos tarde.

Sin responder al buen asistente de Solís comencé á andar tras él, y al momento llegamos al hospital ambulante de sangre que en el campamento habian formado. ¡Cuánta desgracia, Dios mio! Si los dolorosos ayes de los heridos, si las terribles maldiciones del moribundo, si tanta sangre como allí vi hubiera sido causada por uno de esos accidentes inevitables, como un terremoto, por ejemplo, no me hubiera contristado tanto; pero al considerar que tanta desgracia era hecha á propio intento por la mano del hombre no pude ménos de llorar y lamentar mi impotencia para concluir con el funesto error de la guerra.

Voluminoso libro pudiera escribir si fuese refiriendo camilla por camilla los infinitos heridos que allí habia; pero el afán con que deseaba ver á mi amigo hizo que no me entretuviera en mirar el desgarrador cuadro que á mi vista se presentaba.

Casi sentado en una camilla hallé á mi infortunado amigo; tenia que estar de aquella manera, porque si se ponía horizontalmente le ahogaba la sangre que de su herida en el pecho se derramaba interiormente. La palidez de la muerte cubria su rostro y hacia que sus facciones fueran más interesantes. Estaba hermoso. Quando sintió ruido cerca de su ligero lecho, abrió sus negros ojos, y al verme tendió la mano y con triste sonrisa me dijo:

—¿Con qué ansiedad te esperaba, Saturio! Temia morir sin verte, y lo hubiera sentido. Morir sin que una mano amiga estrechase la mia era mi mayor pena. Ahora la del Cesar apénas concluyó de pronunciar el *tu quoque Brutus*. Y envolvióse en la sábana cual si fuese el purpúreo manto, dejando descubierto una parte de su rostro y la mano que yo tenia asida.

—¿Pues qué, José, tan pronto has perdido la esperanza? ¿Acaso tu herida no tiene cura? ¿es imposible el remedio? dije yo despues de una leve pausa.

—Gracias, Saturio, por tus benéficas palabras; pero la mayor parte de los enfermos saben cuál es su último mal, y yo soy uno de ellos. Además, este fin de mi vida lo tenía previsto desde que conocí y amé á Dolores. Recuerda que una noche te lo anuncié. ¡Cómo ha de ser, Saturio! Es natural que el hijo del militar muerto en el combate y que elige la carrera militar sin saberse dar la razón por qué la eligió, imite á su padre y muera tambien en el combate. El hijo del verdugo muere tambien verdugo. Siendo soldado no hay escape: ó es uno víctima ó verdugo, y la generalidad de los soldados son ambas cosas, porque si hoy tu revolver hace daño á uno, otro te lo hará á tí mañana. Dios lo ha dicho:—El que matare á espada, á espada morirá.

Al notar el estertor de mi buen amigo y advertir la dificultad con que pronunciaba sus palabras, no pude ménos de rogarle que no hablase; mas él me contestó:

—Siento á la muerte venir.

¿Lloras, Saturio? ¡No llores!

Díle á la hermosa Dolores

que en ella pensé al morir.

—¡Por Dios, José, ten esperanza. Mira, aquí llega el médico. Haz cuanto puedas por obedecerle para conseguir tu curacion.

José, con desesperante risa, dijo:

—Saludo á ese caballero;
mas si la hala no extrae,
que es el fin que aquí le trae,
dará fé de que yo muero.

Saturio, di á nuestro buen capellan que venga pronto,

que esta luz se va apagando
y debo pensar en Dios.
Bella Dolores, ¡adíos!
¡Morir tan jóven y amando!

El bueno de su asistente, que de rodillas al pié de la cama escuchaba llorando, marchó rápidamente y volvió con el capellan. Nos retiramos unos pasos, y al poco tiempo todo habia concluido.

El capellan arrodillóse junto á la cama, y elevó á Dios unas oraciones por el eterno descanso del infeliz que habia sido José Solis. Tambien yo me arrodillé, y orando hallé el consuelo que sólo la oracion sabe dar en tan tristes casos.

Raro es el hombre que, al perder á un buen amigo ó persona de su familia muy querida, no le ocurra algun nefando pensamiento contra el Supremo Hacedor, tratándolo casi siempre de injusto. La oracion es el bálsamo tranquilizador que separa de nuestra mente tan indignos pensamientos.

Despues de velar á mi desgraciado amigo hasta el momento en que la tierra africana cubrió su cuerpo, concluidos que fueron tan sagrados deberes, el capellan me entregó la maleta de Solis, diciéndome que yo era su heredero.

El asistente de mi amigo cogió la maleta y la trasladó á mi tienda, donde examinamos lo que contenia.

Corto es el inventario, pero más precioso que el de otros soldados. Nada de oro, pero si pensamientos de un corazon de oro, de una alma noble. ¿No valen más estos papeles que el rico inventario de un general enriquecido tal vez por el saqueo de una ciudad ó por la pingüe gratificacion que un rey le diera por haberle sostenido en su trono cuando la revolucion le hacia vacilar, siendo quizá justa aquella revolucion porque los reyes tambien cometen series de lamentables equivocaciones? Yo así lo creo, no obstante las positivistas ideas que dominan en la mitad del siglo xix que prefiere el oro á los generosos pensamientos. El oro proporciona sedas, coches, buena mesa, y los laudables pensamientos se miran con indiferencia y hacen exclamar al que los lee: «tontería.» Acaso, lector, tu conciencia ame los grandes pensamientos; pero sobre tu conciencia está el deseo del oro, tras el que corres desalado mirando con desden la realizacion de las grandes ideas. La sociedad dominada por el afan del oro no es más que una infame prostituta. El ruido de la seda que arrastra ahoga el grito de su conciencia, que le dice: «esa seda pregonando va que es el precio en que has vendido tu honra.»

Afortunadamente cuando aparece un hombre de talento y siembra una benéfica idea, la sociedad, tarde ó temprano, la adopta. Podrá padecer cuando arroja al público esa idea, podrá ser mártir como Galileo, ó como Colon ser tenido por visionario; mas sin embargo, su tumba será el remordimiento de la estulta sociedad que tanto le zahiriera.

Antes de referir lo que contenia la maleta, haré dos advertencias al lector.

Es la primera, que si pensase que el que escribe estas lineas tiene mal corazon porque entre los cientos de heridos que vió en el ambulante hospital no los menciona y dedica una lágrima á sus crueles dolores, sepa que es porque para pintar cuadro tan enro-

jecido por la sangre, se necesita sangre, mucha sangre y mucho tiempo, y la sangre se coagula y no sirve para escribir.

La segunda advertencia es que prefiero el dictado de estulto con que me bautizará porque amo más la no dorada manda de mi amigo, formada únicamente por unos cuantos papeles llenos de pensamientos filantrópicos, que la constituida por papeles llenos de cifras ó guarismos que me asegurasen una renta que rodease mi existencia de comodidades y placeres.

Al abrir la maleta apareció una carta que á mí me dirigia, carta que lei con afan y que decia así:

•Mi querido Saturio: Hace años que tengo el presentimiento de que he de morir en algun combate, y como mi batallon va destinado al segundo cuerpo del ejército que pasa á Africa, prefiero, puesto que mañana pasamos el estrecho de Gibraltar, arreglar este asunto en tierra española. Por si en los rudos combates que con la morisma vamos á tener se realizase mi presentimiento te lego mi pobre maleta. Sabes que ni soy cobarde, ni creo en agüeros, y tal vez juzgarás que esto lo hago excéntricamente; pero ¿qué puedes esperar de los combates? Ninguna cosa feliz. Pues prevengamos la desgracia.

•Hallarás en mi maleta una sortija que conserva en una pequeña cajita unos cabellos míos: entrégala á Dolores, asi como las cartas que de ella guardo.

•A mi asistente dale lo que quieras: es un muchacho á quien he tratado como hermano.

•Adios, Saturio: sé feliz en la tierra hasta que te abraza en el cielo tu amigo.—José Solís.

Hé aquí lo que contenia la maleta: La ropa blanca, la de militar y algunas prendas de traje de paisano; un portamonedas con unos mil reales; dos legajos de papeles, uno que al parecer lo componian cartas, en cuya carpeta decia, en letras más grandes que las usadas comunmente: «Dolores;» el otro eran versos.

En el capítulo inmediato referirémos el tierno amor que mi amigo tuvo á Dolores, y tambien copiarémos algunas de sus muchas poesias, que, por abundar en las ideas de este libro, parece que las escribió para que de él formáran parte.

CAPÍTULO V.

Amor y versos.

El título alegre que lleva este capítulo, parece malsonante cuando en la sepultura de Solís todavía se vé la tierra recién movida; pero, no obstante, es el título más exacto.

Como prueba del tierno y grande amor que Solís tenia á Dolores, y como muestra de la prudencia y discrecion con que siempre procedió, copió á continuacion el borrador de una de las cartas que mi malogrado amigo dirigió á su amada. Hélo aqui:

•Queridísima Dolores: Retrotraer á mi mente nuêstro amor desde que te conocí, recordar el desarrollo que tuvo é indagar si en mi conducta de amante hay algun motivo porque pueda ruborizarme ó aparecer ingrato, es mi mayor placer. Pensar en el dichoso instante que cautivaste mi corazon, que fué apenas te conocí en la tertulia; recordar el tiempo que te amé en secreto; pensar en el día que merecí tus simpatias, en el instante que observé que mi amor no lo mirabas con indiferencia y en el que supe que mi amor era correspondido, recuerdos y pensamientos son que me hacen gozar y padecer al mismo tiempo. Gozo en estas reminiscencias porque tu amor es el bello ideal creado en mi fantasia, es la suprema dicha á que yo aspiro. Padezco, porque temo que mi inmenso amor lleve á ser la causa de tu desgracia. ¿Quieres saber el motivo de mi temor? Pues oye.

•Mi madre amó á un militar. Poco despues de su enlace, cuando más se amaban mis padres, cuando más deseaban vivir para prodigarme sus caricias, pues acababa yo de venir

al mundo, mi padre murió en la guerra, mi madre quedó viuda y yo huérfano. Mi pobre madre, que amaba mucho á su esposo y de quien yo fui la delicia breve tiempo, no pudo resistir tan terrible golpe y se volvió loca. Parece como que el Supremo Hacedor quiso mitigar su dolor consintiendo perdiera la razon para que no sufriera tanto. Al cabo de un año de demencia mi desventurada madre fué á unirse con su desgraciado esposo.

Al recordar la historia triste de mis padres, querida Dolores, ¿no encuentras natural que me asalte el temor de unir mi suerte á la tuya por no exponerte á sufrir tanto como sufrió mi desgraciada madre? Si no te quisiera tanto como te quiero, si no estuviese convencido del grande amor que me profesas, si me dejase guiar por los impulsos de mi corazon en vez de atender á lo que me dicta la razon, acaso no dudára en nuestra próxima union y no me detuviera ante el temor que me detengo, temor que indudablemente es hijo de mi excesivo amor.

• Mi fortuna toda es mi espada. Espero conseguir pronto mi retiro, y entónces, tranquilo y libre de las mil desagradables contingencias de la guerrera vida, consagrará su existencia á proporcionarte la dicha que te mereces tu apasionado.—José Solís.

Esta carta, así como las palabras que me dirigió mi amigo al salir una noche de la reunion á que asistia su amada, prueban el buen juicio y nobles sentimientos del desgraciado Solís. Si no hubiera previsto los tristes resultados de la guerra se hubiese unido á Dolores, aumentando con su union el número de las víctimas de las batallas.

Réstame hablar del otro legajo que hallé en la maleta de mi malogrado amigo, y que era una coleccion de poesías titulada *Frutos del árbol de la guerra*, un drama titulado *Los niños y los locos dicen las verdades*, del que anteriormente hemos copiado unos fragmentos, y otra porcion de poesías cortas dedicadas á asuntos diferentes.

Mi desdichado amigo habia atendido á mi constante ruego de que conservára cuanto escribiese, si bien empezó á hacerlo algo tarde, pues su juguetera y fácil musa habia producido mucho, y es sensible que guardára tan poco. Acaso corregidas todas sus composiciones hubiera contado su patria entre sus hijos un poeta más.

Quizá el gran cariño que á mi amigo tenia me haga abultar su talento; pero ¿no era fácil que educado Solís con útiles y más profundos estudios hubiese concebido alguna idea salvadora para los hombres? Para él no existian fronteras; el mundo era la patria de los hombres y éstos todos hermanos.

Cuando esté tranquilo en mi casa, cuando me retire del servicio militar, que es el deseo más vehemente que tengo, te ofrezco, lector, las poesías de mi amigo. Interin llega este dia, confiando en tu indulgencia para con mi amigo, á quien su temprana muerte le impidió corregir sus producciones, me voy á permitir insertar aqui las siguientes:

LAS QUINTAS.

BALADA.

Piden las quintas, muchacha hermosa,
la escarapela bórdala ya,
pues á tu novio le llevan léjos,
y ya en cuatro años no lo verás.
No extraño verte desconsolada,
pedazos hecho tu corazon,
que es justo llores pues se te llevan,
niña, tu amor.

¿Por qué á la fuente vas tan de prisa
la aurora apenas se vé asomar?
¿Espejo buscas en la agua clara,

ó vas en busca de tu zagal
para ponerle escapulario
ántes de darle postrero adios?
Si esta es la causa, Dios te conserve,
niña, tu amor.

Bulces palabras oye la fuente;
juran que nunca se han de olvidar,
y áun ella añade: «Si te matasen,
pronto tu amada te seguirá.»
Suenan el redoble, lloran, suspiran,
y el tambor dice: «separacion.»
No extraño llores pues va marchando,
niña, tu amor.

Lágrimas viertes, doncella triste;
con negro velo cubres tu faz;
vas mucho al templo, pides consuelo;
mas, sin embargo, sigue el llorar.
Y es que en la guerra do fué tu amante
hubo un combate sangriento, atroz,
y se susurra que en él mataron,
niña, tu amor.

Doblan campanas, ¡lúgubre toque!
una doncella van á enterrar;
niña afligida, bien auguraste
cabe la fuente: «Te seguirá
si te matasen la que es tu amada.»
Tu alma gemela mató el cañon.
No extraño mueras si ya no existe,
niña, tu amor. (1851.)

LA MUERTE DEL SOLDADO.

Suena el cañon; en la tierra
gritan guerra
los hombres con loco afan,
y convierten este mundo
en profuado
do reina tambien Satan.

Campaña verde y florida
que á la vida
ruegas pase con placer,
ofreciéndola tus pomas,
tus aromas
y tu bello rosieler:

Ni el hombre ve los colores
de tus flores,
ni aprecia su grato olor,
que si tanto bien amára
no pensára
en matarse con honor.

¡Buscará temprana muerte,
triste suerte
que el que nace tiene ya?
¡Ay! que el que mata es precito,
y el maldito
á los profundos irá.

Humanidad, ponle nombre
al duro hombre
que causa la guerra cruel,
que desprecia los verjeles
de claveles
que crió Dios para él;

—
que mata con hierro insano
á su hermano,
dejando el llanto detrás.
¿Nos faltan causas de llanto...?
Pues si es tanto,
¿á qué buscarlo demás?

—
Llamar al que mata loco
es muy poco,
pues falta á la ley de Dios;
de hoy en más se le apellida
fratricida:
que el odio de él vaya en pós.

—
Suena el cañon, y un soldado
traspasado
cae por bala que silbó;
á su lado tiene un cura
que procura
el perdón para el que hirió.

—
Al cura, desfalleciente
ya el doliente,
le dice:— «Marchad de aquí;
sea el infierno mi trono,
no perdono
ni á reyes, leyes, ni á tí.

—
• Los gobiernos dan acero
al guerrero,
y éste un día pensará...
¡Ay, cuando caiga en la cuenta,
qué sangrienta
que su venganza será!

—
• Tranquilo en mi pueblo estaba,
y gozaba
dando á mi madre el jornal;
de su lado me arrancaron
y me armaron;
fui soldado por mi mal.

—
• ¡Que yo defienda este suelo,
gran consuelo,
sin poseer ni un terrón!...
Que venga á luchar, que venga
el que tenga:
¿qué me importa la nación?.

—
—«Teme las eternas penas;
te condenas.»
dice el ministro de paz.
—«Muy tarde la paz predicás,
prevaricás.»
dice el blasfemo tenaz.

—
El cura, para el sangriento,

con acento
muy dulce pide el perdón;
para aquél que en la lid muere
y profiere
tan horrible maldición.

Y sin echar en olvido
al herido,
predicó la paz también;
y el pueblo, que paz ansia,
respondia:

•En paz vivamos. Amen. • (Ocaña, 1858.)

EL ARBOL DE LA GUERRA.

ROMANCE.

Érase un cuadro magnífico.

El pintor, con diestra mano,
en campo bravío y rústico
colocó gigantesco árbol.
Era un árbol muy fructífero,
de provechos tan variados,
que parece ser quimérico,

pues en las Floras no lo hallo.

En la rama de la cúspide
se distinguen sin trabajo
unas rojas letras góticas
que dicen: •Este es el árbol
que los hombres llaman bélico,
y á su fruto gloria y lauro. •

En sus ramas se ven péndulos
militares ensartados

en agudas armas férricas;
también se ven mil pazguatos
que mató el proyectil plúmbico;
aquéllos con chirlos largos,
éstos en forma de círculo,
y todos ensangretados.

Hay otra rama ufanísima
que ostenta en sus fuertes tallos
niñas hermosas y lánguidas
violadas por los soldados,
y mujeres, madres próximas,
abierto el vientre abultado,
por la espada que colérico
tiene el guerrero en su mano.

Cubre otra rama florífera
la madre con su hijo en brazos,
y con un hierro mortífero
madre y niño traspasados.

Y también se ven decrepitos
pendientes del verde palo,
que escurren un rojo líquido
sus vestidos empapados,
porque el guerrero frenético
no respeta ni al anciano.

En rama robusta mirase
un grupo de hombres armados,
que con el oro recóndito
quieren hacer lo que Caco.
Otros se ven á las báquicas

libaciones entregados,
hasta que su cuerpo misero
terron es, no sér humano.
Más allá otro grupo mirase
la ardiente tea empuñando,
que la aplica á la basilica
y á dó vive el desgraciado.
Yo, al mirar los frutos ópimos
que produce el bélico árbol,
exclamo en són melancólico:
por fuerza lo riega el Diablo.

(Tetuan, 1860.)

EL TOTAL DE LA GLORIA

ALCANZADA EN AFRICA POR LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN 1860.

SEGUIDILLAS.

•Santiago y cierra España,
firme con ellos:
al África, españoles
guerra á Marruecos;
guerra y venganza.
Esto gritan los vates
de nuestra España.

Ardiendo el pueblo en ira,
responde: ¡guerra!
¡logrémos la victoria!
¡los moros mueran!
Hispano pueblo,
desde Vad-Ras te llamo
buen Nazareno.

Te insultaron los moros,
tú los perdonas
mandándoles caricias
de plomo y hombas.
Amor devuelves
por tan grandes insultos:
¡buen cristiano eres!

La victoria lograste,
nacion dichosa;
adorne tus banderas
triumfal corona,
y dénte el nombre
de •la nacion más brava
de las naciones.

A pesar de ser graves
estos asuntos,
merecen los mandones
mis versos chuscos,
porque la guerra
sólo la hace el que tiene
poca mollera.

Pobres pueblos que os mandan
ministros locos;
prodigan vuestra sangre

cual vuestro oro:
faltos de sexo,
dirimen las cuestiones
por el peor medio.

—
Como el tiempo no pasa
jamás en balde,
logra que aprenda el pueblo
la verdad grande:
que nadie gana
lo que unos y otros pierden
en las batallas.

—
¿Qué es la africana gloria?
Segun la cuenta,
veintitres mil soldados
Caron se lleva;
gastos no cuento:
¡Gloria y gobierno vivan!
todos gritemos. (Tetuan, 1860.)

LETRILLA SATÍRICA.

Un estudiante miraba
el armario de una fonda,
donde en fuente grande y honda
colosal cangrejo estaba;
el aroma que exhalaba
la salsa de aquel guisado
le tenía cual pegado
al cristal de la alacena,
y le dijo una morena
que pasaba por allí:
— Debe mirar por aquí
que hay más cangrejos cocidos.
¿No ve los rojos vestidos
del viniente regimiento?
*El ejército es invento
que á todos llena de gran contento.*

—
A los sonidos ingratos
de tambores y cornetas,
siguen haciendo piruetas
todos los chicos pazguatos,
y mayan tambien los gatos,
y el perro dá el triste aullido
porque taladra su oido
la atronadora charanga.
Confieso que es una ganga
tener muchos batallones,
porque todos los balcones
se llenan pronto de hermosas
á verlos pasar. ¡Qué cosas!
¡Maravilloso portento!
*El ejército es invento
que á todos llena de gran contento.*

—
Las hermosas han dejado
la labor en que trabajan,
los chicos suben y bajan
y en la escuela no han pensado;
de suerte (en el *quid* he dado)
que, al pasear los batallones,

el oro de las naciones
aumenta bárbaramente.
¡Cosa rara! Antiguamente
el rico un mono compraba
que á su familia alegraba
al hacer el ejercicio;
mas fuera un gasto de vicio
comprarle hoy. ¡Siga el portento!
El ejército es invento
que á todos llena de gran contento.

De balde, sin gastar nada,
monos se ven aporrillo,
ya en la puerta de un castillo,
ya en lo que llaman parada.
El simulacro es monada
superlativa, y al mundo
produce un bien muy profundo
el tiempo que allí se gasta.
Pero serán una plasta
mis versos si echo en olvido
que el soldado vá vestido
de azul color, y da gozo:
verlo si oscuro cual pozo
aparece el firmamento.
El ejército es invento
que á todos llena de gran contento.

Mas por ver intercalados
esos tan vivos colores
no creais que son, señores,
vestidos arlequinados:
si vistieran los soldados
colores ménos salientes,
ni serian tan valientes
ni servirian de blanco.
No quiero quede en mi estanco
el placer y la delicia
con que dan á la milicia
las madres al hijo caro.
Concluyo aquí, porque es claro
que os cansa mi pensamiento.
El ejército es invento
que á todos llena de gran contento.

(Madrid, 1858.)

LA PROFECÍA.

EPÍGRAMA.

— Quieras ó no, me he de aunar,
dice la Prusia á la Francia:
y esta diz con arrogancia:
— Lo veremos: á luchar,
y la victoria es ganancia.
Después de la lid, la gente
dará, á su manera ducha,
esta razon concluyente:
— Si la fuerza es la que lucha,
es más buey la más valiente.

LA BARBARIE.

EPÍGRAMA.

(Un centinela y un su hermano hijo del pueblo.)

—¡Eh! por aquí nadie avanza.
Atrás, paisano, ó lo paso.
—¿Sabe usted, soldado raso,
que es muy cortés la Ordenanza?

EL AY DE UNA MADRE.

Ser madre y tener en brazos
los pedazos
de mis entrañas, bello es.
¡Qué grato, cuando al bautizo
fué mi hechizo
darle un beso, dos y tres!

—
Qué bello es desde la cama
cuando llama
la campana á cristianar,
ir campanadas contando
anhelando
que se apresure el tornar!

—
Cuando del templo volviendo
sonriendo
mi querido hijo cogí,
olvidé los sinsabores
y dolores
que como madre senti.

—
Sólo pensé que su abuelo
en el suelo
tiene un tocayo más ya,
y un corazon inocente
que ferviente
á Dios por él rezará.

—
Mas ¡ay! no hay dicha en la tierra,
la cruel guerra
me robará al que es mi amor,
y vestiré negro velo,
y consuelo
tendré al morir de dolor.

EL LICENCIADO.

RALADA.

Oigan, Señores: allá en mi tierra
yo pastor era y era feliz;
subía al monte, bajaba al valle,
iba á la fuente y estando allí
con mi colodra agua bebía,
grata cual canto de ruisenor:

hoy desgraciado pido limosna;
dadme, por Dios.

Un dia infausto mi mala suerte
me hizo soldado, tuve que ir:
adios al monte y adios al valle,
adios al agua triste les di:
libertad santa, madre de mi alma
perdilo todo, tambien mi amor.
Nobles señores, una limosna
dadme, por Dios.

Al separarnos ¡madre querida!
me bendeciste, y un ¡ay! te oí
que áun desgarrado tiene mi pecho,
porque decia: ¡voy á morir!
No te engañaste, que, al poco tiempo,
tu triste vida cesó al dolor:
soy desgraciado, dadme limosna,
dadme, por Dios.

Siendo soldado ya me digeron
apunta y mata, toma el fusil;
por qué haces fuego nunca preguntes,
la causa es justa, y es *porque sí*.
Daño me hicieron siendo inocente,
perdí los brazos en una accion:
almas piadosas, ved por qué pido;
dadme, por Dios.

Padres y madres que teneis hijos,
que Dios los guarde de ir á servir,
porque en mi caso pudierais verlos,
y es vida triste vivir así:
el alimento de cada dia
ganar no puedo con mi sudor:
una limosna, piadosas almas,
dadme, por Dios. (Teluan, 1860.)

UN PENSAMIENTO AL VISITAR LA REAL ARMERIA.

En la córte cierto dia,
por no saber yo qué hacer,
me fui á la Real Armería,
y exclamé súbito al ver
de matar tanto instrumento
colocado por la pieza:
—Guarda aquí el hombre de intento
la prueba de su bruteza. (Madrid, 1859.)

CAPÍTULO VI.

De como verá el curioso lector que este es el capítulo más corto y que el título que más le cuadra es «la carta y la contestacion.»

Querido tío: Desembarco en este instante, y lo primero que hago es coger la pluma y noticiarle que su sobrino, sano y salvo, huella el suelo de nuestra querida España. Mi cuerpo no puede vanagloriarse de haber recibido la honrosa señal del valor. Millares de compañeros de armas enseñan ufanos, ya la rozadura de la redonda bala, ya el hondo ci-

catrizado tajo de la corta guma. ¿Y cómo no han de estar orgullosos con sus cicatrices si las miradas de los españoles son para ellos? ¿Qué les importa ser en adelante calendarios vivientes al recrudescerse el dolor de sus heridas poco ántes de los cambios atmosféricos? ¿Creeréis, tío, que los que no han ido al África miran con envidia esas cicatrices?

•El recibimiento que hemos tenido en esta nuestra ciudad marítima de Málaga ha sido magnífico. Nuestro entusiasmo por la patria que así sabe agradecer el valor de sus hijos, es grande.

•Mucha gloria hemos alcanzado, y las demás naciones considerarán á la española como brava. En este mundo es necesario que los hombres ganen batallas para probar que saben disparar el fusil y el cañon con más ó ménos acierto y extender el título de valiente á la nacion donde esos hombres vivan. ¡Y yo que estaba en un error por haber visto á un mono disparar y dar en el blanco! Bueno es ver para aprender, querido tío. Sin embargo, permítame los hombres que dude del valor de los que ganan las batallas.

•Por esos mundos de Dios andan confundidos el valor y la victoria. Dicen que tiene más valor el que gana una batalla, y la victoria la dá la perfeccion del fusil. El puñado de arcabuces que llevó á América Hernan Cortés venció un millon de flechas empozonadas, que, apénas chocaban con el bien templado acero de la coraza que cubría el cuerpo de los arcabuceros, caian al suelo despuntadas.

•Si se trata de armas de fuego iguales vence el que ántes mata á su enemigo, el que hace puntería más acertada. Es un axioma hoy que la mayor parte de las batallas las gana el hijo de Vulcano llamado armero desde su escondida y negruzca fragua.

•Por las victorias conseguidas en África, la Matrona con el Leon á sus piés que simboliza á España, puede desde hoy ponerse en jarras, enseñando su maciza pantorrilla, pues vestirá faldicortona túnica, escupir despues, y, dirigiéndose á las demás naciones, decirlas: «¿Compañeritas, son ó no son bravos mis representados; son ó no hombres de pelo en pecho?»

•¿Merece ascender España á nacion de primer orden? Esta pregunta hizo el Gobierno español despues de la victoria. Al dirigirse á las demás naciones, claro es que se vistió convenientemente, es decir, de jaqueton, caido el calañes sobre la derecha oreja y picando un *coracero* ó cigarro de á cuarto con un descomunal estoque corto de Albacete que enseñaba sus siete dentados muelles. ¡Ah tío! si nuestras ideas antibélicas se trascendiesen nos tendrian por locos los demás hombres, y nos dirian: «¿Cómo, insanos tío y sobrino, preferis que vuestra patria lleve el título de *bonachona*, ó cuando más de benéfica, porque uno de sus hijos, por ejemplo, Monturiol, haya inventado el ictineo, el mejor aparato buzo de que dispone el hombre para sacar los tesoros de ese nuevo mundo submarino? ¿Cuánta más nobleza y gloria la dá el título de *brava* conseguido en los campos africanos?» Y áun añadirian: «Si continuais disparatando, sabed que en las casas de Orates hay vacias un par de celdas que vienen pintiparadas para un tío y un sobrino, y cuidado que esto es lo ménos malo que os puede sobrevenir.»

•Los hombres, cuando se les echa en cara su maldad, al verse confundidos por el convincente razonar del que se atreve á descubrir sus malas acciones, han adoptado dar por razonamiento un insulto, y su ofendido orgullo sólo responde: «sois un loco, os compadezco.»

•Loco llamaron á Colon, y su locura daba al mundo otro mundo y á Dios más grandeza, porque su obra la veia el hombre más magnífica, y no pudo ménos de postrarse y gritar: «Inmenso es tu poder, Dios mio; esta obra sólo un Dios pudo crearla.»

•He notado, querido tío, que no imito á Ciceron: sus epistolas son breves, concisas, mientras las mias parecen dictadas por el doctor Hablanchin; pero ¿quién no desbarra en los tiempos que corremos? Figuraos si serán tiempos cristianos y sensatos, cuando yo, y no soy sólo, siento no haber muerto en una de las escaramuzas africanas, porque mi nombre se veria publicado en todos los periódicos españoles y acaso en los extranjeros, y si á

esto añadimos los sufragios celebrados en todas las iglesias de España por las almas de los gloriosos mártires muertos por las espingardas morunas, ¿quién no envidia á los que van calentitos al cielo por aquello de muchos amenes al cielo llegan? ¡Qué delicioso será sentir en la tumba el vitorear nuestro nombre por los vivos, el verlo escrito en negro y suntuoso catafalco, en cuya base el pueblo entero, arrodillado y vertiendo lágrimas, pide á Dios por nuestro eterno descanso!

¿Extrañais ahora que sienta el no haber alcanzado una muerte tan gloriosa en ese campo africano tan lleno de honor y prez? Esto del campo africano os lo digo bajito, querido tío, no sea que lo oigan los franceses que creen que en aquel campo sólo hay salvajería y bruteza, pues muchas veces habreis visto que han escrito y dicho en altisonante y enfático tono: *el África comienza en los Pirineos*; muletilla con que concluyen todos los viajeros y escritores de Francia las espeluznantes fábulas que, por darse lustre, dicen en sus periódicos haber visto en esta tierra donde se come al medio día, y que yo sospecho que las crean en su mente, aunque otros opinan son efecto de la riqueza de alcohol de nuestros vinos, con el que tantas pruebas hacen los franceses.

•Sabed, querido tío, que mañana salimos de esta ciudad y vamos al campamento de Tetuan, situado en las inmediaciones de Madrid, donde esperaremos la reunion de los batallones victoriosos para entrar triunfalmente en la villa del oso y el madroño luégo que aquellos vengán. El recibimiento que el pueblo de Madrid nos prepara será el recibimiento monstruo. ¿Por qué, tío, no habeis de hacer un viaje á admirar nuestra entrada? Ya hace tiempo que no habeis salido de casa; ahora se viaja más breve y cómodamente que ántes; abandone V. por unos días su linda casa, y á su vuelta á ella gozará al ver los queridos objetos que toda su vida está viendo y que la separacion de ellos hace más valiosos. No sé cuándo podré abrazarlo á V.; confío en obtener una licencia temporal, pero no debo pedir la hasta dentro de un año. Los oficiales heridos van marchando á sus casas para que el aire natal ayude á su completa curacion, y, como es justo, son preferidos. ¿No acortará usted el largo plazo de un año? Y de hacerlo, ¿no es mejor que elija los días de la suntuosa triunfal recepcion? Pues hasta que en Madrid os abrece vuestro sobrino=SATURIO DE NUMANCIA. •

A la anterior carta contestó mi tío lo siguiente:

•Querido Saturio: Tienes una manera de concluir tus cartas tan comprometedora que no me puedo excusar de ir á abrazarte. Conseguirás, pues, que este viejo *salga de su cabilia*. Tardo á contestarte por suponer que estos días los habrás pasado en el camino para el campamento cerca de Madrid, punto á donde diriji esta.

•Peregrina idea ha sido el bautizar con el nombre de Tetuan ese campamento. Parece que los hombres se empeñan en proporcionarme proyectiles para combatir sus desaciertos, hasta en los nombres con que designan los objetos ya guerreros, ya de conquistas.

Nadie nombra á Tetuan sin pensar en las monas. El oso bajo el madroño es Madrid; luégo las monas vienen á saludar al oso, y éste las obsequiará. Mona, ó es la hembra del mono, ó la embriaguez, segun el diccionario. ¿Qué puede *hacer el oso* obsequiando á la borrachera? No hay mejor respuesta que el «tú lo has dicho.»

•Una tontería mayúscula dices en tu carta, que no debo dejar sin correctivo. ¡Pobre Saturio! Paréceme cuando dices que sientes no haber muerto en el africano campo, tan pagano como el tierno y delicado poeta Q. Horacio Flacco, que dice en una de sus odas:

Dulce et decorum est pro patria mori.

•Eres cristiano y has enunciado un pensamiento propio de los hijos del paganismo. Y dices bien en tu carta, que no eres sólo el que así piensa. La humanidad entera cree que *es dulce y honroso morir por la patria*. Si así opina, ¿no tengo derecho á preguntarle de qué ha servido el cristianismo? La Eucaristía anuncia la reunion de los hombres en una

dilatada familia de hermanos; aconseja la conclusion de las enemistades, la igualdad y el principio de una nueva ley que no hará distincion entre los sectarios del Koran ni entre los sectarios del Evangelio, é invitará á una misma mesa á todos los descendientes de Adan. Ni tú ni tus compañeros de armas habeis hecho caso de la Eucaristia.

•El cristianismo ha sido inútil porque veo que el prometido Mesias, aunque vino al tiempo señalado á restablecer la verdadera religion, á reunir todos los pueblos, no lo ha conseguido, como no ha conseguido sustituir el sacrificio del hombre interior, de sus pasiones á los holocaustos sangrientos, porque holocaustos sangrientos son las matanzas de la guerra, hechos, no á un Dios de Paz que aborrece el derramamiento de sangre, sino á los falsos dioses Orgullo y Ambicion.

•La guerra es el escarnio del Evangelio de San Juan, cuyo espiritu se contiene en aquella máxima que con frecuencia repetia cuando era viejo y no podia hablar largamente al nuevo pueblo que habia reengendrado para Jesucristo: «Hijos míos, amaos unos á otros.» ¿Sois paganos tus compañeros de armas y tú, Saturio? No sólo sientes el no haber muerto en África, sino que envidias la fama póstuma de tus compañeros traspasados por las balas.

•Escribo esta carta cerca del balcon, desde donde se descubre allá léjos el cano Moncayo, al pié del cual, en la antigua Bilbilis, nació Marcial. ¿No recuerdas su epigrama del dia de las alabanzas? Señoras son estas muy perezosas; siempre llegan cuando no hacen falta, despues de muerto el alabado. ¿Es posible que otro pagano enseñe á los vivientes del siglo XIX á que no deseen llegue el dia de los elogios? ¡Y qué clase de alabanzas desees, infortunado! Concibo que el pagano envidiara á Escipion; pero no comprendo que un sectario de Cristo envidie al vencedor de África y de esta ciudad donde cayeron tus primeras lágrimas. ¡Ay del cristiano que aspira á la fama póstuma de los asesinos sin odio llamados batallas! Mil veces bendecido sea el que aspire á un nombre glorioso por legar á la humanidad un invento que acreciente las cosechas del dorado trigo ó destruya el filo de la cortante espada del huésped del Ganges.

•Si la sociedad del siglo XIX quiere merecer el título de ilustrada, grite: «¡Atrás los Círos, Alejandros, Césares y Napoleones! Paso á Colon, Guiton de Morveau y Watt! El espacio ocupado por los grandes asesinos, ocúpenlo los bienhechores de la humanidad.»

•No temo, querido Saturio, la clausura en la celda del manicomio; de sentirlo seria por tí que eres jóven, y tu alma sin libertad se entristeceria, y la tristeza continua mata. Yo preso, ganaba, porque mi idea antibélica, entre las cuatro paredes de la celda, se aumentaria y llegaria á tocar las nubes por el exíguo agujero que alumbrara mi prision. Y te juro que no me habia de enmendar. No me importaria sacrificar los breves dias que me restan de vida á mi idea bienhechora. Nunca abjuraria, y al salir de la celda seguiria predicando la paz tan tranquilo como el ilustre profesor Fr. Luis de Leon á su salida de las mazmorras de la Inquisicion fué á la cátedra, y, perdonando á los que le injuriaron, sin acordarse de los dos años que duró su prision, comenzó su discurso con las palabras que siempre acostumbra: «Deciamos ayer....» Admirable prueba de la tranquilidad de su conciencia y merecido castigo que dió con su generoso olvido á sus infames y envidiosos detractores.

•Es larga mi carta y debo concluir. Dentro de breves dias saldré para esa córte, donde esperaré vuestra triunfal llegada. Merece el asunto un viaje: no es un grano de anís haber salido ilesos de tantas batallas como dias habeis estado en África. Cumplida será la enhorabuena que os daré por vuestra casual vuelta, y grande el aprieto en que os pondrá mi pregunta: Entre españoles y africanos, ¿quién tiene la razon? Ó lo que es lo mismo: tanta sangre derramada, ¿es prueba de que esa guerra es justa? Y si los moros bubieran vencido ¿existia la misma justicia? Al poner frente á frente vuestra fuerza y la africana probará la vencedora que tiene más fuerza, y probar cuál es más fuerte no es probar quien lleva la razon. Risa causa el dilema de la fuerza: ó haces esto, ó te mato.

Adios, hasta que te abrace tu tio.—OCTAVIANO.

CAPÍTULO VII.

La entrada triunfal.

Era uno de esos hermosos días de primavera. En todas las calles de la coronada villa había una animación inusitada. Por do quiera veíanse obreros concluir de arreglar las ricas colgaduras de colores nacionales, los gallardetes y banderas, las guirnaldas de flores vivificadas por la estufa, las coronas de verde laurel y los trasparentes que, iluminados por dentro, mostrarían cuando el sol desapareciese sus pomposos lemas. Así preparaba la corte sus balcones.

En una calle se alzaba un obelisco, en la de más allá un arcotriunfal, y en todas, gran número de hombres sin ocupacion, verdaderos pazguatos, miraban, unos con la boca abierta, otros cerrada, aquellos efímeros gastos añadidos á los raudales de oro que la inútil campaña de África les había ya costado.

Nadie describió en tan pocas pero magníficas palabras la campaña de África como el distinguido orador demócrata D. Nicolás María Rivero. «Guerra grande, paz chica,» dijo. Y efectivamente, lo que pertenecía al pueblo, soldado y no soldado, lo hizo, como siempre, de una manera sublime, gigantesca: «Hay que vencer, vencerémos, dijo el pueblo; hay que morir, morirémos, añadió; hay que buscar padres á los huérfanos de la campaña africana, pues el pueblo se encarga de ser padre de esos desgraciados.» Y cuantas ofertas hizo las cumplió. La paz, el tratado de la paz, cosa fué de los gobernantes de este sin igual pueblo.

España tuvo un Calderon poeta que el mundo todo admira y nos envidia. La Alemania, esa cabeza de Europa, tiene una escuela que lleva el nombre de *Teatro de Calderon de la Barca*, y llena de respeto y admiracion estudia las sublimes concepciones de tan ilustre poeta.

Confesion triste, franqueza desgarradora es tener que escribir esta línea:

España olvida á Calderon.

Pero váyase lo uno por lo otro. Un ministro llamado Calderon, ha tenido tambien España, que firmó unas notas..... ¡pero qué notas! Afortunadamente hay fábricas de tegidos en la antigua Iberia donde se elaboran velos para cubrir las miserias de las gentes que se han metido á gobernarnos sin contar con la voluntad de los gobernados, y que en vez de representar á las provincias en el Congreso, representan al Gobierno que gana las elecciones gracias al enredo y á la intriga y á un encadenamiento de infamias.

Le agradaba al Gobierno la gloria que alcanzaba en África eso que se llama ejército, porque aquella gloria significaba un poco más de tiempo en el poder. No se hubiera firmado tan pronto la paz si no lo hubiera exigido una nacion poderosa. Los hombres-poderes juegan con la paz, cosa tan grande y santa, como que es el único pedazo de cielo que Dios permitió descendiese á la tierra, y que el hombre desprecia. Quiero la paz, pero debida á las leyes, á bases sólidas y no á la amenaza del fuerte.

Dos días hacía que mi tío se hallaba en Madrid. Deseoso de ver los preparativos que para la entrada triunfal se hiciesen, madrugó como si se hallase en Soria, y despues de satisfecha su natural curiosidad, volvió á casa á desayunarse.

Al introducir en el pocillo de chocolate un pedazo de panecillo cortado en tiras, que es la forma en que lo sirven las patronas, y mientras se impregnaba del moreno espeso líquido, exclamó:

— Perdonálos, Señor, pues no saben lo que se hacen. Sólo la locura puede ofrecer laurel y flores á los numerosos hacedores de sacrificios dedicados á Marte, porque no es otra cosa un ejército. Completo ha sido el holocausto; por reparon y regatero que sea el dios de la guerra, ha debido quedar satisfecho ante la abundante inmolacion de hombres que le han dedicado.

Si veintitres mil españoles son los sacrificados en esta vana guerra, contemos otros tantos africanos. Horrible es la cuenta, pero es más horrible la impudencia con que este pueblo español insulta á su Dios. Por cada hoja que tienen esas guirnaldas floridas que presenta á los vencedores, hay una víctima, hay un hermano asesinado. Piensa, pueblo español, que ofreces flores y laurel á tus hermanos asesinos de tus hermanos, porque hijos de Dios son los españoles é hijos de Dios son los moros.

Concluyó D. Octaviano el soliloquio al par que el chocolate, y lanzóse á la calle, porque los gritos alegres de la muchedumbre indicaban que el ejército vencedor estaba á las puertas de Madrid. Confusa gritería, ruido atronador, pavoroso y semejante al que produce lejano torrente, traía envuelto entre sus invisibles capas el aire.

Al llegar á una de las calles por donde el triunfador ejército habia de pasar, vió á la muchedumbre apiñada; oyó sus gritos de ¡viva! gritos descompuestos cual si proferidos fuesen por infelices dementes; vió sus movimientos, que con tanta perfeccion imitan al oleaje de inquieto mar, y al dirigir su vista á los balcones los halló atestados de mujeres que tambien gritaban, que batian palmas y agitaban blancos pañuelos.

—¡Oh mujer! exclamó D. Octaviano. Por tí se ha de conseguir la paz perpétua del mundo; tú regenerarás esta podrida sociedad; pero pasará tiempo, porque la defectuosa educación que se te ha dado y los novelescos libros que en tus manos se ponen, te hacen amar las notabilidades en cuchilladas, al duelista vencedor, al militar que, bayoneta calada, llega al sitio que ocupó el enemigo, siendo para tí un héroe el oficial que dirigió aquella operación, con el cual sueñas, y al que al despertar aplaudes al verlo rodeado de polvo, de humo y dominando su voz el estruendo de la fusilería.

¡Oh mal aconsejada mujer! ese es tu ideal, y en verdad que mereces compasion. ¿Qué has hecho de la ternura que Dios depositó en tu corazón? ¿Dónde escondiste las lágrimas, esencia de la dulzura con que Dios con tan liberal mano te dotó? ¿No comprendéis, hermosas, que haceis lo contrario de lo que debéis hacer? Cerrad los balcones y vestid luto interior haya guerras. Haced lo que la matrona polaca que cubre sus hermosos contornos con negro sayal, el que vestirá hasta que Polonia sea libre. Haced que vuestros amantes, que vuestros esposos, vuestros hijos y vuestros hermanos trabajen por el cambio de la fuerza armada, de la organizacion militar, en la organizacion del trabajo. ¿Cuánto más hermosas estareis, al ayudar á vuestros esposos, vestidas con el sencillo traje de pastoras, con el airoso sombrero de segadora, que con el impropio de amazona? Esta agita en su mano el látigo, mientras la labradora ostenta las flores. El canto guerrero es el aullido del lobo; el idilio es el amoroso suspirar del ruiseñor. ¡Ah! ¿no me haceis caso? Pues sed desgraciadas y llorad pronto vuestra viudez prematura, la temprana muerte de vuestros hermanos é hijos.

La exclamacion de D. Octaviano hubiera sido larga, muy larga, si no hubiera llamado su atencion la plática entablada á su lado por dos caballeros que debian tener tan noble el corazón como su porte, plática que D. Octaviano tuvo que oír porque la apiñada gente los habia colocado á su lado.

—Vengo de visitarlo, decia el de más edad.

—¿Y decis que está tan enfermo? ¡Pobre Cea, tan excelente poeta y con tan escasos medios para vivir! Si muere pierde España un hijo que estaba destinado á darla gloria y orgullo.

D. Octaviano no necesitó oír más.

—Señores, dijo dirigiéndose á los dos caballeros, os pido perdon por haber oido vuestras palabras, pero pensad que mi indiscrecion ha sido obligada por las apreturas en que estamos. ¿Teudreis la bondad, y otra vez os pido perdon por mi atrevimiento, de indicarme la vivienda de ese poeta? Deseo conocerle.

Miraron los dos caballeros á su interlocutor, y viendo en D. Octaviano un semblante bondadoso, lleno de dulzura, no tuvieron ningun inconveniente en responder á su pregunta, contestando uno de ellos.

—Sólo un sentimiento generoso os ha podido dominar al hacernos esa demanda, caballero; así nos lo indica el interés, la solicitud que habeis demostrado al pronunciar vuestras palabras. No ha habido indiscrecion ni atrevimiento por vuestra parte, y nada, por lo tanto, tenemos que perdonaros. El jóven por quien preguntais está enfermo y es desgraciado, si desgracia es tener mezquinos medios de vivir á pesar de tener mucho talento, cosa muy corriente entre los poetas. Tomad esta tarjeta, y ella os indicará la habitacion de Cea.

Les dió las gracias mi tío, cruzó sus manos con las de los caballeros al darles el acostumbrado apretón, y, no sin trabajo, salió de entre la multitud, donde estaba sufriendo al ver un pueblo ébrio de placer por las sangrientas victorias de su ejército, y emprendió la caminata en direccion de la casa de Cea.

Durante la larga distancia que tuvo que recorrer para ir á casa del desgraciado poeta, la imaginacion de mi tío no permaneció ociosa.

—Mientras la demencia dá vivas á la barbarie, yo, decia, voy á saludar al talento. No veré pasar los victoriosos batallones; no he tenido paciencia para esperar un poco más porque me ahoga el error de los hombres, y he abandonado el sitio que ocupaba sin aguardar á ver á mi querido sobrino, ese eslabon de la colosal cadena de la barbarie. ¿Pero qué importa que tarde á abrazarle si en cambio mi experimental vejez alecciona al pueblo no haciendo caso de los victoriosos, despreciando al que desprecia la razon y sólo se vale de la fuerza para dirimir una cuestion de honra que un jurado de imparciales jueces de otras naciones debiera haber sido el árbitro? Saludable es la leccion, pueblo: ¿harás caso?

Así discurrendo llegó D. Octaviano á la modesta vivienda del distinguido escritor. Al penetrar en su habitacion vió un jóven en cuyo rostro se notaban los estragos de la calentura. Despues de saludarle D. Octaviano se expreso de esta manera:

—Caballero, por vuestras poesías he sabido que existia el hijo de un buen amigo mio. Entre vuestro honrado y generoso padre y el que os habla, media un hecho bochornoso para mí y favorable para él. Un dia, hallándome necesitado, acudí á vuestro padre, quien no sólo me entregó la pequeña cantidad que le pedí, sino que puso á mi disposicion cuanto me hiciese falta. Confieso que fui un ingrato con un hombre tan generoso, pues apenas tomé la cantidad, aunque pequeña, suficiente para satisfacer aquel dia mi pasion por el juego, habiendo sido desgraciado al jugar, evité su presencia y despues huí para no volverlo á ver más. Poco tiempo hace supe su sensible muerte, al mismo tiempo que fui noticioso de la gloria que habeis alcanzado con vuestras composiciones poéticas. La memoria de vuestro padre y mi infame accion con el amigo más generoso han hecho que odie la vil pasion del juego.

—Si mi padre viviera os perdonaria, caballero, como yo os perdono, dijo el noble poeta.

El encendido rostro de D. Octaviano tomó su tinte natural. Se habia salvado, pues su fábula habia sido creida por Cea. ¿Cómo era posible que éste dudase de las palabras de un anciano cuyo rostro demostraba hombría de bien, y á quien el mismo Cea como poeta hubiera elegido por tipo para sus descripciones? Esto no obstante dudaba.

—¿Sabeis, dijo Cea, que estoy sumergido en un mar de confusion? Vuestra edad, vuestro porte, y sobre todo, vuestro semblante demuestran que jamás habeis cometido ninguna accion que os sonroje, que nunca la infamia os ha deslustrado; mas vuestra confesion hace que sospeche.....

—Sed generoso, Cea; murmuró D. Octaviano. No hablemos más de este asunto que ha sido el único tormento de mi vida. Os lo pide un viejo que confiesa sus errores de cuando fué jóven. Tomad, pues, lo vuestro, porque á mí me abraza.

Y al decir esto puso en una mesa, y cerca del poeta, cien duros en oro. Cea estaba confundido; alargó su delgada mano hácia D. Octaviano, quien la estrechó con un afecto paternal. No hablaron más. Así enlazadas sus manos pasó largo rato. Por la mente de D. Octaviano cruzó la idea de confesar la verdad, y pedir perdon por la única

mentira que habia pronunciado en su vida; pero reflexionando que mentia por hacer bien, esperó á ver si tomaba otro giro la conversacion.

El poeta, ensimismado en aquel momento, pensaba tal vez en lo inverosimil del suceso, y hasta creo que llegó á figurarse que en los positivistas tiempos actuales todo cuanto veia parecia una fábula inventada por aquel caballero como único medio delicado de favorecerle.

—Adios, dijo D. Octaviano, haciendo un esfuerzo sobrehumano por salir de tan embarazosa situacion.

Cea no contestó; oprimió más fuertemente la mano del que dijo habia sido amigo de su padre, sin ocurrirle preguntar su nombre al anciano ni manifestar deseos de estrechar otra vez aquella rugosa mano. Acompañó al viejo hasta la puerta, y allí se despidieron.

Apénas se vió en la calle D. Octaviano iba diciendo hablando consigo mismo:

¡No ser un Roschild! Pero, ¡qué diablo! ¿no he hecho lo que he podido? Tal vez ayude á prolongar los días de ese hijo querido de las musas; porque ¿quién sabe si los médicos le habrán propinado los baños minerales, y por no andar bien de recursos se privára de ese remedio? ¡Ojalá consiga su alivio!

Al llegar á la Puerta del Sol vió que todavía duraba el jolgorio del pueblo matritense.

Apénas llegó á su habitacion, cuando en una blanda butaca acomodaba su fatigada humanidad. Un rato despues escribia en la hoja de los gastos en su libro de memorias una partida de *dos mil reales*, al frente tres iniciales, y entre un paréntesis *poeta mal traído por la escasez de plata*. Al concluir de escribir, y miéntras cerraba el libro, decia:

—Por fuerza las nueve hijas de Mnemosine han hecho el pacto con los poetas de permitirles crear mucho oro, con la precisa condicion de que no han de poseer ellos ni un átomo.

Si los poetas, decia mi tio, empleasen su viva imaginacion en el perfeccionamiento de las armas de fuego, los gobiernos los colmarián de riquezas, cruces y pensiones vitalicias; porque no hay duda que en la actualidad los poderes de la tierra pagan más un invento mortífero que un poema.

Justísimos son los poderes de la tierra al dar el oro nacional tan juiciosamente, pues al obrar así demuestran los gobiernos su amor á la humanidad y su grande ilustracion.

Mi presencia en la puerta de la habitacion en que mi tio se hallaba, hizo á éste suspender su soliloquio.

CAPÍTULO VIII.

En el que verá el curioso lector que es el más extenso y que le cuadra bien el título «un sermón largo por una buena comida.»

—Aprieta, me decia mi tio mientras estábamos abrazados, que bien milagroso es que nos veamos. El plomo, hijo mio, es metal asaz torpe y no elige sus victimas en las batallas; dá por casualidad, y por consiguiente existes por casualidad y á ésta debemos festejar. ¡Oh, en lo que nos convierte la guerra! ¡Adorar el acaso!

Largo rato permanecemos abrazados. ¿Habrá, por ventura, cosa mejor que abrazarse dos personas queridas? Y si es bueno y en ellas consiste, ¿por qué no prolongar infinitamente su abrazo? Empeñado está el hombre en hacer el viaje llamado vida por un valle de lágrimas, cuando pudiera hacerlo por campos eliseos. Si siempre la razon fuera nuestra consejera, ¿cuántas lágrimas ahorrariamos! ¿Por qué lloramos cuando sufrimos la pérdida de una persona querida? ¿Quién nos estorba reflexionar que desde el instante en que nació caminando vá á la desaparicion de nuestro lado? ¿Quién comprende la muerte sin el nacer? La sorpresa de la pérdida nos sobrecoje y affige; pero ¿puede ser sorpresa un suceso previsto, esperado, infalible é inevitable, si en él pensáramos?

Sentámonos en muelles butacas uno en frente de otro, y preguntóme mi tío por todos los amigos. Referile las batallas africanas y los amigos que en cada una habia perdido, deteniéndome algo más en la descripción de la de Vad-Ras, donde el infortunado José Solís habia exhalado su último suspiro. Mucho sintió mi tío el temprano desgraciado fin de tan excelente como ilustrado joven. Dos lágrimas rodaron por sus rugosas mejillas mientras sus labios decían:

—Era natural la pérdida de algun conocido, puesto que tanto son los expuestos á las balas.

Al decir mi tío la última palabra sonó fuertemente la campanilla, cual si fuese agitada por un loco. Quien de aquel fuerte modo llamaba era mi amigo y compañero de colegio el huérfano Mauricio Garcés, á quien por su locuacidad y genio vivo y bullicioso llamábamos nosotros el *Torrente*. A paso de carga entró en la habitacion, á paso de carga me dió la mano y al mismo paso saludó á mi tío, al que deseaba conocer, con las siguientes palabras:

—Sé, D. Octaviano, vuestra razonable opinion sobre las guerras. Un átomo de la gran masa bárbarica llamada ejército, os saluda con el debido respeto y desea vuestra amistad. No veais en mí un soldado, sino un arrepentido de serlo; pero dejad que pase un poco tiempo, y yo os juro no vestir más este caprichoso traje. Feliz de mí el día que pueda decir á la patria: ¡Oh España cien veces generosa, que me asignas una renta vitalicia con el nombre de retiro, sin más trabajo por mi parte que lucir mi estrellado vestido y haber pasado al por mayor mis superfinos cerotes al oír silbar las balas! ¡Yo te adoro, patria mía, matrona de voluminosas y colmadas tetas (y que es preciso que así sean porque á la mitad de tus hijos amamantas), pues has permitido que realice mi gran deseo: *darte un chupeton tan largo como mi vida, y un poco más si me caso!* ¡Oh, Sancho Panza! cual tú podré exclamar: «Si buena renta he logrado, buenos cerotes me costó.»

Don Octaviano respondió á aquel saludo con su bondadosa sonrisa y alargándole la mano, que fué estrechada con gran júbilo por el *Torrente*, quien añadió, poniendo su mano en el corazón:

—Aquí hay oculto un sentimiento antibélico igual ó más intenso tal vez que el de usted, aunque no sea más que por aquello de *nadie está contento con su suerte*. Hoy debo callarlo, pero en agarrando la teta de la mamá España, abiertamente abrazaré vuestra opinion. El hombre deplora el error que cometiera cuando era niño, pero no abjura de él porque veinte años de servicios, en los que no ha pensado ganar su alimento aprendiendo una de las artes liberales, sería una imprudencia hacerlos inútiles. Debieran las naciones montar los ejércitos como los Estados-Unidos, y al arrinconar el fusil empuñar el arado, la pluma ó el telar, y esperar trabajando á que la patria reclamase sus servicios para empuñar las armas. Pero dejemos la charla, y vamos, señores, á la fonda del Comercio donde nos esperan cuatro amigos para celebrar nuestra vuelta á los lares patrios con toda felicidad, como diría un comadron exponiendo el robusto recién nacido ante la sonriente faz de los papás.

Gustóle á mi tío la chéchara de mi amigo, y, gozoso por tenerme á su lado, exclamó: —Teneis razon; celebremos vuestra vuelta, y, pues de la panza sale la danza, sea la comida opípara sin más condicion que la de pagarla yo. Ea, vayamos.

—En marcha, añadió el *Torrente*, y D. Octaviano se apoyó en los brazos de los dos capitanes.

Formábamos un grupo envidiable, y las gentes, al ver nuestras caras risueñas, juzgarían que mi tío era un afortunado padre que habia tenido la dicha de abrazar dos hijos valientes que ilesos habian vuelto á su casa de la ruda campaña de África. ¡Cuántas personas que hubieran perdido en las pasadas batallas prendas queridas envidiarían nuestra suerte!

Llegamos á la fonda y entramos en un espacioso salon, donde habia ocupadas varias mesas por gentes que pertenecian á todas las clases de la sociedad. En uno de los extremos habia una mesa, alrededor de la cual se veian cuatro oficiales con el traje de camino todavía: eran nuestros amigos.

Levantáronse, nos saludamos y ofrecieron la presidencia á mi tío, el que les dió las gracias, y á quien el Torrente presentó con estas palabras:

—Señores, tengo el honor de presentar á ustedes á mi respetable amigo D. Octaviano de la Oliva, tío de nuestro querido Saturio; y lo hago con gran placer, no sólo porque es adversario de la nobilísima clase militar á que nosotros pertenecemos, sino tambien porque ha descubierto la salsa más excitante y grata de todas las salsas descubiertas hasta el día por todos los maestros del arte culinario. Antes de deciros la composicion de ese famoso condimento, permitidme me dé el tono que se dan nuestros padres de la patria. Y tosió, escupió y trasegó un vaso lleno de agua á su estómago. Hablaba, señores, de la sin par salsa de D. Octaviano: consiste ésta, escuchad, en que nos acompaña á comer con la sola condicion de pagar todos los cubiertos, advirtiendo, además, que desea se componga la comida de los platos más espléndidos que haya en la casa. Decid, el que sepa, dónde existe salsa mejor, y no temerá mi amor propio confesar su error, decir el yo pequé.

—Soberana es la salsa, magnífica; pero no podemos admitirla, gritaron todos.

—Señores, al órden. Soy vuestro presidente; oidme. Lo que más amo en el mundo es mi sobrino: ¿quereis que no celebre su vuelta á la madre patria? Si vuestros padres tuvieran la dicha de hallarse aquí, ¿creeis que al veros ilesos despues de tantos peligros como habeis corrido no hicieran por mi sobrino lo que deseo hacer por vosotros? Sois amigos de Saturio, lo sois míos. Pues bien, admitid la salsa; y si mi razonamiento no os ha convencido, si aún persistis, la hago cuestion de gabinete, pues para algo me habeis nombrado vuestro presidente. He dicho.

—Bien por D. Octaviano, exclamó el Torrente.

—Bravo, gritamos los demás.

El Torrente añadió:

—Hay que comer sin pagar. ¡Viva la salsa octaviana!

Un viva prolongado, entusiasta, resonó en el espacioso salon. Un camarero sirvió la sopa. Antes de comenzar á despacharla descubrió mi tío su nevada cabellera, dió un ósculo al pan, hizo con la mano la figura de la cruz encima de la sopera, y dijo:

—Un *Padre nuestro* por el alma del infortunado José Solís.

Todos acompañamos en el rezo á mi tío. Los que ocupaban las otras mesas miraron con extrañeza nuestro recogimiento despues de nuestra bulliciosa alegría. Concluida nuestra oracion dijo mi tío:

—Señores: ¿ha sido acaso inoportuno el ruego hecho á Dios por el alma de nuestro amigo? ¿No experimentais una agradable sensacion despues de haber hecho por Solís lo único que podemos hacer ya por él? Los pueblos todos, sea su religion la que quiera, nos dice la historia que han respetado los sepulcros. Nuestro deber era recordar al amigo y sentir no esté á nuestro lado. Señores, á comer.

Hizo los honores de la mesa con admirable gusto, con la finura del hombre bien educado.

Hasta despues de la comida no supe yo el complot urdido por mis amigos. Todos sabian la manía antibélica de mi tío, y deseando oírle habian dispuesto que comiéramos juntos. Cualquiera de ellos plantearia la cuestion de las guerras con el fin de que mi tío hablase. No se hizo esperar mucho su discurso, pues tal vez él deseaba más que nadie dirigirse á nosotros, porque muchas veces le oí decir que con un militar que convirtiera moriria contento. ¿Cuándo se le presentaria ocasion más propicia de persuadir á algun hijo de Marte á que abandonase y odiase su carrera?

El segundo plato humeaba en las manos del camarero, cuando, excitado mi señor tío por el Torrente, comenzó de esta manera:

—Señores, pues que ustedes lo desean, me oirán. Antes de comenzar á hablar, les ruego que no se incomoden si en mi discurso vertiese alguna palabra dura, inconveniente, contra la organizacion militar de los pueblos: consideradla como no dicha, y os au-

torizó para sustituirla con la que más os cuadre; la sustitucion que hagais la adopto como mia.

Se agolpan á mi mente tan grande número de razones que no sé por dónde comenzar; así es que notareéis que no habiendo preparado mi discurso adolecerá tal vez de falta de ilacion, porque enunciaré las razones sin orden y tal como se presentan en mi imaginacion.

Debo comenzar por el origen de la guerra, y por consiguiente de los primeros hombres armados, si he de combatir la nobleza que atribuis á vuestra carrera militar. Nobilísima clase militar ha dicho hace poco nuestro buen amigo D. Mauricio, y voy á probar que no hay nobleza ninguna en la carrera de las armas, sino que, por el contrario, yo juzgo que hay deshonra, y os probaré tambien que el fin de esa carrera es bárbaro y anticristiano.

Sé que la mayoría de los hombres no dicen como yo: «fuera la guerra»; pero no importa. Pesen sus razones en un platillo y las mias en otro, y veamos de qué lado se inclina la balanza. La religion cristiana y la historia serán los parques de donde sacaré las armas para combatir. Oidme.

Creado el mundo y entregado á nuestro padre Adán, ¿cuál fué la primera batalla que la tierra presenció? Veo fijarse vuestro pensamiento en Cain y Abel, quien sufre la muerte que traidoramente le dá su hermano. El primer guerrero, pues, es Cain. ¿Os desagradará que el que instituyó la guerra sea un asesino? ¿No queréis que sea el primer guerrero Cain ó deber vuestro origen á un fratricida? Concedido, señores; pero entónces si no admitis que hay guerra en un fratricidio, siendo así que las mismas causas, es decir, la envidia, el orgullo y la ambicion, son las que producen la guerra entre dos individuos ó entre muchos, tendreis que admitir que debeis vuestro origen á los coribantes ó sacerdotes de Cibeles, los que al celebrar la megalesia entraban en furor al ronco són del atambor, y entusiasmados con las vueltas y revueltas de su frenético baile concluian por matarse de veras con sus cortos cuchillos. ¡Nobleza! Elegid el origen de vuestra carrera: ó un fratricida ó unos dementes.

Ya lo veis, me remonto á los primeros hombres de la tierra y á la mitología, que tambien es lo más antiguo que los poetas Homero, Ovidio, Virgilio y otros nos refieren. Si escudriñamos más el campo, ó, mejor dicho, el cielo mitológico para daros un origen ménos infame, ganareis poco. ¿Queréis ser hijos de Minerva, diosa no sólo de las ciencias sino tambien de las batallas? Nació armada y bailando diestramente el pirrico, ó sea la danza militar en que guardaban el compas armónico del canto hiporquemático. Dejemos la bailarina diosa; dejémosla dar vueltas al rudo són del choque de las armas: es una loca. Pasemos á Marte, porque hijos de Marte os llaman. Minerva es cohermana de Marte, y este desventurado dios no tiene padre. Hasta los dioses mitológicos se avergozaban de dar vida á un monstruo sangriento, pues cuenta Ovidio que Juno, por vengarse de Júpiter, tocó la extraordinaria flor que le manifestó la diosa Flora y quedó fecundada sin cooperacion de Júpiter ni otro alguno, dando á luz á Marte. Señores soldados, ¿os dará nobleza Marte, el hijo de la venganza? ¿Os la dará la loca Minerva?

Y ahora acudiré para razonar á la doctrina cristiana. No es nobilísima la carrera de las armas, sino, al contrario, es deshonrosa y llena de infamia como el pecado que nos lleva al infierno. La carrera de las armas ante el cristianismo es la carrera del réprobo, y ante la razon tiene la nobleza que le dais al verdugo, al ministro de la justicia ejecutor de las penas de muerte.

Juzguémosla primero ante el cristianismo. El que comete un delito reniega del Criador. ¿Es delito matar? Sí. El quinto precepto de la ley de Dios es «no matarás.» Si el quinto mandamiento nos prohíbe matar, mostradme la excepcion que Dios hiciera para ser lícito matar en las guerras.

a guerra es contraria á la ley de Dios, segun la que todos los hombres somos herma-

nos, y nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos, y al hacernos hermanos nos invita á una misma mesa, por la Eucaristia, á todos los descendientes de Adán, y esta invitacion nos enseña la conclusion de las enemistades, y por consiguiente el fin de las guerras. El legislador antiguo declaraba infame al hombre sin amigo. El cristianismo ¿no declara infame al hombre que tiene rencor y no perdona á sus enemigos? Sin embargo, los poderes de la tierra hacen que millones de inocentes soldados sean rencorosos y maten al enemigo que á la fuerza les dan; enemigo del que los pobres soldados no sólo no han recibido ninguna injuria, sino al que ni siquiera conocen. Gobiernos que tienen leyes que fuerzan á los hombres á herir á los hombres que no conocen, ¿son cristianos? Es poco, es muy suave el nombre de bárbaros que merecen estos gobiernos; se les debe dar el de estúpidas fieras. He visto á los hombres matar á los hombres; aún no he visto las perdices matar á las perdices. ¿Tendremos que confesar que las perdices en banda tienen más talento que los hombres reunidos y formando ejércitos? ¡Qué humillacion, Dios mio, despreciar la inteligencia que nos diste y ponerla más baja que el instinto con que dotaste á la perdez!

Un ejército, en general, es una reunion de hombres que han perdido la idea de Dios, pues se precipitan á cometer toda clase de delitos; el robo con el nombre de saqueo, la violencia de las vírgenes y las desposadas con el nombre de derecho del vencedor, y la matanza con el derecho de defensa. ¿Deben ser llamados hombres estos hombres?

Reyes y gobiernos de la tierra, me he dirigido á vosotros creyendo sois cristianos y que el cristianismo es la religion más difundida por el terráqueo globo; pero si fueseis ateos y opináseis que el acaso formó esos seres que llamáis vuestros soldados, ¿por qué los quereis destruir y reducir á polvo si sabéis que es tan difícil que ese polvo se vuelva á reunir y á formar el sér destruido? ¿No os importa perderlo? Luégo sois ateos por intereses, ateos de los más listos, de los que juzgais que el mundo pertenece á los más fuertes y á los que unen la destreza á la fuerza.

Cuando el grito de su conciencia abrumba á los poderes, ya sean ateos, ya cristianos, ó lo que es lo mismo, opinando los primeros que el ateismo no destruye la felicidad ni la virtud, y que tan provechoso es ser incrédulo como religioso, y creyendo los segundos que es mejor ser religiosos, ambos, los ateos y los religiosos, desean ser ricos y hacer hospitales como Juan de Robres.

Luis XIV fundó el primer cuartel de Inválidos; mas ¿por quién perdieron las piernas y brazos los primeros numerosos militares que ocuparon el santo asilo?

Del mal el ménos; hé aquí la consideracion única que han tenido en cuenta los poderes al establecer los hospitales militares; pero es un mal pensamiento producir el mal para curarlo: más razonable es evitarlo y hacer así que el remedio sea innecesario. Conoceríamos así hospitales para desheredados, y no viéramos casas grandes con rótulos de *Hospital y cuartel de Inválidos*.

Luis XIV habrá sido juzgado por su posteridad como un rey de corazon caritativo, porque el vulgo suele apellidar así á los reyes que fundan un establecimiento de esa clase; pero al pensar de este modo yerra el vulgo, porque estos reyes dan lo que no es suyo. Vote una nacion unos cuantos millones para que se den á los pobres por un pastor, y es seguro que el pastor los repartirá entre los pobres sin quedarse con un céntimo. ¿Será el pastor generoso? El que dá lo que le dan sin añadir de lo suyo no hace limosnas ni bien alguno, sino que lo hace el primer dador. Dá lo tuyo y tú harás el bien. Si se analizára la aureola que cubre á muchos hombres, ¡cuánto aprenderia la humanidad!

Y al hablar de los hospitales militares se nos viene á las mientes el cuerpo de Sanidad militar. Siento no esté á nuestro lado, cuchara en mano, siquiera un individuo de ese cuerpo. Dura será mi filípica contra él, porque todos sus individuos son ilustrados. Los libros de higiene en que estudian no dejarán de consignar la verdad grande de que más vale prever que no curar. ¿Qué hacen que no prevéen? ¿Por qué no prueban á los gobier-

nos, con la dimision en masa de sus cargos, que ellos están destinados á curar los males no esperados de la sociedad y no los males que á sabiendas hacen los hombres? Curen, sí, las heridas que el demente ó criminal cause, porque el que las recibe no pensaba ser herido; pero al soldado que al entrar en la lid sabe que se expone á la muerte ó á ser herido por su voluntad, ¿se le debe curar lo mismo que al herido sin voluntad por el criminal? Si, pero sea buscado el facultativo que ha de curar al militar, y no esté preparado y pagado por los gobiernos el médico para curar males que infaliblemente han de venir por entrar los hombres á luchar. Ejercer el cuerpo de Sanidad militar su ministerio como hoy lo ejerce es denigrante, pues vemos se crean heridas para facultativos. La ciencia de curar está vendida á la barbarie. ¿No pensarían los gobiernos, al ver que ese ilustrado cuerpo dimittia, que las guerras son la barbarie, y tal vez establecerian leyes más sensatas para dirimir sus cuestiones?

Ya veis, señores, que mi mente parece un hervidero de razones en contra de las guerras, y que os las voy enunciando por el orden que en ella se presentan. Tal vez este desórden con que las enuncio tenga su belleza.

He hablado de la barbarie de las guerras, y como los que las llevan á cabo son los gobiernos ó poderes de la tierra, probar que éstos son bárbaros y de aviesa intencion es fácil. No serian malignos si no supiesen que una guerra no sólo es bárbara sino anticristiana. El que se opone á la religion de Jesucristo entra en los tiempos que llamamos bárbaros hoy en día; tiempos en que reinaba la maldad y que obligaron á todo un Dios á hacerse hombre y á sacrificarse por el género humano. Todos los gobiernos, y especialmente los de Europa, disparan cañonazos en señal de alegría y para que el pueblo se regocije cuando su ejército alcanza una victoria, ó, lo que es lo mismo, la destruccion de algunos centenares de hombres suyos, enemigos entre sí, pero todos hermanos. Al anunciar de este modo el mayor número de muertos causados al enemigo, hacen los gobiernos una cosa injusta y mala; injusta porque jámas disparan sus cañones para anunciar á los pueblos el nombre del mortal que merece bendiciones por sus actos benéficos y humanitarios; y mala, porque el valor de esos disparos convertidos en humo enjugaria las lágrimas de algunas menesterosas familias.

Veo con sentimiento, señores, que el cristianismo no ha influido nada para acabar con la organizacion militar, y por consiguiente con las batallas.

La barbarie de los siglos heróicos ha producido los personajes de Homero. Ha venido el Mesias, y no veo más que refinacion de la barbarie. La venida de Jesucristo ha producido los caballeros del Tasso. Los héroes de Homero son atroces y matan; pero los caballeros del Tasso matan tambien. Son móstruos los guerreros de Homero; pero los caballeros del Tasso no dejan de ser móstruos que llevan una cruz pintada en el pecho.

Si fuéramos verdaderos cristianos no habria guerras. Mientras no sigamos al verdadero Dios, al Dios de la Paz, no nos extrañe haya guerras. El cristianismo es la verdadera religion; pero los encargados de enseñárnosla nos han repetido mucho lo que á sus intereses convenia, y han olvidado lo que han creido que algun día les perjudicára.

Antes de la venida de Jesucristo los mortales inmolanaban ante las aras de sus dioses los blancos toros: inmolar una doncella era el mayor sacrificio que podian hacer. Al Dios Marte en la guerra le dedicaban tambien hecatombes. Poco poblada la tierra sus ejércitos no estaban constituidos por tan gran número de soldados como hoy, siendo esta la causa de que en sus batallas no hubiera tanto número de muertos como en los tiempos actuales, en que nos llamamos cristianos. Siendo la causa de matar ménos gente en las batallas ántes de la venida de Jesucristo la exigua poblacion de la tierra, claro es que, siguiendo la matanza despues de la venida del Salvador la proporcion de la poblacion con el aditamento del adelanto en los instrumentos de matar, seguimos siendo tan bárbaros como en aquellos tiempos que no conocian al Dios de la Paz, á Jesús. Las hecatombes peque-

nas las dedicaban los paganos á Marte, dios de la Guerra. A Jesucristo, Dios de la Paz, le dedicamos los cristianos las matanzas mayúsculas.

Observad, señores, que no hay guerrero cristiano que al entrar en la lid no invoque á Dios y á sus Santos. El grito de guerra de las naciones cristianas es el nombre de un Santo, patron del territorio. En España, Santiago; en Francia, San Dionisio. ¡Para matar más número de enemigos invocar á un Santo! Tambien conozco en nuestros dias usureros, vampiros de la sangre del pobre, que oyen misa creyendo que la accion mala de la usura la destruyen con la buena de oír misa. Tambien en las casas de prostitutas suelen poner las Celestinas dos velas encendidas á San Antonio para que las asista dándolas el pan cotidiano. ¿No es verdad que este rogar á Dios del guerrero, de la prostituta y el usurero es edificante y acertado? ¡Pobres gentes! Sois cristianos, amigos míos, y os ruego, que perdoneis mi compasiva exclamacion.

Quisiera tener el poder de concluir con el derramamiento de sangre; pero mis fuerzas son nulas y nulo tambien mi talento. Doy al pueblo cuanto tengo, que son mis consejos: en él consiste que siga ó no la carnicería. Me hace daño el vapor de tanta sangre, me horroriza saber que engordan las alimañas con los cadáveres de mis hermanos medio enterrados en los campos de batalla, y no puedo ménos de compadecer al que sigue en el error.

Poderes del mundo, ¿porqué teneis todavía guerras y ejércitos siempre preparados para ellas. Reconoced vuestro orgullo, vuestra ambicion. Por añadir un pedazo más de tierra á vuestras fronteras, por tener vuestra nacion supremacia sobre las demás, sacrificáis un millon de hermanos. Piensen los pueblos, pues Dios les dió inteligencia, y aprovéchense de ella: tiempo es todavía de que el siglo xix merezca el titulo de ilustrado, que con arrogancia sin igual se abroga, reformando las leyes, destruyendo las fronteras y siendo los hombres lo que deben ser: todos hermanos. Vuestra inteligencia, amigos míos, ¿no se subleva al ver que sólo sois hermanos, que sólo sois iguales despues de muertos, porque no hay nivel más exacto que la tumba? Ante ella los hombres de todas las naciones, el mendigo y el rey, se convierten en pobres pecadores, y así escriben en sus sepuleros: *Rogad á Dios por este pobre pecador*. Triste es ver á los homhres enemigos durante la vida, y todos hermanos pecadores que piden en sus sepulturas oraciones al vivo cuando han dejado de existir.

¿Por qué no piensas y obras, humanidad? ¿Has de seguir siempre así? ¿Dónde está tu inteligencia? ¿No es desconsolador ver grandes progresos en tu destruccion y ningun adelanto para evitarla? No parece sino que quieres convertir todos los dias del año en dias de difuntos.

Los cristianos del siglo xix se diferencian muy poco de los antiguos paganos: como éstos, creyendo á Dios sediento de sangre, prodigan las batallas, y Dios no pide más que el sacrificio de las pasiones; y al redimirnos clavado en una cruz tiene derecho á ese sacrificio nuestro, y tambien á mandarnos, como lo hace en su Decálogo, que no matemos á nuestros hermanos.

La organizacion militar de la sociedad está ya demás desde que apareció el cristianismo. Caiga, pues, en el desprecio y olvido que merece, y de no hacerlo así deben seguir los tiempos actuales llamándose tiempos heroicos.

Al erriarnos Dios, ¿habrá sido por causarle placer nuestras luchas y por ver cómo nos destruimos? Pensar así es una herejía; luego nos ha criado para amarnos. ¿Cumplimos con sus preceptos teniendo ejércitos? Doctores son los reyes y sus ministros que podrán responder.

¡Cuánta paciencia tienes, Dios mio! No puedo ménos de admirar tu tolerancia, y jurar que eres Dios cuando pienso en la respuesta que diste á tus discípulos al rogarte que hicieses bajar fuego del cielo sobre un pueblo de samaritanos que les habia negado la hospitalidad. «No sabeis lo que pedis» respondiste con indignacion. ¡Severo anatema impusiste á la des-

truccion de las guerras con la respuesta dada á tus discípulos! ¡Y, sin embargo, los que siguen tu doctrina no hacen caso!

El guerrero, al destruir al hombre, tambien destruye las florestas y las campiñas, todo el majestuoso espectáculo de la naturaleza; por consiguiente el hombre guerrero, hecho á semejanza de su Dios y casi ángel, es un ángel rebelado porque destruye con furia lo criado por su Dios. ¡A la furia con que destruye las florestas y campiñas hay que añadir el insulto que hace á su Dios, pues que Éste crió para él esas florestas y campiñas y las desprecia. El mundo ha sido criado por Dios para el hombre; la armonía y belleza de la creacion indican al hombre dos cosas: Dios, glorificado en sus obras, y las necesidades del mismo hombre satisfechas. Mas si matais á vuestro hermano, ¿cómo las ha de satisfacer? Os oponéis al cristianismo y haceis que el sacrificio de Dios sea inútil y que su creacion magnífica sea estéril y vana.

Si al hombre se le condenase á vivir en la soledad le pareceria horrorosa la vida; y, sin embargo, tal teneis los guerreros al mundo con vuestras cruentas luchas que no hay hombre sensato que no haya pensado que la soledad sería la situacion que de más encantos rodearia su existencia, y que hallaria dulce la solitaria vida de los montes por no presenciar los fratricidios en masa.

Hé aquí la hermosura que á la naturaleza sabe dar el guerrero: los sitios donde la flor debiera ostentar su vistosa y aromática corola se ven cubiertos por una losa y un nombre; nombre que, si no es de un amigo, nos lo recuerda y nos llena de tristeza, porque muerto tambien en una batalla yace igualmente bajo una losa y en un campo abandonado. El guerrero ha convertido la tierra en un inmenso cementerio, en un campo embaldosado de cadáveres. ¡Tristes gentes que no dais un paso sin hollar esqueletos cuya osamenta esté triturada por el hierro! Sí, triturada, porque el airadamente muerto en la batalla es igual al asesinado por el bandido en una encrucijada. Así como éste, antes de quitar de en medio al caminante le hace presente su *ultimatum*, esto es, le dice *la bolsa ó la vida*, así los gobiernos guerreros, ántes de llevar los soldados al matadero, se dirigen notas, *memorandum* y *ultimatum*, documentos inventados para hacer creer que les sobra la razon para verter rios de sangre y para endosar la tremenda responsabilidad á la nacion contraria. ¡Tan injustas y bárbaras son todas las guerras que ninguna nacion quiere cargar con la responsabilidad de las que declara, y siempre trata de justificarlas ántes de romper las hostilidades!

Hombres guerreros, habeis convertido el mundo en *un campo de luto y de lágrimas*. Apénas hay sitio de la superficie de la tierra donde no se haya verificado una batalla, y en el que, siguiendo vuestra costumbre de colocar una cruz donde se haya cometido un asesinato, no teagamos necesidad de colocar cien cruces. ¡Ah! si en vez de clavar la cruz hubierais acostumbrado á plantar un frutal, la humanidad no tendria que trabajar para comer; pero en cambio no daría un paso sin tropezar con el indicador de un crimen; y si como buen cristiano encomendase á Dios al muerto airadamente, su vida toda, por dilatada que fuese, la pasaria rezando *Padre nuestros*.

De continuar así la humanidad, el último hombre del mundo, único destinado á morir de viejo porque no habrá guerras, tiene derecho á apostrofar al cristianismo y á las demás religiones que no han logrado la extincion en las batallas, con estas heréticas y severas palabras: ¿De qué habeis servido, religiones? ¡Tan sólo de irrision y desprecio de los hombres!

Notad, señores, que cuanto mejor es la religion más burla se hace de ella; así es que la cristiana es la que más padece. Vedlo, pues.

Enseña esta religion á respetar la debilidad, y al bombardear una plaza mueren el niño, la mujer y el anciano. ¿Qué más? ¿No es faltar al cristianismo luchar una nacion con otra? Sí, porque la más fuerte no respeta á la débil.

Pero donde más resalta el escarnio hecho por los cristianos á su religion es en la muerte de la mujer madre con el niño en los brazos, suceso que todos los dias se repite

cuando los ejércitos sitian y bombardean una plaza. ¿Puede adorar á la Virgen María con su hermoso hijo en brazos el guerrero que mata las madres que cubren cuanto pueden con su cuerpo sus pequeños hijos para que las balas no los hieran. ¿Puede ser cristiano el soldado que esto hace? ¿Respeto el guerrero la debilidad al violar las vírgenes y las desposadas? ¿Respeto á Dios cuando saquea los templos y arroja para pavimento de las herraduras de su troton las imágenes que no son de oro ó plata?

Lo que más nos recomienda Jesucristo es la caridad. El soldado no puede ser caritativo. La caridad es, segun dijo San Pablo á los corintios, paciente y dulce, no procura sobreponerse á nadie, ni obra con temeridad, ni se engrie, ni es ambiciosa, ni sigue sus intereses, ni se irrita, ni piensa mal.

¿Hace esto el soldado? ¿Es ser paciente y dulce el llevar á cabo una batalla? Al ver un campo cubierto de cadáveres cuando concluye la lucha me parece que estamos en plenos tiempos del paganismo, que todavía no ha venido el Mesias y que los oráculos han reclamado aquella hecatombe para aplacar los dioses. ¡Necedad y orgullo del hombre! Aún tienes, despues de tantos siglos de cristianismo, miles de sacrificios humanos que ofresces tal vez al Dios de Paz que dijo: *No matarás*.—«Comparte el pan con tu hermano», dijo Jesús antes de ascender al Gólgota, y hoy el soldado reparte el plomo de su fusil para que cause la muerte. ¿Es esta la dulzura de la caridad que dice San Pablo debe tener el cristiano? ¡Oh guerreros, que preferís obedecer las leyes de vuestros gobiernos á las de Jesús!

Que la caridad no se engrie, dice el Apóstol, y el guerrero se arroja al combate por adquirir gloria. Hasta ahora el pueblo conserva el nombre de los guerreros victoriosos y envidia su fama; mas no ve que lo que envidia es una fama infame, pues si sobrevive el nombre del guerrero victorioso es porque añade al dia de su muerte los dias de todas las vidas que quitó á sus semejantes.

Al deciros que el guerrero se arroja al combate por adquirir gloria, claro es que os digo que su caridad es temeraria, y San Pablo dice que la caridad no obra imprudentemente.

Lo que más deseaba Platon era la piedad. Siendo el hombre piadoso no habrá guerra. ¿Será inútil el tiempo pasado desde Platon hasta el siglo xix? Si es inútil, renunciemos al progreso humano y neguemos la inteligencia al hombre; y esto es lógico, pues si conocemos que la guerra es un gran mal y no nos enmendamos, hay que conceder que el hombre, ó no tiene inteligencia, ó es un malvado. ¡Qué triste conclusion es esta!

Piadoso es Dios, y, segun el Apóstol, iba haciendo bien; el guerrero, segun se ve en sus obras, no produce más que el mal. ¿Es esta la piedad del soldado?

Dice San Pablo que la caridad ni es ambiciosa ni sigue sus intereses. ¿Por qué son todas las guerras más que por la ambicion de los mandones guerreros?

Poderes de la tierra, generales que dirigís los ejércitos y aconsejais á los jefes de los Estados las luchas; en verdad os digo que así como el orgullo y la ambicion precipitaron en los abismos á Satanás, el orgullo y la ambicion os perderá tambien á vosotros.

Vuestro orgullo y vuestra ambicion están interesados en que la tierra continúe dividida en naciones; en que éstas sigan desunidas por la diferencia de costumbres, de gobierno y de lenguaje, y en que mantengan enemistades hereditarias de otras enemistades, porque así continuais siendo sus dueños. ¡Ah! si las naciones se abrazaran, caeriais porque no habeis reparado en aniquilarlas por continuar en el poder, y es justo pierdan el mando los gobiernos que, mirando sólo á su bienestar, han prescindido del bienestar de los desgraciados pueblos.

Hasta hoy todo les ha sido favorable. Las costumbres, las leyes, establecidas por ellos para que continúe tan tristemente dirigida la tierra, les han dado el resultado que apetecian. Aún continuará así largo tiempo la sociedad, porque es difícil desarraigar de una masa inmensa las costumbres, aunque éstas sean pésimas y destructoras.

Los poderes han dividido la sociedad en castas primero, y hoy en clases aristocrática

y plebeya. El noble allegó sus tesoros por medio de las armas. Cada haza del noble es sangre del plebeyo que era dueño de aquella tierra: si aquél perdonó á éste la vida fue para que trabajara para el mismo noble; mientras el plebeyo y sus hijos habitaban en pobre choza bajo las almenas del castillo. Aún hizo más el plebeyo: le dió sus hijos para armarlos y para que con aquellas armas le castigáran si no trabajaba la tierra que ántes fué suya y que ahora le concedía el noble por *caridad*. ¡Castigado por sus mismos hijos si no era un pechero dócil y buen trabajador! ¡Qué ignominia! ¿Cómo á los que dividieron la sociedad en plebeya y aristocrática no les ocurrió dividir también los dolores? ¡Ah! que el dolor es comun; el dolor es prueba de la igualdad.

No sé porqué se han separado del pueblo los que por sus artes malas ó buenas se conquistaron una posición holgada; pero es lo cierto que de esa separación dimanó el que el trabajo del hombre fuera afilar el hierro y preparar el veneno. La injusticia no puede producir más que el mal.

La aristocracia, en tiempo del feudalismo, era ambiciosa, y de aquí el ser turbulenta. Para satisfacer su orgullo y ambición crearon las llamadas órdenes de caballería. ¿Eran estos caballeros locos? Sí; leed la inmortal obra del *Quijote*. A pesar de la terrible crítica que de esas instituciones hizo Cervántes aún existen, y no hay misero mortal que no aspire á pertenecer á ellas.

Las órdenes de caballería podían considerarse como una necesidad de aquellos tiempos en que no había leyes sobre el derecho de gentes, ni tampoco ejércitos, y tal vez ellas salvarán entónces la Europa de algun otro Atila; pero en la actualidad es capaz su existencia de producir la hilaridad del hombre más serio.

A las órdenes de caballería siguió el sistema militar. ¿El varapalo que dió Cervántes al armado caballero D. Quijote lo enderezó contra los soldados? Muchos intérpretores han tenido la *sublime obra*. Yo también voy á meterme en camisa de once varas con el mismo derecho que todos los que trataron de analizar el pensamiento de Cervántes. ¿Quién sabe si acertaré? Lo único que aseguro es que las probabilidades se inclinan por mi lado. Señores, no importa que Cervántes fuera soldado, y su genio aventurero. Cuando escribió su obra no dejaba de ser un pobre inválido, un soldado maltratado, no por la razón, sino por la barbarie de las guerras. ¿Os extrañará que aquella grande inteligencia no pensara que un ejército fuera valeroso sin par como lo era su caballero? ¿Dejaría por eso, aunque la justicia pusiera las armas en su mano, de salir descalabrado? Citadme un capítulo del *Quijote* en que el armado caballero no saliese con las costillas magulladas ó con dientes de ménos en sus mandíbulas, ó en que no hiciera *triste figura* por abandonar la razón y encomendar á la pujanza de su brazo el desfacer los entuertos y desaguizados.

Un ejército en nuestros días no pasa, aunque venza, de ser un Quijote sin brazos, sin piernas, sin dientes ó tal vez algo más que todo esto si una bala le dá en el corazón. Después de una batalla los individuos que componen los ejércitos se ven reducidos á un Quijote que concluye de llevar á cabo una aventura. Los ejércitos hoy deben llamarse las andantes órdenes de caballería é infantería.

Mientras la razón y la palabra, dones que los racionales deben á Dios, estén escondidas, los hombres deberán ser equiparados á los brutos. Atrás, pues, los antiguos y modernos caballeros; atrás caballeros del León, de la Herradura ó Espuela de Oro, de la Media Luna, del Águila Blanca, del Dragón, de la Hacha, de la Tabla Redonda y de la Liga; atrás generales y coroneles; paso á la razón, á la palabra y á un jurado que dirima vuestras cuestiones. Pasó el tiempo de los Rolandos, Reinaldos y Bradamantes, Césares y Napoleones. Hora es ya de que el ridículo impida que los generales y capitanes del siglo cobren el barato de lo que los reyes ganan á costa de las naciones.

Bendito sea el nombre del escritor que esto consiga, porque hará más que el Apóstol San Pedro, quien convirtió en un sólo sermón cinco mil gentiles: el escritor que logre con un libro que la clase militar del siglo XIX deje las armas, vuelve al redil la cuarta

parte de los hombres, porque la cuarta parte de la humanidad está armada en este siglo de las luces.

Y la fuerza armada pronosticó que caerá por el ridículo. ¿Qué más dá órdenes de caballería que matan en las batallas, que hombres organizados militarmente que tambien matan?

Los guerreros han tenido sus historiadores, les faltan sus satíricos. Á los Marianas sucederán los Cervantes.

Y que su caída es segura por el ridículo me lo aboná la historia y la literatura. Á las novelas de caballería andante siguieron las pastoriles. Cervantes en su *Quijote* echó por tierra los caballeros entrometidos, y sus latigazos ridiculizaron tanto las leyendas caballerescas que no levantaron más la cabeza. Eran un mal, y cayeron por el ridículo. El siglo actual, cansado de largas y serias disertaciones, no hace caso ya de libros serios; prefiere reir á llorar. Así vereis que tiene más lectores un periódico como *Fray Gerundio* que el diario político que con más formalidad y más profundamente dilucide las cuestiones de la cosa pública.

La historia con sus alabanzas á los guerreros vencedores ha contribuido á sostener la barbarie de la guerra. No ha habido hombre que mande un peloton de soldados que no haya tratado de acometer las llamadas heroicidades, que no haya querido imitar á los grandes asesinos de la humanidad llamados por la historia grandes capitanes, y así como éstos legaron su nombre á la posteridad, tratan ellos de inscribir tambien su oscuro nombre en la historia.

Todos los hombres han admirado la gloria de las batallas. El corazon humano apetece la admiracion, y por eso se sostiene la barbarie de las guerras. Haced variar esa admiracion en odio y horror á los ganadores de batallas, y el cáncer de la guerra desaparecerá. ¿Cuán feliz fuera la humanidad si los primeros escritores hubieran inspirado horror é infamia á los hechos de los proto-guerreros y á sus nombres! Si los bardos no hubieran cantado encomiásticamente los mandobles de primer orden dados por el caballero á quien dedicaban su canto bélico, nunca el sable de un rudo y feroz soldado hubiera logrado avasallar por un momento á la razon. Si Ercilla, por ejemplo, olvidando que él tambien repartió cuchilladas, en vez de decir en su *Araucana*:

mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que á la cerviz de Arauco, no domada,
pusieron duro yugo por la espada...

hubiera dicho:

en lugar de enseñar al que no sabe,
estos brutos pegaron linternazos
á tierra ojos, cual bravo jarameño,
y con tanta razon cual tiene un leño,

nunca la bestial argumentacion del sable hubiera alcanzado la absurda é indebida prepotencia que ha logrado alcanzar.

Es antirristiano, y por consiguiente defectuoso, el modo de escribir la historia, y debe variarse para que llegue pronto la extincion de las guerras.

Que los Padres de la Iglesia católica llamen héroes á los santos, pase, porque héroe es el que doma las pasiones de su corazon; pero llamar héroe al vencedor de una batalla, al conquistador de un pueblo ó una nacion, al que en lugar de domar sus pasiones dá rienda suelta á sus sanguinarios instintos, no sólo es una antitesis y un sarcasmo; sino que es imitar al paganismo que ofrecia á la veneracion, y por consiguiente como ejemplo de los pueblos, á unos bandidos cuya única virtud, despues de haberse manchado con todo género de acciones infames, era la fuerza corporal.

¿Qué hacen los historiadores pasados y presentes (sino ofrecer á la admiracion de los

pueblos vuestros guerreros vencedores llamados héroes, sin otra virtud que el estar cubiertos de más sangre que los vencidos por tener ó haber tenido á sus órdenes soldados más capaces de dar en el blanco cuando disparáran, ó haber el mismo que llamais héroe inventado un ardid ó un medio de defensa que más daño haga á su enemigo?

Si el paganismo concedia la apoteosis á los buenos emperadores, tambien quemó incienso en Calígula, Neron y Tiberio.

No sé cómo el cristianismo no hace que á los que dirigen las batallas se les mire, si no con odio, cuando ménos con lástima ó desprecio. ¡Ay del hombre, y sobre todo del clero cristiano, si no trabaja por convertir la veneracion y gloria que hasta hoy se dá á los vencedores de batallas sangrientas en la compasion que se tiene á los asesinos cuando el verdugo empieza su terrible operacion! ¡Ay de él, si, porque el hombre que consiente los ejércitos y las guerras, adora el Koran y al dios Marte, y entre Marte, Mahoma y Jesús no hay afinidad.

Los gobiernos que arman ejércitos y los hombres que lo consenten se llaman cristianos, y en verdad les digo: ¿es imitacion de Jesucristo el pegar sin razonar? Si cristianos sois, ¿porqué olvidais la razon que Jesús dió al criado de Caifás cuando le dió una bofetada? Si los ángeles retiraron sus ojos al ver levantada la mano sacrilega ántes que la estampase en el rostro del Divino Maestro, ¿qué harian el Salvador del mundo y sus ángeles cuando vais en una batalla á dar la voz de «fuego?»

¡Qué hombres y cuán desfigurada han puesto la doctrina de Jesucristo!

¡Siempre tu nombre, Dios mio, en los labios; pero tambien siempre el odio en el corazon!

Muere, dice el hombre soldado á su hermano soldado. *Perdon*, grit el cielo á su enemigo.

Seguid, seguid llamándoos cristianos.

Los caballeros antiguos serian valerosos, harian potentes hechos de valor por la Iglesia, por su dama y por su rey; pero yo no veo en aquellas guerras de religion más que el error y la barbarie. He leído con detencion cuantas palabras pronunció Jesucristo, y he observado que nunca dijo: *cree, ó muere*.

Atenuó su error por la razon que el célebre Calderon, el más filósofo de nuestro poptas, atenúa las crueldades del rey D. Pedro:

mas, por Dios, que no fué el;
fué su tiempo quien lo hizo.

Es lo único que puedo conceder á los pasados guerreros.

Al destruir los gobiernos la igualdad que enseña el cristianismo faltan á tan hermosa doctrina. La guerra es contraria á la ley de Dios, que derramó su sangre lo mismo por los pobres soldados que por los gobernantes de la tierra; mas, sin embargo, sólo se exponen á las balas los pobres soldados que no pueden dar un poco de cobre por redimir su suerte, que es el precio de la sangre, el precio de un cuerpo humano. ¡Y no levantan una estatua al tasador de la sangre humana!

Poderes de la tierra, no seréis cristianos, pero en cambio sois hipócritas. Dios adornó al hombre con la palabra para evitar el mal de la guerra. Si el hombre razona y puede llevar el convencimiento al enemigo, ¿por qué venir á las manos? ¿Por qué el convencido no arroja su orgullo y dice al que la razon lleva: «perdon, hermano?»

Poderes de la tierra que os llamas sectarios de Cristo: puesto que Éste permite que dirijais las naciones; puesto que teneis sabiduria, pues si no es imposible que os concedamos que ocupeis los primeros puestos de una república; puesto que los gobernados imitan á sus gobernantes, mientras tengais ejércitos preparados para herir, el ciudadano tambien herirá al ciudadano por el más leve motivo. ¿No haceis vosotros esto con las vecinas nacio-

nes? El gobernado debe seguir el ejemplo del gobernante. Y si le sigue, ¿por qué le castigais?

La contradiccion que se observa en vuestras leyes prueba vuestra insensatez y vuestro egoismo. Habeis hecho las leyes sólo para vuestro bienestar. Si así habeis de seguir, ¿no os parece que para ser lógicos debeis suprimir la oracion dominical? ¿A qué rezar vosotros y el pueblo todos los dias perdónamos vuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, si no lo sentís y haceis que no lo sintamos? No es esto una burla hecha á la doctrina de Jesús? ¿Para qué decir una cosa si hacemos lo contrario? La humanidad, con la ilustracion que dice posee el siglo XIX, debe elegir, para que el porvenir no se burle de ella, ó ser cristiana verdadera, ó adorar al Koran ó declararse francamente atea.

Si Plinio viviera hoy no dejaria de empuñar su irónica pluma, y así como dijo á sus contemporáneos: «Dichosos hombres que les nacen dioses hasta en sus huertos,» no dejaria de endosar á los soldados una exclamacion parecida á ésta: «¡Dos veces dichosos guerreros, que alcanzais dos glorias matándoos en las batallas: la gloria del triunfo y la gloria eterna ofrecida por Dios!» Una vez que los hombres hacen mártires á los que mueren defendiendo la patria, sin importarles nada que falten al quinto mandamiento de la ley de Dios, Plinio tendria razon.

La religion cristiana es el más poderoso motivo del amor del prójimo; el guerrero no tiene más que odio; dudo, señores, que el militar tenga de cristiano más que el nombre. Esto lo prueban las palabras que oigo en la misa al sacerdote: «Lavaré mis manos, dice, entre los inocentes. No permitais ¡oh señor! que yo acabe mis dias entre los sanguinarios.» Vosotros sois sanguinarios, luégo á vosotros, guerreros desgraciados, se dirigen las anteriores palabras.

Nos llamamos cristianos, y los hechos guerreros de nuestros dias prueban que en los tiempos mitológicos practicaban el cristianismo mejor que nosotros. Coger el mejor de los poemas, y vereis á Priamo, el más afortunado rey, del que eran esclavos los grandes de la tierra, con el cabello cubierto de ceniza y el rostro bañado en lágrimas, presentarse en el campo de los griegos; vedlo postrarse á los piés de Aquiles y besar aquellas manos manchadas tantas veces con la sangre de sus hijos. Priamo, con apagada voz, pide á Aquiles el cuerpo del último de sus cincuenta hijos, que es Héctor, quién como los demás, siguiendo al dios Marte, acaba de morir á manos de Aquiles en la defensa de su patria.

Hé aquí á Priamo besar las manos del matador de sus hijos.

Los cristianos harán tambien esto; pero ¡ay de nosotros si no llueve hasta entónces!

Guzman el Bueno arrojará el puñal para que traspasen á su hijo y no entregará Tari-fa á los moros; pero el saldrá en cuanto pueda de la plaza, y por la cabeza de su hijo cortará las de cien moros. Doscientos ojos por dos, ciento por uno. El Koran dice: «ojo por ojo.» El Evangelio: «perdona á tu enemigo.»

No siendo los hombres verdaderos cristianos, piensan que la guerra no dejará de existir mientras la tierra gire. Todos están convencidos de que es un gran mal, pero mal inevitable, y desmayan y nada hacen por que suene la hora de su extincion. ¿Y qué necesitan para concluir con la guerra? Pronunciar la palabra que su convencimiento desea decir: «quiero.» ¿Es imposible pronunciarla hoy que todas las leyes y los reyes se hacen por medio de plesbiscitos? Proponed á las naciones la ley: «no hay ni habrá más ejercitos,» y el mundo entero la votará.

El que ama la guerra ama el mal; el que ama el mal desconoce la virtud; el que desconoce la virtud no es hombre de Cristo. ¡Desgraciado del que no es hombre de Cristo!

La guerra hace que el hombre sea ateo, porque al matar á su hermano, criatura de Dios, lo considera como un animalillo incómodo que le conviene reducir á polvo. ¿Dónde está el poder que Dios ha dado á la criatura para destruir á la criatura? Todo lo contrario nos dice el Decálogo.

Sí, es ateo el guerrero, porque considera á su hermano, criatura de Dios, como un feto nacido del cuerpo impuro de la mujer; feto que le incomoda y por eso airado le destruye. ¡Oh guerrero, cómo consideras á tu hermano, animado como tú de un soplo inmortal!

Los guerreros cuando van á matar á sus hermanos descubren sus cabezas é invocan á Dios ó á algun Santo para que la matanza sea abundante. ¡Qué sarcasmo!

Los sabios como Bacon, Newton y Bossuet descubrian sus cabezas augustas y pronunciaban el nombre de Dios al comenzar á trabajar.

¡Qué diferencia en las obras de unos y otros!

Al ver la oracion de los guerreros, al ver bendecir por los sacerdotes las banderas, parece que dicen: «Dios mio, ayúdame á destruir tus criaturas.»

La religion cristiana nos hizo libres y el militar es un vil esclavo. Cuando le dan la voz de «fuego» ó tocan á cargar á la bayoneta, y para animarlo le gritan ¡viva el rey ó la patria! en su respuesta me parece oír la vil expresion de los gladiadores romanos: *Ave, Caesar, morituri te salutant.*

Sí el nombre de esclavo que doy al soldado no os agrada, aún puedo compararlo á otra cosa más baja y vil. No hay comparacion más exacta que la guerra con la prostitucion.

Las prostitutas venden por un poco metal sus caricias y su cuerpo al libertino. Los hombres de guerra venden por un salario su cuerpo al falso principio del valor; y tienen en grande estima la memoria del que sucumbió en el *campo del honor*, como ellos dicen. Son los perdonavidas ó matones de las patrias.

La prostitucion la desprecian y repugnan las almas honradas y cristianas; la guerra, no sólo es repugnante por su séquito de violaciones y saqueos, sino que es horrible. Las almas honradas y cristianas la odian más que á la prostitucion. De ésta se salvan por su voluntad entera; de la guerra les es imposible.

Es la guerra plaga tan brutal y ciega que dá al inocente y al culpable. La prostitucion está prohibida, pero tolerada.

La guerra es declarada salvadora de la honra de una nacion por los mismos legisladores que toleran la prostitucion.

Guerra y prostitucion, hé aqui dos cosas toleradas por los legisladores. Ninguna de las dos puede echar nada en cara á la otra; son iguales.

No es un desvarío considerar las naciones como individuos. Esta consideracion no somos los primeros que la hacemos. Si un individuo dá de garrotazos á otro por salvar su honra, la ley le castiga y la sociedad misma dicta contra el alevoso su severo juicio. Si una nacion aniquila á otra, no sólo queda impune, sino que es respetada por las demás naciones. ¿Hay sólo leyes para los individuos y no para las naciones que declaran la guerra por salvar su honra? ¿Hay sólo leyes y castigos para los individuos y no para las colectividades? ¿Hay sólo maldad en obrar así un individuo con otro, y no le hay en declarar la guerra una nacion á otra, ó en la misma nacion un partido á otro? Por Dios, lógica, procura entrar en el meollo de los hombres-poderes.

Las revoluciones suceden cuando la mayoría de una nacion es injustamente tratada por el poder. La opinion publica, esa voz de Dios, porque es voz del pueblo, nunca se equivoca; concédasele lo que pida, porque lo que pida será justo, y las revoluciones se evitarán. Los hombres no piden á los gobiernos los derechos que ya tienen, ni hacen daño por el placer de hacerle. Y como si los pueblos con sus revoluciones no tuviesen bastantes motivos para lanzarse á la lucha, repartiéronse la tierra unos cuantos conquistadores é inventaron la palabra patria, y con esta bonita palabra engañaron y encontraron defensores. Pobres hombres defendieron y ayudaron al ambicioso conquistador para que se hiciese dueño de la tierra.

Amo el campo de mis abuelos como ama el jilguero el árbol que le dá sombra y en cuyas ramas enreda su nido; amo el suelo natal, pero no admito la division del mundo en patrias ó naciones. Dios me dió el mundo por patria y amo al mundo. Egoísta y miserable

es el hombre que sólo ama al suelo que abrazan las fronteras donde nació y no ama la tierra que hay más allá.

Tucidides dibujó con severidad los males ocasionados por la division de la tierra en reinos ó naciones. Dijo que esa division se prestaria á luchas sin cuento. Dejó á la posteridad buenos ejemplos, y la posteridad no se aprovecha de ellos. Si los sabios no aprovechan para nada, no deben escribir; si el mundo los desprecia, desprecien ellos al mundo.

Los hombres deben suprimir las fronteras; sea el mundo una confederacion de pueblos; créense leyes fundamentales que hagan hermanos á los hombres de diferentes pueblos; adopten como lengua universal una de las lenguas usadas, ó inventen una fácil con las palabras más sonoras y sencillas de todos los idiomas conocidos: si no hacen esto, siempre habrá guerras, y es miserable y risible justicia la que tiene por limites un rio ó una montaña. Ridículo y absurdo es que lo que aquí es una verdad sea un error allá; que lo que es lícito en Francia sea ilícito en España; que sea legal en Francia lo que es ilegal en Inglaterra. Destruid la palabra patria, y los habitantes de la tierra quedan hermanos.

La tierra toda es patria del hombre mientras vive: despues su patria es el cielo.

Inventada la palabra patria, añadieron á los deberes del ciudadano uno más: amarla y defenderla. El amor á la patria es causa de muchas guerras, en las que al defenderla se hacen prodigios de matanza. ¡Y sin embargo, el mundo todo es patria del hombre! ¿No nos manda el Supremo Hacedor que seamos justos y que amemos á la familia de Adán, que es la nuestra? Siendo justos nunca insultaremos á los pueblos vecinos, y amándonos como hermanos tampoco habrá guerra. ¿Luego qué queda de esas divisiones de la tierra que los reyes hicieron? ¿Por qué se procura tener siempre excitada la imaginacion de unas naciones contra otras? Si se amáran los pueblos y se unieran formando una confederacion universal, ¿quién perdía? Nadie: todos ganaban más que siguiendo el sistema actual de division del mundo en naciones.

Tengo una duda, señores. El que motiva una guerra sabe que tiene que responder á la Justicia Divina de tan nefando mal. ¡Desgraciado de él si no lo quiere saber, pues dá pruebas de ser un pecador endurecido que ha tenido la desgracia de perder la conciencia natural. El Dios misericordioso, ¿tendrá superabundante misericordia para ese pecador á sabiendas, ó para ese culpado endurecido responsable y causa de la muerte de tanto inocente?

Comparen los reyes ó los gobiernos el contento que experimentan cuando asisten á la inauguracion de un canal de riego que convierte los eriales campos en fértiles campiñas cuyas abundantes cosechas proporcionan el bienestar del hombre, con el disgusto que sufren cuando firman la paz con la nacion con quien hayan estado en guerra, paz en la que las viudas, los huérfanos, los inválidos y las losas que cubren los sepulcros de los que fueron sus guerreros son las consecuencias que encuentran. Hagan esta comparacion los gobiernos, y vean en el disgusto que sufren al firmar la paz la acusacion de su conciencia.

Os he dicho, señores, que el escribir la historia alabando tanto á los guerreros es una de las causas que sostienen las guerras.—¡Qué ridícula es la historia hasta hoy escrita! Sólo describe las aventuras de los reyes, como si fueran los únicos que existiesen. Esto dice Voltaire en su *Correspondencia general*, tomo III. Y yo añado que tambien refiere los hechos guerreros de los mayúsculos asesinos llamados grandes capitanes ó generales.

Si los renombrados militares fuesen filósofos como Jenofonte, no serían entonces tan matadores.

Menciona la historia los grandes destructores del hombre y de la belleza de los campos, y no se ocupa del labrador que más frutos arranca de la tierra.

Si la sociedad quiere merecer el nombre de justa, debe mencionar en su historia al guerrero y al labrador; á aquél, estigmatizado como merece; á éste, con los elogios, nunca bastante justos, de la humanidad agradecida al hombre que la proporciona el pan.

Mucho bien hará á la sociedad el que escriba una historia en que, en lugar de consignar la duracion de los reinados, consigne el tiempo que trascurrió desde un descubrimiento

beneficioso á la humanidad á una invencion provechosa al género humano, espacio de tiempo que llevaria el nombre del autor del descubrimiento. Si no fuera yo viejo, lo haria, y aún, con la ayuda del cielo, quizá acometa esa empresa.

¡Vengan héroes que produzcan bien á la humanidad! ¡Atrás los héroes enrojecidos por la sangre de sus hermanos, y pasen á formar parte de una segunda mitología en la que se refieran sus heroicos hechos, ocupando en ella el lugar que ocupan los dioses mitológicos.

Siga la mal aconsejada humanidad cinendo coronas de oro y diamantes con hojas de laurel á los emperadores y grandes capitanes victoriosos en las batallas, coronas que, por grande que sea su mérito, nunca tendrán el valor que las que los ángeles colocarán sobre las frentes de las Hermanas de la Caridad que acompañan y cuidan á los infinitos moribundos que ocasionan las batallas.

Con el perfeccionamiento de los instrumentos bélicos serán terribles las matanzas que están por venir. La sociedad se horrorizará, pero las guerras continuarán. A pesar de Bronganh, que dice que hoy no es señor del mundo el cañon sino la escuela, todavía seguirá siendo señor el cañon. ¡Ojalá fuera un hecho su pensamiento!

—Pido la palabra, exclamó el Torrente.

—Concedida, respondió D. Octaviano.

—Sr. de la Oliva, debe V. estar fatigado; comer y hablar cansa mucho: si así es, suspénda por unos minutos la sesion.

Y volviendo D. Octaviano á usar de la palabra, dijo:

—¿Creeis, señores, que el litigante se cansa de hablar de su pleito y el loco de repetir su tema? Pues eso me sucede á mí. ¿Qué importa, además, la fatiga de un pobre viejo ante la resolucion del saludable problema de la extincion de la guerra? Preciso es, señores, volver por la humanidad, á la que Bonal ha dirigido un terrible insulto. «Los hombres, ha dicho, no pueden reunirse más que en la iglesia ó formando filas en el ejército.» Yo procuro, señores, que se reunan para domeñar la naturaleza por medio del trabajo, y es preferible este trabajo á quintarlos para que empuñen el matador fusil. Aquello es el pan, esto la desolacion. Decia, amigos, que el señor del mundo todavía será el cañon. ¿Y por qué y para qué? Bossuet lo ha dicho en su *Discurso sobre la Historia universal*: «Despues del diluvio fué cuando aparecieron aquellos devastadores de las provincias llamados conquistadores, los cuales, *impelidos de la sola gloria de mandar*, exterminaron á tantos inocentes.... Desde entónces *la ambicion juega* sin limite alguno con la vida de los hombres, llegando á tal punto la locura, que se matan sin aborrecerse: el colmo de la gloria y la más brillante de las artes ha sido la de matarse unos á otros.»

La sed de mando y la ambicion de unos pocos, hé aquí la causa de tanta sangre. ¡Mandar y dejar un nombre póstumo! ¿Pues no saben esos desgraciados ambiciosos que más nombre que ellos adquieran adquirieron los Césares, Alejandros y Ciros, y tambien se les olvidará? ¿No he nacido yo en donde dicen que existió un famosísimo pueblo, valiente pueblo segun la historia, pero que nadie puede fijar el punto donde estuvo asentado? El ariete del tiempo todo lo derriba. Y si desgasta las piedras que formaron los famosísimos pueblos, ¿qué no hará con el hombre y su gloria, siendo el hombre un relámpago del tiempo, y su gloria adquirida por alguna obra ó accion un minuto de los tiempos? Todo está destinado á dejar de ser. ¿Qué importa dejar renombre si ha de concluir el dia en que Dios abandone la direccion del universo? Los mundos chocarán con los mundos, y todo se deshará.

Por otro lado, ¿por qué quereis inscribir vuestro nombre en las páginas de ese libro que llaman historia si han hecho de él un horrible depósito de grandes matanzas cuyas líneas están trazadas con sangre ó con el carbon de los huesos abrasados por el plomo, libro que refiere todas las batallas y no cuenta el número de surcos nuevos ó hechos en tierra erial por el sudoroso labrador. Ser inscripto en ese libro y por acciones guerreras es una deshonra.

Pero la historia es una espada de dos filos; si sostiene las guerras, mirad en cambio lo que nos dice acerca de la duracion de las obras levantadas por la espada; es una prueba de la inutilidad del derramamiento de sangre y de que la supremacia y la gloria de las naciones, cuando debèn su origen á la fuerza, á las batallas ganadas, á la buena suerte de las armas, es de poca duracion. La historia, aunque injusta é incompleta, eso nos enseña. Alejandro el Magno aumenta su reino á fuerza de conquistas, y el jóven capitán que sentia que el mundo no fuese mayor para dominarlo, pensamiento audaz, pero que hubiera realizado, veria con dolor, ya próximo á la tumba, donde temprana muerte lo ocultó, que sus generales no eran ménos ambiciosos que él, y que su vasto imperio, allegado con tanto trabajo y amasado con rios de sangre, lo hicieron tantas partijas como generales tuvo. ¡Hé ahí la efimera existencia de la gloria y grandeza creadas por la fuerza! ¡Cuando más dos lustros!...

Sigamos recorriendo la historia. Fijémonos en nuestra España.

La ciencia de Colon descubre la América, adonde, en lugar de ir el sabio misionero, fué el brutal soldado.

Decir soldado es decir hombre sin caridad, y decir hombre sin caridad es lo mismo que afirmar que nada sabe.

San Pablo dice: «El que sin caridad piensa ser ilustrado, nada sabe.» Por ilustrado que sea el militar, reniega del saber. La Ordenanza militar está por encima. Las consecuencias de la guerra son la sangre y el saqueo, ó sea la satisfaccion de la avaricia con excusa de hacer daño al enemigo. El americano era un enemigo asaz inocente cuando llegaron nuestros guerreros: no apreciaba el oro y poseia pequeñas cantidades. La avaricia del soldado discurre, y allí donde no hay saqueo inventa la esclavitud, el vender sus hermanos como si fueran reses ó animales útiles para el trabajo.

Hijo de España, siento que el bárbaro conquistador haya dado lugar al odio que aquellos hombres, que yo amo como hermanos, tienen á mi querida patria. Era natural nos captáramos su odio, pues los tratábam con la crueldad que dice esa gráfica expresion admitida por la costumbre: como país conquistado.

Pero es imposible escribir estas líneas en el siglo XIX sin que cruce por la mente un triste pensamiento.

Misterio es que España posea todavía un palmo de tierra en América teniendo vigente la infame ley de la esclavitud, tratando al hombre nuestro hermano, y como nosotros animado de un soplo inmortal, como una cosa, como un mueble; y el misterio crece y agranda cuando puestos en las orillas del mar que rodea la isla de Cuba se ve no léjos el Goliath país de los hombres libres, los Estados Unidos. La cristiana España, la nacion llamada por la Iglesia de Jesucristo *la nacion católica*, despreció los sabios consejos de los dominicos.

Fr. Bartolomé Las-Casas, el celoso defensor de los indios, y Montesino, elocuente predicador, estuvieron expuestos á ser hechos pedazos por los españoles dueños de esclavos, y todo porque Montesino declamó contra la esclavitud en la iglesia de Santo Domingo, mientras Las-Casas afirmaba que los indios eran libres por derecho natural, y pedía á los superintendentes que no los despojasen del privilegio comun de la humanidad. El interés siempre es vencedor de los principios religiosos, y por él se ven falseados.

¿Qué queda á España de aquel mundo llamado América? Sólo un átomo; átomo que, en los cortos dias de mi vida, pienso ver desligarse de nuestra patria por consentir en él la esclavitud, la horrible mancha que más ha de avergonzar á la humanidad cuando en su historia la mencione. ¿No es verdad que la sociedad es bárbara, y España la esencia de la barbarie, puesto que consiente la esclavitud habiendo existido un Terencio esclavo que dijo en una de sus obras: *Homo sunt et nihil humani à me alienum puto?*

Sigamos con la historia, pero demos un salto hasta parar en nuestros dias. Napoleon I, casi dueño de Europa, tiene su Waterloo, y dividen las naciones su imperial manto

echando en suerte los pedazos de la desventurada Polonia y de la artista de las naciones, la Italia. Otros dos lustros de existencia contó el vasto imperio creado por Napoleón, imperio rojo por la sangre de tres millones de hombres, y hoy en día blanco ya por los huesos de aquellos tres millones de asesinados que á la vez fueron asesinos, unos y otros soldados. La Inglaterra, el genio de la industria, vengó á la humanidad venciendo al genio de la guerra y encadenándolo en una roca, cual nuevo Prometeo. El buitre del remordimiento sació su apetito en el cuerpo del que tanto pasto habia dado á los buitres.

En cambio las conquistas de la ciencia, el descubrimiento de Colon, aún dura y durará mientras el globo terráqueo haga la rueda al sol, siendo las consecuencias de tan sublime hecho el que de aquella tierra, desconocida ántes, nos vengan esos dulces frutos que la Europa no conocia, y que necesitan para su desarrollo las corrientes de aire de aquel clima.

Parémonos en la conquista de Wat, la aplicación del vapor como fuerza locomotriz. Pasarán los grandes capitanes y sus conquistas quedarán reducidas á la nada; pero el vapor trasportará hombres y mercancías de un punto á otro.

Hemos dicho algunas causas de la guerra y algunas otras que contribuyen á que no llegue su última hora. Hemos visto que á las primeras pertenecen el orgullo y ambición de los potentados, la división de la tierra en naciones, el no hablar una lengua universal, el sostener calculadas rivalidades de unos nacionales contra otros por los que les interesa la desunión de los pueblos, y algunas otras que no recuerdo.

Entre las que contribuyen á sostener la matanza hemos visto figurar los cantos de los poetas á los vencedores, las alabanzas de los historiadores, las mujeres, los pueblos y el clero.

Tenemos que decir más de éste, y á propósito lo hemos dejado para lo último. No quisiera ser severo con el párroco, quien no tiene la culpa de estudiar en los Seminarios el antidiluviano saber del Padre Lárraga, que lo llamo así por no calificar más duramente ese texto de los Seminarios. El saber humano progresa, y el que se estaciona queda muy bajo del nivel de las ciencias. Tal vez sea ésta la causa de no llenar cumplidamente su misión el clero.

La influencia de la religion sobre los pueblos es mucha; la del clero es grande. ¿Llena éste su misión? Lo vamos á ver.

Señores, desde niño odié la guerra; muchas veces he ido al templo poco ántes que el orador sagrado ascendiera al púlpito, y nunca he oido sermones aconsejando el odio al odio, á la guerra, á la matanza de hermanos.

Clero cristiano, aún no te he visto coger el cayado é ir á sembrar la paz y concordia entre naciones enemigas. En la oscurísima noche de la indiferencia del clero por la matanza de sus hermanos sólo distingo un punto luminosísimo: el Arzobispo de París.

¿Dónde están los demás ministros de un Dios de Paz que con el crucifijo en la mano han ocupado el más elevado puesto de las barricadas exhortando á sus hermanos que luchaban á que se dé el ósculo de paz? ¡Ah! No veo ninguno.

¿Qué me importa, clero, que acompañes al herido en las batallas cuando está en sus últimos momentos, si el odio, el furor y sus terribles maldiciones no le permiten oír tus consoladoras palabras?

Tu influencia sobre el pueblo es inútil, toda vez que puedes evitar el mal y no lo evitas predicando la paz.

Si sois ministros de un Dios de Paz y mansedumbre; ministros de una religion cuya base es el amor fraternal, es la caridad, es el poner la mejilla compañera de la que ha concluido de recibir la bofetada, ¿por qué no decís al pueblo y á los reyes las palabras de vuestro Divino Maestro: «Haced bien á vuestros enemigos; amad á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y calumnian?»

Por qué, clero, no repitís á tus hermanos los soldados: «No cumplís con la sentencia

de Dios, que dijo: «comerás el pan ganándolo con el sudor de tu rostro; cavarás con trabajo el seno de la tierra?»

Diga el clero al soldado que su muerte es la más desgraciada, porque suspenderán ambas partes beligerantes el fuego para enterrar los muertos, y todos confundidos serán arrojados en la gran hoya que abrirán sus camaradas, y que al cubrir su cuerpo la tierra no la humedecerán las lágrimas de las personas por él queridas.

Dile, clero, dile al soldado, que compare su muerte y funeral con la muerte y entierro de un paisano que muere al lado de su familia.

Díle, clero, dile al soldado que no quiera luchar más, y que evite el que Dios le diga como á Cain: «¿Qué has hecho de tu hermano Abel?»

Convence, clero, á los emperadores y reyes con estas axiomáticas palabras del demócrata Victor Hugo: «La guerra es siempre un mal grandísimo para los vencedores; inmenso para los vencidos. Es un litigio en que todos pierden lo que nadie gana.»

Dirígete, clero, á los gobiernos de las naciones, y díles: «Desde hoy no vamos misioneros á los países salvajes para atraerlos á nuestra doctrina. Primero es necesario convertir á las naciones guerreras que se tienen por cristianas: á los salvajes la ignorancia los salva; mientras las naciones que exponen un millon de sus hijos á la muerte sabiendo que obran mal, se condenan.

Y, por último, clero, di á esos gobiernos: «Los padres de la Iglesia, nuestros sabios padres, opinan que el alma del justo, apénas se separa del cuerpo, vá á una morada de paz. Puesto que en vosotros consiste, ¿por qué no haceis de la tierra el principio de esa morada de paz, morada precursora de la en que se goza con toda plenitud de la felicidad celestial en cuanto el alma se separa de nuestro cuerpo? ¿No mandeis matar, gobiernos; esperad que llegue el instante del fin de los siglos anunciado en el Apocalipsis: «En aquel tiempo se manifestarán señales en los cielos; se abrirá el pozo del abismo; los siete ángeles vertirán las siete copas llenas de cólera; los pueblos se matarán unos á otros». ¿Por qué os matais todos los días? ¿No tendreis lugar de mataros cuando llegue ese terrible momento? Si haceis ahora que «la muerte recorra todos los días los reinos, montada en su pálido caballo, ¿qué señal dejais para cuando llegue el horrible trance, la fatal hora en la que Dios suspenda los movimientos de la creacion?

«Ahora, gobiernos y reyes, estais convertidos en el Ángel del poco juicio, haciendo resonar vuestra trompeta y diciendo: *levantaos vivos*, para mataros.

«Al parecer quereis adelantar los tiempos matándoos pronto para que el Ángel del juicio haga resonar su trompeta y diga, al reves que vosotros: *¡surgite, mortui!* ¡Levantaos, muertos!

«Estais en un error, gobiernos; no cumplís uno de los preceptos del Decálogo, y deseais que el Divino Juez anticipe la última sentencia á los siglos, y por consiguiente á vosotros. Organizad, poderes de la tierra, el mundo de otra manera que no sea militarmente; cumplid con el quinto mandamiento de la ley de Dios, y aumentarán los justos, pues serán casi todos los hombres los que subirán triunfantes á los cielos. ¿Qué os cuesta probar el desarme universal? Vuestra conciencia lo exige; sentís, como gobiernos cristianos, la gran verdad de que el cristianismo es perfecto y el hombre imperfecto. Siendo la guerra una imperfeccion, claro es que procede de los hombres. El que no trabaje por la paz perpétua será hombre, pero no será cristiano, pues se empeña en seguir siendo imperfecto. Exige vuestra conciencia el desarme general, más la desconfianza os hace continuar armados. Ningun gobierno quiere ser el primero en suprimir su ejército. Pues qué, ¿se os ha olvidado el hacer tratados que obliguen á desarmar y que consideren perjura á la nacion que faltase á cualquiera de los artículos del tratado, á las que todas unidas la hariais entrar en razon?»

Pero no, clero, no digas nada, no; que aunque tu mision es pacificar el mundo, éste se reirá de tus consejos y te contestará: «Imitamos á tu Pontifice; ¿no ves cómo pasa revista

á sus zuavos en el campo de Annibal? ¿No ves que quiere más los intereses terrenales que ser el modelo de la imitación de su Dios de mansedumbre?.

Algunos aseguran que, al revistar Pio IX sus tropas, vieron en el oscuro celaje, en los horribos truenos y en la fuerte lluvia que empapó la púrpura el dolor del cielo, y diz que vislumbraron entre la rasgadura de una oscurísima nube á un Santo Papa llorando, á San Leon el segundo de este nombre, quien probó al mundo que tiene más poder un anciano papa apoyado en su báculo que en sus cañones.

Los cañones rayados de los papas van borrando los más hermosos mandatos de la cristiana doctrina. Si un papa, rodeado de su artillería, dice al pueblo: «Bienaventurado los mandos porque de ellos es el reino de los cielos, ¿serán creidas sus palabras?»

¡Roma, Roma! Eres la bolsa del mundo, y por sobrarte las riquezas y pensar en ellas, pereces. Has olvidado que tu Dios te dijo: «Coge tu cruz y sígueme; el que me siga que coja su cruz.» La tiara te dió todo; gloria, respeto y amor de los pueblos; mas la corona temporal todo te lo quita.

La Roma pagana ha perjudicado mucho al mundo. Señora de éste, al dictarle sus leyes, entre los pliegues de la toga del legislador llevaba escondido el más grande mal de la humanidad: la organizacion legionaria que los poderes de la tierra han adoptado con el nombre de batallones, regimientos y ejércitos es el gran mal que nos legó.

La Roma cristiana há tiempo que sigue las huellas de la pagana. No fué así en los primeros tiempos del pontificado y del cristianismo; en aquellos tiempos en que, como decia San Bonifacio, «los cálices eran de madera, pero los sacerdotes de oro;» y en que San Próspero cantó há doce siglos, «que la silla de Pedro, como jefe del orden pastoral en todo el universo, subyugó por medio de la religion lo que las armas no pudieron subyugar.»

Después de esos tiempos el sacerdocio, atento sólo á sostener y aumentar sus intereses terrenales, á que este mundo fuera suyo dejando el otro para los demás, olvidó su mision de paz. En el púlpito no se le oye un discurso que anatematice la sed guerrera de los gobiernos, que evite las hecatombes; pero en cambio se le oyen palabras odiosas contra el liberalismo. ¡Si siquiera razonáran contra él! Creen que insultándolo lo destruyen, y la sociedad, sin embargo, vá adelante sin reparar en los insultos. Y no repara porque ha visto que Roma condenó á Galileo, y después, convencida de su desacierto, mandó dejasen quietas las cenizas del célebre astrónomo. ¿No puede suceder lo mismo con estas ideas liberales que tan tenazmente combate desde su aparicion? ¿Cuándo el sacerdocio será tolerante? ¿Cuándo amará al publicano y al fariseo? ¿Cuándo no odiará a nadie?

Afliado el clero al partido neo-católico, al que pertenecen unos cuantos virulentos perodistas que con sus adulaciones lo explotan, presume hacer feliz á la humanidad retrogradando á los tiempos de Cárlos I, sin reparar que Cárlos I consintió la esclavitud en América y bombardeó á Roma, mientras en España mandó hacer rogativas por el Papa, á quien tenía prisionero.

La prensa periodística neo-católica, que por irrision sólo se nombra católica, pide la destruccion del partido liberal, la guerra á muerte con los afiliados á ese moderno partido, y allá donde se manifieste alguna aspiracion liberal aconseja á los gobiernos, para ahogarla, que manden cuatro soldados y un cabo como aquel célebre mariscal de Francia. Y al pedir sangre se apoyan en que, por ser tolerantes con el liberalismo, se derrumbaron los tronos de Maximiliano en Méjico y de Francisco II en Nápoles. Brilla el catolicismo de ese partido que se llama católico en la primera línea de sus adalides en la prensa. ¡Qué bien obedecen á Jesueristo! ¡Qué bien se niega á él, toma su cruz y lo sigue! «Por qué desea á costa de sangre que sus ideas sean poder? Es edificante el modo de observar el catolicismo por el partido neo-católico, constituido por obispos, sacerdotes y unos cuantos perodistas.

En España no trascurre un año sin que haya destierros y extrañamientos políticos; pero aún no he visto ni oído que ningun obispo se haya acercado al Gobierno, como le manda

el concilio sardicense, para interponer su mediacion. Ningun desgraciado debe á estos señores la dulzura de continuar respirando las auras que orearon sus primeras lágrimas cuando nació.

Nada por la paz, todo por la sangre, es lo que se vé en tan *católico* partido. Hasta las costumbres del pueblo quiere que no se sustituyan por otras si no son sangrientas. Ved esa prensa retrógrada asegurar con no visto aplomo que la fiesta nacional, las corridas de toros, es diversion que debe conservarse porque así el pueblo se acostumbra al valor, á la ligereza, y que la lidia de los jaramenos es un medio de sostener nuestro antiguo y renombrado valor español. No ha habido un periódico liberal que no haya combatido tan bárbara diversion.

Sin religion no hay sensibilidad, ha dicho un escritor. No sintiendo la muerte ó mirándola con indiferencia, el hombre prueba la irreligiosidad.

Señores, mientras tomamos café, voy á concluir mi discurso. De lo que llevo dicho se desprende que la humanidad debe elegir entre la felicidad con la paz perpétua ó la inmensa desgracia de la continuacion de las guerras, las que reducirán los pueblos á escombros y la especie humana á unos cuantos hombres errantes sobre esos escombros. Elija la humanidad.

Espanto causa pensar que se incline por seguir con la organizacion militar y preparada para la guerra; porque, ¿cuánto tiempo necesitará la sociedad para extender sus individuos por los dilatados escombros y para hacer renacer las ciencias perdidas? Este será el paradero de la humanidad de elegir la guerra. Las destructoras máquinas que el hombre inventa para su daño nos lo aseguran.

Tiempo es ya de que nos horrorizemos del estado en que hemos vivido, y de que sustituyamos con la paz perpétua la destruccion del hombre conocida con el nombre de guerra. Sé que digo la verdad, sé que todos piensan como yo, y que sólo falta querer la paz y la paz será. Comiencen los poderes por deponer su orgullo, su ambicion y su interés, y la fuerza armada les será inútil porque para tener á raya á los criminales, que habrá donde hombres haya, pocos soldados son necesarios. ¡Dios quiera iluminar á los hombres! He dicho.

Aplaudieron mis amigos el discurso de mi tío, y uno de ellos, en nombre de los demás, se encargó de refutarlo, pues no era posible que en su ilustracion dejasen de hacer objeciones á los principios sustentados en él. Uno de mis amigos contestó á mi tío las siguientes palabras:

—Mi querido D. Octaviano: No encuentro en vuestro discurso más que un defecto, y es que miráis á la institucion militar sólo por el lado feo, digámoslo así. No hay en el mundo arte ni ciencia que no tenga dos caras, una brillante, y otra, que nace del abuso, oscura, y que al mirarla no deja de repugnarnos. Si hubierais pensado más vuestras razones, quizá no hubierais tratado tan duramente la organizacion militar de la sociedad. Vuestras palabras eran necesarias; es más, han sido ménos duras de lo que debian mirada esa organizacion militar, como V. la ha observado, por su lado desventajoso.

Dos razones grandes, poderosas, son las que me ocurren en este instante poner enfrente de las muchas que han salido de sus lábios; pero esas dos razones bastarán para vencerle de la gran nobleza de la profesion del arte de la guerra y de las grandes ventajas que ha reportado á la humanidad. Oidme; voy á ser breve. ¿Dónde hallareis profesion más noble que aquella que protege el ejercicio en paz de todas las demás? ¿No creéis que la milicia es un freno que contiene á los inquietos é inícuos para que dejen en paz á los laboriosos y honrados? Además ¿no veis que las guerras son un poderoso medio de ilustracion de los pueblos? Recordad, por ejemplo, que las ideas liberales las trajeron al pueblo español los franceses en las puntas de sus bayonetas. ¿No veis cómo no es perjudicial todo en esa organizacion militar de la sociedad?

—Mi estimado capitán: Las dos razones que habeis enunciado son los dos canones ra-

yados de que disponeis; pero creo que, si mi razon me ayuda, apagaré pronto vuestros dos únicos fuegos.

Llamais la más noble de todas las profesiones la del arte de la guerra, y decís que es precisamente la que protege el ejercicio en paz de todas las otras. Diréis que yo me encarnizo contra vuestra profesion; no, no creais encarnizamiento mis declamaciones, nacidas en mi mente tan sólo para evitar el mal terrible de la guerra que abrumba á la sociedad. ¿Por qué habia de declamar contra vuestra profesion si no trato de rebajarla para levantar otra? No quiero la destruccion de la guerra para dar toda la gloria á otra cualquiera profesion; deseo su desaparicion sólo por el bien de mis hermanos. Si algun daño me han hecho los guerreros, no lo atribuyo á ellos, sino al error de la sociedad en la época en que me ha cabido nacer; y si culpa tiene el guerrero yo lo perdono. Creedme, capitán, para tener á raya á los inquietos é inicios, basta una Guardia civil, la que obtendrá las simpatias y la ayuda de los hombres honrados, institucion que hará innecesaria la proteccion de los ejércitos á las profesiones diferentes del arte de la guerra.

Si en esta proteccion fundais la nobleza de la carrera de las armas, voy á pulverizar esa nobleza. El soldado mata; el matar, prohibido por Dios, es un delito; el que comete un delito, reniega del Criador; renegar del Criador, no es noble.

La misma irreflexiva sociedad que os consiente me va á proporcionar una razon para combatir la nobleza que atribuí á la profesion de matar. Si el verdugo invitase á cualquiera individuo á comer con él no aceptaria; y sin embargo, ese individuo que rehusa comer con el verdugo, acepta la comida que le ofrece el soldado que lleno de polvo, sudor y sangre llega de la batalla, donde concluye de ejecutar una operacion igual á la del verdugo. ¡Ah, si la sociedad pensase bien lo que hace! Le repugna dar la mano al verdugo que mata al criminal y recibe su salario por extinguir aquella vida, y la dá con placer al militar que tambien recibe su estipendio por matar al hombre soldado no criminal. ¿Es justa esta accion de la sociedad? ¿Es innoble el verdugo del criminal y noble el verdugo del inocente? Y sin embargo de ser la sociedad tan injusta, marcha indiferente y no protesta, y los poderes de la tierra no harán una reforma radical, porque su mando está basado en el terror que infunde la fuerza, y en la para ellos ventajosa costumbre de la obediencia ciega de esa fuerza. ¡Illumine Dios á unos y á otra! ¿Quién sabe si las bayonetas querrán no desmentir á Madama Stael probando que sirven para todo menos para sentarse en ellas?

La matanza continuará. El soldado, verdugo de inocentes y víctima de verdugos injustos, pues ni los odia ni los conoce, seguirá armado y en disposicion de matar. ¡Oh, sociedad, cuándo saldrás de tu error! Repugnas casar á tus hijos con los hijos del carnicero, del que te proporciona uno de los alimentos que más aprecias, y, sin embargo, admites en tu familia, creyendo que la honra, á ese carnicero humano llamado guerrero. ¿Cuándo serás justa, sociedad?

He combatido la nobleza de la carrera de las armas con argumentos de un tiempo de guerra, digámoslo así. Para combatirla en tiempo de paz os recordaré las palabras del Gran Capitan: «Los militares en tiempo de paz son como las chimeneas en tiempo de verano.» Ya lo veis, si verdugos en tiempo de guerra, chimeneas en tiempo de paz.

Paso á combatir vuestro segundo punto. Decís que uno de los medios de ilustracion de los pueblos son las guerras, y que recuerde que las ideas liberales las trajeron los franceses en las puntas de sus bayonetas cuando la guerra de la Independencia. No admito una razon tan baladí, pues de admitirla no habria liberales en España á estas horas. Recordad los que esto decís que en 1825, siendo Chateaubriand ministro en Francia, influyó para que á España vinieran los cien mil hijos de San Luis á quitarnos la constitucion, y lo consiguieron, trayendo á España sus bayonetas, en vez de la ilustracion, la sustitucion del principio liberal por el absolutista.

Las bayonetas de los franceses napoleónicos eran más ilustradas, á pesar de ser las

primeras que pasaron los Pirineos, puesto que sigue siendo poder la idea liberal; y las segundas bayonetas, las del quijotesco Chateaubriand, no trajeron ilustracion más que para dos lustros escasos. ¡Oh! desenganaos, las bayonetas no llevan nunca en su aguzada punta más que la destruccion.

Dadme siquiera diez ejemplares de una idea impresa; soltémoslos al aire, y el mismo viento se encargará de sembrar esa idea como lo hace en Octubre con los diminutos granos de la simiente del cardo rodador. Así se aclimataron las ideas liberales en España; de la prensa francesa pasó al corazon de los varones más sabios y de más entereza, que fueron los constituyentes de Cádiz, quienes, por otra parte, no necesitaban beber ideas en las fuentes francesas, pues les sobraba con recordar los democráticos principios de sus antiguas Cortes.

Y que el soldado lleva en sus instrumentos de guerra la destruccion me lo dice la historia. ¿Qué llevaron los tercios españoles en sus mosquetes á América? Sólo la esclavitud, que es la víbora que oprime con sus anillos á la ilustración.

El americano amó más al hombre pacífico, al sacerdote, que al aventurero armado, que al soldado; y seguro estoy que habiendo enviado allí legisladores y sacerdotes, la España no sintiera hoy la separacion de los que fueron sus hijos. En aquellas regiones sólo queda de España la parte que importaron nuestros religiosos y demás hombres de letras; la destruccion que el hombre armado llevó á aquel privilegiado suelo nos la han devuelto al hacerse independientes. Las armas conquistadoras han producido siempre, primero el odio y despues la venganza del país conquistado.

La religion, la filosofia, las ciencias y las artes son en la tierra las madres que cobijan bajo su manto al europeo y al americano, porque para la ilustracion los hombres, tengan el color que quieran, todos son hermanos.

Confío en el porvenir, y creo que, así como á las novelas de la caballeria andante siguieron las pastoriles, á la guerra seguirá el fecundo trabajo de la tierra, para que los frutos, alimento y vestido del hombre sean más abundantes y mejoren todas sus cualidades. ¡Dichosa generacion, la que forme el eslabon que una los tiempos de la guerra con los de la paz, pero más dichosas generaciones las de la paz perpétua!

Saludemos ese porvenir tan venturoso, y roguemos á Dios porque aparezca pronto en el horizonte ese paraíso perdido, la paz perpétua de los hombres. ¡Oh! entonces nada tendrán de Luzbel, nada de ángeles caídos. Donde el odio desaparece todo es amor. El amor reinó en el paraíso. El mundo sin guerreros volverá á ser el paraíso. Habéis oído mi largo y en la forma defectuoso discurso; y si consigo atraeros á mis ideas no podré menos de atribuirlo á la fuerza de mis razones. Hay causas en que no se debe reparar en las formas oratorias cuando se defienden, porque su bondad las hace bellas. La que yo defiendo es tan hermosa que no necesita de las galas ni atavíos de la retórica, sino de una sencilla exposicion.

El Torrente, que habia hecho un grandé esfuerzo para no interrumpir á mi tío, apénas éste terminó su discurso, le dirigió estas palabras:

—Don Octaviano, vuestros dos discursos me agradan, pero especialmente el parrafito que dedicais á los papás de pollas. Nunca he tenido aficion al matrimonio; más por si acaso la pícaro tentacion hiciese una de las tuyas en mi hasta ahora corazon de hielo, estimaria publicaseis vuestras ideas para recibir unas abultadas calabazas de la Dulcinea que me hiciese tilin; calabazas seguras, porque rehusará dar el nombre de esposo á un carnicero humano, salvándome así de ser casado, cosa que temo por no dar un adios á mi libertad. Morales son los demás párrafos de vuestros discursos; publicadlos, y con dificultad se presente este año obra más moral á la Real Academia Española, y por consiguiente será premiada. Vuestro lema es hacer el bien á vuestros semejantes evitando el derramamiento de sangre, y dudo que haya otro escritor que presente un pensamiento más moral, más benéfico ni más humanitario.

Y dirigió su diestra á una copa llena de ron, lo trasegó á su estómago, y grave, serio,

paseó su mirada de uno en otro conmensal, tarareando como siempre el *miserere* de *Il Trovatore*.

Riéronse todos del extraño «he dicho» del Torrente. En seguida tomando mi tío el sombrero levantó la sesión; dió la cuenta y algo más al camarero, hizo tres graciosas zapatas y gritó al mismo tiempo: «¡viva la paz!»

Cansados como estábamos nos fuimos á paso redoblado á nuestros respectivos alojamientos. Despues de acompañar á mi tío me dirigí á ver á Dolores con objeto de entregarle la sortija y las cartas que mi malogrado amigo Solís me encargó en su carta-testamento.

Cuando concluí de referirla la muerte de su amado Solís, que Dolores ya sabia por los periódicos, al manifestarla cual habia sido su último pensamiento, dijo tristemente:

—Tanto talento y tan noble corazon merecen mis oraciones, y juro no hacer otra cosa que rogar á Dios por él. ¡Bendita religion cristiana que me das oraciones para su alma despues de haber concluido todo, cuando de él no hay más que el *nada!*»

Dióme la mano y se despidió. Despues no la he vuelto á ver.

Unas amigas de Dolores me refirieron lo mucho que padecia al leer en los periódicos la descripcion de las batallas de África. Siempre que leia un periódico, se santiguaba y elevaba á Dios una oracion. Su corazon latia fuertemente y necesitaba descansar, porque el anhelo de saber la suerte de su amado la hacia enfermar, y hubiera muerto si la guerra se hubiese prolongado, porque aquel padecer era superior á sus fuerzas. Cuando concluia de leer la lista de muertos y heridos de cada batalla si el nombre de su amado no se hallaba en ella, postrábase de rodillas y decia con palabras que sólo de su corazon podian salir: «¡Gracias, Dios mio!»

Al leer la terrible lista de los muertos en la batalla de Vad-Ras, sonó un doloroso grito y se oyó el ruido de una persona que cayó al suelo al pronunciar el nombre de José Solís. Era el cuerpo de Dolores el que yacia en el suelo. Sus amigas se encargaron de ella, hasta que con sus solícitos cuidados volvió en sí.

Desde aquel dia Dolores no vistió más que un hábito morado. Hoy el que quiera verla vaya al Hospital general de la corte, donde hay una Hermana de la Caridad que llama la atencion por su paciencia al asistir á los enfermos y por los consuelos que prodiga á aquellos desgraciados: pregunte por la *Hermana buena*, y conocerá á Dolores.

Pocos dias despues de nuestra comida en la fonda marchó mi tío á Soria, desde donde me dirigí la epístola siguiente, que trasladó en el inmediato

CAPÍTULO IX.

De como D. Octaviano tenia poco de perezoso.

Querido Saturio: Deshecha y magullada mi armazon, gracias á los innumerables tumbo que he dado por esos caminos de Dios tan mal cuidados por los hombres, he llegado á nuestra querida ciudad de las cenizas, terror de Roma. Durante el camino he pensado mucho en tí y en tus buenos amigos, y con tan grato recuerdo se me ha hecho ménos largo mi viaje.

Grande alegría experimenté al entrar en mi casita así como al ver los antiguos muebles á que me asía cuando era niño y vacilaba mi paso, y que en mi vejez me proporcionan un dulce descanso. Al asomarme al balcon he saludado con alegría, cual á un amigo querido se saluda, al vetusto y cano Moncayo y al triste y abrasado cerro de Numancia. Son los amigos de mi niñez, y serán los probables testigos de mi muerte. Los veo con placer porque me dicen que estoy en la «muy noble y muy leal ciudad de Soria.»

El diablo ha sido sin duda quien ha inspirado estos titulos concedidos al derrama-

miento de sangre humana. Serás de mi opinion, Saturio, si coges el libro de los blasones de las ciudades y pueblos y piensas en la sangre que ha costado cada una de las vanas palabras que usan con orgullo en sus sellos esas mismas ciudades y pueblos.

•Sólo el diablo pudo inspirar esos títulos que conceden los reyes para que los ciegos pueblos vuelvan á hacer esas defensas-sacrificios, sin pensar que, victoriosos ó vencidos, han luchado por un ano.

•Por una palabra hueca concedida por el poder allá en los pasados tiempos era capaz de sucumbir un pueblo. ¿Cómo era posible que la ciudad llamada heróica, leal ó muy leal, si llamaba un enemigo de su rey en las férreas puertas, no sostuviese ese glorioso timbre aunque derramase la última gota de sangre de sus pobladores y aunque éstos viesen convertido en cenizas el albergue de sus abuelos que hoy les cobija? ¿Qué sería de su honor? ¿Qué de la honra y heroísmo de su querida ciudad?

•¡Oh locos pueblos! ¡Aprecian más una palabra vana y hueca dada por un mandon á cambio del señorío sobre la ciudad, que el bienestar positivo que la union les proporcionaria!

•Hé aquí que los vanos títulos de las ciudades manzanas de la discordia son que harán durar el derramamiento de la sangre humana. ¡Ah, Saturio, cuánta manzana de la discordia hay arrojada sobre la tierra! Cuando os dirigí la palabra en la fonda no os nombré esta causa de guerra.

•Ya lo ves; el árbol que en verano dá fruto y sombra al hombre es destruido por éste para alimentar el fuego de su chimenea en invierno; y el árbol que produce la discordia y la guerra, frutos ponzoñosos que le hacen mucho daño, en vez de cortarlo lo riega y le ingerta mil variadas ramas para que el amargo fruto sea variado y abundante.

•Cuanto más reflexiono más me voy convenciendo, querido Saturio, de que las guerras no sólo son la rémora para que el progreso científico siga adelante, sino la causa de que la tierra permanezca erial en su mayor parte: sólo así se explica la existencia de los páramos del viejo mundo y de las pampas de América. Destruyendo el hombre al hombre, el destructor no trabaja más que lo que necesita. Si hubiera más pobladores de la tierra más suelo conquistado á la produccion habria, pues el hombre se veria obligado á cultivar más superficie de la tierra, convirtiéndose ésta en un verjel.

•Figúrate un mundo en que no hubieran existido más ejércitos que los ejércitos de trabajadores de la tierra. ¡Oh! feliz del viviente en el siglo xix, porque viviria en un paraíso; las flores que hollarían sus piés serian su alfombra; el toldo que le diera sombra sería el abundoso y dulce fruto de los árboles, por entre cuyo espeso follaje miraría gozoso su corona de azul puro de dia y de brillantes estrellas de noche. Hé ahí la digna corona del rey de la naturaleza.

•Perdona, Saturio, si en mis cartas no sé hablarte de otra cosa que contra la guerra; hay una fuerza superior que dirige mi mente y mi mano, y soy subyugado siempre por esa fuerza. Al empezar á escribirté alguna carta me propongo siempre que no salga de los límites que la retórica exige, de una epístola familiar; mas esa fuerza desconocida se burla de mí y dirige mi pobre pluma haciendo que ensarte mis pensamientos antibélicos uno tras otro, y así me olvido de hablarte de las flores puestas por tu mano en el jardin y de la buena Teresa.

•Sigue ésta, á pesar de sus muchos anos, cuidando con esmero de los quehaceres de la casa é interesándose por tí con verdadero y entrañable afecto. Sus primeras palabras apenas bajé del coche, fueron:

—Y Saturito, ¿está bueno? ¡Cuándo vendrá para no volverse á ir!

•Más te agradarán estas noticias de nuestros queridos lares, que llenan el corazon de un sentimiento tierno y apacible, que mi continuo machacar contra la guerra. Verdaderamente que debo tener muy obtuso el órgano de la irascibilidad y la violencia, y muy desarrollado el de la apacibilidad, sosiego ó tranquilidad. Si conociera á algun discípulo de

Gall haría que me examinára detenidamente por saber si obedecen mis pacificadoras ideas al desarrollo no comun del órgano que obliga á amar la paz.

•Os pido á tí y á tus buenos amigos que perdoneis mis excentricidades que tan extensamente os he predicado durante los dias de mi estancia en la córte. No veais en mí más que un viejo que os ama y que ha tratado de separar de vuestra frente el estigma que las futuras generaciones guardan para los que han empuñado el sable, para todo aquel que su divisa ha sido: «la mejor razon la espada.» Deponed ellos y tú las armas, porque la humanidad futura, como Dios, dará la gloria al arrepentido, y preveo que adornará vuestros nombres con el honroso título de *los primeros conocedores del error guerrero.*

•Concluyo mi epístola diciéndoos que siento firmar mi carta en Soria «la muy noble y muy leal.» Me agrada más que la ciudad donde nací tuviera el pacífico y dulce epíteto de mantequillera, y que, en igual de ostentar en sus armas el castillo de dura piedra con la cabeza de un rey en su almena del centro, ostentára una rosca de blanca mantequilla en medio de dos vellones de rica lana merina, colocado todo en campo verde. Abrigo y suavidad dulce será en el porveair el distintivo de esta ciudad y el contingente que presentará á las generaciones felices que posean la paz perpétua.

•Oír llamar á Barcelona la industrial agrada al cristiano; oír la llamar ciudad condal, la heroica, la inmortal, le desagrada, y al cristiano pensador le llena el corazon de amargura.

•Adios, querido Saturio; abraza en mi nombre á tus compañeros; díles que deseo tomen posesion de esta casita donde mora la paz y un viejo que los estima, y no olvidéis lo mucho que te quiere tu tío—OCTAVIANO DE LA OLIVA.

CAPÍTULO X.

Cárlos Sarabia.

Fuera ingrato ¡oh Cárlos! si con tu recuerdo no emborronára unas cuantas páginas de mis *Memorias.* ¿No has sido mi asistente? ¿No hemos formado los dos una familia durante tres años? ¿No me has cuidado en mis dolencias con la solícitud de un cariñoso hermano? ¿No sentias más que yo la agonía de la paga durante cada mes? Te marchas para siempre á nuestros lares, y debo escribir la impresion que tu despedida me ha hecho.

Al servirme Cárlos la comida, noté que algunas lágrimas surcaban sus mejillas.

—¿Te han entregado la absoluta? le dije.

—Sí, señorito.

—¿Cómo ha de ser! anadi yo.

No hablamos más durante la comida. Encendí un cigarro, costumbre imperiosa en mí siempre que concluyo de comer, y al devolverle la estufilla que con insegura y temblorosa mano me habia dado, me dijo:

—Señorito, quisiera decirle á V. cuatro palabras, y no puedo. Siento una emoción.... Mas ¡qué demonio! ¿Por qué no confesarlo? Estas lágrimas me prohiben decirle lo que siento. ¡Oh! no temo ni me avergüenzo de llorar. Sé que V. juzgará mi enternecimiento, no como el de un sér débil, sino como el de un buen corazon que sabe sentir. Le consta á V. que no tiemblo al oír silbar las balas. Me ha visto V. en los campos de batalla, donde cuantos más compañeros caian á nuestro lado, mi serenidad y mi arrojo crecian y apuntaba con más acierto á los enemigos que más daño nos hacian. Mil veces me ha reñido porque me ponía delante de V. á ver si conseguia que la bala que le dirigieran se alojara en mi cuerpo ántes que en el suyo, y, sin embargo, lloro al separarme del que ha sido para este pobre paisano un hermano más que un amo. Pero veo que á V. tambien se le caen las lágrimas. ¡No lllore V., señorito!

¡Por San Saturio nuestro patron que está buen cuadro éste! Los dos bigotes mejores de la primera compañía de cazadores de..... regados por lágrimas como avellanas!

Dominados por la emoción aún largo rato, no llorábamos y nos caían abundantemente las lágrimas; tratábamos de hablar y sólo balbuceábamos. Al cabo Carlos se sobrepuso y dijo:

—Ea, señorito, adelante: voy.... Tres años hace que estoy á su lado. Muchas veces le habré disgustado; pero, créame V., habrá sido por ignorancia mía, no por mi voluntad. Me perdona V. Los disgustos que le haya ocasionado?

—No sólo te los perdono, sino que yo te pido disimules las veces que te haya tratado ásperamente. Tú sabes que tengo un genio apacible, y que si con acritud me he expresado alguna vez habrá sido por no poder dominar el mal humor que motivára alguna otra causa y no tus descuidos al servirme. ¿Y qué vas á hacer en el pueblo? Indícame algo de lo porvenir, pues te aseguro me alegraré seas feliz.

—Apénas llegue, y despues de hacer á su tío D. Octaviano la visita de ordenanza, ayudaré á mis padres en sus escasas labores del campo, pues sabéis son labradores medianamente acomodados, cuya mejor prueba es el que haya cogido el chopo. En seguida preguntaré por la Teresa, muchacha numantina hasta allí, quien al venir al servicio del rey ó sea de Isabel II me queria mucho, segun ella decia, y me juró que me esperaria estos pasados años. Como me gusta cumplir las palabras que doy, me casaré con ella, pues no quisiera perjudicarla si hubiese tenido algun acomodo y por mí lo hubiera dejado.

Tres años hace que no sé de ella, y es fácil que se haya portado como las mujeres en general, es decir, que me haya olvidado. En tal caso os juro que no me inscribo en la gran cofradia de San Márcos, por la sencilla razon de que no tengo ni espero tener riquezas, y los pobres, en cambio, son ricos en hijos, cosa muy natural, porque los vicios no han empobrecido su sangre. Tampoco me casaré porque le he oido decir á V. muchas veces cuando hemos ido á las capitales de provincia á recoger los quintos que íbamos por la carne de cañon, y que á los pobres soldados los llamaba así Napoleon el Grande, y yo no quiero, señorito, ser productor de la carne de cañon.

Reíme un rato de la formalidad con que Carlos se expresó, y me hizo gracia por la energía con que dijo la razon por que no se casaria.

Respondile que me permitiera dudar de su propósito de no casarse, y le referi que el elefante era uno de los pocos animales que, estando esclavos, por más que los hombres han trabajado para que acariaciára á su hembra, jamás han conseguido nada; virtud admirable que el hombre no imita, sino que, al contrario, se complace en criar esclavos.

Despedime de mi buen asistente, á quien di un fuerte abrazo, entregándole algunos encargos para mi tío y entre ellos la siguiente carta:

•Querido tío: Aprovechando la ocasion de ir á esa con la licencia absoluta nuestro paisano Sarabia, remito á V. las *Bellezas de la Biblia*, obra escrita por el Marqués de Casajara. Hay en ella un capitulo, titulado *Bellezas de las batallas*, que lo convencerá á usted y hará que el odio que tiene á la guerra, y por consiguiente á los ejércitos, lo trueque en admiracion. Sé que leyéndola pasará ratos amenos. Ya me figuro verlo, abrigado con su bata, dar tormento á los ardientes troncos de encina en su cómoda francesa cocinilla, y presumo los mil comentarios que hará V. del libro que le envío.

•Sabe que ansia abrazarlo su sobrino=SATURIO DE NUMANCIA. •

CAPÍTULO XI.

La respuesta de D. Octaviano.

Ha pasado un mes desde la marcha de Carlos Sarabia. Nada he escrito desde entónces. He leído las páginas que dediqué á mi buen asistente, y veo que es muy corto el capitulo que con su nombre he escrito en mis *Memorias*. Merecia el panegirico más largo y de

estilo más enfático y altisonante que se haya escrito en este bendito mundo, no obstante que son muchos los tales panegíricos que andan, ya dedicados á santos por curas de misa y olla, ya á ministros por los empleados periodistas á los que el alabado hombre político ha llenado el comedero. Pero mi tío Octaviano ha enmendado mi falta dándome curiosas noticias de la quinta esencia de los asistentes, del nunca bien ponderado Carlos Sarabia.

En verdad que no sé por qué la moda varía tanto los nombres de las cosas. El antiguo escudero limpiaba las armas de su señor y cuidaba de llenar la alforja para, al encontrar en el camino el bullicioso manantial bajo el frondoso árbol, poder dar la exigente reparación á sus decaídos estómagos. Pues bien, ¿por qué darles ahora el nombre de asistentes? ¿No somos hombres de armas? ¿En el pecho de casi todos los militares, y esto para más semejanza con los antiguos caballeros andantes, no se ostenta ya la cruz de San Fernando, ya un calvario con todas las cruces conocidas, y además espacio para las que son nonnatas, cruces que nos hacen ó nos dan el derecho de llamarnos caballeros? ¿En qué se ocupan nuestros asistentes sino en quitar el orin á nuestras ferreas armas? ¿No llenan también la limpia y luciente fiambreira con el reparador *taco* (según el lenguaje del cazador y del hombre que camina) para darle fin entre oficial y asistente cuando sus estómagos se lo mandan? Hasta en nuestros amores, ¿no es verdad que ellos nos ayudan con sus ardidés para entregar las perfumadas epístolas á nuestras Dulcineas? Pues si tanto se parecen, si se confunden éstos con aquéllos, ¿á qué llamarlos asistentes y no escuderos?

Somos injustos. Nos llamamos caballeros, siempre vamos armados, es además nuestra sombra el asistente ó escudero, y no somos D. Quijote el oficial ni Sancho Panza el asistente. ¿Hay diferencia en nuestras aventuras descomunales y las descomunales aventuras de Tirante el Blanco, de D. Quijote de la Mancha y de toda la andante caballería?

Los antiguos caballeros andantes favorecían á la infortunada princesa á quien un tutor ó tío ambicioso usurpára su heredada corona; ¿qué hacemos nosotros?

La antigua andante caballería vengaba los insultos hechos á su Dios y á su dama, cosa más razonable que la guerra que nosotros hacemos al que insulta nuestra bandera no saludándola en un puerto de mar con los veintiún cañonazos, con las veintiuna libras de pólvora. ¡Y cuánta sangre corre, cuántos mutilados miembros vemos por no saludar á un pedazo de tela colgado de un palo y desplegado al aire!

Defendía la antigua caballería andante al desvaldido que no podía recuperar los intereses que un avaro injusto le negára, y nosotros tenemos que emplear nuestras armas en defensa de los empleados en aduanas, si auxilio nos piden, para coger los alijos que quieren entrar por alto los hombres que llaman contrabandistas.

¡Cuántos de estos desgraciados gimen en los presidios! ¡Qué leyes tan sabias se han dado las naciones!

Pues qué, ¿forman parte del mundo los pueblos que no son España? ¿Son acaso hermanos nuestros los hombres que no son españoles, que fabrican telas más baratas que las fabricadas en España, y que desean además que nos vistamos con más economía? ¿Las telas extranjeras sirven acaso para cubrir nuestras carnes? ¡Injustas sereis, vivientes generaciones, si llamáis á los ejércitos del siglo xix ejércitos disciplinados de quijotes!

Muchas cosas semejantes tenemos los militares ó caballeros de estos tiempos con la antigua caballería; pero referirlas todas sería hacer este libro interminable.

Pero traslademos la carta en que mi tío Octaviano se ocupa del que fué mi asistente. Hela aquí:

•Querido Saturio: He leído la obra *Bellezas de la Biblia*, de la que te mandaré el pobre juicio que he formado, pues hoy quiero hablarte de los buenos ratos que paso con tu fiel ex-asistente Sarabia, quien casi todas las noches viene á casa y me pregunta si has escrito, probando al hacerlo que es verdadero el afecto que te profesa. La última noche, ¡qué feliz estuvo! No se borrará de mi memoria, pues nunca me he reído tanto.

•Figúrate que entra un caballero en mi habitación y me saluda con la gravedad que pu-

diera hacerlo un diplomático. Si él no se hubiera apresurado á sacarme de la duda diciéndome que era el que durante tres años habia estado dando lustre á tus zapatos, nunca hubiera creído que era tu asistente el que me saludaba.

— Soy yo, añadió Sarabia, el que ha gastado tantas horas limpiando la toledana hoja de la espada de D. Saturio; tiempo, segun la Ordenanza militar, tan preciosamente invertido que es imposible hallar ocupacion ni más benéfica ni más productora para el hombre; tiempo, segun yo creo, que hubiera estado mejor empleado en ayudar á mi anciano padre á labrar sus tierras, las que, á lo más, producen la mitad de lo que produjeron cuando ántes de ir soldado le ayudaba yo á labrarlas.

• Dos horas estuvo en mi compañía el buen Sarabia, y las dos horas sostuvo su punzante ironía.

— Compare V., me decia, resultado con resultado, y dígame V. si es más conveniente emplear el tiempo en limpiar una espada ó en dar vueltas á la tierra con el arado.

— Efectivamente, le dije, piensas, cuando ménos, como debe pensar un sectario de Cristo. El mismo Jesús aconseja no usar la espada, y al sanar la oreja cortada á Mateo por Pedro demuestra que no aprobaba el derramamiento de sangre.

• Al ver que Cárlos era contrario, á su manera, á los ejércitos, no pude demostrarle mi alegría más que oprimiéndole las manos con el cariño que lo hace un padre á un hijo. Durante el tiempo que estuvieron confundidas nuestras manos pensé que el arado hacia producir el pan, el bienestar de unos cuantos individuos, conspirando al mismo fin que nuestro Criador se propuso al darnos posesion de la tierra; mientras la espada no puede producir más que sangre, luto y lágrimas, tal vez orfandad, y ésta, de seguro, la prostitucion ó el crimen.

— ¿Y cómo esa variacion de traje, Cárlos? le pregunté.

— ¡Oh! respondió, voy á deciros por qué llevo gaban y las consecuencias que originará. Al separarme de su sobrino de V. hace un mes tomé un octavo de la loteria del sorteo que se verificó hace cuatro dias, cuyo octavo ha salido premiado con sesenta mil reales, motivo por el que he pensado darme tono los domingos y demás fiestas con este gaban, y los dias de trabajo ser labrador, oficio el más noble del mundo, y que yo rey obligaria á todo bicho viviente á cultivar aunque no fuera más que un palmo de tierra. Todo sale de ella, señor, el vestido y el alimento. No importa que el hombre se dedique á otra cosa para que emplee, cuando ménos, una hora diaria á cuidar de su palmo de tierra.

• Al venir á veros vestido de gala, tambien traigo otra mision: vengo á convidaros á mi boda. Quisiera se lo avisáseis á D. Saturio, así como tambien si quiere ser mi padrino, aunque no querrá pedir licencia por unos dias, porque no hay oficial más delicado y que quiera tener una hoja de servicios más limpia. Mucho sentiré que no me acompañe al dar el paso más serio de mi vida; pero si no viene nadie mejor que V. para ser mi padrino.

• Se lo he ofrecido, si tú, Saturio, no quieres incomodar á tus jefes; por lo tanto espero me avisarás pronto, pues Sarabia parece quiere casarse á paso de carga, como dice él.

• Rogué á Cárlos me refiriera sus amores, que yo clasificqué de fulminantes, puesto que tan de repente y sin haberme indicado nada se casaba, y me respondió:

— Son ya, Sr. Octaviano, amores veteranos los míos. Antes de caer soldado conocí una pícara Teresilla. Yo la dije: ¡viva lo bueno! y ella me respondió: ¡gracias. Después nuestras palabras se enredaron como las cerezas, el resultado es que me encontré al separarme de ella con que me habia ofrecido esperar hasta que volviera con la absoluta.

• Ningun prójimo la habrá hablado con buena intencion, que si no el pobre Sarabia estaria dado de baja. Aunque me ha esperado tantos años, sea forzosa, sea entrañablemente, la primera vez que la ví hace un mes, la dije:

— Teresita, dispuesto estoy á cumplir la palabra que al ir al servicio la dí; pero debemos pensar si nos conviene realizarla. Entre los dos con dificultad reunamos, trabajando

mucho, para el pan de cada día. Suponed que Dios bendice nuestro matrimonio dándonos hijos: ¡cuántos disgustos tendríamos ántes, en el acto y despues que cojan el chopo!

•Contestóme mi Teresilla, que puesto lo veíamos tan malo, esperásemos más tiempo, cosa fácil para nosotros que tan acostumbrados estábamos á esperar, no fuera que hiciéramos el disparate que muchísimos hacen de casarse sin contar con la huésped, haciéndose desgraciados no sólo ellos sino la inocente prole.

•La di la razon, admirándome su modo de pensar, que francamente, en ninguna mujer he visto ni oído. Ayer por la tarde me presenté en su casa y la dije:

—Somos ricos: yo menearé de tal manera estos tres mil duros que produzcan para que vivas como una reina, Teresa mía, y para que si viene aquello no le haga daño el cañon.

Referi á sus padres todo el enredo que llevábamos ya hacia años, convinimos en casarnos cuanto ántes, y por consiguiente sabe V., D. Octaviano, de mis amores tanto como yo.

•Ahora voy á hablarte de la obra *Bellezas de la Biblia*, ó mejor dicho, de sus dos capítulos *Guerra y Bellezas de las Batallas*. Mas si te dirijo por el correo tan larga y voluminosa carta van á creer que te casas y que bajo el sobre te mando la documentacion tan numerosa y pesada que exigen para casarse, y opino será mejor que la continuacion te la mande bajo otro sobre tu tío—OCTAVIANO.

CAPÍTULO XII.

En el que continúa la respuesta de D. Octaviano.

Pocos días despues de la anterior epístola me envió mi tío el siguiente juicio acerca de las *Bellezas de la Biblia*:

•Soria, 22 de Enero de 1862.

•Querido Saturio: Tres cosas he leído en mi vida con dolor en mi corazon y que á mi conciencia han repugnado. Quizá yo sea un mal cristiano; quizá no entienda tan hermoso dogma. Soy creyente de una religion de paz y mansedumbre, y creo deber seguir al pié de la letra los mandatos del Divino Maestro cuando dijo: «Haced bien á vuestros enemigos, amad á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian;» creo todo esto y hé aquí la primera de las tres cosas que he leído que me han causado dolor en el corazon y repugnancia en mi conciencia: «Que Roma convierte el dinero, llamado de San Pedro, en cañones.» Y veo el porvenir: á los dueños de Roma atacarán sus enemigos para quitarles la ciudad, objeto que únicamente se proponen. Si Roma vence, ¡qué magnífico será ver á hombres vestidos de púrpura cantar el *Te Deum* (1) por la derramada sangre de sus enemigos, por ser Roma tan obediente al mandato del Divino Maestro: «Haz bien á tu enemigo!»

•Roma de mediados del siglo XIX, este anciano oscuro, que habita en la ciudad que fué tu terror en tiempo de los Metelos y Escipiones, en Numancia, te detesta. ¿Y cómo no, si en cambio admira á esa grandiosa y santa ciudad de San Leon Magno, primero de ese nombre? ¡Oh, veo á Atila á sus piés! ¡Oh, San Leon, te prefiero!

•Pero este es un terreno resbaladizo, y paso á decirte la segunda lectura que me hizo daño. Es la carta de un oficial frances que, al hablar del ataque de los mejicanos contra Orizava, ocupado por los franceses, dice: «La accion fué terrible. Las cargas á la bayoneta fueron continuas y cada vez más recias. Los muertos caian á centenares. ¡Qué desastres! ¡Qué magnífico, qué imponente drama...! Ni aun á costa de una grave herida no quisiera haberme visto privado del espectáculo de una accion tan conmovedora y que no se borrará

(1) Mi prediccion se ha cumplido. La victoria de Mentana fué la causa de que los papistas elevaran á Dios el canto TE DEUM LAUDAMUS, etc.

jamás de mi memoria. Hasta aquí esa horrible carta que ha sido publicada por todos los periódicos de Europa.

¿Qué quieres, Saturio, que le diga á ese oficial frances? Que es su corazón de lobo. Que si le agrada el estampido del cañon, su retumbar, el repetir del eco de hoya en hoyo, de montaña en montaña; que si le place el ¡ay! del moribundo revolcándose en la sangre que á borbotones salga de la profunda herida causada por el plomo; que si le divierte el ver al agonizante retorcerse como lagartija dividida en dos partes; que si le gusta ver sangre humana, que acompañe, y es más cristiano, pues es obra meritoria, á un sangrador cuando visite á un enfermo, por no decirle ¡vive Dios! otra cosa. Y en cuanto á lo primero, si el retumbar del cañon le agrada, que aún tiene espectáculos más imponentes. La naturaleza se los presenta. ¿Qué cañon, llámese Amstrong ó como quiera, retumbará más que el trueno? ¡Vaya con el oficial frances y qué diversiones tan agradables desea no privarse de ver, aunque fuera á costa de una herida! Los hombres del porvenir dirán de este quidam que no lo comprenden si no está su carta firmada en un manicomio.

Paso á hablarte de la tercera lectura que con gran desconuelo he visto, lectura que tú me has proporcionado y que es causa de este capítulo. Permíteme ántes una corta digresion. Observa qué contados son los hombres que hallan bellezas en la guerra. De millones de millones de hombres sólo la han alabado un par de escritores. Sabes que he leído mucho; sabes que hemos nacido en una de las ciudades más ilustradas de España donde se puede asegurar que se lee cuanto se ha escrito en el mundo, y es consolador ver que son tan pocos los hombres que alaben y consideren bellas las batallas.

Severa fuera la crítica que hiciera del capítulo *Bellezas de las Batallas* de la obra *Bellezas de la Biblia* del Sr. Berriozabal, Marqués de Casajara; pero el aristócrata autor se ha provisto ántes de un para-crítica. Le salva su capítulo de la misma obra que titula *Guerra*. Imposible me sería describir con mejores rasgos que él lo hace los horrores de una guerra y el odio que la tienen los hombres. Creo oportuno copiar al autor y exponer en seguida mis razones refutando esas pretendidas bellezas. Comenzaré por su artículo *Guerra*. Hé aquí lo que dice:

Somos los hombres naturalmente amigos de la paz, y el sólo temor de perderla es cosa que nos hace estremecer... Si llegan á oirse algunos tiros en una ciudad, lo comun y lo natural es cerrar todos los vecinos las puertas de sus casas, atrancar todas las tiendas y asomar media cabeza por las ventanas entreabiertas, azorarse los unos, sobresaltarse los otros, consternarse las madres que no tienen delante á sus hijos, prorumpir las esposas en acongojadas exclamaciones temblando que á sus esposos suceda algo adverso en la calle, hacer las viejas aspavientos de susto, etc.

Y sigue el autor:—Pues bien; esas mismas personas tan despavoridas al oír unos tiros, escuchan con gusto y hablan con cierto regodeo de campos de batalla hechos rios de sangre, de cargas á la bayoneta en que los combatientes caian á millares; de encuentros de la caballería con el enemigo en los cuales el degüello fué rápido y horrible; de sitios en que las bombas arrasadoras no perdonaban al inocente niño, ni al desvalido anciano, ni á la mujer encinta, ni al hospital que se desploma sobre los inmóviles enfermos, ni á la iglesia que coge bajo sus ruinas á los sacerdotes y al pueblo que clamaba misericordia....

Si aún se duda de que la guerra es grata al ánimo y á la imaginacion, recuérdese con cuán ávida curiosidad preguntamos los pormenores de las batallas á los que se han hallado en ellas, dándonos por muy satisfechos si conseguimos formar clara idea de la posicion de los ejércitos, de las evoluciones, del humo y polvareda, de los horrores de la lucha, de los heridos y de la espantosa muchedumbre de muertos mutilados y bañados en sangre.

Y sigue el autor:—Que es (la guerra escrita) como el alimento de nuestra vida, pues apenas sabemos leer en nuestra propia lengua, cuando ya Quinto Curcio y Tito Livio con las hazañas de griegos y romanos pugnan por entrarlos en la cabeza, que al cabo de dos

ó tres años lo consiguen. Luégo la Eneida; en seguida llega el Patriarca del Parnaso y nos hace derramar lágrimas sobre el cadáver de Patroclo; y Silio Itálico; y Lucano, etc.

Y añade el Marqués de Casajara: «Y renunciaríamos á los placeres mentales que nos proporciona la deleitable lectura de esa infinidad de libros donde se pinta y se inmortaliza la guerra? No por cierto. La guerra es como el alma de la historia y de la poesia épica. No exagero. Cójase un libro de historia, y compárense las páginas de la guerra con las páginas de la paz, ó, mejor dicho, el efecto ó sensación que en nosotros producen estas y aquéllas. Es casi seguro que las de la guerra ocuparían nuestra atencion más que las otras.»

En seguida cuenta el autor la toma de Jericó en siete dias por medio de siete proce- siones dando vuelta en torno de la ciudad, excepto el último dia que dá Josué siete vueltas, se desploma la ciudad, y sus ruinas ponen fin á la risa de los moradores.

Cuenta tambien que por entre las calles de escombros corrieron las espadas triunfan- tes, que se entregó al fuego el cadáver de Jericó y que el viento desparramó sus malditas cenizas. «Así combaté Dios.» Con estas tres palabras concluye el autor la descripción de la toma de Jericó.

Francaente, mi corazón se ha afligido al copiar tan crueles palabras. ¿Cómo tú, Dios mio, te habias de rebajar á hacer las venganzas sangrientas y viles que los hombres hacen? No, no. Tu grandeza no necesita para darse á conocer imitar los crímenes de los hombres tus criaturas. ¡Oh! entónces tendria derecho para negarte la divinidad; tendria derecho para decir que eres la cosa más cruel que se puede decir ni pensar, en igual de decir con la doctrina cristiana que: «eres la suma bondad y la cosa más admirable que se puede decir ni pensar.»

Roma en nuestros dias y Jericó en lo antiguo se hallan á igual altura de crueldad. ¿Ser tú igual á los crueles sicarios del absolutismo? Mentira, mil veces mentira. Los hom- bres que así te creen, los que así te pintan son..... ¡pérdonalos, Señor! Dios con la espada de fuego en la mano entregándosela á sus ángeles no sería Dios, ni los ángeles serían ánge- les, como el juez en la tierra no sería juez si atravesára con un puñal el pecho del criminal que concluyese de condenar á muerte. Convertir á Dios en guerrero es poner en con- tradicción al mismo Dios, es hacerle matar á su criatura como perjudicial, y en el mundo no hay una criatura, obra de Dios, cuya existencia sea de todo punto inútil, estéril y perjui- cial á sus semejantes: en las palabras de Jesucristo sólo se vé su amor á la paz. Si mal no recordamos el autor describe otras batallas bíblicas. No es nuestro ánimo seguirle en ese terreno, y eso que esas tres palabras «así combate Dios» nos inspiran unos pensamien- tos..... Pero no debo de hablar más.

Sigo copiando al autor:—«La guerra, que de suyo es horrorosa, es, con respecto á los que la leen en un libro, tanto más grata y más bella cuanto mayor es el estrago y mayor la rapidez con que se ha ejecutado.» A esto digo al autor y á todos los que en- cuentran bellezas en las narraciones de las batallas, que los comparo á Tácito cuando dá el grito de alegría al hablar de los brúcteros que se degollaban á la vista de un campamento romano. Tácito era pagano, y no me extraña que se alegrase al ver que se deguellan se- senta mil semejantes; pero que un cristiano juzgue belleza la muerte de un batallon por salvar el resto del ejército, es cosa inconcebible.

Antes de pasar á copiar otra vez al autor será preciso le digamos, así como á los que como él piensan, que recuerden á San Pablo que nos advierte que: «El que sin caridad piensa ser ilustrado, nada sabe.»

Del capítulo *Bellezas de las Batallas* me choea lo siguiente, y lo copio: «Si se me pregunta en qué consiste la belleza de las batallas, apelaré para salir de embarazo á los que hayan leído los poemas en que se pintan aquéllas con galana fantasia: son bellas casi todas las que se han inventado por los hijos de la inspiración.»

A pesar de que indico que es imposible determinar fijamente lo que constituye la be-

Belleza de las batallas, á mi me parece que es inseparable compañera de lo heroico, de lo tierno, de lo sentimental, de lo patético, de lo sublime y de lo religioso, que todo esto en las batallas se ha visto. Un amigo que, no cuidándose de defenderse, se ocupa en recibir el último suspiro de su amigo moribundo; un hermano que, al ver caer prisionero á su hermano, corre por libertarlo á encontrar la muerte en las filas enemigas; un caudillo que, por desviar de los suyos la persecucion, llama sobre su propia persona á la caballería contraria, poniendo su preciosa vida en inminente peligro; un general que llora sobre el cadáver del general enemigo, porque en el perdió la tierra un valiente; una compañía de granaderos que, rodeada por un ejército entero, muere toda ó se abre paso por entre volcanes de fuego; un jefe que, mutilado y desangrándose, todavia continúa mandando é infundiendo valor á los soldados, son bellezas que se ven con frecuencia en las batallas. Bello es el terrible aspecto del dilatadísimo ejército rica y variadamente vestido; bello el rápido moverse y evolucionar de las columnas; bello el acompasado é impetuoso galopar de los escuadrones; bello el centelleo de las armas y el horrisono estampido de los cañones.

Quando cerca de una ciudad se dá una batalla figurada, que es lo que se llama un simulacro, concurren á verla infinidad de gentes y hasta muchas señoras. Prueba de las bellezas de las acciones de guerra.

Gracias á Dios que concluyo de copiar tanta belleza heroica de superior matanza, tanta bella sangre, tanto bello miembro mutilado, tanto bello horror.

Creo refutar esas pretendidas bellezas de las batallas explicando la causa que nos hace creerlas bellezas, siendo así que son crímenes, y como tales opuestos á los principios cristianos. Para esto, querido Satorio, seguiré el mismo orden que sigue el Sr. Marqués. Efectivamente que el hombre es amigo de la paz naturalmente, y al perderla se estremece y le sucede lo que con tanta elegancia describe el autor de *Bellezas de la Biblia*. Al mismo tiempo el hombre que tal estremecimiento padece al perder la paz, oye con placer hablar de batallas.

Al explicar el autor este odio á la guerra y este placer al oír hablar de ella nos dice que parece hay una contradicción singular en nuestros corazones en que no hemos reparado. No hay, Satorio, contradicción ninguna. Es la educacion, es la enseñanza de la historia la que nos hace ver bellezas en los horribles crímenes. El cristianismo, religion de paz, con su *Pax hominibus*, canto angelical, no ha conseguido nada en este punto. La historia sigue celebrando á los grandes matadores, y los que nos educan poniéndolos por ejemplos que debemos imitar, y todos envidiamos la gloria por ellos alcanzada en las lides.

¿Qué diferencia hay entre los siglos gentílicos y los cristianos? Ninguna. En éstos como en aquéllos hay esas horribles y anticristianas matanzas, hay guerras; en éstos como en aquéllos, más que presenciar las batallas, nos gusta oírlas relatar.

El mismo Marqués de Casajara, que nos cita varios autores latinos como Tito Livio, Quinto Curcio y otros historiadores que refieren las hazañas belicosas de sus tiempos, habrá traducido en su niñez á Tibulo, que nos dice en sus *Elegías*: «que le gusta más, sentado en el hogar, apoyando el brazo en la mesa de pino, oír de los labios de un guerrero amigo referir las batallas, y que éste, mojado su dedo en el añejo vino, pinte en la tabla de la mesa la posicion de los dos ejércitos contrarios, que marque con el vino el sitio donde se decidió la victoria.» Si la historia no fuera injusta é incompleta, há tiempo que las guerras hubieran dejado de ser, y tan bárbara ley ó costumbre no existiría.

Coge la historia, ábrela donde narre alguna batalla y verás que no habla más que de los capitanes que mandan los ejércitos. ¿Por qué en esa batalla no menciona la historia particular de cada hombre muerto, y no que, á lo más, refiere la del capitán ó general que la dirige? Viérase entonces completamente desnudo lo horrible de las batallas. Al soldado muerto en la accion se le ha tenido y tiene como poca cosa, como una rueda de esa gran máquina que se llama ejército: la gloria es, en las antiguas batallas, del dux ó capitán; en las modernas, del general; y, sin embargo, el soldado cumple con su deber.

Todos los historiadores han ayudado á sostener las guerras rodeando á los jefes de los ejércitos de una aureola de gloria, é incitando á los ánimos de los militares que leen esos historiadores á acometer empresas parecidas para que la historia conserve su nombre. Escríbase ésta de hoy en adelante como debe escribirse, completa y justa; escríbase la vida del pobre soldado muerto y la familia que sin amparo deja. No creas, Saturio, que la historia será más larga por eso y que perderá en interés ni en el elevado estilo que requiere. Viera entónces la humanidad lo que cuesta cada batalla, y, sin contar los enormes gastos pecuniarios, viera tambien los cientos de hombres muertos é inútiles, que son la mayor riqueza de las naciones.

¡Oh! ¡qué bien se aquilataria el gran mal de la guerra si así escribiesen los historiadores! Escrita así una historia-verdad, los poderes de la tierra y todos los hombres, creyentes ó no de Jesucristo, odiarian la guerra y concluirían con los combates.

•Esa que parece contradicción en el hombre de odiar la guerra y oír con placer hablar de ella, no es contradicción; es el efecto de la causa de escribir mal la historia de las batallas; es lo que erradamente nos enseñan, porque la sociedad, por desgracia, está organizada militarmente.

•Ese principio erróneo de «si quieres la paz prepárate para la guerra» es causa de grandes calamidades. Piensa un poco y verás que es tener el fuego cerca de la estopa para evitar el incendio.

•Todos los historiadores imitaron el modo primitivo de escribir de los cronicones y de la historia antigua, y ninguno hasta hoy ha salido de ese camino. Educado el hombre por esos libros, amigo de saber el pasado, porque los hombres tenidos por sabios, como Ciceron, le han dicho: «que el que no se emplea en las historias siempre se queda niño, pues no sabe lo que pasó poco ántes que naciese;» ó como el Maestro Fr. Enrique Florez: «con la historia se hacen experiencias propias las conductas y escarmientos ajenos,» no es extraño que, viendo admirar el valor, el hombre sólo desee adquirir un nombre para legarlo á la posteridad, y no le queda otro camino que el de las armas, porque el de las letras, además de no estar quizá en su mano, suele ir acompañado de la pobreza y aún del olvido.

•Siendo tambien el hombre amigo de lo maravilloso, nada tiene de extraño que lea con gusto las batallas escritas, que le produzcan más sensacion las páginas de la guerra que las de la paz, y que le parezcan más gratas y más bellas las batallas cuanto mayores sean el estrago y la rapidez con que se hayan ejecutado. Pero bien pueden concluir para siempre las batallas, sin que «renunciemos por eso á los placeres mentales que nos proporciona la deleitable lectura de esa infinidad de libros donde se pinta y se inmortaliza la guerra.

•Amenos ratos pasamos leyendo libros de andante caballería, ratos en que olvidamos nuestras penas; y, sin embargo, sabemos que no son verdad, que no ha existido ni Tirante el Blanco, ni Amadis de Gaula. Existan, pues, guerras y batallas; pero sólo escritas. No sé si mi corazón difiere de los demás; pero yo no hallo belleza donde hay sangre derramada á mano airada, y sólo veo sublimidad, heroísmo, ternura y religion en la sangre vertida por la caridad.

•Las campanas anuncian que hay fuego. Un hombre llega al sitio del incendio; contempla un edificio ardiendo; ve una mujer, un niño ó un anciano próximos á ser devorados por las llamas, y, sin reparar en el peligro, penetra en el edificio donde ocurre el siniestro, logrando con su intrepidez salvar á la mujer, al niño y al anciano. Hé aquí el valor, hé aquí lo sublime, lo tierno, lo religioso, lo heroico, lo conmovedor; en una palabra, hé aquí la belleza en medio de la desgracia del incendio.

Un niño cae al río. Sin temor á la corriente, sin detenernos á pensar en la profundidad; sin reparar en que estamos sudando y que es fácil nos suceda lo que á Alejandro el Grande, el vencedor de Darío, que murió por bañarse estando acalorado, nos arrojamamos al agua para salvar al niño. Hé aquí otro hecho como el anterior.

¿Hallas bellezas en esa consternacion de las madres que oprimen en su seno á sus hijos

creyendo que las bombas que arrojan los sitiadores á la ciudad se los van á matar, arrasadoras bombas que no perdonan al inocente niño, ni al desvalido anciano, ni á la mujer encinta, ni al hospital que se desploma sobre los inmóviles enfermos, ni á la iglesia que coge bajo sus ruinas á los sacerdotes y al pueblo que clamaba misericordia? Si estas son bellezas, sus bellezas espeluznantes que ahogan.

•El noble Marqués de Casajara debe ser un artista á lo Nerón. Sabe, pues ha traducido las hazañas de los romanos, que este emperador, por ver una cosa sublime, pegó fuego á la ciudad de Roma. Quiso admirar aquel espectáculo de ruinas alumbradas por llamas que se parecieran á las llamas de los volcanes, saliendo de los cónicos montones de escombros. ¡Oh, caro Saturio! ¡Separemos la vista de las obras artísticas á la neroniana! ¡Fuera las bellezas rojas! Bellezas enrojecidas por la sangre es imposible sean bellezas.

•Voy á concluir, Saturio; pero no lo haré sin protestar ántes en nombre de las señoras que acuden á ver los simulacros, ó sean batallas figuradas, hecho en el que el noble Marqués de Casajara cree hallar una prueba de la belleza de las acciones de guerra.

•¡Pobre mujer! Tu corazón, que es el templo donde moran la ternura y las lágrimas; tu alma tan delicada, tienes que conducirlos á que se espacien á esos campos donde el hombre simula la matanza, y donde siempre de seguro la hay, ya porque el pobre artillero queda sin brazo por un descuido del compañero en no interrumpir herméticamente la corriente de aire y, caliente aún el cañon, arder el cartucho; ya porque un pobre soldado de caballería ha sido lanzado al suelo por un respingo de su inquieto brido, pasando por encima de él los restantes galopantes escuadrones, y siendo triturado su cuerpo por los carros de la artillería. ¡Oh, Marqués, hasta la belleza de las acciones de guerra simuladas es bárbara! No hay simulacro donde no se cuenten desgracias.

•Acudes, pobre mujer, á los simulacros, lo mismo que á las corridas de toros, no porque semejantes espectáculos te ofrezcan solaz ni halles diversion en ellos, sino por no desperdiciar una ocasion de exhibirte, por lucir tus galas, porque los hombres vean tu hermosura, porque contemplen tus encantos, como los contemplan cuando al balcon te asomas, cuando acudes al templo ó cuando vas á paseo.

•Poco gana, en verdad, la mujer al hacer esto, pero la ley de la sociedad es imperiosa y la manda ir á las reuniones, exposicion pública ó ferial donde la mujer suele terminar su carrera atando á algun hombre con las cadenas de sus gracias y llevándolo á la Vicaría. Si esto consigue la mujer, ¿qué la importa ir al simulacro y que por esto la llamen mujer de duro corazón?

•Cree, Saturio, lo que esta carta te dá á entender acerca de lo que piensa tu tío sobre las batallas bíblicas. Nunca haré á Dios guerrero: ni aún en las bíblicas batallas quiero ver pelear á Dios, porque dará motivo para preguntar á los que lo convierten en asesino ¿Dónde está su más hermoso atributo, la misericordia? Si es omnipotente, ¿por qué no ilumina á los que se separan de su doctrina para que le adoren en lugar de destruirlos? ¿Es necesario que persigan á su escogido pueblo? ¿A qué más desgracia que la que tiene encima el perseguidor que ve la armonía, el orden de la creacion, y no cree en tí, Dios mio?

•Adios, Saturio; riete de estas cartas; pero di razones de más peso para que no siga en la creencia de que la razon la tiene tu tío.—OCTAVIANO DE LA OLIVA.

Nueve meses despues de recibir la anterior carta abrazaba á mi tío en la numantina ciudad. Despues de la guerra de África, oficiales y soldados, todo el que quiso obtener una licencia temporal la consiguió. Hizo bien el Gobierno de dar alegría á muchas familias ya que á otras tantas las habia dado la tristeza. En los cuatro meses que estuve disfrutando la licencia al lado de mi tío nada ocurrió que merezca mencionarse.

Poco ántes de finalizar mis cuatro meses de licencia escribí á Mauricio el dia que salia de Soria para abrazarlo. Doña Teresa, al despedirme, lloraba; y mi tío, al abrazarme, me dijo:

—Aquí seguiré rogando al cielo para que no permita que haya guerras, y ménos como la pasada donde tú tengas que ser actor.

Eran las siete y media de la tarde cuando subía al coche que me había de conducir á Madrid.

CAPÍTULO XIII.

De como en ciertos actos hay arrepentimiento pero no enmienda.

Al emprender mi viaje á la coronada villa no pude ménos de recordar mis dos anteriores caminatas, y de considerar que la ley del progreso podrá desarrollarse lentamente, pero es una ley ineludible. Mi primera marcha la verifiqué ginete sobre una amojamada y espantadiza mula, en la que durante el camino, gracias al monótono y lento paso de la cabalgadura, no cesé de hacer afirmaciones, si bien algunas veces, no pocas por mi desdicha, se trocaban aquéllas en negaciones, merced á los terribles tropezones que con frecuencia daba la acémila sobre quien yo iba caballero, tropezones que me hicieron dudar si concluiría por medir la tierra con mis costillas y si llegaría sano y salvo al término de mi viaje, como así sucedió poco ménos que por milagro, si bien con mi osamenta un tanto desvencijada. Tales fueron mis sufrimientos durante el camino que me llegué á figurar ser tan héroe como César ó Napoleon el Grande, y hasta momentos hubo que, al ver mi resignación, me conceptué más héroe que ellos y con méritos sobrados para eclipsar su fama.

Mi segundo viaje ya picó un poquito más alto, pues lo emprendí y llevé á feliz término en un carro-mato con honores de galera, nombres puestos con justicia, pues si el primero mata la segunda es el castigo que aun á la mujer más meretriz aterra.

Más en armonía con el siglo XIX fué mi viaje tercero, en el que en una diligencia fui transportado cómodamente, si es que en estos vehículos se encuentra comodidad.

Si la medida de la civilización consiste en el progreso de las comunicaciones de los pueblos, no es posible dudar de nuestra civilización al considerar que, por el mismo camino y al mismo punto que ahora, viajé, como nuestros abuelos, en la reatada mula, enjaezada con el ruidoso collar de cascabeles y campanillas, gala y orgullo del arriero y tortura del pobre viandante, en la cual se hacia eterno el camino; porque sacar de su acostumbrado paso á las acémilas nunca lo hubiera consentido el arriero, como tampoco el pernoctar en otras ventas y posadas que en las que su abuelo, y más tarde su padre, acostumbraron á hacerlo.

Después de viajar en vehiculo pesado verificarlo en otros más ligeros, y, por último, aunque pequeña parte, en ferro-carril, es cuanto apetecerse puede en estos benditos tiempos de la andante infantería.

Llegué otra vez á Madrid, no sin que en el camino desde Soria á la corte me aconteciese una aventura por enamorarme á lo cadete, aventura que voy á referir con los pelos y señales que exige hoy la literatura que usan nuestros novelistas.

Era á primeros de Febrero de 1865.

Daban las ocho de la noche en el reloj del Postigo cuando me coloqué en el central asiento del interior de una diligencia, por estar ya ocupados los rincones por dos viajeros que me precedieron.

La noche estaba oscurísima, tanto que no pude distinguir á qué sexo pertenecían mis compañeros de viaje.

Deseoso de saber si me acompañaba alguna hija de Eva y ver si era hermosa, me ocurrió la idea de encender un cigarro.

—Señores, dije, ¿me permiten VV. fumar, si es que no les daña?

A un tiempo sentí dos risitas, una á cada lado, oyendo un «puede V. hacerlo» pronunciado á mi izquierda con una voz gruesa y bronca, y un «como V. guste.» al lado derecho, cuyo acento era más fino y meliflúo.

—Gracias, respondi.

Comprendiendo iba entre dos Evas me expliqué que su risa fué motivada porque las consideré como Adanes.

¡Oh! ¡Era feliz! ¡Las iba á ver, gracias á haber tenido la dicha de venir al mundo en el siglo XIX, en el siglo de cien luces por dos cuartos!

Ciudad de Cascante, ciudad de las cerillas, ¡yo te saludo! Y á tí, insigne Brant, descubridor del fósforo, del hasta ahora cuerpo simple que lleva luz, ¡yo te admiro!

Coloquéme el cigarro entre los labios con sumo cuidado; oprímalo suavemente, con esa suavidad comparable á un prolongado beso; y práctico, como militar, en la direccion de las visuales á derecha é izquierda y con el cuidado é interés que si mandára un peloton de quintos, enciendo la cerilla, y al dirigir á ambos lados mis escudriñadoras miradas, ¡oh cielos! me encuentro con que una espiral densa nube velaba á mis inquisidores ojos el horrible ó encantador semblante de mis compañeras de viaje.

—¡Trueno de Dios! digo para mis adentros: el *ars belli* es impotente; mejor es la buena suerte. El mismo Napoleon debió más de una batalla, no á la direccion que dió á sus batallones, sino á su buena estrella.

Apagada la luz de la cerilla, por más que en las absorciones de humo ó chupetones que al cigarro daba procuré emplear tanta ó más potencia chupadora que en el presupuesto emplea un diputado ministerial, nada logré ver con el ténue resplandor que el cigarro producía.

El camino, como la generalidad de los de España, estaba lleno de baches.

En uno de los repetidos vaivenes que la diligencia daba por esta causa, procuré y logré asir la mano de mi compañera de la derecha, que por ser la voz más delgada me pareció sería la más jóven, mano que cubria un suave guante de cabritilla y que no huía, no se retiraba de la mía. Mi asida compañera ¿habia notado que mi mano estrechaba la suya? ¿Dormía? Y si sucedía así, ¿era tan feliz su sueño que le liciese reír? Acababa de notar una risa que me pareció burlona: ¿sería el castigo que imponía á mi audacia?

En verdad que estaba confuso. Pensé, sin embargo, que era muy pequeño el castigo de su burlona risa, y la impunidad, ó más bien tan pequeño castigo, hizo que creciese mi audacia y que al otro vaiven apretase más aquella breve mano, y que al siguiente estampase en ella un chispeante ósculo, como diría un discípulo del toledano colegio.

¡A qué tiempos hemos llegado, Dios mio! ¡Todo un capitán de cazadores convertido en cazador de vaivenes! ¡Y aún dirán algunos pensadores que esta es la ocupacion ménos perjudicial que un capitán puede tener!

Apénas imprimí mis labios en el pedazo de cabritilla, cuando una sonora carejada destrozó mi corazón é hirió en lo más vivo mi excesivo amor propio haciéndome soltar la diminuta mano que tenia entre las mias.

Estaba amaneciendo, y en breve iba á verme frente á frente de la que con sobrada razon se habia burlado de mi atrevimiento. Más hubiera querido hallarme en aquel instante en una batalla y en peligro de recibir una herida.

Sólo tenia la esperanza de que Jadraque, término de nuestro viaje en diligencia, debia estar cerca, y allí, al tomar el tren, procuraria entrar en diferente coche que mis compañeras.

Por fin llegamos á Jadraque, descendimos del coche y nos dirigimos á un salon de descanso alumbrado por una ténue luz, al penetrar en el cual, con el pretexto de resguardarme del frio, oculté casi por completo mi rostro en mi tapaboca de camino, preservándome ó creyendo preservarme así á las curiosas miradas de las viajeras. ¡Que situacion tan crítica y ridícula la en que me encontraba! ¡Tan avergonzado y confuso estaba que no pude hallar una excusa para atenuar la imprudencia que habia cometido! De buena gana, por no hallarme en situacion semejante hubiera renunciado mi cruz de San Fernando.

Ya en el salon de descanso comenzaron mis compañeras á desenredarse las interminables nubes que velaron sus semblantes á mis miradas, y al terminar esta operacion ¡oh cielos! todo mi valor guerrero fué necesario para que no me diera un síncope al ver que la mano por mí tan buscada, y en la que estampé un ardiente beso, era de la pertenencia de una señora de unos cincuenta años, y que aquella voz bronca, á causa de un fuerte catarro, procedía de la hija de ésta, jóven, ó mejor dicho, ángel que apenas contaba veinte abriles, y que eran tales y tantos sus hechizos y gracias que el hombre más descontentadizo y exigente hubiera encontrado en ella su bello ideal.

Admirado al ver aquel conjunto de gracias sentí más mi *quid pro quo*, y, no obstante mi bochornosa situacion, á no haberlo evitado mordiéndome el labio inferior, hubiera soltado una sonora carcajada.

Violenta por demás era la alternativa en que me hallaba colocado. Por un lado temia el conversar, no fuera que entrásemos en el terreno, para mí candente, de la pasada noche de los vaivenes, y por otro no podía separarme de ellas sin faltar á la galantería y á ese afecto que engendra el compañerismo de un viaje.

Verdaderamente hay sucesos en la vida que, momentos ántes de que se realicen, cuando se ven venir, cuando se está entre la espada y la pared, sobre todo interesándose nuestro amor propio, los esperamos con un temor pueril, y, sin embargo, pasan, nos hacen sufrir unos instantes; pero pronto los olvidamos, y, á lo más, se reproduce el sufrimiento cuando volvemos á ver los objetos que los causáran. ¡Qué fragilidad la nuestra! Léjos de arrepentirnos y enmendarnos en estos lances, es seguro que, dadas las mismas circunstancias, asimos otra vez la mano de la compañera de viaje que el administrador de coches ó la casualidad, caprichosa señora, nos depare en una próxima caminata.

Un momento despues de tomar asiento en la sala de descanso se presentó la doncella de mis compañeras de viaje, que habia ocupado un asiento en la rotonda, y al preguntar á sus señoras si se les ofrecia algo, la indicaron que nos sirviera el chocolate.

Entretanto la jóven señorita miraba un viejo cuadro al óleo que frente á ella habia en la pared, y que á mí, gracias á la intranquilidad de mi espíritu, no me habia llamado la atencion, no obstante mi aficion á la pintura.

Miraba la niña el cuadro, la mamá á este desventurado y este sin ventura caballero la deteriorada alfombra de la habitacion. ¿Qué iba á hacer? Apenas la mamá me examinó, cuando empezó á lanzarme proyectiles de esa manera tan amable y tan graciosa que usan las españolas.

—¿Sois militar? me dijo.

—Sí, señora, respondí yo. ¿Acaso me conoceis?

—No tal; pero, ya veis, no en balde pasan cincuenta y pico de años.

—Yo me confundía; el traje que llevaba era de paisano, y, sin embargo, conocia mi profesion.

—¿Teneis, anadi, la amabilidad de explicarme el por qué habeis adivinado que pertenezco á esa clase?

—Es muy sencillo. A mi edad, á poco que se viaje, llega á aprenderse bastante. Observo las costumbres, el tono con que hablan los caballeros que la casualidad hace viaje con ellos; y, aunque son pocos los viajes que he llevado á cabo, como mis años son muchos, no es difícil distinguir el militar del paisano; aquél, acostumbrado al mando, suele hablar en alto é imperioso tono; mientras éste habla de un modo más apacible. En vos mismo veis que es acertada mi observacion.

—Señora, es admirable vuestra....

Y para mis adentros pensé: «¡Vaya una manera de llamarme audaz! ¡Magnífico modo de darme á entender que me avergüence de haber conseguido dar un ósculo á la mano de una vieja!»

—No, nada hay de admirable, si pensais que veo vuestro retorcido bigote y que así lo

llevan los militares..... Además, vuestro aire marcial..... Pero, ¿sufre V.? Tiene V. muy encendido el rostro.....

—No, señora, no; es natural en mí.

—Bien, ¿quereis ser mi amigo? ¿quereis darme una prueba de amistad? Explicadme el por qué anoche cuando los vaivenes os asiáis á mi mano de una manera tan tenaz. ¿Tenias miedo á un vuelco del coche? ¿Pero no, no es posible que un defensor de la patria buscase proteccion de una débil anciana. Mas noto que seguís sufriendo: ¿os poneis malo? Vaya, no hablemos más de este asunto.

—¡Oh, gracias, señora!.....

En este momento se presentó la doncella con el chocolate.

La aparicion de la doncella fué el arco iris que hizo disiparse la tormenta que sobre mí se estaba cerniendo en aquel instante. Nunca me pareció el soconusco tan sabroso, y eso que analizado detenidamente se hubiera admirado el talento del autor de aquel chocolate, porque habia hallado el modo de hacerlo sin cacao, sin azúcar y sin canela.

Dejó la jóven de mirar el cuadro, rogándome la dispensase su distraccion, causada por el interés del asunto que el cuadro representaba.

—Ved, caballero, me dijo, si es conmovedor el asunto. Arrecia la tempestad; gruesas gotas de agua caen; el rayo divide sus negras nubes, y un jóven cubre con solícito cuidado á una anciana que, al parecer, es su madre y está fatigada quizá por haber andado el largo camino que se ve en lontananza. Ya veis que es un pensamiento magnífico.

—Muchísimo; pero V. lo hace más con su exquisita sensibilidad al describirlo.

Me habia hecho aquella jóven una impresion que nunca podré olvidar. Desde aquel instante no tuve tranquilidad, y sentia estuviere tan cercano el término de nuestro viaje. Esta vida no es más que un encadenamiento de contradicciones. Luisa, que así se llamaba el ángel que vino en mi compañía, fué desde aquel momento el objeto de mi amor.

La voz «al tren» se dejó oír, y nos colocamos en un coche de segunda. Pocas horas despues llegamos á la capital de España.

CAPÍTULO XIV.

El hijo de D. José.

Al llegar á la estacion abracé á mi amigo el capitán Mauricio y estreché la mano de mi buen Coronel, la quien habia bajado á esperar á Luisa y su madre, con las cuales, segun nos manifestó, tenia una antigua é íntima amistad.

Al despedirnos de mis compañeras de viaje nos ofrecieron su casa y nosotros á ellas nuestros servicios. Cosa triste es que un militar no pueda tener casa sino á costa de muchas pérdidas, por la vida cosmopolita que lleva.

Mauricio y yo entramos en un simon y nos dirigimos á un cuarto tercero de una moderna casa de la calle de Jardines, donde mi amigo habia establecido su cuartel de invierno, por haber hallado, segun él decia, la flor y nata de las casas de huéspedes. Nuestra casa tenia, como todas las modernas, pretensiones babilónicas; y, segun nos indicó el médico de nuestro regimiento, el dueño de ella recibia del empresario de los baños de Panticosa cierta cantidad por cada enfermo cortesano que acudiera á mejorar sus quebrantados órganos respiratorios á su acreditado establecimiento á causa del infinito número de escalones de que constaba la interminable escalera de su finca, haciendo despues extensiva esta indemnizacion ó recompensa á todos los caseros de Madrid que construyesen sus casas con las mismas condiciones que la en que nosotros viviamos, con lo que los dueños de elevadísimas casas no dejaban de hacer un bonito negocio.

Nuestro buen médico, hombre ilustrado, sólo vertia estas ideas en nuestras reuniones

de broma y solaz. También decía que los caseros eran los precursores de la paga, y no hubo mes que, tres días ántes de cobrar, no nos felicitara diciéndonos: «El síntoma ó precursor de la paga se ha presentado en mi casa.»

Hoy que el niño mimado de España es el ejército no debe estar quejoso nuestro médico. ¡Quién sabe si el ministro de la Guerra habrá oído estos alfilerazos dirigidos á los caseros, y por darnos gusto ha levantado el costosísimo cuartel de la montaña del Príncipe Pio, cuartel ó palacio que es el principio de los que con el tiempo se construirán, porque como éste nos fabricarán cuantos necesitemos, sin importar nada que la industria y la agricultura carezcan de estos capitales! ¡Cuánto más productivo es edificar un cuartel para que vivan cómodamente dos ó tres mil hombres que nada hacen, que no construir un palacio para exponer las máquinas de la agricultura! Cobrad, caseros, cobrad, que indirectamente vendrá á parar vuestra plata en suntuosos alojamientos para nosotros, y es justo, ya que nos dáis el rancho, que nos deis también cómoda vivienda; si no ¡oh pueblo! serías generoso á medias.

El ejército es el hijo forzado y audaz del pueblo. Vapulea á su padre. El Marqués de Miraflores ha dicho en el Senado: «Sin una espada no se alcanza el poder.» Pero no debe sentirlo mi patria: ¿cuánto más feliz es imperar en ella el militarismo que no *esos que entienden de leyes?* Hoy un militar todo lo sabe, y por eso sirve para todo: pero un letrado, ¡vaya con el caos que armaría en la interpretación de las leyes! No pienses en tal cosa, patria mía.

Quizá las ideas de mi tío D. Octaviano acaben por hacerme justo, por dar á cada uno lo suyo. Sé que me acarrearán muchos disgustos y también algunos desafíos estas *Memorias*. Mis armados compañeros no dejarán impunes lo que ellos llamarán grandes insultos. Mientras adornen mis hombros las charreteras y á mi lado izquierdo pendiente vaya mi tizona, so pena de ser un oficial deshonrado, no podré ménos de aceptar esas singulares batallas respondiendo á sus estocadas con estocadas; mas si pasa un poco de tiempo y alcanzo esa nueva canongía que llaman retiro; si me hallo disfrutando la paga de un capitán retirado, paga que es el desideratum de la mayor parte de los militares, entónces no quiero ya desafíos: al paladin que revolver en mano ó toledana empuñada venga á proponerme tan brutal medio de borrar mi verídica HISTORIA, yo le impondré los desafíos que admite mi tío, desafíos en que se demuestra el verdadero valor.

Si algun compañero militar asaz susceptible ó más bilioso opina por empuñar la pluma y combatir mi HISTORIA, gran placer me dará.—Haga que mi nombre ruede por el polvo, no importa; lo que aseguro es que no conseguirá que las madres, la más hermosa parte del mundo, dejen de simpatizar con mi libro y de adorar mis ideas.

Perezca mi nombre: sálvese la paz universal.

¿Pero por miedo á los desafíos he de callar? No, nunca.

Cuando llegamos á la casa de mi amigo Mauricio y le había referido mi aventura con la mamá de Luisa, y él me había enterado de que, gracias á la influencia de nuestro Coronel, había logrado mandar una compañía de mi batallón, al cual había sido trasladado.

Rióse mucho con mi narración, y yo creo que aún ríe cuando recuerda mi ósculo dado con abrasador deseo á un pedazo de piel de cabritilla. Su exajerada risa, que no cesa por más que en mi fruncido ceño puede ver marcadas muestras de disgusto, sería más que suficiente para que, si no apreciase tanto su amistad, le dijese:

Al campo, Mauricio, voy

donde probarte yo espero, etc.

que es la única razón que empleamos cuando de nosotros se rien.

Si un militar no manda el cartel de desafío por un quitame allá esas pajas, los demás oficiales lo comentan á su modo, y hasta la sociedad lo critica, concluyendo aquéllos y ésta

por apostrarlo, diciendo: «Lástima de espada: debiera en su lugar empuñar una rueca.» La palabra honor ¡cuánta sangre tiene vertida! Los militares es cierto que tenemos cosas muy malas; pero culparnos de la mayor parte de ellas es una injusticia.

Cansado como estaba del viaje me acosté un rato, y sin reparar si era dura ó blanda la cama, dejéme caer con placer en ella y allí olvidé mi viaje, Mauricio y hasta Luisa.

Me he convencido de que para los dolores morales no hay remedio más eficaz que cansar el cuerpo para que duerma el alma.

Después de dormir cuatro horas como un padre jerónimo á su salida del refectorio, Mauricio comprendió qué tendría necesidad de tomar alimento, porque, según decía, un fuerte beso gasta muchas fuerzas, pues se exhala en él parte de nuestra vida, y mandó nos sirviesen la comida, que no fué tan abundante como la de las bodas del rico Camacho, ni tan frugal como la de Julio César.

Después fuimos á saborear el de Moka al café de la Iberia. Si los americanos llaman al árbol que produce el cacao ó al cocimiento de ese fruto, al chocolate, agua de los dioses, á la infusión del café deben llamarla agua de los ángeles.

Allí entre cada aplicación de nuestros lábios á las blancas tazas que contenian el moreno y caliente líquido, me explicó Mauricio el porqué era nuestra patrona la flor y nata de las dueñas de casas de huéspedes.

—Mi querido Saturio, me dijo, siento que nuestra carrera no ofrezca una ilustración más extensa, cuando ménos la que adquiere un Bachiller en filosofía. Sabes que con un poco de táctica y el arte de cortar carne humana, atendiendo á no dejarnos cortar la nuestra, nos despachan de Toledo y nos agregan á una compañía. Hasta ahora las muchachas no han dado en él *quid*. No te extrañes que hable latin, pues esta palabra se la pesqué al capellan del regimiento. Las muchachas, digo, no han visto en nosotros más que los doradillos y los colorines del uniforme que á guisa de locos lucimos por calles y plazas. Esto, unido á la viudedad que en lontananza divisan, es la causa del partido que tenemos con ellas los militares, sobre todo cuando ya somos capitanes, y que hace que en las aventuras amorosas seamos tantas veces preferidos al jóven paisano de más brillante carrera.

Pero si tanto poder ejerce el relumbrón de nuestros abigarrados uniformes en las pollas de diez y seis á veintidos años, en cambio las mujeres sensatas que pasan de esta edad nos dejan en blanco por cualquier paisano que tenga un título profesional, porque saben comparar y apreciar las desazones y disgustos que nuestra aventurera vida tiene que proporcionarles con la tranquilidad que el paisano les proporcionará, y no se les oculta que teniendo éste una ilustración superior á la nuestra podrá dar á sus hijos una educación más esmerada.

—¡Por Dios, Mauricio! ¿Dónde vas á parar? le dije. ¿Quieres probarme que el café que tomamos es tan exquisito que posee la propiedad de hacer locuaces?

—Siempre hablo mucho; ya lo sabes, Saturio. Pero ¿qué quieres, que veamos pronto el fondo de la taza de café sin haber pronunciado una palabra? Eso no es tomar café; el saborearlo es con absorciones pequeñas y discursos muy largos. Bien, dejemos las muchachas, y convengamos en que no sabemos nada porque no nos enseñan, y en que tienen su razón para no enseñarnos, porque un ejército ilustrado que ántes de apoyar un...

Siento, Saturio, no saber zoología para decirte á qué familia, clase y especie pertenece ese animalillo que llamamos patrona.

—Gracias á Dios que entras en materia.

—Si los que chupan se llaman chupópteros, la patrona pertenece á ellos; y si entre los chupópteros los hay de baja ralea, la patrona pertenece á la más infima clase de ella, así como los diputados ministeriales á la más alta categoría. Los demás chupadores recorrerán la escala entre estos dos tipos.

Las patronas son unos vampiros de sus huéspedes; pero alegrémonos, Saturio, de que la nuestra no conoce todavía esos guisados llamados lagos, donde, en grande y profun-

da media fuente llena de un agua teñida que intenta parecerse al caldo, juguetean flotantes, como si fueran dos ánades, las dos únicas tajadillas de que el guisado se compone, pues no hay que hacerse la consoladora ilusión de que, bajo el promontorio de patatas que en la media fuente campea, se sorprenda uno agradablemente al encontrar la dósis más infinitesimal de carne ó cosa parecida, porque en esta especie de guisados las tajadas, como los mejores vestidos de las modistas en domingo, tienen el privilegio de estar siempre á la vista.

Y pues nuestra patrona no sabe tampoco aumentarte á fin de mes las cartas, ó sean los cuartos para ella ó el cartero; y pues como novicia nos trata de una manera desusada entre las veteranas pupileras; y pues ignora la retahila de socaliñas y chupadoras prácticas patroniles, congratulémonos, tú por mí y yo por tí, y en honor y salud de nuestra patrona Doña Inocencia, bebamos una copa de Jamaica y luégo otra, y pidamos al que todo lo puede que, durante el tiempo que nosotros permanezcamos en su amable compañía, nos trate como hoy has visto y no consienta se inficione con las costumbres perniciosas de su gremio.

Y dando dos sonoras palmadas pidió dos copas de ron al camarero, quien, ligero como un procurador de causas cuando va á cobrar, se presentó botella en mano.

—Esta vida, querido Saturio, hay que pasarla á tragos, dijo el Torrente, apurando de un sorbo el líquido que su copa contenía. Y pues ya hemos confortado un poco los estómagos, vámonos al teatro de la Zarzuela donde por tercera vez ponen en escena *El hijo de Don José*, juguete que ha levantado una gran polvareda entre nuestros compañeros de armas y fatigas.

—Pues ¿qué tenemos nosotros que ver con el hijo de ese buen señor?

—Más de lo que tú crees. Figúrate que el autor del referido juguete ha tenido la peregrina ocurrencia de sacar á la escena uno ó dos individuos de nuestra benemérita, nobilísima, sagrada é inviolable clase; figúrate que nuestros compañeros creen que se ridiculiza en los personajes nuestra respetabilísima é invulnerable profesión, y que al levantar el telon comienzan una estrepitosa silba que, no sólo impide disfrutar al espectador de lo que anticipadamente ha pagado, sino que hasta consigue hacerle creer que asiste á la plaza de toros y no al teatro; figúrate, en fin, que los más tremendos de nuestros colegas han llegado hasta exigir el cambio ó sustitucion de los personajes ridiculizados, exigencia á la que ha accedido el amilanado director de escena y que han tolerado las autoridades; figúrate estas tres cosas y te habrás hecho tres figuraciones que te harán ver lo mucho que valemos y te demostrarán lo que está pasando de la representación de *El hijo de Don José*, juguete escrito sin pretensiones y de escaso valor literario que nuestros compañeros sólo han podido hacerlo tristemente célebre.

—Pero, Mauricio, ¿es posible lo que dices? repliqué yo.

—Tan posible que hoy es en Madrid el asunto de todas las conversaciones este ruidoso espectáculo, y no falta quien diga que no hemos ido inútilmente al África, toda vez que importamos á España africanas costumbres.

—Y tienen razon para decirlo. Pues si los boticarios que á guisa de payasos figuran en las comedias de Navidad, ó los escribanos que salen en los sainetes como espejo de enredos ó intrigas protestasen de ello del modo que pueden hacerlo, ¿dónde iríamos á parar?

—¿Sabes, Saturio, lo que hemos conseguido con esto? Que la gente sensata nos juzgue los hijos más dignos de la fuerza bruta; que el entusiasmo, el afecto adquirido por nuestras victorias en África, se apague, y que la prensa levante el grito en contra nuestra, con justicia, pues justo es que los escritores defiendan al escritor amenazado. En prueba de ello hé aquí los versos que tu condiscípulo el festivo Manuel del Palacio nos endilga en *El Pueblo*:

AL TREN.

Nuestros militares fastos
con otro victoria cuentan;
el público ha sido el muerto,
y un trueno el fin de la guerra.
Tras de la campaña de Africa
otras campañas empiezan,
y una de ellas es la heroica
campaña de la Zarzuela.
Ni los contrarios son pocos,
ni lauros faltan en ella.
¡Adelante los valientes!
¡nadie ceje en la pelea!
Por lo pronto á cortar... plumas;
después, á cortar cabezas.
Y cuando hayais concluido
tan deliciosa faena,
buscad quien haga la música
que yo escribiré la letra
de un coro beli-bucólico
cuyo pensamiento sea:
— Gran batalla hemos ganado:
¡tal general hubo en ella!

—En un palco, dijo Mauricio, verás al general unionista á que aluden los versos.

Nos dirigimos al teatro, donde, con la sustitucion de los militares con dos comisarios de policia, nada de particular ocurrió aquella noche. La clase de comisarios de policia no dijo una palabra y sigue ocupando el lugar que ántes ocupaba.

En el teatro supimos que la generalidad de los que visten el uniforme militar habian aprobado la conducta de sus compañeros de Madrid, por honra de la clase; lo cual no obsta para que Mauricio y yo desaprobemos, aunque erróneamente por lo visto, la campaña de la Zarzuela.

Fieles imitadores los españoles de todo lo malo del otro lado de los Pirineos, de allí hemos importado este tratamiento altanero para con los escritores. En Francia el ejército es el todo, y el pueblo se ve obligado á no contrariarlo. En España nunca faltan monos de imitacion.

Terminada que fué la funcion nos dirigimos á casa, donde buscando la posicion horizontal nos entregamos decididos en brazos de Morfeo.]

CAPÍTULO XV.

Los padres de Luisa.

La vida en Madrid se pasa perezosamente para el cuerpo y con mucha agitacion para el espíritu. Pocas personas disfrutan de la armonía de las canoras aves al salir el sol, porque á la aparicion de Febo la generalidad de los habitantes de la córte duermen tranquilamente. En la primavera es cuando se ven algunas parejas de afortunados amantes recorrer el Retiro y respirar el embalsamado ambiente de aquel delicioso sitio donde las gayas flores ostentan su hermosura, y al vislumbrar el resplandor aurorino abren sus capullos y envian al naciente sol su mejor aroma.

Para el habitante de Madrid pasan desapercibidas esas mañanas de azul cielo y de fresco ambiente que tan codiciadas son por los que no viven en populosas ciudades. Sepultados

en vida en esa especie de nichos que se llaman alcobas, miran indiferentes, ya que no desdenosos, el contemplar los encantos que la naturaleza ofrece á esas horas.

Puestos en la capital de España á la vista del jóven esos llamados goces, viendo y enviando á unos cuantos afortunados beber la deliciosa copa del placer porque el oro les sobra, no piensa más que en acopiar oro, vive intranquilo, y llega á pensar en el juego como el más pronto medio de acopiarlo, y feliz de él si al jugar no se convierte en criminal al recibir un desengaño. Viéndose impotente para conseguir las riquezas, consume en la inacción su vida formando dorados sueños que no se realizan, y á los treinta años nada cree, nada siente, nada ama. Aquel jóven es un viejo, pero uno de los viejos más egoistas.

Pensó si conseguía el oro tener coches, teatro, serrallo, y que su vida sería el sétimo cielo que Mahoma ofrece á sus creyentes, y vedlo marchito como agostada flor, enviando á la aristocracia del dinero, ya que él no lo posee.

Sacad al cortesano de su pensar en oro, y os tendrá, haciéndoos todo el favor posible, por nacido en el pasado siglo.

Eran las once de la mañana cuando nos levantábamos.

Mauricio seguía alegre, burlon, y gracias á él pude abandonar la tristeza que al pensar en Luisa me dominaba. Su costumbre de hablar mucho, el día que estaba oportuno desterraba la tristeza del que á su lado estuviera. Durante el almuerzo estuvo feliz. Nunca el Torrente despenó sus aguas con vapores, con irizaciones más vistosas, y nunca con más justicia mereció tal nombre.

—Noto que estás triste, Saturio, me dijo. Tú padeces, y no tienes confianza en tu amigo. Suspiras, estás distraído y mi cháchara no ha influido nada para ahuyentar tu melancolía. Conozco siempre que padeces con sólo ver tu semblante, que no en balde pasa el tiempo al lado de un amigo querido.

¿Acaso tu compañera de viaje, la bella Luisa te ha hecho una impresion de esas que siempre comienzan con tristeza, con inquietud, y que un práctico define que es amor?

Chico, si así es, no concluirán tu tristeza y tu inquietud hasta que concluya la duda, el purgatorio de esta vida, la duda de que ame, la duda de que esa plaza esté anteriormente conquistada por otro.

Un suspiro exhalado involuntariamente fué mi contestacion.

—Vamos, añadió Mauricio, veo que di en el blanco. ¡Cáscaras con el chiquillo ciego y qué estragos tan rápidos hace con sus flechas! A grandes males, remedios grandes y pronto. Vamos, pues, á ofrecerles nuestros respetos; propicia es la ocasion, y sabremos si han descansado preguntando: La madre y la niña, ¿siguen bien?

No creas, Saturio, que me burlo ni de ellas ni de tu situacion. Bien sabes que en mi corazon sólo se ha albergado el sentimiento de la amistad; sabes que cuando niño no he recibido caricias paternas ni un «hijo mio!» ha sonado en mis oídos: no conocí padres ni hermanos: ¡nadie! Por esto es mi amistad más profunda, más grande. Mis amigos comparten su afecto con sus parientes, y yo se lo dedico á ellos todo. El amigo á quien más quiero eres tú, y al verte enamorado preveo la desaparicion de tu amistoso afecto, ó por lo ménos su disminucion. Mas, ¿qué importa todo esto? Sé tú feliz, ayúdete yo á conseguir tu deseo, y hagamos entre los dos que tu pena desaparezca.

—Siempre bueno, Mauricio, siempre grande tu corazon. Olvida esa idea, y cree que mi amistad será eterna.

—Quieres que no lo sienta, y es imposible. ¡Hay tantos objetos que me recuerden mi situacion y que me hagan sentir la pérdida de un amigo! Si voy de paseo y encuentro que felices pasean dos seres rodeados de sus hijos que les sonrien, me recuerdan mi desgracia porque nunca tuve ese placer. Si encuentro en la calle un entierro, me entristezco al considerar que aquella muerte habrá sido llorada y que yo no tengo quien vierta una lágrima en mi tumba. Cuando la campana de África, al ver caer muertos á los compañeros, no podía prescindir de pensar en lo que me hubiera sucedido si una peladilla de plomo enviada por

aquellos señores de albornoz y babuchas se hubiera hallado á su paso con este marcial cuerpecillo. ¿Te ríes, Saturio?

Perdona, amigo, si he sido injusto contigo; aún correrá alguna lágrima cuando deje de ser; lágrima que, si en la tumba se siente, me enorgullecerá porque me la he creado yo; lágrima que no deberá nada á nadie, lágrima que la amistad me dedica. Pero ¿estoy loco? ¿pues no deseo que me lloren? ¿acaso no sobra el llanto á los mortales? Soy egoísta: ¿á qué desear que lloren más?

Sin embargo, tenemos celos y amargura de ultratumba; y tú mismo, Saturio, sintieras que la mujer que te haya jurado amor no vierta lágrimas sobre la piedra bajo la cual duermas el sueño eterno; sintieras que el que has llamado amigo no piense más en tí ó no visite el sitio donde reposen tus cenizas.

No sé si pensar que el corazón humano es todo egoísmo, envidia y celos, ó si el estar siempre dominado por tan miserables pasiones es natural producto de la educación que recibimos; pero al ver que comenzamos alegremente nuestro almuerzo y que lo concluimos con pensamientos tan tristes, no puedo tener duda de que somos el contraste andando. Y pues esto es lo cierto, Saturio, dejemos bogar la barca sin pensar en que boga hasta que zozobre, sin preocuparnos del más allá.

Y cogiendo mi brazo salimos á la calle en dirección de la casa de Luisa, Mauricio cantando bajo el miserere de *Il Trovatore*, y yo pensando en Luisa, á la que iba á ver dentro de breves instantes.

Un criado anunció nuestra llegada.

En una habitación lujosamente amueblada estaba Luisa acompañada de nuestro Coronel y de otros caballeros.

Luisa lloraba porque su madre estaba enferma á consecuencia del viaje.

El médico, que en aquel momento salía del gabinete donde estaba la enferma, al preguntarle por el estado de ésta, balbuceó unas palabras ambiguas que interpretamos desfavorablemente.

El Coronel y el médico conferenciaron largo rato.

Mauricio y yo, al ver que los demás caballeros se despedían, nos aproximamos á Luisa, á quien prodigamos esas consoladoras palabras propias del caso, y que, cuando más, se reduce su poder á distraer por breves instantes el sentimiento profundo del que va á perder para siempre una persona querida, pero sobre todo una madre.

¿Cuánto agradecimiento demostraba Luisa á nuestras débiles expresiones de consuelo, y cuán bella estaba manifestando en su rostro, á la vez que el sufrimiento, la gratitud. ¡Feliz yo si hubieratenido poder para librarla de tan amargo dolor dando la salud á su madre!

Así que el médico explicó el estado de la enferma á nuestro Coronel, éste se despidió de Luisa, haciendo Mauricio y yo lo mismo, ofreciéndola nuestro servicios.

En mi interior pensé en volver pronto á su lado y ver si hallaba medio de ayudarla á sentir. Al bajar la escalera de aquella casa donde moraba el dolor nos dijo el Coronel.

—¿Con que Orestes ha abrazado á Pilades? Me alegro que hayais satisfecho esa necesidad de vuestra alma despues de unos meses de ausencia. ¿Es verdad, Saturio?

—Sí, señor, y creedme, vivía disgustado ausente del batallon, de mi jefe y de mis amigos.

—Bravo, repuso el Coronel; me gusta ver en los oficiales ese entusiasmo, ese afecto á su batallon, y tambien me causa alegría ver que reina entre ellos esa amistad tan sincera como la que os profesais los dos. Ah, ¿dónde habeis conocido á Luisa y su madre?

—Han sido mis compañeras de viaje desde Soria, contesté yo.

—No os extrañe mi pregunta, Saturio. Hacc años que trato á esta familia, y nunca habia tenido el gusto de veros á su lado. He notado el interés afectuoso con que tratais á Luisa, pero seguro estoy que cuando sepais la historia de esas señoras ha de aumentarse vuestro interés.

—¡Si supiérais, mi Coronel, cuánto deseo conocer lo que á ellas concierne! Sed como siempre bondadoso, y referidnos....

—No, respondió el Coronel, no puedo ahora; un asunto urgentísimo me obliga á separarme de vosotros; pero os prometo satisfacer vuestra curiosidad en la primera ocasion que se presente. Adios, señores, nos dijo, y dándonos la mano se marchó apresurado.

—¿Sabes, Saturio, que el Coronel, aunque disimula, está muy afectado, y que he advertido que lloraba al separarse del médico, sin duda porque éste le ha dicho el mal estado de la enferma? ¿Qué será ello? Cree que deseo enterarme....

—¡Ah! si tú lo deseas, ¿qué haré yo, Mauricio? No pensemos en esto, pues nuestra curiosidad nos hará padecer más, y esperemos á que nuestro Coronel descorra el velo que oculta este misterio, procurando distraernos. Vámonos al Prado, y allí quizá olvidemos lo que tanto nos preocupa en este instante.

¡El Prado! En algun tiempo en este animado paseo me distraia al ver las bellas que en él lucian los inexorables caprichos de la moda, y no sólo hallaba distraccion sino que tambien gozaba porque acudia á este sitio soñando en amorosas conquistas; pero aquel dia todo me fué indiferente porque mi imaginacion no podia pensar en otra cosa que en mi adorada Luisa, y no me era posible olvidar las misteriosas palabras que me dirigió el Coronel.

Despues de dar maquinalmente dos ó tres vueltas por el salon del Prado nos dirigimos á casa, donde abandoné mi dominante idea con la lectura de una carta de mi tío, el contra-Marte, segun lo llamaba mi amigo Mauricio. Hé aquí la carta:

Soria, 6 de Febrero de 1865.

Querido Saturio: En todos tus pasados viajes me has avisado sin demora tu llegada al punto de tu destino. En este no ha sido así. Estoy con cuidado no sea que hayas sufrido algun vuelco del coche ó alguna otra desgracia. No puedo suponer que te incomoden mis filípicas antibélicas, el ver lo frondoso que se vá haciendo el ramo de oliva, puesto que en cada epistola te voy engarzando una hoja cogida en los jardines de los mejores oleicultores. Si esta es la causa, ten paciencia, por Dios. ¿No sabes que es mi manía? Deja á cada loco con su tema. Deseo sembrar, y no tengo más campo preparado que tu buen corazon. Aunque el fruto que recoja sea escaso no desmayaré, y al concluir los pocos dias que me restan de vida estaré tranquilo creyendo que te hago un bien procurando que odies esa afrenta del siglo XIX, la guerra.

Contesta pronto á tu tío que te quiere.—OCTAVIANO.

P. D. No quiero faltar á la costumbre de enviarte algun pensamiento tomado de los escritos de los grandes hombres amigos de la paz. Mira lo que pronostica en sus *Ruinas de Palmira* el famoso Volney. Dice que, conseguida la ilustracion de los hombres, «entonces se establecerá entre los pueblos un *equilibrio de fuerzas*, que, conteniéndolos á todos en el respeto de sus derechos recíprocos, hará cesar los bárbaros usos de la guerra y *someterá á pactos civiles el juicio de sus desavenencias*; y la especie humana se convertirá en una *grande sociedad* ó una misma familia gobernada por un propio espíritu, y por leyes comunes, que gozará de toda la felicidad de que es capaz la sociedad humana. Esta grande operacion será larga sin duda, porque es preciso que un mismo movimiento se propague en un cuerpo inmenso.»

CAPÍTULO XVI.

Los treinta y los sesenta años.

Madrid, 10 de Febrero de 1865.

Querido tío: Tiene V. mucha razon para quejarse de mi tardanza en avisarle mi llegada á la córte; pero no la atribuya V. á falta de cariño, porque cada vez es mayor el que

je tengo. Como para V. no puedo ni debo tener secretos voy á referirle la causa ocasional de mi corto retraso en escribirle, que no ha sido otra que una de esas aventuras amorosas que hacen al hombre hasta olvidarse de sí mismo.

•Estoy enamorado, querido tío, perdidamente enamorado, y hé aquí explicada mi conducta. En el viaje que acabo de hacer tuve la agradable sorpresa de colocarme entre dos compañeras que la oscuridad y las espesas nubes que velaban sus semblantes se opusieron á que pudiera calificar de bonitas ó feas. Durante la noche no cesé de hacer suposiciones, ora figurándome eran dos brujas como las pintadas por Goya, ora dos vírgenes dignas del pincel de Rafael ó de Murillo.

•Excitada mi curiosidad largas horas llega el anhelado instante de que se despojen de las tupidas nubes, y al contemplar el rostro de una de mis compañeras y hallar en ella todas las gracias, todos los hechizos imaginables, quedo convertido en prisionero de amor.

•No hablaré á V. de sus negros y rasgados ojos, de sus largas y arqueadas pestañas; bástele á V. saber que es un ángel de veinte abriles la que ha logrado inspirarme tan profundo amor.

•Ahora bien, querido tío; si la jóven que ha viajado en mi compañía desde Soria á Madrid fuese la destinada á emprender conmigo el viaje de la vida, ¿merecería su aprobacion? De la respuesta de V. depende la felicidad de su sobrino—SATURIO DE NUMANCIA.

No se descuidó mi buen tío en contestarme, y hé aquí lo que sobre tan capital asunto me decía:

•Soria, 15 de Febrero de 1863.

•Querido sobrino: Sabes que eres lo que más amo en la tierra; sabes que me tienes acostumbrado á noticiarme las llegadas á los puntos donde te destinan tus jefes, y no debe extrañarte mi impaciencia por tu tardanza en escribirme. La carrera que elegiste te obliga á no estar á mi lado más que de tarde en tarde y por muy pocos días, y también á moverte de aquí para allí. ¿Crees que en tus viajes no pienso que te puede suceder algun accidente desgraciado? No, hijo mio, paso muchos y grandes cuidados. La ausencia de una persona querida es el tormento del corazon: así como la flor se marchita si la falta el riego, así el corazon languidece por falta del afecto que le produce bien. El hombre no aprecia los tristes efectos que en su corazon produce la ausencia; si los apreciara evitaria cuanto le fuera posible la separacion del bien amado. Bien probado lo tendrás cuando hayas estado enfermo y separado de los que te aman, ocasion en que pensamientos bien tristes habrán torturado tu imaginacion.

•Hasta aquí te he demostrado el por qué de mis quejas; ahora voy á contestar tu última carta.

El segundo punto de que me hablas es de tu, aunque naciente, grande amor. Cuando concluyas de leer mi epístola tal vez me juzgues el tío más raro de los tios nacidos; mas no importa tu juicio si en esta carta va un consejo que ayude á conseguir tu felicidad. Juré á mi querida hermana y madre tuya que trabajaria por tu bienestar, y no hago más que cumplir la palabra dada cuando se acercaban sus últimos instantes. Mucho te quiero, y no hubiera necesitado ofrecer nada en aquellos momentos que tanto me afligieron para poner de mi parte cuanto pueda para lograr tu felicidad. Celebro infinito que ames, no creas que soy celoso como una madre que cuando sabe que su hijo ama no puede disimular la inquietud que le causa el nuevo afecto de su hijo, creyendo que le arrebatara todo el que el pedazo de sus entrañas le tiene. No. El amor es un mandato de la naturaleza á que nadie debe oponerse. El tiempo más feliz de nuestra existencia es el que pasamos amando. El amor es el cielo de esta vida. Esto no obstante, permite un consejo del que tanto ha visto al que empieza á mirar; del que cuenta sesenta años cumplidos al que tiene treinta.

•Al observar que amas tanto y tan repentinamente, si hay casos de amor fulminante, ninguno debe de clasificarse así tan merecidamente como el que tú sientes, razon por la

que he experimentado cierta inquietud, no sea que confundas un deseo con el verdadero amor y que ese error sea la causa de tu eterna desgracia en cuanto veas satisfecho tu afanoso desear. ¿No es verdad, Saturio, que es razonable este consejo? Y como además es sencillo merece que lo tomes en cuenta. No sólo te lo advierto yo; nuestros proverbios, que no son pocos los que tiene para estos casos la lengua castellana, así nos lo avisan; y cuanto más árdua es la empresa que el hombre trata de acometer con más sentencias se encuentra, sentencias que son el extracto del escarmiento de las generaciones pasadas.

«Efectivamente, si «el que en el casar acierta en nada yerra,» debe, para no errar, pensarlo bien, porque «antes que te cases mira lo que haces.» Tan breve ha sido tu enamoramiento que me hace creer que es un falso amor. Como éste nace y se desarrolla en un momento, y por la exterior belleza juzga que las dotes del alma del objeto idolatrado son hermosas también: hé aquí la razon de ser tantos los desengaños. Piénsalo tú, Saturio; y si así fuese, es decir, si lo que crees amor fuese un deseo, ¿no temes que una vez satisfecho lo sustituya el hastío, y que produzca éste la desgracia de ambos, pero más grande la del débil sér á quien mentiste amor? Busca más la belleza del alma que la del cuerpo. Al pintarme tu amor no empleas más colores que oro y azul. Veo que vives en un cielo de ilusiones, y yo te daré una razon que te desencante. Oye, Saturio: llama el hombre desengaños á los resultados diferentes que le dá la empresa acometida, y que él no previó ó no esperaba, resultados que son naturales y que se debe pensar en ellos. ¿Por qué viviendo en la tierra acaricia nuestra mente ese cielo de ilusiones que al palparlo se deshace? Por no desmenuzar nuestro pensamiento todos los resultados de la accion que nos proponemos. A los treinta años la imaginacion se empeña en ver el azul y el oro y no las sombras negras que todos los cuadros de la vida presentan. Para que esos preciosos colores resalten tiene que haber sombras. Piensa en las sombras y no tendrás desengaños. La sombra de la ilusion es el desengaño. De tu carta á la mia hay la diferencia que media desde el cielo á la tierra. ¿Por qué al mismo tiempo que piensas en la belleza hechicera de tu amada, en lo que tiene de ángel, de reina de la hermosura y del amor; por qué viviendo en ese cielo creado en tu imaginacion no descienes á la tierra y no ves en el ángel de tu amor una pobre mortal que, con ser soberana de la hermosura, con su hechicera beldad y con todo lo que quieras anadir, tiene todos los días que hacer ciertas impresionables prosaicas operaciones.

«Enhorabuena que camines por las altas regiones donde se albergan las delicias; pero descendié también á la realidad donde los cristales de aumento de la imaginacion no tienen poder, y evitarás tu desgracia. Así el desengaño no acibarará tu existencia. Gráfica es la razon; pero ¿no es verdadera? Si contribuyo con esta carta á que examines el estado de tu corazon, á que descubras si es amor discreto y verdadero ese que sientes; si puedo contribuir así á tu felicidad, y no sólo así sino de la manera que desees, harás que rebose de alegría el corazon de tu tío—OCTAVIANO DE LA OLIVA.

«P. D.—Nuestra amiga Doña Paz ha muerto, y Simon está inconsolable á pesar del áspero humor que tantos sinsabores ocasionó á mi amigo la que fué su esposa. ¡Contraste notable! Llega tu carta, en la que me consultas tus deseos de realizar una union; en el momento que mi más querido amigo ve á la fiera parca deshacer la suya.»

CAPÍTULO XVII.

Que es continuacion del anterior.

Si alguno me pidiese la definicion del hombre enamorado, le responderia que es un sér bípede que no tiene otro pensamiento que el objeto de su amor.

Gracias á la carta de mi tío olvidó Mauricio su curiosidad; pero yo sólo mientras duró

la lectura de aquella. A las preguntas que Mauricio me hacia, que por cierto nunca me pareció tan importuno, respondía con monosílabos. El hombre enamorado mira cuanto le rodea, pero nada vé; oye lo que se le habla, y sólo á las últimas palabras es, á lo más, á lo que atiende, contestando sí ó nó.

Otro de los síntomas que tambien se observan en él es su deseo de estar aislado. Esto le sucedió á este hijo de Marte vencedor en las batallas y vencido en un estrecho cajon llamado coche. Deseaba estar sólo, y para conseguirlo pretextó que me dolía la cabeza y me refugié en la cama.

Mauricio fué á pasar las primeras horas de la noche al café.

Ya solo, fui feliz pensando en Luisa.

Nada dormí aquella noche.

Un rayo de sol entraba por las ventanas de mi aposento cuando quise reasumir tanto pensar y quedé convencido que habia perdido el tiempo; pero ¡cuán dulces habian sido aquellas horas perdidas!

El que haya amado habrá experimentado momentos parecidos, noches de insomnio, noches de melancólicos pero dulces amorosos pensamientos, con los que se padece, pero que agrada y se ansia ese padecer.

La duda en una alma enamorada es matadora.

En cambio si se ve correspondido, si el objeto de su amor pronuncia el «si te amo», ¡qué bienestar, qué alegría se apodera de esa alma enamorada! ¡Con qué usura están pagados esos momentos de anhelante cuidado, esas noches de insomnio, ese padecer que debe ser la eterna agradable situacion de los ángeles en el cielo! Ni un pensamiento impuro cruza por nuestra mente; en aquel instante debe ser todo celestial y no parecerse á lo que piensa y hace ese ángel caído llamado hombre en cuanto pasa la fascinacion producida por el «si te amo» pronunciado por los labios sonrosados de nuestra amada.

Dejé la cama y en mi rostro bien se notaban las huellas de aquella noche.

Llamé á Mauricio, quien, como no amaba, dormia tranquilamente.

Me decidí á resolver lo antes posible mi triste situacion, y como en Luisa consistia el resolverla pensé el modo más conveniente de hacerla comprender mi posicion, y opté por escribirla porque hablarla á solas era imposible. Enferma su madre, siempre estaba rodeada de testigos importunos para mí, de buenos amigos que consolaban á la madre y á la hija, que consuelo, y grande, es ver en nuestras enfermedades solícitos amigos que sienten nuestros dolores y que hacen cuanto pueden por aliviarlos.

Mientras Mauricio se vistió escribí cuatro letras á Luisa.

Cerré de prisa y sin leer la carta, porque Mauricio empezaba su favorito trozo de ópera señal de que habia salido de entre las sábanas. Llamé al asistente y le dí orden de ponerla en el buzón más inmediato.

Tenemos siempre puerilidades los amantes. Ocultamos á nuestros amigos las pruebas de nuestro amor para decirles pronto cuanto nos sucede. Es más; yo no concibo el amar si no lo confiamos á nuestros amigos. Los amores secretos son los criminales únicamente. El amor es la satisfaccion que experimentamos cuando los demás saben que somos amados. ¿Qué le importaría á un jóven el amar si no fuese porque sus amigos se ocupasen de él y le llamasen feliz por ser dueño del corazon de una hermosa?

En amor es el todo contentar nuestro amor propio. Una jóven que ame creyendo que ella y su amado sólo saben sus relaciones, dá pruebas de poco discreta y de no conocer el orgullo del hombre.

Por amor han sufrido mucho todas las mujeres. Educadas en la creencia de que el amar es sentimiento del corazon que debe ocultarse, viendo en sus padres no el mejor consejero sino el juez, no se lo participan hasta que todos lo saben; y si al comunicárselo se oponen los padres, el sufrimiento de la mujer llega á su colmo. Ha dejado que crezca aquel amor en el secreto, y cuando creia que iba á tener un término feliz comienza el padecer.

¿No evitaria esto la mujer si considerase á sus padres como los mejores amigos y consultase con ellos la declaracion de amor de un hombre apénas éste concluyese de hacerla? Si así obrase, ¡cuántas lágrimas se evitarían! Suele siempre ser tarde cuando á sus padres les dice que ama, de aquí que la inclinacion ya arraigada en su corazon sea combatida y de seguro desgraciada si el consolador bálsamo del olvido no cicatriza con el tiempo aquella herida.

Mauricio se acercó, y, dándome una palmada en el hombro, me dijo:

—Concluí mi *toilette, bon ami*. Hé aquí, caro Saturio, todo mi saber de allende el Pirineo; mas no creas que alcancen más puntos franceses que yo esos que se juzgan más ilustrados porque dan nombres franceses á nuestros bailes, fondas etc., salvo el caso de que hayan mandado comprar sus calcetines en Bayona ó París. Pero almorcemos si te parece, y despues á ver al Coronel.

Agradecí á Mauricio su idea, que demostraba que habia pensado en mi situacion.

—¿Sabes, querido Saturio, me dijo mi amigo al empezar á almorzar, que mirándolo despacio nuestra vida es una gran vida? ¡Me río yo de la vida holgada y regalona que dicen se llevaban los pobrecitos frailes jerónimos! ¡Que más frailes que nosotros! Yo no sé para que se molestaron en sacar á esos mansos reverendos de sus conventos. ¡Como no fuera para que saliesen ellos por una puerta y entrásemos nosotros por otra! ¡Pues no hay duda que esta fué la causa! La prueba está en que los edificios que ellos habitaron los ocupamos hoy los soldados, con la sola diferencia de que entónces se llamaban conventos y hoy se denominan cuartel de San Gil, de San Francisco, de San Mateo, de Santa Isabel, etc. etc. ¡Y luégo dirán que no hay frailes!

—Déjate de frailes ahora, y vamos donde hemos dicho.

Nos dirigimos á casa de nuestro jefe, quien concluía de almorzar cuando llegamos y se disponía á tomar el café que su asistente le estaba preparando en uno de esos aparatos tan usados ahora en que tan prontamente hierve por medio de una lamparilla de espíritu de vino. Dió orden de aumentar las tazas para que nosotros tambien tomásemos; y así que nos sentamos, recordando nuestro buen Coronel la oferta que nos habia hecho de referirnos la historia de los padres de Luisa, nos dijo lo siguiente:

—Mis buenos amigos: Conocí á Doña Isabel el año 1841. Aunque concluida la guerra civil, aún habia alguna partida de carlistas en Cataluña, siendo esta la causa de que en aquellas provincias hubiese más tropas que en el resto de la península.

Mi batallon estaba de guarnicion en C.^{***} Era yo entónces teniente, y el capitán de mi companía era D. José de Soto. Más que mi capitán fué mi hermano. Los dos estábamos solteros.

Como en el batallon no teníamos familia ni madre habia que sustituir este afecto, y lo sustituimos con una amistad íntima. En los militares es donde se encuentran más casos de verdaderos amigos. La amistad ha sustituido en los actuales ejércitos á los saldunas entre los galos, quienes, segun cuenta Tácito, se juraban uno á otro tener la misma suerte, fueran felices ó desgraciados, combatir siempre juntos y hasta darse la muerte el uno si el otro sucumbia. El capitán Soto y yo éramos poco ménos que saldunas.

Asistíamos de tertulia á casa del juez. Una hija de éste y algunas amigas de ella concurrían á aquella reunion, así como tambien los principales personajes del pueblo, excepto algunos que tenian en política ideas absolutistas y que no querian alternar con nosotros porque éramos adictos al gobierno constitucional.

Entre las jóvenes que iban era una Doña Isabel de Peralta, quien vivía con un hermano acérrimo partidario del carlismo, que llevaba su intolerancia hasta el extremo de no acompañar nunca á su hermana, y odiándola tan sólo por ser amiga de la hija de un juez constitucional. Con esta prueba de su escasa ilustracion podreis comprender que el hermano de Doña Isabel era un hombre brutal como todos los que defienden un rey absoluto, amo á cuyos piés han de depositar sus derechos y dignidad de hombres.

Un día estaba Soto con nuestro capellan cuando llegué á casa, y me dijo:

—Te iba á mandar buscar; vienes á propósito. Haz el favor de acompañarnos.

—Donde quieras, respondí yo.

Y marchamos á casa del hermano de Doña Isabel. Introducidos en una bien amueblada habitacion manifestó nuestro capellan que nuestra visita era con el fin de pedir la mano de Doña Isabel para el capitan Soto.

Al oír la atroz respuesta del jefe de aquella casa nos quedamos asombrados.

—Nunca, nos dijo, consentiré que mi hermana se una á un liberal, ó, lo que es lo mismo, á un enemigo del catolicismo.

No sabíamos si reinos ó tomar en serio respuesta tan errada. No sirviendo de nada las razones de nuestro buen capellan para probar á aquel hombre [intolerante que liberales y absolutistas pueden todos ser buenos cristianos, nos retiramos admirados de la tenacidad de aquel partidario del oscurantismo.

Soto se marchó á casa del juez, nuestro amigo. Al otra día Doña Isabel era depositada en casa de un sacerdote del pueblo hasta que pasára el tiempo que la ley fija cuando los tutores ó padres niegan el permiso á sus pupilos ó hijos para que contraigan matrimonio.

Pasado ese tiempo Doña Isabel fué esposa de Soto, y á los tres dias era viuda. Soto se puso al frente de su compañía una noche, la tercera de su enlace, al oír en el pueblo los gritos de ¡viva Carlos V! Apénas divisamos los alborotadores cuando nos hicieron una descarga con sus trabucos. Soto cayó herido, y lo retiré al dintel de una puerta. Al hacer fuego y cargar á la bayoneta huyeron los carlistas, de los cuales quedaron dos muertos, que mandé recoger y llevarlos á la prevencion. Ocupéme entónces de mi amigo Soto, quien no tuvo más tiempo que el necesario para decirme:

—Te recomiendo á mi Isabel; evita cuanto puedas el daño que mi cuñado procurará hacer á su hermana, porque jamás la perdonará. Adios.

El infeliz espiró. ¿Comprendeis ahora el interés que me inspiran esas señoras? El encargo de un amigo al borde del sepulcro, siempre se debe cumplir.

Abandoné aquel sitio, y, comprendiendo que si á Doña Isabel no se la noticiaba poco á poco su desgracia podia serle funesta, marché á su lado.

Al recoger los cadáveres que nuestro fuego hizo nos encontramos con que uno de ellos era el hermano de Doña Isabel. Sorpresa y confusion me ocasionó esto. Éramos los matadores de un hombre á cuya hermana estaba obligado á consolar por la muerte de su esposo: ¡qué complicacion!

Llegué á la casa de la esposa del que fué mi amigo y no tuve que hablar ni una palabra: el juez, su esposa, la hija de éstos y otras varias personas estaban allí, y como en los pueblos pequeños todo se sabe, tuvieron conocimiento de las desgracias sucedidas y acudieron á consolar á la viuda.

Doña Isabel, entre un mar de lágrimas, me preguntó por los últimos momentos del que fué su esposo, y yo, afectado, la referí sus últimas palabras.

Pocas veces nos vimos despues de aquella fatal noche en que ella perdió su esposo y yo el mejor amigo.

Sabedora Doña Isabel de que mis soldados habian hecho algunos prisioneros, fué la primera que pidió perdon para los asesinos de su esposo. ¡Pobre señora! Su enfermedad, segun opinion del médico, es probable sea la última.

Os dije al principio que os interesaria la historia de esta familia, y veo por vuestros semblantes que no me he equivocado.

Muy sensibles me fueron estas desgracias, pero no me extrañaron, porque habiendo abrazado la carrera de las armas cuando más encarnizada era la guerra civil, tuve precision de ver durante este periodo de ella sus mil horribles consecuencias. No hacia mucho que al cruzar mi batallon por un monte se acercó á nosotros un paisano, y llamando aparte al coronel, le dijo:

—Señor, de los latro-facciosos que ayer derrotaron VV. hay escondidos en una cueva próxima á este sitio unos treinta hombres.

—Guíanos á la cueva, dijo el coronel.

—No, porque se resistirán, y no tengo yo necesidad de exponerme á recibir un balazo, respondió el paisano. Lo que sí haré será daros tales señas que no dudeis dónde están. Mirad, ¿veis aquellas piedras, allá donde una de ellas concluye en pico?

—Sí, respondió el coronel mirando hácia donde el paisano extendía el brazo.

—Pues bien, añadió el paisano, en la base de aquella roca, y por el lado Norte, tiene la entrada la cueva. Al daros esta noticia he creído hacer un favor á mi reina y á la nacion: quedad con Dios.

Rodeamos aquellos peñascos, y los de adentro, creyendo que los sitiadores éramos pocos, nos hicieron fuego. Las descargas que nos dirigieron y el habernos herido algunos soldados fué la sentencia de muerte de aquellos desgraciados. Cual si fueran alimañas, aproximamos combustibles á la entrada de la cueva para que el humo los asfixiara, sin dejar de dirigirles nuestras balas cuando se aproximaban al agujero del antro. Los infelices fueron saliendo uno por uno á medida que el aire irrespirable llenaba la cueva, y todos fueron muertos.

Despues supimos que el delator de aquellos carlistas era hermano de uno de ellos, que hoy goza de los bienes del *hereu*: de su hermano, á quien nosotros matamos.

Al ver tanta desgracia no pude ménos de pensar que la guerra, y sobre todo la civil, es un aborto del infierno y una gran fábrica hacedora y encubridora de crímenes.

Apénas concluyó de hablar nuestro Coronel, marchamos á casa de Luisa.

Era lo que más deseaba.

Sí me hubieran preguntado: ¿deseas el restablecimiento de la salud de la madre de Luisa? hubiera contestado que sí. Pero al ir á aquella casa, ¿pensé siquiera en el estado de Doña Isabel? Soy franco, no; no pensaba más que en Luisa. En el mundo no hay cosa más egoísta que el amor.

Mauricio, á quien yo habia hecho una seña para que se retirase, se despidió de nosotros.

CAPÍTULO XVIII.

A paso de carga.

Al dirigirnos á casa de Luisa enteré á nuestro Coronel de mis pretensiones amorosas, quien, bondadoso como siempre, me ofreció su proteccion. Desde entónces no podia dudar del éxito feliz de mi empresa. Acostumbradas Luisa y su madre á seguir los acertados consejos de mi protector no desaprobaban mi pretension.

Doña Isabel fué hablada de este asunto por mi Coronel en uno de esos momentos de tranquilidad que todas las enfermedades conceden á los pacientes, y por cierto que debió mi buen Coronel hacer grandes elogios de mí, pues la enferma desde aquel momento me dispensó una confianza y un cariño cual á un hijo. Sintió desde el instante que supo mi pretension una gran alegría, la alegría de una madre cuando ve á su hija próxima á tomar estado, próxima á unirse para siempre con el que le ha de servir de apoyo y compañero en la penosa carrera de la vida.

La tristeza que en mis relaciones amorosas con Luisa nos acompañó por la duradera y penosa enfermedad de su madre tenia mil encantos para mí, porque estas relaciones se diferenciaban en un todo de mis anteriores enamoramientos. No pronunciaron nuestros labios las ilusiones y proyectos de felicidad que nuestra enamorada mente concebía; la alegría ó tristeza de nuestras palabras estaba en relacion con el estado del mal de Doña Isabel. Si un dia daba esperanzas de recobrar la salud, nuestras palabras iban acompañadas de

una sonrisa que indicaba la alegría de nuestro corazón; y si la enfermedad se agravaba nos contentábamos con mirarnos silenciosamente. ¡Oh! parecíame una profanación hablar de amor á una hija que va á perder para siempre su madre.

Así pasó más de un mes, al cabo del cual conseguí, gracias á las recomendaciones de mi Coronel, la licencia para contraer matrimonio.

Conseguida que fué escribí á mi tío rogándole viniera á presenciar el lance más serio de la vida, en el que deseaba ser acompañado de mi único pariente, de mi segundo padre.

El pobre anciano voló á mi lado. ¡Cómo pagaré yo el afecto que siempre me ha tenido mi buen tío! Por mucho que haga por él siempre me parecerá poco.

Al ver á Luisa abrazóla mi tío como á una hija, y pocos días despues la queria más que á mí. Yo estaba orgulloso de mi eleccion y mi tío aún más. Supo éste apreciar el valor del corazón de Luisa, de la buena hija, como él la llamaba al verla sacrificarse con la mayor dulzura y conformidad asistiendo á su enferma madre.

—Te doy la enhorabuena, Saturio, por tu eleccion: la que es buena hija es buena esposa, me dijo un día.

Pocos días despues de la llegada de mi tío se verificaba mi enlace en la misma habitacion donde estaba la enferma. A la vista de ésta se habia colocado un pequeño altar, al pié del cual y ante dos ó tres amigos, el Coronel y mi tío, pronunciamos el sí.

Mauricio no asistió á mi boda por hallarse de guarnicion con su compañía en uno de los pueblos cercanos á Madrid. Cuando le participé mi enlace me escribió una carta humorística en la que, ridiculizando el matrimonio, pintaba una tumba en la que escribió este epitafio: «Aquí yace el amor de Saturio de Numancia, quien dió el salto mortal el día 27 de Marzo de 1865.»

Mi tío se habia portado como siempre; despues de entregarme cuanto pertenecía á mi madre, bien aumentado por cierto, me dotó con una de sus mejores fincas, y además me entregó su testamento por el que me legaba todos sus bienes. No pude contenerme, y lloré como un niño al ver tanta prueba de cariño como me daba y al recordar tanto disgusto como yo le habia ocasionado. Quise devolverle aquellos papeles que contenian su última voluntad, y no permitió admitirlos; sólo los recibí de Luisa, que le rogó los guardara, pues mejor los cuidaria él que nosotros, no teniendo como no teniamos todavia residencia fija, puesto que yo no habia hablado nada de retirarme del servicio militar.

Hecho este ruego por Luisa con su exquisita amabilidad mi tío no tuvo más remedio que acceder á él, no sin interrogarme, con respecto á mi retiro, el cual le prometí solicitarlo luego que pasase un año.

Gozoso mi tío por mi respuesta guardó los papeles «en calidad de depósito;» esto fué lo único que hablamos ya de tal asunto.

A pesar de la tranquilidad de mi nueva madre la enfermedad avanzaba.

Un día nos anunció el médico que la crisis se acercaba, y que, atendido lo largo de la enfermedad, creia fuese fatal. El pronóstico se realizo, y mi tío asistió á una boda y á un entierro.

Mi tío con sus razonamientos, fundados todos en el cristianismo, hizo que Luisa se consolase de la inmensa pérdida que acababa de sufrir, y que las lágrimas abundantemente vertidas fueran, en igual de perjudiciales y peligrosas para la salud de mi adorada compañera, un balsamo tranquilizador de su sensible corazón. Un mes despues de mi enlace fué destinado á Pamplona mi batallon, y con este motivo solicité y obtuve permiso para hacer mi viaje por Soria y dejar en esta ciudad á mi esposa en casa de mi tío, por no querer exponer á Luisa á los sinsabores de los viajes, los que, á juzgar por el estado de la política, no escasearian para nosotros.

Despues de estar en mi ciudad natal tuve necesidad de separarme de las personas más queridas para ir á incorporarme á mi batallon ántes de su entrada en Pamplona. Al manifestar á Luisa mi sentimiento por nuestra primera separacion, me contestó:

—Nada sientas ni te entristezca por mí. Si perdí una madre, Dios ha sustituido aquel afecto que llenaba mi corazón con otro parecido: yo amaré y cuidaré á nuestro tío como amaba á nuestra madre. Rogaré á Dios que vuelvas pronto, porque me hace daño el pensar en la guerra que ha sido la causa de la muerte de nuestros padres.

—Adios Luisa, adios querido tío, fueron las palabras que pronuncie al separarme de ellos.

Al siguiente dia saludé á mi Coronel y á Mauricio en la capital de Navarra. Desde que varié de estado opinaba de la carrera de las armas del mismo modo que mi tío Octaviano. En prueba de ello trasladaré aquí algunos de los pensamientos que me ocurrieron con motivo de una fiesta á que fui convidado.

CAPÍTULO XIX.

En el que se vé que la lógica es contundente.

Eran las nueve de la mañana del 4 de Diciembre de 1865. Mi asistente sacudia el polvo á mi uniforme con un cuidado visto pocas veces en él, y entró, sin reparar en el ruido que haciendo iba, en la habitacion de su señorito. Abrió el balcon, y hubiera abierto las puertas vidrieras si no hubiera hecho tanto frio. Al inundarse de luz la alcoba donde en blanda cama reposaba, levanté la cabeza y con iracunda voz hablé de esta manera:

—¿Qué sucede, señor asistente, corazón de hiena, para que no respetes el profundo sueño de tu amo? ¡Vive Dios, que si levantado estuviera y en mi diestro pié la bota puesta, te hiciera una indicacion en la retaguardia para que aprendas á dejar descansar la humanidad de tu amo, y á que conserve el dulce calor que las palentinas mantas de lana le comunican!

—Perdon, señor, respondió el pobre escudero, no tengo yo la culpa. Un artillero se ha presentado con esta tarjeta para V.; y como me haya dicho que es para convidarlo á la fiesta, he creído conveniente despertarlo al ver que se acerca la hora.

—Bien, señor asistente, lo olvido todo, le contesté. Vi la tarjeta, y era, efectivamente, invitatoria para la funcion religiosa que los artilleros dedicaban á su Santa Bárbara. Dejó con sentimiento el suave calor y el blando cochen, y apresurado, porque el frio era glacial, cubrí mi morena piel con el uniforme pintoreado de capitán de cazadores, y marché á unirme á la oficialidad de mi batallon, pues, como de costumbre, toda asistia. Como el cristiano piensa en que ha de morir, su más vehemente deseo debe ser que la muerte le coja despues de haber orado. Al par que entró en el templo la oficialidad de mi batallon entraron los artilleros y otros muchos militares invitados á la funcion.

Santo y bueno fué rogar á Dios por las almas de los artilleros que murieron entre sábanas ó cuya muerte fué producida por las caricias de las balas. Santo y bueno será, cuando Dios quiera, el panegírico que el ministro de un Dios de Paz nos pronunció en honra y prez del digno é ilustre cuerpo de artillería. Poco fué lo que habló el sacerdote de la santa prisionera en el castillo cuyas ventanas formaban una cruz; mas ¿cómo se habia de ocupar de Santa Bárbara si entre el altar y el orador habia una colosal lámpara formada de cañones y bombas (1) que la ocultaban á la vista del orador y oyentes?

No me extraña que el panegirista pidiese á la santa la victoria en las batallas para sus protegidos; pero como las batallas se ganan dando en el blanco, yo interpretaba aquellas frases por un ruego para que, en cambio de haberla elegido su protectora los artilleros, les concediese atinada puntería en los disparos de sus cañones. Parecidos á éste pronunció otros ruegos. El predicador era elocuente: estuvo á la altura de los Bossuet y Masillon, y

(1) Histórico.

consiguió que su auditorio sintiera como él sentía, deseára lo que él deseaba: la completa matanza del enemigo que se pusiese enfrente del tan distinguido cuerpo de artillería. Creo que, orando tan fervientemente como oramos los asistentes á la funcion, fué una lástima no se derrumbasen las bóvedas del templo, porque con oraciones tan llenas de caridad y mansedumbre como las que hicimos, morir y elevarnos majestuosamente á la mansion celeste debia ser una misma cosa.

¡Bien por el clero que tan dignamente llena su ministerio de paz, caridad y mansedumbre! ¡Dios mio, tus hermosas palabras «ama á tu prójimo como á tí mismo» procuramos practicarlas con ciertos cañonazos! ¿Qué más puedes pedir á esta misera humanidad? Los explicadores de tu doctrina piden á tus santos la victoria, y nosotros guerreamos para conseguirla, obedeciendo sumisamente á tus representantes en la tierra.

Si conforme se reniega de una santa religion y se abraza otra se pudiese renegar de ser hombre, lo haria por no pertenecer á los consentidores de la matanza de sus hijos en lucha con otros hijos de sus hermanos.

No quiero dejar de consignar aquí el al parecer heretico pensamiento, y que no debe de ser despreciado, que en mi pobre magin bullió estando en la iglesia de Pamplona ante aquellos bélicos trofeos que se alzaban en el templo de un Dios de Paz; trofeos que el Sumo Hacedor debiera mirar desde el empíreo con gran compasion, con más sentimiento que el pigmeo hombre mira la obra de un demente. Hé aquí mi pensamiento:

¿De qué ha servido á la humanidad la venida y sacrificio de todo un Dios? ¿Por qué murió en la cruz si esta infame humanidad no hace caso de su Decálogo? Acompáname, lector, y hagamos una escursión á los campos de batalla y a los templos del paganismo ántes de la venida del Mesías, y comparemólos con los campos de batalla y los templos del siglo XIX, y tú, lector, apreciarás la diferencia.

Abramos la historia.

Abramóla por las páginas donde describe la guerra de las Galias el mismo capitán que la lleva á efecto, César, que despues fué emperador.

No hablaré del templo de Jano. Dejemos á Roma y fijémonos en las Galias. César invadía la Galia y se propone conquistarla. Las tribus se alarman, y un grito de guerra contra el romano corre de boca en boca, de aldea en aldea y de ciudad en ciudad. Los campesinos galos se comunicaban las noticias importantes repitiéndoselas á gritos de uno á otro, medio de comunicacion rápido como el sonido, y que el mismo César asegura que recorria ciento sesenta millas de distancia en un día.

Los galos se habian citado para la noche del plenilunio inmediato en la selva de Karnak. En aquel bosque estaban las piedras rústicas que aún existen en nuestros días, donde acudían en tropel hombres, mujeres y niños. ¡Gigantescas piedras de un templo cuya bóveda es el cielo! Cerca de la playa estaban las tres piedras del altar del sacrificio, y al pie de ellas se alzaban tres piras.

Era necesario para apaciguar á Heso ofrecerle la sangre inocente de las vírgenes, para que el Dios omnipotente libertára de la opresion extranjera á la patria de los galos. Al asomar la luna su ancho y rojo disco se consumaba el sacrificio. Las vírgenes eran degolladas con el sagrado cuchillo por la más antigua de las sacerdotisas, y en seguida ardía la pira, mientras los galos, acompañados de címbalos y arpas, cantaban, dirigiendo los armoniosos ecos los bardos.

Los cantos eran de guerra.

Los druidas eran los primeros que lanzaban el grito de guerra, grito que pronto se extendía por toda la Galia.

Los pobres labradores galos, porque el César no encuentre albergue, queman la choza donde nacieron y abandonan las tierras de sus padres con tanto trabajo fecundadas, procurando así salvarse de la esclavitud y la deshonra. Al elevarse las llamas de sus vetustas chozas, gritaban: «¡Plegue á Heso que sea abundante la siega humana!»

Delante de la ciudad de Vannes está preparado á la pelea el ejército galo, compuesto de hombres y mujeres, armadas éstas tambien. Las disciplinadas legiones de César, cubiertas con armaduras de hierro mientras los galos peleaban con su piel desnuda, fueron vencedoras destruyendo el ejército y la escuadra de los galos.

Esclavos ya los galos, cada movimiento que hacen, á pesar de estar sujetos con cadenas de hierro, es castigado por el látigo del romano.

He elegido una batalla dada casi momentos ántes de la venida del Mesías ¿Qué batalla elegiré dada en nuestros días? Confuso me veo en la eleccion. ¡Son tantas! Mejor será referir lo que sucede en la generalidad de las batallas. Los ejércitos cristianos se preparan oyendo misa é imploran del *Dios de las batallas* que les conceda la victoria. Para vencer hay que matar. ¿Qué más dá pedir la victoria por los druidas cristianos en una misa que el «Plegue á Heso para que sea abundante la siega humana» de los druidas galos? La lógica es terrible: el sacerdote cristiano obra como el druida galo. Y si en la misa preparatoria ó celebrada ántes de la batalla el sacerdote no pide la victoria, cada soldado pide á Dios salir ileso y vencer en la lucha, siquiera para que concluya pronto la odiada cuestion que nada le interesa, en la que expone su vida por la vanidad de un poderoso.

Por el perfeccionamiento de las máquinas bélicas hay progreso en el derramamiento de sangre, y hay tambien prisioneros que han sido esclavos hasta hace muy poco tiempo, ó los han matado de hambre como se vió en nuestra contemporánea guerra civil en los prisioneros hechos por Cabrera en la accion de las Matas. Hoy en dia siguen siendo esclavos los prisioneros; esclavos no vendibles, no expuestos en la plaza para su venta, pero sí para el trabajo de las fortificaciones.

Nada hacemos segun tu Decálogo, Dios mio, y estamos en pleno druidismo. El pueblo no tiene culpa; el egoismo de los poderes religioso y monárquico es el que nos ha conducido á este estado. Si hay culpa en el pueblo es porque, sumido en la ignorancia, ha consentido la obra de esos poderes.

Pudiera extenderme en hallar más semejanzas en nuestros hechos actuales con los hechos del paganismo, pero ¿á qué recordarte, lector, que las banderas de nuestros ejércitos son bendecidas y despues de las batallas colgadas en los templos levantados á un Dios de paz? ¿A qué el *Te Deum* cantado despues de la victoria?

La humanidad ha convertido al verdadero Dios en un dios Marte, en un Heso; y á los templos cristianos se llevan los trofeos ganados en las batallas como el romano y el galo ofrecian á sus dioses el botin. La humanidad habrá sido cristiana estos diez y ocho siglos y medio, pero lo ha disimulado bastante.

En verdad que, sin notarlo, he escrito otra vez en estilo serio, grave, y al lector del siglo XIX, que es tan alegre y burlon, no le agrada.

¡Oh lector! perdona mis exabruptos serios, pues ya vuelvo á probarte que la lógica es contundente.

Quando una corporacion elige un protector ó patrono se enorgullece con llevar su nombre; así vemos á los que eligieron á Jesús llamarse jesuitas: esto es lógico. Tú, lector, darás el nombre que la lógica te manda á los protegidos por la patrona de los artilleros.

¡Oh lógica, hasta en las cuestiones de nombres eres veraz y contundente!

CAPÍTULO XX.

Cuentos-verdad.

Al salir del templo acompañamos á los artilleros todos los convidados hasta el palacio del capitan general de Navarra.

El teniente, el subteniente de mi compañía y yo nos despedimos en la puerta. Entráramos de guardia. Nos presentamos en el cuartel y formamos la compañía. Pronto llegamos al sitio que la orden nos designaba y renovamos la guardia. El sitio no hace al caso que mencionemos aquí. Colocados los centinelas ocupamos la habitación destinada á los oficiales.

Pamplona podía estar tranquila; nosotros velábamos por el orden... que nadie pensaba alterar.

El soldado se ocupa en todo lo inútil.

Las largas horas de guardia hay que pasarlas de la manera que ménos hastío produzcan. Nunca me ha gustado torturar una silla en la puerta del edificio que me han mandado guardar y estorbar el paso del paisanaje por la acera. Me puse á leer.

Duró un momento mi lectura. Varios amigos suelen venir á pasar y á ayudarnos á pasar el tiempo.

Un militar anciano, de blanco bigote, amigo del teniente vino á visitarlo. Su noble aspecto hizo que yo cerrara el libro y lo saludase con respeto. Vinieron algunos otros militares y pasamos el tiempo refiriendo cada uno sus guerreros hechos. No recuerdo el cómo la conversacion vino á parar en las acciones de guerra en que nos habíamos hallado. El que llevó la batuta fué el veterano amigo del teniente. Vivía en Pamplona desde que tomó su retiro, y segun él decía amaba por costumbre la profesion militar, y si conocia algun oficial no podía ménos de visitarlo en los dias que estaba de guardia renovando así los recuerdos de su juventud.

Cuando á los sucesos los cubre el barniz de la antigüedad cautivan más nuestro ánimo. Si pasamos por una torre telegráfica hecha en nuestros dias no nos fijamos en ella; pero si hallámos á nuestro paso un antiguo torreón cuyo origen permanece desconocido, hace que nos paremos cerca de su base y que tratemos de descubrir el motivo que hizo elevarlo.

Nuestro pensamiento recorre la historia. Los dramas desconocidos que en el torreón se habrán verificado nos encantan.

Nuestro pensamiento agranda lo desconocido de aquellas mohosas y desmoronadas piedras que hermocean la hiedra y la zarza.

La sociedad ilustrada se postraría ante el báculo de Homero y mira indiferente la piedra que cubre las cenizas de Espronceda. ¿No merece éste una mirada?

Tal vez una causa parecida influyó para que oyéramos con más placer al cano retirado que á los demás jóvenes oficiales. Además á los ancianos cuando refieren los sucesos se les respeta más. La blancura de las canas es el símbolo de la verdad. El anciano ya no tiene que dominar sus pasiones, éstas desaparecieron; por eso sus palabras son imparciales aunque suelen ir acompañadas de un como orgullo de haber sido ó testigo ó héroe de los sucesos que narra, y creer que las actuales generaciones nunca llevarán á cabo con tanta gloria los parecidos hechos que intenten. Es el único defecto de la ancianidad. Pero son más exáctos los juicios de la senectud. La experiencia es una gran maestra, aprecia el bien ó el mal de las acciones del hombre, nunca con rencor, siempre con justicia.

Hé aquí las palabras del viejo militar:

—Señores, vé mucho de todo el que, como yo, vive muchos años. Vais á oír cosas horribles porque todas son injustas, y no las refiriera si no fuéseis todos militares. El pan que ha alimentado mi larga vida lo debo á la patria y al honroso uniforme que visto; mi agradecimiento no me cegará de tal manera que refiera los hechos buenos que presencié y oculte los muchos que se oponen á la razon y á las leyes y que por precision siguen á las guerras. Cuando joven tuve muchas ilusiones, creía que no habia carrera más noble que la militar; amé el uniforme porque mis ilusiones y mi pobre errada razon lo exigieron, y todavía lo amo por agradecimiento.

Hoy con un pié en la tumba, que es la circunstancia que más fuerza al hombre á decir

la verdad y á juzgar los pasados hechos haciendo justicia, veo claramente que mi razon, cuando jóven, estaba ofuscada por el error, error que la experiencia me lo ha demostrado. No hay cosa que hable más alto al convencimiento que los hechos y las consecuencias que de ellos se desprenden.

Lo que vais á oír os probará mis ilusiones de jóven y mis pensamientos que han hecho reformar mi juicio y considerar de una manera ménos favorable la carrera de las armas.

Os ruego no me condeneis hasta haberme oído y que si vierto alguna palabra dura en contra de los hombres armados no lo atribuyais á esa razon vulgar de que nadie está contento con su suerte, y que critico, como todos los hombres, la carrera que abrazaron por no satisfacernos lo que poseemos, no; si los hechos nos prueban que una cosa es mala, ¿por qué no lo hemos de confesar? Tampoco lo atribuyais á venganzas bajas porque me crea perjudicado en mi carrera siendo pospuesto á otros que fueran ménos merecedores.

Mis palabras las dicta mi conciencia, y tened presente que es la conciencia de un viejo que pronto dará cuenta de sus acciones ante el que todo lo puede. Oídme.

Soy hijo segundo de un título de Castilla. Aún habeis alcanzado vosotros los tiempos en que los hijos no primogénitos de los títulos tenían que ser ó clérigos ó soldados. Ved por qué fui soldado. A los quince años era dueño de un real despacho nombrándome alférez de uno de los batallones que guarnecian á Cádiz y al próximo mes estaba incorporado á mi batallon: en Cádiz pasé la primera revista, así como allí fué mi bautizo de sangre. Era el año 1810 y en su mes de Enero; en Febrero ya estábamos sitiados por los franceses.

Era mi alojamiento la casa de un honrado comerciante. Mi patron, su esposa y tres hijos pequeñuelos constituian la familia feliz, como yo la llamaba. El enemigo nos lanzó 45.521 bombas desde el Trocadero donde tenía situadas sus baterias. Los dias 19 y 20 de Diciembre fué mayor el número de bombas que cayeron sobre la ciudad.

El dia 19 á las diez de la mañana estaba en la tienda de mi patron. Los niños jugaban risueños. El mayorcito tendria ocho años y se salió á la calle. Su pobre madre, con el hijo más pequeño en los brazos, salió corriendo para castigar tal vez la imprudencia del escapado niño; á los pocos pasos lo alcanzó y volvía con él de la mano y con el menor en sus brazos, cuando una bomba estalló no lejos de ellos: sus cien pedazos se esparcieron por la calle con tan aciagá suerte para aquellos tres infelices, que sucumbieron abrazados. Dos pasos más y se hubieran salvado. ¡Pobre patron mio! Aún parece que le estoy viendo caer desmayado. No pude hacer nada por él mas que llamar unos vecinos para que le auxiliasen. Yo entraba de servicio: marchéme triste en la duda de si podría mi desgraciado patron resistir tan terrible golpe, ó si seria ya un cuerpo tan inanimado como los de sus tres tan queridas prendas. Hasta la mañana del siguiente dia lo pasé de servicio en la muralla. Los disparos de los franceses no tuvieron poder para distraer mi pensamiento del trágico suceso que habia presenciado.

Desde entónces datan mis pensamientos poco favorables á la carrera de las armas, tenida por la más noble.

Para el militar pensador hay un no sé qué de injusto y terrible en las guerras, sobre todo cuando vé inmoladas victimas inocentes. ¿Y cómo no pensar en los ciegos medios de destruccion que poseen los guerreros? ¿No ha de inquietarse su conciencia al ver matar á un inocente? No sé qué legislador ha dicho que vale más salvar cien criminales que condenar un inocente. ¿Ó no sirve, tratándose de guerra, tan hermosa máxima? El hombre convertido en guerrero, ¿deja de ser hombre amigo de lo justo?

He llamado ciegos á los medios de destruirse el hombre; preciso es que explique esa palabra.

El proyectil arrojado por un cañon ó un fusil es parecido á la piedra arrojada por el travieso muchacho: no se sabe dónde irá á dar. Más ó ménos pólvora, más ó ménos peso

en la bala, tal vez una piedra donde el esférico hierro ó plomo sea rechazado, hacen variar la dirección que el tirador se proponía. Vi en Cádiz aquel mismo día dar en un edificio una bala; debiera venir en dirección oblicua y, como si dijéramos, perdonadme la expresión en gracia de la claridad, por tabla, después de formar un ángulo, al dar en el edificio ir á parar á una pequeña casa contigua y que formaba también ángulo con aquel edificio, y matar una pobre jóven que orando estaba escondida bajo una cama.

¿Os atreveríais al disparar una arma de fuego á asegurar dónde daría el proyectil?

Pensad un poco, señores, y convendréis conmigo en que son ciegos los medios de que el guerrero dispone para ofender á su enemigo, que no son seguros esos instrumentos puesto que matan al inocente.

Muchas razones pudiera daros en defensa de mi aserto sobre mi abatido entusiasmo por la carrera de las armas, pero vosotros á poco que penseis me evitareis el darlas porque sería mi discurso largo.

¿Es verdad, señores, que mi bautizo de sangre fué asaz triste?

Y el noble anciano refirió lo acaecido en los casi dos años que duró el sitio de Cádiz y cómo los franceses se vieron precisados á levantarlo el 24 de Agosto de 1812. El veterano continuó después.

—Queridos amigos, ya que hablo de Cádiz os voy á referir otro hecho que presencié. Estaba destinado sin duda á ser ó actor ó testigo de las escenas sangrientas de que ha sido teatro la comercial ciudad.

Era el 10 de Marzo de 1820. En mis hombros ostentaba ya las charreteras de capitán. Había salido ileso en la gloriosa guerra de la Independencia.

Otra vez me hallaba en Cádiz de guarnición.

El pueblo gaditano iba á proclamar la Constitución á las diez de la mañana. Grande era el entusiasmo y regocijo del pueblo. Yo estaba de guardia en uno de los cuarteles. Apenas dieron las diez, los coroneles mandaron formar las tropas. Mi batallón también salió del cuartel, quedando de guardia con mi compañía, dándome la orden de cerrar la puerta y no abrirla más que á los militares, haciendo fuego sobre todo grupo sospechoso que se aproximase.

Cuando el pueblo gaditano se disponía para celebrar la proclamación de la Constitución comenzaron las tropas un nutrido fuego sobre el paisanaje, cometiendo la más grande alevosía con que la historia puede manchar sus páginas y entregándose al saqueo y á la matanza por espacio de algunas horas.

A mi conciencia repugna referir los hechos de aquellos sicarios de la tiranía. Comprendo que los ignorantes soldados maten á sus hermanos los hijos del pueblo, porque, dóciles como perros, obedecen á quien les manda; pero no concibo que los oficiales, en los que debemos suponer ilustración y al mismo tiempo generosidad y ánimo levantado para acometer sólo nobles acciones, procedan del mismo modo y manchen su uniforme arrojando por el fango su dignidad y su honor.

Don Manuel Freire era el capitán general del distrito. ¡La historia cubra de infamia el nombre del ciego y sanguinario secuaz de la tiranía! ¡Cuánto inocente murió! ¡Desgraciadas mujeres, desgraciados niños! ¡Ojalá desde el cielo perdoneis á vuestro infame asesino! Al que obedece ó se adhiere al cumplimiento de tan criminales órdenes sólo la ignorancia lo salva de que la historia lo juzgue cómplice de tan horribles crímenes.

Ante estos sanguinarios hechos el entusiasmo con que yo eligiera la carrera militar, la más noble según me habían dicho, no pudo menos de extinguirse. ¿Dónde estaba la nobleza de mis compañeros de armas?

La Ordenanza militar concluyó con los corazones enteros y generosos, convirtiéndolos en dóciles máquinas que así obedecen la orden sanguinaria y alevosa como una orden justa. Pensad un poco, queridos amigos, y tal vez opineis como yo.

Después el noble anciano nos refirió las treinta y tres acciones de guerra en que se

habia hallado durante la lucha civil. Su narracion fué breve cual conviene á una conversacion de amigos, pero llena de interés y de acertadas consideraciones sobre los horrores de la guerra. ¡Quedé prendado del pensador anciano militar. ¡Ojalá todos pensásemos tan noblemente!

Referimosle tambien nuestros hechos de armas, y, despues de oirnos con extremada bondad, marchóse, no sin asegurarnos ántes que habia pasado uno de los dias más satisfactorios de su vida al confesar con franqueza cuanto sentia acerca de la carrera que habia elegido cuando niño, y añadió que la confesion de lo que tiene la milicia digno de ser reprobado le parecia que tranquilizaba su conciencia, próxima ya á ser juzgada por el Supremo Ser.

Ningun oyente, tal vez por respeto á la blanca barba y al brillante papel que habia representado en muchas de las treinta y tres acciones de guerra en que fué actor, pues la historia de la guerra civil cita muchas veces su nombre honoríficamente, contradijó al veterano, respetándolo como el plomo habia respetado aquella vida expuesta tantas veces á encontrarse con él.

Luégo que se marchó, un comandante riojano, que habia sido uno de los oyentes, hombre antipático y pedanton que á todos sus amigos los consideraba pigmeos ó locos y por esto se habia quedado aislado, manifestó el brutal pensamiento siguiente:

—Las muertes de las inocentes madres, de los niños y de los ancianos que causa el hierro y el plomo son la causa de que nos tema el pueblo á los militares y nos considere como necesarios.

¿Qué sería de nosotros si el pueblo se apercibiese que somos un mal, como ha dicho ese anciano, probando al decirlo que no hay peor cuña que la de la misma madera?

Intencion tuve de abrumarlo con mil citas de mil guerreros que han reprobado las luchas; pero la costumbre de callar, llevando razon, ante los superiores, me hizo guardar silencio. Nuestros conocidos fueron desapareciendo y nosotros continuamos la guardia, cerrando la puerta por la noche para evitar una sorpresa ó tal vez para impedir el rapto de algun soldado por alguna Dulcinea. ¡Se hacen tan inocentes los pobres soldados apénas visten el uniforme!

Salimos de guardia al siguiente dia, y otra compania nos substituyó. Hacer la guardia es el trabajo de Sisifo. El órden debiera citar á juicio á los ejércitos ó á los gobiernos, quienes lo tratan como á un demente infinito poniéndole tantas guardias.

¡Pobre sociedad! Ó tus leyes son injustas, ó hay gentes á quienes aprovecha considerarte como loca. Estudia el dilema, Dente lo justo, y es seguro que no te moverás.

CAPÍTULO XXI.

Mauricio.

El 12 de Diciembre recibí una carta de mi tio, en la que me manifestaba que Luisa habia dado á luz con toda felicidad un robusto niño, del cual habia sido padrino, y al que lo bautizaron con el nombre de Octaviano.

Cuando Mauricio vino del punto donde se hallaba de guarnicion, al poner ante su vista la carta en que me anunciaban que tenia un hijo, me manifestó que él tambien venia enamorado locamente y decidido á dar el salto mortal y á solicitar su retiro, ¡condicion que para casarse le habia puesto su adorado tormento.

Cinco meses despues habia conseguido lo uno y lo otro. Hoy vive en Tudela, y cuando me escribe siempre se firma: «el que consiguió la canonical vida que deseaba, tu MAURICIO GARCÉS.»

Entre las apuntaciones que conservo del año de 1864 encuentro las siguientes líneas:

¿Qué fuerza oculta me hace pensar de una manera y obrar de otra contraria? No lo concibo. Seis meses me faltan sólo para cumplirse los dos años de efectividad en mi empleo de capitán y retirarme, según ofrecí á mi tío al enlazarme con Luisa. Me creo el hombre más feliz á su lado, y, sin embargo, acepto la separación, aunque temporal, que me proponen.

¿Durará mucho tiempo la guerra de los Estados-Unidos? Imposible, dadas las terribles máquinas que hoy emplean los ejércitos para dirimir las desavenencias de los que dirigen los pueblos.

El Gobierno español mandaba á América algunos oficiales de todas las armas para que observáran los adelantos que en el arte de la guerra empleasen los americanos y estudiaran las mejoras que para tan horrible guerra habían llevado á cabo en su armamento, así como también los planes de batalla de los generales Grant, Sermahn, etc.

Mi Coronel me propuso si quería ser uno de los que partieran de España con esa comisión, que nada tenía de peligrosa y sí de honorífica.

Participé á Luisa lo que ocurría, y un mes después la escribía desde la Habana, y luego desde New-York.

En los campos de batalla americanos, entre las nubes de humo y polvo que los combatientes hermanos levantaban, se me aparecía Luisa con un niño en su regazo, y veía el rostro airado y lleno de severidad de mi tío, quien parecía decirme: «¿Por qué nos contristas de esta manera? ¿Así pagas el cariño que te profesamos?»

A los tres meses volví á España. La toma de Richmond fué la conclusión de aquella titánica y horrible lucha. Era la única guerra habida en el mundo motivada por una causa cristiana, y la esclavitud del hombre concluyó en aquel libre país.

¿Cuánta sangre y cuánta lágrima cuesta á la humanidad cualquier bien que consigue por las armas! ¡Desgraciada humanidad mientras tenga por una cosa inútil la razón!

No hablaré más de los Estados-Unidos. En la *Memoria* que presenté al Gobierno sobre lo observado en aquella guerra, lo mismo que en un folleto que publiqué á mi vuelta á la península, describí aquellos horrores y razoné contra ellos. Tal vez este folleto influyó para comisionarme después al Austria á presenciar la batalla de Sadowa, y más tarde á Italia á juzgar el efecto del fusil Chassepot.

Pasaré por alto también las intentonas desgraciadas del partido liberal español hasta Setiembre de 1868.

Militar yo y conocido por el general Prim en los Estados-Unidos á donde fué después de su política retirada de Méjico, claro está que supe con anticipación todos sus movimientos. Mejor que el General conocía yo que el pueblo español era un pueblo corrompido por el partido moderado, copiador de la política de Luis Felipe, ó mejor dicho de Guizot. El pueblo español deseaba el cambio de política, odiaba á los moderados, pero hacía poco para derrumbarlos. Persuadido estaba yo que hasta que una gran parte del ejército no iniciase la revolución no vencería esta.

Estaba el pueblo español desengañado también de revoluciones, porque la cuestión de economías, que es la única que le hizo tomar parte en todas, nunca se ha resuelto á su gusto; de manera que bien podía decirse al pueblo del Cid lo que D. Quijote dijo á Sancho Panza: «Bien se conoce que eres villano, y de aquellos que dicen viva quien vence.»

Cuando después de la batalla de Alcolea estuve en Soría refirióme Cárlos Sarabia todo lo que abraza el inmediato capítulo. Antes de comenzar lo diré que no había tomado el retiro porque los generales Serano y Prim, apenas se aliaron unionistas y progresistas días antes de la muerte O'Donnell, me habían comprometido diciéndome «les hacían falta todos los hombres que amaran á su patria con honra.» Desde mi vuelta de los Estados-Unidos no nos separamos Luisa y yo, viviendo en Madrid y en Andalucía, sitios donde le cupo estar á mi batallón.

Pero copiemos lo que Cárlos Sarabia me refirió.

CAPÍTULO XXII.

En el que verá el lector que produce más bien un plato de sopa que cien cañonazos.

Ten hambre, lector, y observarás que, después de saciar tu apetito, los objetos todos se ven de otra manera, cambian de estado, están más animados, y que con dificultad encuentras imposibles después de comer, así como antes de hacerlo todo lo veías por un prisma de tristeza y decaimiento. Esto debió acontecer á nuestro amigo D. Simon, á mi tío y á Cárlos.

El 16 de Diciembre de 1867 mi tío dirigió dos cartas, una á D. Simon y la otra á Cárlos Sarabia.

La primera decía: «Sabes, querido Simon, mi costumbre, y, como siempre, te espera para que des tu opinion sobre la bondad de las moreillas que hoy se hacen en tu casa y la de tu amigo.—OCTAVIANO DE LA OLIVA.

El vistueno de D. Simon fué un «no faltaré» y su firma. La segunda carta, que era también una invitacion igual, fué contestada de la misma manera.

En los pueblos pequeños, y en las casas antiguas de las capitales de provincia, aún se usa la matanza del inmundo animal. El día que se cuelga el cerdo es más alegre que el día que hay boda en una casa. En los pueblos pequeños donde no hay teatro ni café es el acontecimiento notable, es la fiesta de la casa.

Lo mismo en las ciudades que en las aldeas es un suceso en el que, á pesar de ser en casa, todos se *salen de sus casillas*.

Dueños y convidados, todos tienen empleo: éste cuida de la hirviente caldera; aquél pasa por el acero el cortante cuchillo; aquí un muchacho, con un palo al hombro á guisa de fusil, hace la guardia al colgado animal, y ¡ay del jugueton gatillo ó del perro que se acerque al tesoro encomendado á su cuidado! allí otro muchacho de brillantísimo rostro y lustrosas manos, gracias á la sobra de manteca de la ovalada vejiga del difunto que el rapazuelo trata de henchir de viento con la consabida hueca paja; allá la madre, con limpio delantal blanco hecho un sangriento mapa, rellena la moreilla y riñe riéndose á su hijo, que sigue llenándose de grasa y no hace caso de los sermones de su madre; acullá el dueño de la casa, con sus parientes y amigos, saborean el añejo vino, encargado de lo mejor expresamente para este día, y apuestan una dorada torta de manteca y un vaso de tinto aragonés, extracto del cano Moncayo, ganando tan envidiado premio el que más se aproxima al exacto peso del difunto animal, ó, usando del tecnicismo de esos casos, *el que mejor ojo tiene*.

Apénas llegó D. Simon, éste y mi tío fuéronse á la cocina, donde, sentados en el patriarcal escaño de pino, quisieron oír los monótonos borbotones de la hirviente caldera do sobrenadaban las moreillas, música no tan impresionable pero sí más positiva que la de Rossini.

Recordando estaban los dichosos tiempos de su niñez y los felices ratos que en semejantes días disfrutaron, cuando se presentó Sarabia.

Avisados por Doña Teresa que la comida estaba dispuesta, fuéronse al comedor, colocáronse junto al fuego, y comenzaron á animarse apénas vieron sobre la mesa la confortable y humeante sopa, á la que D. Simon tributó repetidos elogios.

Además del extracto de todo lo bueno de la olla española contenia la sopa hígado molido, y Doña Teresa la creía tan indispensable el día de matapuerco como se cree necesaria la sopa de almendra la noche de Navidad.

—Me valga el cielo, dijo D. Simon, si esta sopa á lo Teresa no es lo más sabroso que he probado en mi vida. Así como se mueve un hombre que ha concluido de existir si se le

aplican los contrarios polos de una pila eléctrica, creo yo que una cataplasma de esta sopa aplicada al estómago del mismo hombre es capaz de hacerle resucitar.

En este momento que el horizonte europeo tan preñado está de guerras, pues amenazan las cuestiones de Italia, la de Oriente, y la de Prusia contra Francia, y que gracias al invierno todavía no han estallado, digo, Octaviano, que tienes razón cuando llamas bárbara á la humanidad. ¿No has oído hablar de la columna Vendome levantada con los fundidos cañones que Napoleón I cogió á sus enemigos?

Si la humanidad dedica monumentos á sus grandes destructores, ¿qué extraño será que otros hombres, siquiera porque la historia se ocupe de ellos, traten de seguir las mismas huellas? ¿No encuentras más justo y benéfico reunir los cacharros rotos por todas las cocineras de la ciudad, pulverizarlos, convertirlos en barro y con él hacer una modesta estatua que represente á Teresa, á la inventora de esta sopa?

Hagamos un paralelo. Teresa con su sopa reanima y concluye pronto la convalecencia del hombre enfermo. Napoleón hizo brotar de sus cañones el plomo que dejaba inanimados los miles de hombres más robustos y sanos. Elijan, pues, los sabios gobiernos del mundo.....

Observo que hablando se me enfria la sopa teresina, y fuera tan bárbaro como los gobiernos que censuro si la dejara enfriar. Para evitarlo concluyo con este axioma: Más bien produce un plato de teresina sopa que cien cañonazos.

—Bravisimo, caro Simon, hablas como un libro. Si supiese que el pacífico efecto producido en tí por esta sopa lo producía en Napoleón III ó en Bismark, de buena gana les dedicaba un caldero de ella, siquiera porque no vengan á las manos esta primavera, y evitar que cien mil cadáveres queden tendidos sobre la tierra, sólo porque la Prusia desee realizar la unidad alemana y Francia quiera impedirlo.

¡Qué contradicciones, qué anomalías se observan en las prácticas guerreras! Los poderes, al declarar una guerra, suelen apoyarse en los parlamentos, los cuales dicen que son la representación de la voluntad nacional, siendo incierto porque los pobres soldados no tienen participación alguna en el nombramiento de los diputados que componen aquéllos. Si, cual debiera suceder, al declararse una guerra se consultase el voto de los soldados, que son los que la llevan á cabo, seguro es que nunca se realizarían las criminales hecatombes que horrorizado presencia el mundo, y no serían los ejércitos máquinas para satisfacer las ambiciones de los déspotas y absorber la riqueza de las naciones.

Para probaros, caros amigos, lo que concluyo de decir, os referiré lo que en una de sus obras dice D. Pedro Mata, el *vademecum* de medicina y cirugía legal:

•Nuestra sociedad está, por desgracia, organizada militarmente. Viejos vicios, anejas preocupaciones, profundamente arraigadas aún por la ignorancia de los unos y el interés de los otros, nos sujetan y sujetarán todavía por largo tiempo á las instituciones de la fuerza.

•Las masas ociosas y armadas dominarán aún por luengos años al pueblo trabajador, y tendremos soldados y tendremos ejército. Los reyes, no los pueblos, necesitan de ejércitos, y todos los años arrancan del seno de las familias á los jóvenes más robustos y más lozanos para formar batallones que engrasan en tiempo de guerras los campos y los lobos, y en tiempo de paz consumen en operaciones inútiles las mejores rentas del Estado.

•Nada más común que las quintas; y cada vez que se anuncia un reemplazo, la alarma y el desconsuelo se difunde desde la ciudad más populosa hasta la humilde cabaña donde no hay más que dos esteras, la del padre y la del hijo. Como para la sociedad, el ser soldado es para la familia una desdicha.

Lo que de la guerra dice D. Pedro Mata y lo que afirman infinidad de grandes pensadores demuestra que nuestras opiniones no son opiniones aisladas; y al ver el terreno que estas ideas ganan no es posible dudar que acabarán por dominar al mundo.

No lo dudes, Simon, á los pueblos sólo les falta decir •quiero,• y el *fiat lux* se hará;

pudiendo recordar hoy á los reyes la graciosa pero verdadera pofecia que uno de sus bufones anunció: «Decidme, señor, si vuestros vasallos se empeñasen en que no, ¿qué hariais?»

Además ¿por qué nuestro Dios inspira las hermosas palabras que vas á oír á dos hombres notables? Será sólo con el fin de añadir á los grandes y numerosos pensamientos de estos escritores uno más? ¿será por añadir á sus inmortales obras una nueva belleza literaria? No, no pensemos de nuestro gran Dios tan raquíticamente. Dios, al concedernos la inteligencia, lo hizo para que la empleásemos en nuestro bien, para distinguarnos de las fieras y de los demás animales; pero el hombre, sea por la mala organizacion actual, que sólo es militar, sea por las antiguas preocupaciones sostenidas por la ignorancia de unos y el interés de otros, parece se empeña en ser más fiera que las fieras, empleando su inteligencia en aplicar todos los secretos arrancados de la naturaleza en su daño y ruina. Descubre la electricidad, y en lugar de servirse de ella para hablar á grandes distancias la emplea en hacer estallar los torpedos y los barriles de pólvora que vuelen navios y pueblos. Los grandes físicos arrancan secretos á la naturaleza, beneficiosos á la humanidad, y los pequeños gobiernos recompensan la aplicacion de esos secretos á la destruccion del género humano.

El hombre sólo ocupa su inteligencia en construir aparatos destructores de su vida, mientras la fiera, la fuerza y la astucia que Dios le dió, la emplean en satisfacer sus crueles necesidades. Las fieras son fieras por no poder ser animales inocentes; el hombre es fiera porque quiere, por placer.

Pero hé aquí las hermosas y consoladoras frases á que me referi ántes, frases que pronunció el gran Victor Hugo en un banquete en Bruselas:

«Allá, á lo léjos, delante de nosotros, aparece un punto luminoso. A cada momento se hace más visible: es el porvenir; es la realizacion, es el término de las miserias; es la aurora de las alegrías; es Canaan, la tierra prometida donde el hombre no tendrá más que hermanos alrededor y cielo sobre la frente.»

¡Oh, bendito sea el cristiano que así se expresa! Cuando Dios permite hablar así debe ser porque ha querido desprenderse de un destello de su divinidad y colocarlo en la brillante inteligencia de Victor Hugo. A un corazón honrado que desee el bien de los hombres, ¡cuánto bien hacen tan hermosas palabras!

Nuestro distinguido Emilio Castelar, contestando á los señores de la junta de gobierno del Ateneo catalan de la clase obrera al nombrarlo sócio honorario, dice: «Si los tiempos pasados fueron los tiempos de la guerra, los tiempos que están por venir serán los tiempos del trabajo. El hombre convertirá á dominar la naturaleza las fuerzas que ha consumido en guerras con sus hermanos y en manchar de sangre la tierra.»

Nosotros, aunque viejos oscuros, desde este ignorado rincón en cuyas paredes, mezcladas con el yeso, vense las cenizas de los que un tiempo fueron numantinos, á los poderes de la tierra que sean causas de guerras productoras de tantos males, ó á los pueblos que no trabajen por la paz universal, escupámosles al rostro esta verdad: «No hagais caso de estos pobres viejos; reiros de ellos si quereis; pero tened entendido que vuestra risa no nos quita la razon.»

Preveo, Simon, lo que ha de suceder en el porvenir, y no dudo al asegurar que más eterna y envidiada será la fama del hombre ó del Congreso que concluya con la terrible plaga de las guerras que la alcanzada por los Alejandros, Césares y Napoleones. Las generaciones futuras lo llamaran «el hombre bueno del mundo, el Jesucristo II; y si fuese Congreso lo apellidarán «el primer ayuntamiento de hombres.»

—Toca esos cinco, exclamó D. Simon; y pues ya estamos en la conclusion de la comida, porque yo á estas magras de jamon me atengo, sin perjuicio de los postres, hemos de brindar como brindan tambien en la conclusion de sus convites diplomáticos los arregladores del mundo, los que deciden en una orgía la paz ó la guerra entre dos naciones,

las hecatombes ó los tratados de comercio. Antes de brindar haré los honores á este plato de jamon, sin temor á la triquina que pudiera tener, y á pesar de las funestas consecuencias que puede acarrear tan perjudicial animaléjo.

—¿Qué es eso de triquina? dijo Cárlos Sarabia deteniendo la tajada de jamon que iba á engullirse.

—La triquina, amigo Cárlos, contestó D. Simon, es un helminto que Paget, discípulo de Owen, observó por primera vez en el cadáver de un italiano en el hospital de San Bartolomé, en 1852. La muerte del hombre que come jamon atacado por la triquina es segura; pero se evita aquélla, segun Virchow, no comiéndolo crudo. Toda vez que he satisfecho la curiosidad de Cárlos, comamos sin temor este jamon frito, y brindemos.

Y D. Simon, ostentando en su diestra manó una copa, pronunció el siguiente SONETO:

A LA PAZ, Y POR CONSIGUIENTE A LOS AFICIONADOS AL JAMON.

Dé la Francia argentinos napoleones
al autor del fusil que usó en Mentana;
riquezas dé tambien y gloria vana
al que hizo de abanico los cañones.

Bismark ó Prusia dé ricas pensiones
al que ideó el fusil á la prusiana,
el que á la austriaca guardia veterana
venció y espanto fué de las naciones.

Del triunfo disfrutad, guerrera gente;
mientras tanto que el buitre en la colina
espera algun cadáver áun caliente,
me entretengo en pensar en la cocina
el premio que merece aquel que invente
el remedio que mate la triquina.

—Bravo y mil veces bravo, gritaron Cárlos y mi tío. Tu soneto merece, añadió éste, que de un solo sorbo apuremos nuestras copas. Bebamos, pues, y á los que digan que estos pensamientos sólo en estado de embriaguez se pueden abrigar, nosotros les responderemos que mejor es nuestra embriaguez de paz que su embriaguez de sangre humana. Con tu soneto, Simon, nos has comprometido á brindar, y es preciso llamemos á las nueve hermanas del Parnaso y pedirlas un cachito de inspiracion.

Y D. Octaviano, despues de llamar en su auxilio á las musas, brindó de esta manera:

LA PAZ Y LA GUERRA: ELIJAN.

Aminorar los dolores,
mudar en cielo la tierra,
vivir entre gayas flores
do cantan los ruiseñores,
eso es, Simon, no haber guerra.

Matar hombres á porfia
ensalzando sin disfraz
en las *órdenes del dia*
al que hizo gran puntería,
eso es, Simon, no haber paz.

Ver la humeante caldera
donde hierven las morcillas,
esta es la paz verdadera,
más que el parte que escribiera
Faily fusil-maravillas (1).

(1) El parte que del combate de Mentana, en Italia, dirigió al llamado emperador Napoleon III el general Faily concluía con estas palabras, aludiendo á la gran matanza: «El fusil Chassépot ha hecho maravillas.»

¿No es un asesino vil
el que ensangrienta la tierra?
¿Pues por qué laureles mil
se dan al que con fusil
mata á su hermano en la guerra?

Aunque al que mata un hermano
le llama el mundo *valiente*,
hablando en buen castellano
es un carnicero humano,
ó la lógica nos miente.

El continuo movimiento
al necio priva del sueño,
siendo antiquísimo invento.

¿Cesa la guerra un momento?
¿Del hombre ese mal no es dueño?

¡Oh siglo de las cerillas!
Tu talento es de chiquillo:
si ries de mis quintillas,
pregunta en pueblos y villas
lo que meto en mi bolsillo.

¡Oh mundo! De sangre basta.
¡Te lo ruego!... ¿No haces caso?...

Pues aniquila tu casta,
mientras comiendo esta pasta
me bebo de vino un vaso.

Aplaudieron á D. Octaviano D. Simon y Carlos, y, mientras éste fumaba un habano, recostáronse nuestros ancianos en las butacas que ocupaban, sacaron sus cajas de plata donde el rapé estaba prisionero, y después del gracioso golpecito dado con los nudillos de los dedos en las tapas, tomaron una porción del excitante polvo entre pulgar é índice, aspirándolo con ese plaecer tan encantador que sólo en los viejos se observa.

Un cuarto de hora después dormían tranquilamente. Carlos reanimó el fuego de la cocinilla, cubriólos bien con las capas y marchó á su casa, diciendo ántes á Doña Teresa:

—No hagáis ruido, señora: tienen sueño.

CAPÍTULO XXIII

1868.

•Se va á armar la gorda:• estas eran las palabras que se oían hacia cuatro años en todas partes y en todos los corrillos formados en las calles, plazas y cafés de España.

Cansado el pueblo español de la corrompida familia de los Borbones y de los no menos corruptos moderados, partido que transigió siempre con los vicios del trono y por éste tan querido que siempre lo conservó en el poder, ansiaba una España con honra. La revolución se veía venir á pasos agigantados. Varias fueron las intentonas de los progresistas por concluir con tan funesto régimen, y todas fueron desgraciadas. Sólo teniendo el escaso talento que tienen los Borbones se podía hacer tanto disparate como Isabel de Borbon realizó para conservarse en el poder. Tan ambicioso O'Donnell como escaso de talento, combatió con suerte los pronunciamientos liberales; ¿y para qué? Para arrepentirse, porque á los once días de haber vencido la sublevación liberal más imponente, era destituido de ministro y entregado el poder á Narvaez. La ingratitude de Isabel de Borbon hizo que O'Donnell se arrepintiera de toda la sangre que había derramado en Junio, y que prestara la fuerza á la coalición de los tres partidos que se habían propuesto derrumbar tan careomido y deshonroso trono. Arreglada la coalición, murió O'Donnell.

En Sevilla estábamos Luisa y yo y nuestro pequeño Octaviano, que ya de cuatro años

me divertía mucho con sus infantiles gracias, cuando llegó el 18 de Setiembre. Mi batallón, así como todas las fuerzas que guarnecían á la ciudad reina de Andalucía, se adhirió al pronunciamiento de Cádiz. Serrano se puso al frente de todos los batallones pronunciados, y nos dirigimos hácia Alcolea á esperar á Novaliches, que, con las fuerzas que todavía defendían al partido moderado, venía á combatirnos. Serrano nos colocó cerca del puente de Alcolea, en una ventajosa posición. No esperamos mucho tiempo á las fuerzas contrarias. Reciente aún la batalla de Alcolea, no la describiré: voy sólo á referir un episodio que atañe mucho á esta HISTORIA.

El día 23 de Setiembre Novaliches colocó sus fuerzas y comprendimos que la batalla comenzaría pronto y que era ineludible. Serrano había mandado mi batallón á guardar una altura próxima al puente de Alcolea, y él había establecido su cuartel general en otra altura que á todos dominaba, desde donde podía hacerse cargo de los accidentes de la lucha y acudir con la reserva donde fuera necesario. Colocadas ambas fuerzas, las nuestras y las contrarias, notamos que se tardaba en dar la órden de comenzar el fuego.

Aún teníamos esperanza, al ver esa tardanza, de que no se derramaria sangre. Léjos la altura que ocupaba mi batallón del sitio donde estaba el cuartel general, nada sabíamos de lo que sucedía. Por fin comenzó el fuego, generalizándose pronto.

Novaliches intentó ganar el puente varias veces y todas fué rechazado con grandes pérdidas. Nuestra artillería y los valientes carabineros sostuvieron con gran valor aquel puente que se había de hacer memorable por ir su nombre unido á la caída de una dinastía. El fuego duró algunas horas, y después de concluido permanecemos en los puntos que ocupábamos, á pesar de ver gran movimiento en el campo enemigo. Nos preparamos á dormir en las mismas posiciones, pero con todas las precauciones posibles para no ser envueltos por alguna sorpresa nocturna. Al recoger los heridos de una y otra parte supimos la herida del general Novaliches. A la mañana siguiente notamos que el enemigo había desaparecido.

Apénas el sol coloreaba las alturas cuando recibí un aviso de mi tío Octaviano, que se hallaba en uno de los pueblos inmediatos donde se habían llevado algunos heridos, y deseaba verme. Grande fué la sorpresa que me causó este aviso, pues no tenía noticia de que mi tío hubiese salido de Soria. Hé aquí lo que había pasado:

Después de vadear el río el día anterior, se encontró mi tío con el patriota Perez del Álamo, que, con unos cuantos caballos, tenía la misión de avisar al general Serrano en cuanto viese fuerza armada que tratase de vadear el río por aquel punto. Perez del Álamo indicó á mi tío el campamento, al que llegó poco ántes de comenzar la batalla, rogando á un oficial que lo presentase al Duque de la Torre, al que habló de esta manera:

—General, soy un amigo de la paz, soy también liberal, y por consiguiente, deseo que mi patria tenga honra. Mandadme cuanto queráis y creáis conveniente para conseguir mi deseo.

Dióle el general la mano, y le dijo que en aquel momento había salido un escritor con una carta para Novaliches con el objeto que él deseaba, que era también el suyo.

Dió mi tío las gracias al general Serrano, y, montando en un caballo que había comprado, dominado por la idea de evitar la batalla, marchó á alcanzar el enviado al campo enemigo, sabiendo al llegar á éste que Novaliches había ya contestado al Duque de la Torre. Enterado mi tío de la contestación de Novaliches, por haber accedido éste á sus ruegos; mientras trató de convencer al Marqués General de su error al anteponer esa vana palabra llamada honor, causa de toda la sangre que se iba á derramar, al bien del pueblo, que deseaba que no hubiera lucha; mientras rogó mi tío al Marqués que pensase cuál era lo más conveniente, si procurar el bien de una mujer ó el de la patria; mientras le decía que era anti-cristiano el derramar sangre, y además irrazonable el hacerlo sin preguntar al pueblo qué es lo que deseaba, pues éste y no la monarquía debía ser juez de aquella causa; mientras le argüía que más honroso que luchar era preguntar al pueblo qué constitucion

quería; mientras le hacía presente que sólo se iba á derramar sangre por lo que él llamaba su honor, su caballerosidad, que no le permitía faltar á la confianza en él depositada por la Reina al nombrarlo su defensor, haciéndole presente que debía procurar más legar á la historia su nombre con el dictado de justo con el pueblo que con el de leal á la monarquía, marchó el enviado con la respuesta.

Viendo mi tío que nada conseguía del General moderado, se dirigió á nuestro campo, y comenzando en aquel momento la batalla recibí un balazo en el pecho, sosteniéndose en el caballo hasta que llegó á la línea de los nuestros, donde fué retirado al hospital ambulante improvisado, donde le examinó un médico y observó una gran contusión en el pecho, inspirándole serios cuidados los esputos sanguinolentos que el herido arrojaba. En este estado lo hallé yo.

Con los consejos de la ciencia unidos al mucho cuidado, experimentó una notable mejoría. Durante tres días recibimos las noticias de estar adheridas á nuestro alzamiento todas las provincias, así como la de haber huido Isabel de Borbon.

Pedí licencia al general Serrano para que me permitiera acompañar á mi tío á Soria, y me fué concedida. Escribí á Luisa, y juntos todos emprendimos la caminata hácia nuestra numantina ciudad.

Apénas D. Simon supo nuestra llegada fué á vernos. D. Simon ignoraba dónde había estado mi tío, pues segun me refirió el 22 de Setiembre le escribió una carta que decía:

•Amigo Simon: Ha llegado la hora de que sea útil á mi patria. Si cuando he salvado de la muerte á algun individuo he experimentado un bienestar en mi conciencia, una gran satisfacción interior, ahora que voy á trabajar por salvar la vida á cientos de mi semejantes será esa satisfacción mayor. Ser útil á tanto hombre es mi mayor deseo. Cuando recibas esta carta estaré lejos de aquí: no padezcas por no saber ni el motivo ni el punto á dónde me dirijo, pues confía en que pronto volverá á ser el compañero de tus paseos tu amigo—OCTAVIANO.»

Esta carta le había sido entregada doce horas despues de haber marchado mi tío, cumpliendo las órdenes que éste diera ántes de irse.

Despues de varias alternativas observamos que mi tío se acercaba lentamente al último momento de su vida. D. Simon, lo mismo que nosotros, no se separaba de su lado. El día 27 de Octubre se agravó de una manera que juzgué seria su último día: él mismo nos lo decía y desgraciadamente no se equivocaba. Hasta en sus últimas horas manifestó su odio á la guerra, hablándonos en contra de ella largamente, no oponiéndome yo á que lo hiciese porque veía que así olvidaba sus crueles dolores.

—Queridos, nos dijo, siento cernerse sobre mis ojos el sueño de la muerte, y lamento abandonar este mundo sin que sea un hecho la conclusion de la guerra.

No obstante este sentimiento, endulza los últimos momentos de mi vida el ver que los pueblos van comprendiendo sus derechos y oponiéndolos al sonado derecho divino de los reyes, causa de la desgracia de la humanidad que hace necesarios los ejércitos ó sea la esclavitud de los blancos; esclavitud aún más infame que la de los desgraciados negros, pues si éstos trabajan para un amo, este amo procura que su máquina-hombre no se mule para que le proporcione más ganancias, mientras los reyes sostienen la esclavitud blanca sin importarles nada que sus máquinas-hombres mueran. Esta infamia desaparecerá cuando los pueblos sean poder, porque amándose á si mismos más que los reyes los aman, suprimirán los ejércitos y por consiguiente las guerras.

La tendencia del siglo xix á formar grandes nacionalidades tambien me consuela en este supremo trance, porque realizadas éstas pronto vendrá la nacionaliaad universal y comenzarán los pueblos por entrar en posesion de sus derechos inalienables, y no consentirán que haya más que dos leyes supremas: la de Dios, que debe mandar al mundo; y la de la conciencia humana, que debe guiar á los pueblos. Las naciones latinas, á pesar de no haber dejado de ser monárquicas, emprenden ya este camino, y muero tranquilo al

pensar que, acaso muy pronto, se realizará la confederacion de esta gran raza bajo la forma republicana. Ya dá los primeros pasos nuestra España y se preparan á darlos las demás naciones, y es de creer que entónces esta gran raza, al coronar su destino, dé cima á la fraternidad universal.

He experimentado una gran trasformacion en mis ideas. Cuando niño el sofocante humo de la pólvora de la guerra de la Independencia y las desgracias de mi familia me hicieron odiar á los franceses, y ahora siento que la España hiriera á la nacion destinada á realizar la confederacion de la Europa. Así como Víctor Hugo, cuando niño, tenia la opinion de su madre, era realista, y cuando hombre opinó como su padre, fué republicano, así yo oídi la guerrera Francia en mis primeros años, y hoy siento que Napoleon no hubiera atado á su victorioso y sangriento carro de guerra la Europa entera. Hoy en dia, á pesar del reparto que hizo á su familia de las naciones europeas por él conquistadas, esta parte del mundo seria una gran república, en la que confederados todos sus pueblos vivirian la vida de la fraternidad, y el resto del mundo no tardaria en seguirnos al ver que la paz casi perpétua nos sobreia.

Realizada la confederacion europea hubiera sido poco menos que imposible una guerra de la Europa contra la América ú otra de las partes en que se divide la tierra, porque el espanto producido al contemplarse frente á frente un número inaudito de guerreros hubiera cambiado en abrazos los golpes de las espadas, si es que ántes la razon no los estorbaba al pensar en los rios de sangre que correrian al choque de aquellos dos ejércitos innumerables.

Mucho habló mi tio aquel triste dia en contra de las matanzas, para lo que tuvo que hacer repetidas pausas para tomar aliento. Afectado y triste mi corazon, no sólo por ver á mi tio próximo á espirar, sino por el llanto de Luisa y de mi hijo, así como tambien por el verdadero sentimiento demostrado por D. Simon, el amigo y compañero de toda su vida, tuve que aparecer fuerte y hacer cuanto pude por consolar á todos.

Las últimas palabras de mi tio, despues de indicarme dónde encontraria su testamento y de cumplir con las prácticas cristianas propias en tales casos, fueron las siguientes:

—Saturio, el mundo me dará el dictado de necio ó de raro, y regularmente de ambas cosas, al ver que tanto he hablado en contra de las anticristianas guerras y al ver que tan poco he conseguido, pues ni aun de tí he podido hacer que de guerrero te convirtieras en ciudadano. Contestaré al mundo que soy español y que tengo bien aprendido nuestro célebre «no importa» palabras que nuestro pueblo decia cuando en la guerra de la Independencia sufría las derrotas.

Además, aunque los hombres se rian de mí al ver que hasta el último instante de mi vida he alimentado la más halagüeña de las ilusiones, la de serles útil, sepan que no soy de los que piensan que mis semejantes no valen tanto como el que se atormenta por ellos, y que prefiero su risa á cambio de decirles la verdad. Les he repetido una y mil veces que no son hombres los que dirimen sus cuestiones por medio de la fuerza puesto que desprecian la razon, ese don del cielo que es el distintivo que nos separa de las fieras; les he rogado que amen más, digámoslo así, el idilio que nos trasporta al paraíso que no el canto guerrero que, ó nos conduce á la muerte, ó nos inspira odio.

Ingrata ha sido la tarea de toda mi vida, y aún más ingrato el terreno que he escogido para sembrar la buena idea. Los hombres siguen matándose á pesar de saber y estar convencidos de la verdad. Todo un Dios se la anunció; todo un Dios trató de sembrar la paz entre sus criaturas, y no sólo le crucificaron, sino que despues de diez y nueve siglos no ha logrado que su semilla dé fruto. Yo tambien, mísero mortal, he tratado de recordar con mis palabras á los hombres mis hermanos la idea de Dios, y he sido crucificado porque la humanidad no hace caso del *no matarás*.

Despues de una breve pausa llamó mi tio á mi hijo, le cubrió de besos y le recomendó que no fuera militar porque él porvenir lo despreciaria.

Volvió á descansar, y al poco rato nos rogó le perdonásemos las incomodidades que nos había ocasionado en su enfermedad. Quedóse tranquilo; una dulce sonrisa apareció en sus labios, y exhalando su último suspiro elevóse su alma á la mansión de los justos.

Al conducirlo á la última morada no hubo ningún soriano que dejara de acompañarlo, y que en su rostro no demostrara el sentimiento por la pérdida de un amigo tan honrado.

CAPÍTULO XXIV.

La Cartera.

Tres días después de la muerte de mi tío escribo este capítulo. Luisa, llorosa, está á mi lado. Octaviano juega y mete un ruido infernal. He dirigido una carta á Catatua al médico de Luisa porque me inspiran serios temores los estragos que hace en su salud tan grande sentimiento.

Hoy he leído todos los papeles de mi tío, los que he hallado perfectamente colocados en un escritorio. Debajo del testamento estaban las escrituras de sus fincas y las de mi madre, éstas ya pasadas por el registro de hipotecas y puestas en mi nombre.

Al lado de esos papeles hallé una cartera ó libro de *Memorias*, donde mi buen tío escribía sus pensamientos humanitarios.

También hallé algunos trozos de *El Clamor Público*, que hablan en contra de la guerra, cortados sin duda para coleccionarlos bajo el título de *El Ramo de oliva*. Son unos preciosos renglones, de los que debieran los gobiernos hacer grandes tiradas y darlas gratis á los pueblos.

Cosidos con estos pedazos de *El Clamor Público* se encuentran varios *Boletines oficiales* de la provincia de Soria, en cuyas columnas se halla una oda á la paz, escrita por el capellan del 2.º batallón del regimiento de infantería 1.º de línea, D. Gaspar Serrano, quien, nuevo Tibulo, al ver tanta desolacion, tan fiero mal como en pos de sí va dejando la guerra civil en nuestra patria, exclama como el poeta latino: *Nobis, pax alma, veni*; y continúa, en muy buenos versos castellanos, pidiendo á la risueña diosa que vuelva á España que harta está de combatir con el déspota del rauda Sena cuando quiso sojuzgar á la Europa con servil cadena. Hé aqui algunos de sus versos:

¿Qué valle, qué colina
de la guerra civil no vió el estrago?
Do quier desolacion, do quier ruina;
es de sangre filial Iberia un lago:
de rebelión la llama,
cual súbito relámpago
desde el Pirene á la Africa se inflama.
El Ebro enrojecido
publica al mar nuestro furor demente.
¿Oís? ¿Oís el pavoroso ruido
de las armas, que arrastra en su corriente?
Las águilas rapaces
por su orilla en las víctimas
las garras clavan sin piedad voraces.
Oh! luzca, luzca el día,
luzca, por fin, la deseada aurora,
en que vea la dulce patria mia
de sus rebeldes hijos vencedora,
de plácida bonanza
brillar el iris célico
anunciando reposo y bienandanza.
Ven, paz, almo consuelo
del linaje mortal; ven, dulce hermana

de la santa virtud, y nuestro duelo
templa con tu influencia soberana;
mira inocente coro
de donceles y vírgenes
cuál te lo pide con doliente lloro

Tomada del *Propagador de la Libertad*, periódico semanal que se publicaba en Barcelona, inserta otro Boletín de la provincia de Soria una composición de autor desconocido, de la cual trasladamos aquí lo siguiente:

LA FRATERNIDAD UNIVERSAL.

No haya de hoy más ni lusitan, ni hisperó,
ni galo, ni breton... La especie humana
de hoy más estrecha los fraternos lazos,
que un tiempo tristemente fascinada,
incauta destruyó. De Adán los hijos
todos hermanos son, y en santa alianza
todos deben vivir. Con mano oculta,
por sostener su vacilante causa,
por retardar su fin la tiranía,
siembra en los pueblos infernal cizaña,
y el bárbaro rencor á que se inmolan
fomenta en su política nefanda.
No de los rios insondables ondas,
ni la vasta extension de las montañas,
ni el que los continentes ni las islas
separa borrascoso mar del Atlas
barreras son que dividir las gentes
pudiesen alcanzar. Las variadas
costumbres y gobiernos y la absurda
diversidad de cultos, que tirana
entre los pueblos la ambicion sangrienta
un tiempo estableció, son las que infaustas
del hombre al hombre segregando iluso
sus naturales vínculos quebrantan.

Conspirando las precopiadas líneas al restablecimiento de la paz universal, nada de extraño tiene que mi tío guardase estos pedazos de periódicos con el poco oro que poseía.

Réstame copiar de la cartera algunos de sus pensamientos antibélicos. A cada grupo de renglones que necesitó para desenvolver su pensamiento acompaña el año en que los escribió.

1823. La sociedad española se ha constituido de la manera que le ha parecido conveniente, pero á un caballero escritor reaccionario, á un ministro del otro lado de los Pirineos no le agrada nuestra constitución y parece que nos envía cien mil franceses á variarla á gusto suyo. La fuerza sobre el derecho. Señor de Chateaubriand, os ruego me respondáis á esta pregunta: ¿Valé más la fuerza que el derecho? Pues entonces nivelais los hombres con los bueyes, y al nivelarlos, tenéis que conceder que el buey tiene alma.

1837. Noche triste ha sido la pasada. El hospital de la Merced de esta ciudad lo ha devorado un incendio. He tenido mi pequeña parte en la salvación de tres ancianas enfermas medio asfixiadas y próximas á ser carbonizadas; dos minutos más tarde hubieran sucumbido.

Me avergüenzo al escribir estas líneas, y, sin embargo, mi razon me obliga á ello. Jamás he deseado el mal á nadie; mas ¡qué coincidencia! un terrible acacimiento ha venido á probar á un militar que me habia desafiado que yo tengo más valor que él, que poseo del verdadero valor más cantidad que él. Historiemos.

Tres ó cuatro dias hará que yo hablé mal de la fuerza bruta; entre mis oyentes habia un militar vestido de paisano. Al otro dia vinieron á casa otros dos oficiales, y, segun dijeron, eran los padrinos del oyente, y me rogaron les designase los míos para entenderse con ellos si yo admitia el desafio.

Mi contestacion fué breve. No sé, les dije, el dia y la hora; pero desgraciadamente no se hará esperar: cada instante que pasa nos necesita un hermano, y estad seguro que no faltaré á la cita; admito el desafio. Sin duda no me entendieron bien; tal vez creyeron, al ver que no les daba los nombres de los padrinos, que respondia evasivamente. El segundo dia despues de esta visita se divulgó por Soria que yo habia sido desafiado y que era un cobarde, pues no habia admitido el duelo. Los oficiales, al contarle en el café, no vieron la sonrisa de incredulidad con que mis convecinos recibieron la noticia.

A media noche la campana de la iglesia de Santo Domingo tocaba á fuego; pronto repitieron el alarmante toque todas las campanas de la ciudad al mismo tiempo que cien voces gritaban: «¡fuego en el hospital!»

Vestime de prisa y marché á casa del oficial desafiador. Llamé en la puerta, y al poco tiempo bajaron tres caballeros que por curiosidad ó por otra razon iban al sitio del incendio. Eran los padrinos y el duelista. Me dirigí á éste y le dije:

—Llegó la hora.

—¿Estais loco, caballero? dijo uno de los padrinos. ¿Se ven siquiera las pistolas en la mano, ni por consiguiente apuntar?

—No creais que soy tan insensato, les respondí yo, que admita desafios que nada prueban, y que, cuando más, demuestran en el vencedor mejor suerte y más destreza, pero nunca que es dueño de la razon. Vayamos hácia el incendio, y allí, dije dirigiéndome al militar desafiador, probaremos cuál de los dos posee el verdadero valor. Yo nombro mi padrino para este desafio al pueblo soriano: el que más trabaje por salvar á nuestros hermanos los pobres aquel será el vencedor. Esos desafios son los únicos que admito. Os hirió que hablase mal de la fuerza y os digo que nunca me enmendaré, estoy destinado á hablar mal de todo aquello que vaya en contra de la reina de la humanidad, que es la razon.

Ví que se sonreia el oficial á quien dirigia mis palabras, pero con una sonrisa que queria decir: «excusas.»

Llegamos al hospital; inmensas llamas salian por el tejado y algunas ventanas; de cuando en cuando se oian ruidos imponentes ocasionados por los hundimientos de tabiques, y gruesas columnas de negro humo mezcladas con el polvo se elevaban al cielo como si quisiesen ocultarle tan triste espectáculo.

—Hé aquí mis armas, decia yo desarrollando una nudosa cuerda. Dirigí mi vista al edificio y vi que hácia la parte oriental no salian llamas; engaré el garfio de yerro que un extremo de la cuerda tenia á un hierro del balcon que por aquel lado habia en el edificio, y ascendí apresuradamente.

Mientras unos decian que todos los pobres acogidos en el asilo se habian salvado, otros aseguraban que faltaban tres ancianas. Rompi los cristales del balcon, retirándome á un lado para que el humo y el polvo no me dañasen; y apenas el comprimido humo fué despedido por la corriente de aire que se introdujo, precisamente cuando ya invadían las llamas aquella sala, vi con dolor que las tres ancianas se habian arrojado de sus camas para tratar de ganar el balcon. Viendo yo que la atmósfera era sofocante, arrastré de prisa y con trabajo aquellos cuerpos inertes, y con la misma cuerda con que ascendí fui descolgando las enfermas, que con el frio daban ya señales de vida, recibíéndolas el pueblo desde abajo, que gritaba entusiasmado al ver que no habia desgracias personales. Descendia la tercera anciana cuando se hundió la techumbre, cayendo los escombros hácia la parte interior, acariciando mis socarrados vestidos y haciéndome unas ligeras heridas las tejas del alero que cayeron exteriormente. El interior del edificio, los caidos escombros de los suelos y techumbre eran una masa ignea. Apresuréme á descender, porque las cua-

tro paredes que en pié quedaban empezaban á dilatarse abriéndose en ellas anchas grietas. Fui recibido por el pueblo con grandes aplausos, y al abrazarme deshaciáanse entre sus manos mis vestidos carbonizados; pero como en el pueblo siempre hay caridad, varias capas fueron arrojadas sobre mi cuerpo para cubrirlo. Sudaba á mares, y el alcalde de la ciudad mandó que me acompañasen hasta casa cuatro vecinos. Apenas llegué me introduje en el lecho.

Varias veces he visto en el café al militar desafiador y no me ha hablado del asunto: ha comprendido que no me falta valor, pero tampoco amor á la razon. Sin duda le han referido tambien que no es la primera vez que he expuesto mi vida por salvar á mis semejantes de una muerte cierta. Tres veces he experimentado interiormente esa gran satisfaccion, que se experimenta al obrar bien: una la que acabo de referir; otra cuando salvé á un niño que se ahogaba en el Duero; y otra cuando di muerte á un perro rabioso que se introdujo en una casa donde habia una madre con tres hijos pequeños, á cuyo hidrófobo animal di muerte con un estoque de baston que me proporcionaron, en el momento que se abalanzaba á mí y cuando ya habia hecho presa en el gaban que habia arrollado al brazo con que lo herí. Dudo que victorioso en tres desafíos con mis semejantes experimentára la satisfaccion que experimenté despues de haber llevado á cabo estas buenas acciones.

1842. Concluyo de leer la historia de Inglaterra, y veo por ella y por la de otras naciones que la historia universal hasta hoy no es más que una coleccion de vidas de los grandes criminales llamados reyes. ¡Qué de parricidios! Verdaderamente que si la humanidad hubiese creado tribunales para juzgar á los reyes debiera llamarse á la historia universal *coleccion de causas célebres*. Admirémos á la Divina Providencia que siempre es justa: esa misma historia tan horrible, á falta de tribunales que condenáran los coronados criminales, es su única pero tremenda responsabilidad. El más infeliz bracero se avergonzaria hoy de llevar el apellido de los que fueron altos y poderosos señores de la tierra, porque creeria, y con razon, que pertenecia á una familia maldita, y que sólo haciendo grandes bienes á la humanidad podria lavar tan afrentosa mancha, para poder alternar su apellido con el de los hombres honrados que no cifieron coronas. ¡Qué charcos de sangre rodean el nombre de todos los reyes de la tierra!

1845. He pensado escribir un libro en contra de la guerra y trasladar á él todos estos pensamientos; pero ¿quién escribe ahora? Estos gobiernos constitucionales han dado nueva forma á la inquisicion; tal vez era mejor para censurar las ideas un sanedrín de frailes que un fiscal de imprenta, quien no pasa de ser un mercenario del partido que está en el poder y le paga. Entre tanto fraile era fácil hallar un defensor del libro, si es que los frailes tenian ideas, cosa que creo imposible porque la larga digestion de sus camachinas colaciones no les dejaria tiempo para pensar.

Si Cervántes viviera en estos tiempos no podria escribir su *Quijote*. Estos gobiernos prohiben la publicacion de las ideas, que á nadie obligan á hacer daño, y no prohiben las batallas que á todos lo hacen. Muy por bajo quedaria mi obra de la de Cervántes; pero me atreveria á escribirla aunque nadie hiciera caso de ella.

El admirado escritor, sin más armas que una idea, combatió con éxito las barbaridades de los caballeros andantes y los libros de caballería, literatura que era un archivo de disparates que á toda mente desagradaba porque siempre desagrada lo inverosímil.

Yo, armado de otra idea, combatiría el error de los hombres, ese error de la matanza, coleccion de maldades llamadas fratricidios; error anticristiano, que, sin embargo de que todos los hombres creen y saben que es un error maldito, continuará bajo el nombre de guerra. Mas ¿qué importaba? Yo cumpria con echar en cara á mis semejantes su criminal obcecacion.

1845. Quiero ser justo con la historia, al ménos con la de esta parte del mundo que se llama Europa, pues me ha enseñado una cosa que alegra mi corazon: que ya se han extinguído las guerras de religion. ¿Irá la humanidad descartándose poco á poco de las demás

causas que producen la guerra? La conclusion de las guerras religiosas en Europa, siquiera aún exista esta causa en otras partes de la tierra, me hace creer que sí. Veo que la libertad de cultos, proclamada ya en casi toda la Europa, es el fin de las guerras religiosas, y, si las demás partes del universo siguén estas huellas, será el principio de la reconciliacion de todas las razas.

Era ya bastante que la humanidad ganase con la libertad de cultos la extincion de las guerras religiosas; pero un bien acarrea otro y consigue además que los hombres sean más morales, porque en la nacion que existe libertad de cultos hay rivalidad entre los creyentes de las diferentes religiones, y unos y otros quieren probar con el cumplimiento de sus devociones y de sus deberes que su religion es la mejor.

1811. Recuerdo en este momento lo que me sucedió en mi último viaje á la corte. Empeñose un amigo en que le acompañara á la Armería Real, y fui. Al dar las monarquías el nombre de Real á estos establecimientos no piensan que dicen á los hombres: «he aquí el fundamento de mi corona y lo que hace que se sostenga el cetro en mi mano.»

1848. ¡Parece mentira que las naciones monárquicas mantengan ejércitos! Si reflexionamos seriamente verémos que á los soldados al jurar las banderas no les exigen más que defender al rey y á la religion; pero ni ésta ni el rey pagan estos criados: los pagan los pueblos. No comprendo que por tantos siglos, hayan existido pueblos esclavos que hayan pagado á otros esclavos para defender lo que no les importa. ¡Dichoso del amo que le dan criados y se los mantienen!

Se concibe que los pueblos probáran tener ejércitos que los defendiesen, pero solamente hasta que este ejército fuese derrotado. ¿Y qué nacion hay que su ejército nó haya experimentado una derrota?

Todas las profesiones, excepto la militar, son responsables de sus actos ó sufran sus consecuencias, y si no cumplen el encargo que se las encomienda, el cual se han comprometido á llevarlo á cabo, abonon los perjuicios irrogados al encargante. Pero un ejército ¿cómo restituye al pueblo lo mucho que le debe? Doblando los perjuicios; añadiendo á los inmensos gastos que hizo la nacion para su creacion y sostenimiento los no ménos cuantiosos gravámenes que al pueblo impone el vencedor. Pagan los pueblos la culpa de ser mal defendidos; es decir, los inocentes por los pecadores. ¡Qué absurdos se ven con la organizacion militar! La nacion es responsable de las acciones no de los que eligió para que lo gobernasen, sino de los audaces que se apoderaron del mando. Y no se nos diga que si el ejército es vencedor ganan los pueblos que lo sostienen. Todos los ejércitos de las naciones han sido vencedores; pero nunca por esto los pueblos han experimentado rebajas en sus impuestos.

1848. Es poco llamar bárbaras á las preocupaciones que han llevado consigo el desprecio del arte de la labranza mientras daban nobleza á la profesion de las armas. La sociedad debe declarar nobles todas las artes y profesiones excepto la de la guerra, carrera de destruccion. La nobleza heredada funda su riquezas en la fuerza y sus propiedades en la desposicion del trabajador de la tierra, de los infelices que la creian suya porque el removerla debiera ser su título de posesion. La sociedad nunca protesta cuando vé la fuerza sobre el derecho; ha sido y es cobarde, pues calla aunque la fuerza cometa injusticias, y como no puede la fuerza obrar nunca con razon, y como *jus est in armis* la sociedad calla siempre. Esta es la verdad. Hasta la gratitud desapareció de los hombres de armas. Los padres y hermanos del guerrero podran pedir á gritos algun derecho; pero ¡ah infelices! el guerrero no conocerá ni á su padre ni á sus hermanos, porque siendo ántes para él la obediencia á sus opresores jefes, ahogará los gritos de aquéllos con las certeras y atronadoras detonaciones de su fusil.

1850. Cuando leo los descubrimientos de los pueblos americanos, por guerreros llamados civilizados y cristianos; cuando leo la conducta despótica y brutal observada por esos cristianos con aquellos sencillos indigenas; cuando leo el destructor viaje de Orellana

y despues la correria del asesino de Pedro Ursoa por el rio de las Amazonas, no puedo ménos de exclamar: «Los guerreros son la mayor vergüenza y mancha de la tierra.»

¿Y quién no exclama así al leer la navegacion que por al mismo rio hicieron los sabios Spix y Martius? Debemos saludar á éstos con el epíteto de gloria y honra de la humanidad. Llor eterno tambien al Padre Fritz, á Lacondamine y al teniente Lister Maw, viajeros que, en lugar de á devastar, fueron á observar aquellas fecundas orillas.

1851. Comienza el pronunciamiento de O'Donnell. Un oficial vá leyendo en las esquinas de las calles de la ciudad la ley declarando en estado de sitio la provincia de Soria. Es lo único que me faltaba que ver para convencerme de la nobleza de los hombres de armas: hacen de pregoneros. ¡Y, sin embargo, el pueblo vé en el pregonero un sér abyecto y en los militares no! ¡Por Dios, lógica, baja á la tierra!

1855. El que no es guerrero jamás ofende á los ancianos, á las mujeres y á los niños. Abrid la historia, y allí donde veais narrar el sitio de una plaza vereis llamar á todos esos séres débiles bocas inútiles, y hasta hacerles salir de la plaza, quizá para que los sitiadores se ceben en ellos, porque no pueden combatir en las murallas ni rechazar á los enemigos. ¡Y aún os dirán que el Evangelio enseña á los hombres á ser buenos y caritativos, y que les hizo conocer las ventajas de una vida más pacífica! Siendo esto así, el Evangelio no debe rezar con los guerreros, no debe considerarlos como hombres, ó bien los hombres armados, y esto es lo cierto, desprecian tan sublime doctrina. Desconsuela ver en la historia que desprecien al Evangelio, no sólo los guerreros, sino tambien los Papas, los Vicarios de Jesús, á cuya mayor parte poco les enseña.

Como Alejandro III, todos los Jefes de la cristiandad se ocupan más de los intereses temporales que de los deberes de Pontífice, y como aquél, entretenido en sus altercados con el emperador Federico, no prestó socorro al rey de Jerusalem, éstos tampoco hacen caso del Evangelio. Y, extraño caso; á los Jefes de una doctrina de mansedumbre y que tanto ama la pobreza, les dá una lección un sectario del Koran, de esa religion detestable que para hacerse con sectarios no tuvo más que la generosidad, y de aquí dimanó su nobleza; y su sable, que fué el derecho que proclamó. Vean los Papas á Saladino, vean los que por sostener un misero terruño olvidan el Evangelio, á ese hijo de Mahoma cuando se le acercaba la muerte mandar á un oficial que recorriese la ciudad llevando en la punta de una lanza una sábana, y que gritase: «Ved aquí lo que Saladino, dueño de Oriente, se lleva de todo cuanto tiene.» Vean esos Papas, y aprendan éstos y los reyes de la tierra, de otro partidario de Mahoma á despreciar el orgullo. Bibars, asesino de Qotoz, llamado el rey formidable, fué el que abolió la costumbre de pronunciar el nombre del príncipe en las oraciones. «Esta costumbre; dijo, es hija del orgullo.»

En nuestros dias se reza por la felicidad de los reyes cristianos, sólo cristianos, y por la del Papa. Intolerantes éstos con sus enemigos, los han perseguido hasta en la tumba, y han removido las cenizas de los grandes pensadores, y han permitido que estén sus enemigos insepultos por espacio de cinco años, como le sucedió al emperador de Alemania Enrique IV por resistir las ambiciosas pretensiones del papa Gregorio VII, del altanero monje Hamado Hildebrando.

1859. Al concluir de leer la historia universal se halla el hombre como sobrecogido de terror al ver que los reyes no presentan á la humanidad más que guerras fratricidas en que el hermano conspira contra el hermano, las esposas atentan á los dias de sus esposos, abundando las infidelidades de éstas, los repudios, etc. ¡A qué manos, gran Dios, has permitido que vengan á parar los poderes de la tierra! Los lazos de la sangre sólo producen el odio entre los reyes y sus familias, mientras en los pobres son el título del amor.

1859. Si volviese á ser desafiado por algun militar y no aceptase las únicas armas que yo acepto para probar el valor, «salvar la vida de mis semejantes que se hallen en peligro,» le he de responder como César á Antonio: «Si V. está cansado de vivir, no le faltarán medios de acabar con sus dias.

1859. Abra el pueblo muchas escuelas y el poder será suyo. El poder ilustrado será eterno, porque es el más justo.

1860. Los pocos objetos que en Europa nos inspiran interés por su belleza, logran también inspirarnos tristes pensamientos porque generalmente su base en la sangre. Nuestras más magníficas catedrales fueron mezquitas; nuestros acueductos, nuestras grandes calzadas nos indican las conquistas de nuestra patria. ¡A precio de tantos infortunios hemos comprado esos monumentos! Contadas son las campañas cuya fertilidad sea debida á la mano del hombre. Y no es extraño; no pasa año, ni mes, ni día que no se dé una batalla. Sin la seguridad de la paz, sin la ventura que ésta proporciona, ¿á qué trabajar el hombre? ¿á qué interesarse por su posteridad? ¿No ha de temer á sus semejantes? Aunque la Europa se llame á sí propia culta, mientras siga dando batallas, aunque no lo confiese, probará que es inculta, y por lo tanto abyecta y vil. Los europeos llaman bárbaros á los japoneses y chinos nada más que porque desprecian nuestras relaciones; pero la verdad es que ese dictado, que también ellos nos dan, lo merecemos mejor nosotros. La respuesta que los japoneses dan cuando se les pregunta por qué no nos abren sus puertos es una razón poderosa que nadie puede rebatir y á la cual todos tienen que callarse. «Si el Japon y la China, dicen, contrajeran relaciones con las potencias europeas é imitasen su sistema político, las guerras serian más frecuentes y se derramarian mayores torrentes de sangre humana. Siendo así parécenos mas razonable, para disminuir los infortunios de la especie humana, que continúe el Japon en su antigua política, que no que ajusten tratados de alianza cuya ventaja intentais demostrarnos.» Dificilillo será á los europeos contestar satisfactoriamente á estos argumentos de los japoneses, y no será extraño que estos nos llamen adoradores del fuego del cañon, porque la verdad es que lo somos tanto como los guebtos en el Chirvan (Asia) son adoradores de la lumbre.

1861. Me ha hecho hoy mucho daño lo que he visto. Un capitán herido en África, al pasar por esta ciudad, ha muerto. Su desgraciada señora, que le acompañaba, para no llorar fuerte ha mordido el pañuelo que llevaba en su mano, temerosa de incomodar al dueño de la casa donde los habian alojado. Las pobres viudas de los militares no pueden ni aun llorar por hallarse siempre en casas ajenas.

1862. Si se examinase con cuidado la superficie de la tierra, en todas partes se encontrarían huellas de haber habido batallas. En este gran desierto de sangre sólo hay un pequeño oasis, que son las treinta y seis islas de Liou-Tcheou, único rincon feliz de la tierra en donde, segun cuenta su historia, sólo han guerreado dos veces: la primera cuando el emperador de la China las hizo tributarias al imperio, y la segunda cuando el guerrero Tay-Cosama, emperador del Japon, quiso sorprender y conquistar la China. Envidia dá la felicidad de que gozan los naturales de estas treinta y seis islas. Al oír hablar de la guerra tiemblan, pues temen perder el bienestar que les produce la paz. Al leer lo observado por los viajeros en esas islas creo que son pedazos de cielo que Dios ha dejado que cayeran á la tierra para que sirvieran de modelo á los habitantes del mundo.

Voluminosa es la cartera, pero no copio más porque temo cansar al que haya tenido paciencia de leer hasta aquí. Además que he recibido contestacion del médico de Luisa, y me dice que debemos viajar. Hoy recibo una órden del Gobierno Provisional para que pase á Andalucía con una mision bien delicada, y me apresuraré á cumplirla. No se si me lleve conmigo estos borrzones ó los coloque en mi escritorio. Aún no he pensado dónde fijaré mi residencia apenas pida el retiro. Mañana abandonamos á Soria.

EPILOGO.

Eran las tres de la tarde del día 29 de Setiembre de 1869, dia en que, con motivo de la feria que en Soria se celebraba, el Casino de Numancia estaba muy concurrido.

En la mesa de los *cuatro amigos* se hallaban siete personas; nuestros antiguos conocidos y tres amigos suyos. Mientras saboreaban el café Luis decia á los que con él se hallaban:

—¿Sabeis que hace unos dias me avisó el regente de la imprenta que ya tenía impresa la HISTORIA DEL CABALLERO CAPITAN D. SATURIO DE NUMANCIA, y que me remitió tres ejemplares? Cuantas personas han leído la obra dicen que no les satisface la conclusion porque no dice el fin de la mayor parte de los personajes que en ella figuran.

Nosotros podríamos subsanar esta falta dando noticia de los personajes que residen en Soria, pero de los restantes no sabemos más que lo que D. Saturio nos dice. Preciso es, pues, ántes de pasar á encuadernar la obra, escribir al autor y con las noticias que nos comunicue añadir un *Epilogo* á su HISTORIA.

Concluia Luis de hablar así cuando D. Simon y Carlos Sarabia, acompañados de un caballero de unos cuarenta años, entraban en el Casino.

Luis, al verlos, levantóse precipitadamente y fué á ofrecerles la mesa que ocupaban, que D. Simon y sus amigos aceptaron por no haber otra desocupada. Despues de saludar á los que en la mesa habia dijo D. Simon:

—Tengo el honor de presentar, á VV. al sobrino de mi inolvidable y querido amigo Octaviano, al caballero capitán D. Saturio de Numancia. Perdonad, me he equivocado, pues creo que es comandante.

—No importa, dijo el hombre como de cuarenta años, soy ya paisano; soy Saturio de Numancia.

Todos se apresuraron á estrechar la mano del presentado por D. Simon.

Tomó despues la palabra Luis, y dirigiéndose á D. Saturio, dijo:

—Precisamente hablábamos de V. hace un momento. Yo, que soy quien se tomó la libertad de escribir á V. una carta participándole el hallazgo de su manuscrita HISTORIA, estaba tratando con estos amigos de dirigir á V. una segunda carta manifestándole que su HISTORIA estaba impresa, y suplicándole nos diese noticias de los personajes que en ella figuran, noticias que su oportuna llegada de V. nos proporcionará el placer de oirlas de sus propios labios.

—Vuestra curiosidad, señores, dijo D. Saturio, es muy natural, y debo satisfacerla diciéndoos que el asistente de mi padre murió de un balazo á la conclusion de la guerra civil, pasando su muerte desapercibida para todos excepto para su infeliz madre, quien murió del sentimiento. ¡Si hubiera sido un general, la España entera se hubiese ocupado de él!

El sacerdote del pisoton murió hace años.

El obispo que me expulsó del Seminario falleció repentinamente.

Felisa, en pago de su coqueteria, huyeron de ella los hombres, y ahora anda de iglesia en iglesia.

Mi compañero el seminarista del Burgo, me escribió hace unos dias diciéndome que ha obtenido un buen curato por oposicion, y que no viene por hoy á abrazarme por no abandonar la parroquia, no haya quien crea que deja el crucifijo para empuñar el trabuco.

Mi amigo Mauricio Garcés permanece en Tudela, donde dió el salto mortal.

La amada de mi malogrado amigo Solís sigue siendo la *Hermana buena* de la Caridad en el Hospital general de Madrid.

Cándido, el Diablo, también sé por mi compañero el seminarista que, en un pueblo inmediato al suyo, está al frente de una parroquia.

El empleado que conocí en Huesca lo he visto en Madrid. Está cesante y anda que bebe los vientos por ver si consigue colocarse. Éste me dijo que el sacerdote que vivió con nosotros es canónigo, gracias á un pariente diputado de los más influyentes del partido conservador.

Gregori el médico tiene una numerosa clientela en Valencia, y cada dia aumenta su fama de gran Hipócrates.

El poeta Cea murió poco despues de conocerlo mi tío.

Mi Coronel se ha retirado y vive en Madrid.

D. Simon y Cárlos tenemos el gusto de verlos á nuestro lado.

Doña Teresa sabreis que pasó á ser ama de llaves de D. Simon.

A esta plática que VV. quieren titularla *Epilogo*, y que yo como militar llamo *revista general*, no falta más que los cuatro inseparables amigos digan qué variacion han hecho en su modo de vivir desde que se ocuparon de mi HISTORIA.

—Ninguna, respondió Luis; todos continuamos solteros y siguiendo al pié de la letra el consejo del jitano. Antes de casarnos lo pensaremos treinta años, y luégo nos decidiremos porque *no*.

—Pues con sólo escribir esta conversacion y añadirla á mi obra ya satisfacemos la curiosidad de los amigos de VV. No deseo más que consten en esta revista las bellas palabras que oí á un patron al embarcarme para ir á la guerra de África. «¿A dónde vas, pobre guerrero? me dijo. ¿Temes acaso llegar tarde á la muerte? Por ventura, ¿no son los mares procelosos y los hombres ingratos? ¡Imprudente! Si estás viviendo en medio de la paz de tu casa, ¿no es una locura que vayas á buscar la guerra?»

Estas palabras, y más aún los consejos de mi tío, me han hecho odiar el uniforme. En estos tiempos de revueltas todos mis amigos militares me han dicho que no debía abandonar la espada, pues llegaria pronto á adornar mi casaca con los entorchados. ¡Fuera, he dicho, la ambicion que para verla satisfecha necesita derramar sangre humana! Ojalá pensáran como yo todos los hombres! Si al expresarme así creen que lo hago por el sueldo que he conseguido como retirado, quítese el ejército y yo renuncio el sueldo. No piensen por esto los españoles que les aconsejo que no aprendan el arte de la guerra, no; interin las demás naciones se desarman, apréndanlo, pero no para aprovechar ese arte en conquistar pueblos y en enriquecernos con los despojos de los vencidos, sino sólo para nuestra defensa si nos viésemos invadidos. El guerrero debe estudiar el arte de la guerra, pero en su casa y alternando con los trabajos de otra profesion de las que nada tienen que ver con las armas.

Si á la humanidad le parecen buenas mis ideas, respételas; si las juzga dignas del desprecio, que las desprecie; pero la advierto que comete un delito y la digo lo que dijo San Justino el Filósofo al hijo del César Adriano en su primera apología: «No evitareis el juicio de Dios si continuáis en la injusticia; mas preferimos á todo la confianza que tenemos en la justicia de nuestra causa.»

Concluyo diciendo: ¡Quiera el cielo que los hombres no vean en este libro más que un buen consejo cuya realizacion debe ser grata al cielo y á la tierra!

Poco despues los diez amigos reunidos en aquella mesa paseaban por el ferial.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

CAPITULOS.		PAGINAS.
	DEDICATORIA.	
	PRÓLOGO.	
I.	<i>En el que comienza mi verídica historia.</i>	1
II.	<i>El ataque de Bañon.</i>	5
III.	<i>El hisopo.</i>	10
IV.	<i>La espada.</i>	15
V.	<i>El caballero cadete D. Saturio de Numancia.</i>	20
VI.	<i>Mis primeros amores.</i>	25
VII.	<i>Efectos de la gravedad.</i>	29
VIII.	<i>Cándido.</i>	51
X.	<i>La perorata de mi tío.</i>	54
XI.	<i>El premio.</i>	59
XII.	<i>En el que se prueba que los militares somos los caballeros andantes de estos felices tiempos.</i>	49
XIII.	<i>La carta de mi tío.</i>	60
XIV.	<i>En el que verá el lector como persigo unos pedazos de algodón.</i>	64
XV.	<i>De como verá el lector que además de las plagas de Egipto hay otras.</i>	66
XVI.	<i>La sangre de los Olivas.</i>	71
XVII.	<i>Cinco años.</i>	76
XVIII.	<i>Un dia de quintas.</i>	80
XIX.	<i>Mis pensamientos ante una sepultura.</i>	88
XX.	<i>De como el autor dedica este capítulo al lector por parecerle el más interesante.</i>	92

SEGUNDA PARTE

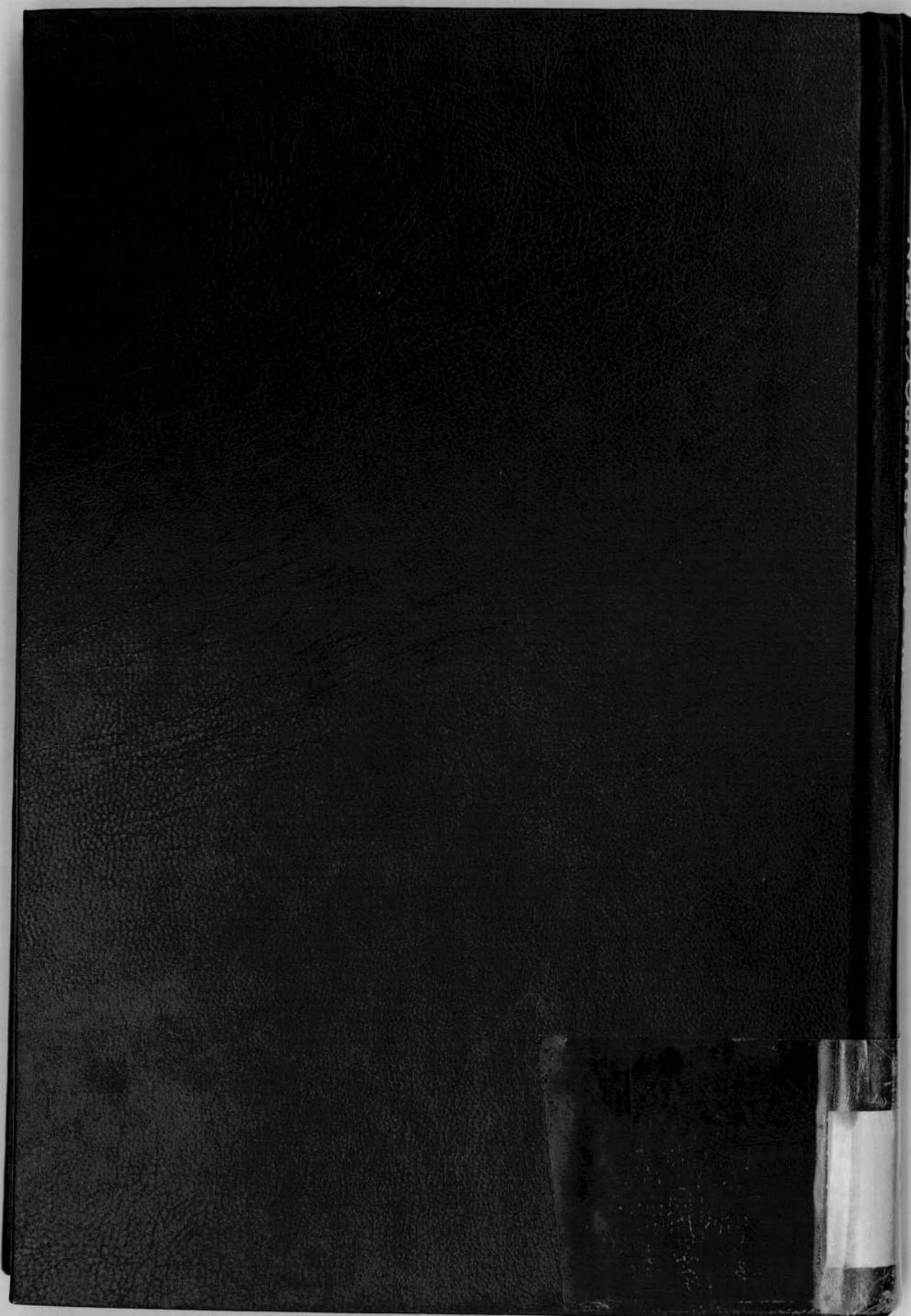
I.	<i>Mi tercera salida.</i>	97
II.	<i>El capitán Baturrillo.</i>	105
III.	<i>En el que verá el lector cuántas cosas pueden suceder en un año.</i>	108
IV.	<i>Vad-Ras.</i>	114
V.	<i>Amor y versos.</i>	117

VI. . .	<i>De como verá el curioso lector que este es el capítulo más corto y que el título que más le cuadra es la Carta y la Contestacion.</i>	129
VII. . .	<i>La entrada triunfal.</i>	137
VIII. . .	<i>En el que verá el curioso lector que es el más extenso y que le cuadra bien el título «Un sermón largo por una buena comida.»</i>	138
IX. . .	<i>De como verá el lector que D. Octaviano tenía poco de perezoso.</i>	140
X. . . .	<i>Cárlos Sarabia.</i>	141
XI. . .	<i>La respuesta de D. Octaviano.</i>	141
XII. . .	<i>En el que continúa la respuesta de D. Octaviano.</i>	141
XIII. . .	<i>De como en ciertos actos hay arrepentimiento pero no enmienda.</i>	142
XIV. . .	<i>El hijo de D. José.</i>	142
XV. . .	<i>Los padres de Luisa.</i>	147
XVI. . .	<i>Los treinta y los sesenta años.</i>	171
XVII. . .	<i>Que es continuación del anterior.</i>	180
XVIII. . .	<i>A paso de carga.</i>	181
XIX. . .	<i>En el que se vé que la lógica es contundente.</i>	189
XX. . .	<i>Cuentos-verdad.</i>	189
XXI. . .	<i>Mauricio.</i>	191
XXII. . .	<i>En el que verá el lector que produce más bien un plato de sopa que cien cañonazos.</i>	192
XXIII. . .	1868.	198
XXIV. . .	<i>La cartera.</i>	202
	<i>Epilogo.</i>	209

SOCIEDAD DE SOGORROS MÚTUOS
 DE
 OBREROS
 DE
 SORIA
 BIBLIOTECA

SEGUNDA PARTE





HISTORIAL DEL CONVENIO
SALVADORENSES

ORDEN DE LA JUNTA DE
GOBIERNO DE LA REPUBLICA

his
ORD
860-3
SS